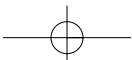
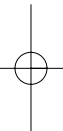
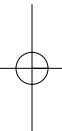


A LA SOMBRA DE UN CAUDILLO

VIDA Y MUERTE DEL GENERAL FRANCISCO R. SERRANO



PEDRO CASTRO

A LA SOMBRA DE UN CAUDILLO

VIDA Y MUERTE DEL GENERAL FRANCISCO R. SERRANO

PLAZA  JANÉS

A la sombra de un caudillo

Vida y muerte del general Francisco R. Serrano

Primera edición, 2005

Primera reimpresión, 2006

© 2005, Pedro Castro

D. R. 2006, Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero No. 544, Col. Chapultepec Morales,
Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

www.randomhousemondadori.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@randomhousemondadori.com.mx

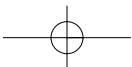
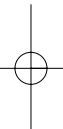
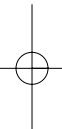
Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 968-5958-08-4

Impreso en México/ *Printed in México*

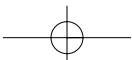
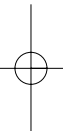
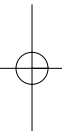
*A mi padre, quien me enseñó a amar
la Historia*

A mi madre, la mejor lectora



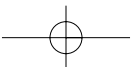
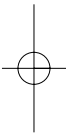
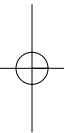
ÍNDICE

Prólogo	13
I. De la periferia al centro del poder	21
II. Una experiencia de gobierno nacional	49
III. Serrano contra la rebelión delahuertista	69
IV. Serrano en Europa	89
V. De vuelta a la política y los negocios	109
VI. La disputa presidencial en ciernes	127
VII. Empieza la ruda campaña presidencial	149
VIII. Aprehensión de Serrano y camino al sacrificio	173
IX. La hecatombe de Huitzilac	197
Epílogo	229
Notas	261
Bibliografía	291



En toda revolución el móvil son las ideas, los actores, los hombres. Casi siempre la talla de estos últimos es inferior al pensamiento que representan; pero su estudio es interesante y revelador de las lacras de un pasado y de las ilusiones de un porvenir. Las revoluciones, al ser un sacudimiento social, son en sí una tragedia, y vuelven trágicos a sus hombres. No se puede intervenir, ocupando en ellas los primeros papeles, sin estar expuesto a ser víctima o un verdugo.

RAMÓN PUENTE,
Villa en pie



PRÓLOGO

Con el asesinato del general Francisco R. Serrano y sus trece acompañantes, en Huitzilac, se mutilan las últimas horas de la Revolución Mexicana de 1910. Como la de tantos surgidos del incendio rebelde, su vida refleja las virtudes y los vicios de un proceso histórico en su etapa culminante. Es uno de esos doscientos «hombres decisivos de la Revolución en su etapa destructiva». Nace y se forma en el noroeste del país, que con solamente el dos por ciento de una población aproximada a los diez millones de habitantes, aporta al menos el diez por ciento de los líderes alzados.¹ Esta última cifra adquiere su plena valencia al observarse que tal porcentaje es el vértice supremo del poder nacional, ya sin contrincantes en los años veinte y parte de los treinta.² En su momento, Serrano llegó a estar al menos entre los cinco primeros personajes más poderosos de la élite revolucionaria del Nor-Pacífico. Ésta es la extraordinaria posición de un criollo rural e independiente, nativo de la periferia de una nación, la del Altiplano y la Ciudad de México. Su educación no es vasta, pero sí superior al promedio, contando con que en el México del atardecer porfirista impera el analfabetismo. Se habilita en teneduría de libros, un oficio propio de individuos de caudales flacos y ambiciones grandes, lo que le prepara en cuentas y finanzas, muy útiles en esa empresa que se llamaría Revolución Mexicana.

Es originario de Sinaloa, como también lo son Benjamín Hill (residente de Navojoa), Salvador Alvarado (residente en Guaymas), Rafael Buelna, Héctor Ignacio Almada, Ángel Flores y Ramón Iturbe, entre otros. Desde su juventud conoce a otros «fuereños» devenidos sonorenses, como Roberto Cruz (de Guazapares, Chihuahua), el ingeniero Luis L. León (Ciudad Juárez) y un oscuro sargento a quien

algunos hacen nativo de Zacatecas y otros de Chihuahua: Eugenio Martínez. Desde temprano, conoce y convive con Álvaro y José J. Obregón (cuyo hermano Lamberto es esposo de Amelia Serrano, lo que le hace su cuñado), Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta, Ramón Ross, Fausto y Ricardo Topete, Arnulfo R. Gómez, Francisco R. Manzo, Alejo Bay, Juan Platt, Francisco Urbalejo, José Ma. Aguirre, Gonzalo Escobar, Jesús M. Aguirre, Ramón P. de Negri, Pedro J. Almada, Flavio A. Bórquez, Gilberto Valenzuela, Cosme Hinojosa, Roberto V. Pesqueira, Gilberto Limón, Abelardo L. Rodríguez, Fernando Torreblanca, Alberto Mascareñas, Francisco de Paula Morales y Juan de Dios Bojórquez, entre otros. Esta lista que parece larga no es más que la cima de ese pequeño porcentaje de personas que dominaría el país por más de quince años, e impondría su visión del futuro de México.

Si Sonora tiene la preeminencia revolucionaria, en su interior unas regiones son más importantes que otras: Hermosillo, Guaymas, Huatabampo, Navojoa y Álamos se distinguen de los demás centros urbanos del estado. Desde temprano Serrano se mueve en este circuito, desarrollando sus posibilidades a la manera de sus coterráneos. Ellos practican sobre todo la agricultura y el comercio en pequeño, y los más bien mezquinos negocios públicos. Alzados y prácticos, maquiavélicos y crueles en muchos casos, los jefes sonorenses aprenden los rudimentos del ejercicio del poder, y poco de democracia y derechos humanos. Una vez en los caminos revolucionarios, los sonorenses y sinaloenses tejen las alianzas cambiantes que les proporciona el constitucionalismo, y atraen hacia ellos a personajes como Aarón Sáenz, Jesús M. Garza, Juan Andreu Almazán, Manuel M. Diéguez, Joaquín Amaro, Enrique Estrada, Pascual Ortiz Rubio, Lázaro Cárdenas, Miguel M. Acosta, Antonio I. Villarreal o Lucio Blanco, y a civiles como José Vasconcelos, Alberto J. Pani, Luis N. Morones, Manuel Gómez Morín, Antonio Díaz Soto y Gama o Miguel Alessio Robles. Mucho dieron de que hablar tales señores.

Los nortños se hacen del poder y dan a sus gobiernos un carácter a la manera de sus enseñanzas en el terruño, contrario a lo hecho por Porfirio Díaz y su grupo en 1876, que representaba distintos intereses regionales. Guardando las reservas debidas, de tiempo y circunstancia, los porfiristas llevan a cabo un movimiento exclusivamente militar, mientras que los segundos son el último aliento de

una revolución social. No es, ciertamente, el cuerpo armado de Obregón uno de campesinos en rebelión, sino un ejército profesional que primero se llamaría Columna Expedicionaria del Noroeste, en el que Serrano es el segundo a bordo. Esos norteros dan el apoyo necesario para que fructifique el impulso rebelde de Carranza en Coahuila, y de otros aliados antes movilizados por el maderismo, con la notable excepción de la División del Norte y su cabeza: el general Francisco Villa, primero aliados y luego encarnizados enemigos. Más adelante, la rebelión de Agua Prieta decanta y define al poder sonorenses, ya libre de su amistad carrancista. El afianzamiento y la legitimidad de los gobiernos de Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles dependerá en buena medida de la aceptación de los demás grupos políticos y sociales de la hegemonía nortera. La fórmula del éxito combina la construcción de alianzas y la represión de los contados insumisos. En este proceso, el general Francisco R. Serrano desempeña un papel clave, por su hábil manejo de los instrumentos de la paz y la guerra que tiene en sus manos a partir de las responsabilidades que le son asignadas.

La elite revolucionaria, donde Serrano figura de modo prominente, es un grupo cerrado. Sus miembros llevan a la capital a sus familias, se divierten en el Casino Sonora-Sinaloa y evitan el contacto (al menos en público) con la derrotada oligarquía, que los acepta a regañadientes. La aristocracia mimada con largueza por don Porfirio, y por tanto herencia hostil del antiguo régimen, la considera pueblerina y advenediza. Los Escandón, Amor o Martínez del Río abominan el metálico acento de Sonora y Sinaloa, tan rústico como sus ideas que pasean a caballo, pero a quienes se someten, para salvar del naufragio todo lo posible, y si se les permite, participar en sus negocios. Por su parte, los nuevos amos quieren asemejarse a los antiguos y compiten en riquezas y sus símbolos: se hacen de propiedades extensas y buscan emular su elegancia, con residencias palaciegas y finos automóviles y vestidos. Algunos son famosos por sus impresionantes saltos sociales, como el general Joaquín Amaro que se convierte en el paradigma de una nueva simbiosis entre los viejos y los noveles soberanos. Dice la leyenda —el asunto no es para cruzar apuestas— que Amaro renuncia a una cimarrona arracada de una de sus orejas, aprende modales de mesa y, en general, a conducirse con propiedad; muestra una debilidad irrefrenable por el polo, deporte que

practica con la *jeunesse dorée* de rancios apellidos. Atrás quedan sus días de mozo peón de hacienda en Zacatecas, de miseria e ignorancia. A él sí le hizo justicia la Revolución.

Francisco R. Serrano participa en la sucesión de rompimientos entre los grupos que lanzaron, llevaron adelante y condujeron la Revolución Mexicana. Podemos establecer una sucesión de este tipo en el maderismo (sobre todo con las salidas de Pascual Orozco y Emiliano Zapata), luego en el constitucionalismo (Carranza y Obregón contra Villa), seguido de Obregón contra Carranza, para continuar con la de De la Huerta contra Obregón, luego la escisión en la que es personaje principal, con Gómez y contra Obregón. No vive para conocer la pequeña rebelión encabezada por el general Gonzalo Escobar contra el presidente Portes Gil. Unas más, otras menos, todas fueron rupturas serias de la llamada «familia revolucionaria», lo que evidencia un desgaste permanente del grupo norteno. El relevo del último sonorense en la presidencia de la República, el general Abelardo Rodríguez, en favor del general Lázaro Cárdenas, es más que sintomático de que el grupo está definitivamente fracturado. Pero el divisionario michoacano liquida en forma incruenta la hegemonía nortena, lo que causa la extrañeza de Luis González y González —cuya cita es pertinente una vez más: «hasta resulta ridículo que una pléyade tan bronca como fue la revolucionaria, haya sido arrojada del poder político tan pacíficamente, sin mayor estruendo»—.³ Esta mansedumbre es el saldo de los sangrientos y costosos ajustes de cuentas al interior. La élite fue proclive a enviar al otro mundo a sus propios miembros, y al general Francisco R. Serrano le costó la vida disputar la presidencia a su antiguo jefe.

Francisco Serrano es elemento principal de quince años de hegemonía nortena. Los mismos elementos que favorecen su cohesión antes de 1920 son los que precipitan su caída. Un afán de buscar el poder político y las riquezas a su amparo, caracterizan a un puñado de audaces (con notables excepciones), que desde Sonora y otras regiones deciden lanzarse a la *conquista revolucionaria* de México. Es de llamar la atención que, una vez entronado su pugnaz grupo político, no se recibió ningún desafío proveniente de la sociedad. En todo caso, quienes se lanzaron a las armas contra ellos no representan ninguna oposición digna de ser tomada en cuenta y provienen de la misma corriente armada nacida al calor de la Revolución. No hay ningún mo-

vimiento nuevo de carácter popular y reivindicatorio, ajeno a ellos, que se les enfrente. Son dos los elementos que se encuentran en la explicación de este fenómeno: una sociedad cansada de pelear en una lucha interminable y que solamente los norteros pudieron detener en sus aspectos más destructivos, y derivado de esto, un grado aceptable de legitimidad en el interior del país y ante el extranjero, por su capacidad para pacificar a la nación, emprender los trabajos iniciales de la reconstrucción, procurar reformas y someter a los elementos potencialmente más rebeldes y con capacidad de lucha.

La nota dominante en la campaña presidencial iniciada en 1927 con tres candidatos, y concluida en 1928 con Obregón como el único sobreviviente, nos dice mucho acerca del escaso desarrollo institucional alcanzado hasta ese momento por la «Revolución en el poder». Apenas cuatro años antes se percibía un cierto juego de partidos y de expresión mediática que, a pesar de las limitaciones impuestas por el obregonismo, prometía que en las tareas refundacionales del Estado se incluía la instauración de la democracia. Pero dos circunstancias acabaron revertiendo este proceso. Por un lado la rebelión delahuertista —que da todos los pretextos necesarios para reservar el juego político a los que en el momento conservan el poder—, y por otro, la supervivencia del imperio del caudillismo —en la que un solo hombre suplanta a las instituciones— constituyen el telón de fondo del autoritarismo, el primero como circunstancia, el segundo como condición. El presidente Calles, contra toda prueba que se presente en contrario, mantenía una subordinación frente al antecesor que ahora deseaba su puesto. Pero parece no encontrar más alternativa que ser cómplice de las pretensiones desmedidas del general Obregón, y si en su fuero interno las rechazaba, no escatimó ningún esfuerzo para apuntalar a su amigo y jefe. Obregón, Francisco R. Serrano, Arnulfo R. Gómez, todos los contendientes, por razones de historia, de ambición y de mentalidad, en su momento jugaron a la democracia, pero nunca les abandonó la idea de que podían tomar el poder por la fuerza, si las elecciones no les favorecían. La cultura de la competencia política pacífica no acababa de nacer, y quienes decían participar en ella, coincidentemente todos militares, educados en la línea de arrebatar, eran los primeros en poner el mal ejemplo. El sistema de partidos en el veintisiete había retrocedido frente al que existía en el veintitrés, y ya era un anuncio de las vísperas del partido

único, fundado por los callistas en el veintinueve. Los partidos del momento vivían porque eran comparsas de los poderosos, llámese el presidente, el caudillo o los dos juntos.

¿Cuál es el trasfondo del intento de vuelta de Obregón al poder? ¿Cuál es la lógica de su temeraria resolución, que convocaba a los espantos del pasado? Para responder a estas preguntas, es necesario conceptualizar la figura del general Obregón en su papel de líder carismático y medular de un régimen personalista y cuasimilitar, cuyos mecanismos partidistas, procedimientos administrativos y atribuciones legislativas estuvieron sometidos a su control, de manera directa o indirecta. Desde 1920, año en que asume la presidencia, investido de la legitimidad que le daban sus victorias militares y su retórica progresista, disponía de una amplia capacidad de ejercicio del puesto a través de la dependencia basada en la lealtad de sus seguidores inmediatos su popularidad personal, y cuando estos fallaban, en la fuerza y el fraude.

El desafío del general Francisco R. Serrano al poder del caudillo, a quien conocía mejor que nadie por su cercanía de tantos años, no es fácil de explicar. A todas luces su desafío es formidable, por más confianza que tenía en la viabilidad de su empresa opositora. Serrano sabe de sobra que su vida está en peligro, porque conoce los alcances bárbaros de Obregón en su trato con los enemigos, porque él fue testigo de sus duras decisiones respecto de la vida o la muerte de personas. ¿Qué le lleva entonces a poner en riesgo su posición política y económica eminente, su prestigio, su vida y la de los suyos? ¿Por qué no hacer lo que hicieron los Almazán o los Sáenz: dedicarse a hacer negocios y a conservar lo alcanzado en la lucha revolucionaria? Las respuestas pueden buscarse en los espacios propios de las pasiones del poder, en los que la ambición es soberana, y en la esfera ideológica que en Serrano es la no reelección presidencial y el fin del imperio del caudillo. Una cosa más: el valor demostrado por el hombre a lo largo de la campaña presidencial, hasta el momento de su aprehensión o en los últimos minutos de su existencia, es parte noble de su vida. Su esfuerzo pasa a la historia, con trágico signo, en la línea de quienes alguna vez ignoraron al más poderoso, como fue Venustiano Carranza, o de plano lo desafiaron, como Adolfo de la Huerta.

Como antecedentes del libro que presentamos, y que fueron de gran utilidad, son de mencionarse, entre otros, los trabajos siguien-

tes: la tesis profesional de Javier García Méndez, *Huitzilac, versión no oficial* (1989); *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre*, de Francisco Javier Santamaría (1939); *La matanza política de Huitzilac*, de Celia D'Acosta (1976), *El anti-reeleccionismo como afán libertario de México*, de Vito Alessio Robles (1993); *60 años en la Vida de México, 1920-1940*, del general Ignacio Richkarday (1963), *La tragedia de Huitzilac*, de Héctor Olea (1971) y *La sombra de Serrano*, serie de artículos publicados por la revista *Proceso* en 1980. Con sus virtudes y sus defectos, la mayor parte de ellos son testimonios periodísticos o partidarios, que nos ayudaron a ubicarnos en un tema muy complejo, quizás el más difícil al que nos hemos enfrentado en nuestra tarea de biógrafos de personajes de la Revolución. En diferentes momentos, ellos echaron luz en la oscuridad de una de las figuras más apasionantes de un periodo tan importante de la historia de México en los años veinte.

Deseo dejar constancia de mi gratitud a todas las instituciones y personas que me ayudaron de diversas formas a llevar adelante este libro. La Universidad Autónoma Metropolitana proveyó todo tipo de apoyos indispensables, de los materiales a los morales, y mis amigos y colegas siempre me animaron a llevar adelante un esfuerzo que bien valió la pena. El Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI) me puso al tanto de la Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública y su aplicación, que sitúa a México en una situación a la par de los países más adelantados en la materia. La Secretaría de la Defensa Nacional, con su excelente archivo histórico, y al subteniente Sergio Martínez Torres, que además de su eficiencia es un impresionante conocedor del tema, me permitieron la consulta sin límites de todo el material que me interesaba. El periódico *El Universal* me dio todo tipo de apoyos para hacer uso de su magnífica hemeroteca; hago constar la enorme deuda que tengo con Alejandro Jiménez y su equipo. El Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca fue de gran ayuda, y más todavía la fina atención de su directora Norma Mereles de Ogarrio y de su amable personal. Al Banco de México y a la licenciada Graciela Andrade, por dejarme consultar sus archivos históricos tan interesantes. El Archivo Histórico-Diplomático Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores me permitió conocer algunas partes de la vida diplomática del biografiado. Colegas míos me tendieron la mano sin restricciones cuando les solicité

información y consejo, como los historiadores Zacarías Márquez, Dudley Ankerson, Elvira Buelna, Begoña Hernández, Delia Salazar, Mercedes de Vega, Josefina Moguel y Pablo Serrano. María Eugenia y Francisco Castillo Nájera me permitieron revisar los papeles de su abuelo que me revelaron datos interesantes. Federico Serrano hace algunos años puso en mis manos información muy útil y me contagió de su entusiasmo porque algunas verdades fueran conocidas por el público. Reconocimiento especial hago a don Reynaldo Jáuregui Serrano, en quien tuve una valiosa fuente de la memoria de la época, y sobre todo, una profunda amistad y afecto que guardaré toda mi vida. De la misma manera, deseo expresar mi gratitud hacia la joven historiadora, brillante alumna, Eunice Ruíz, sin cuya ayuda generosa y desinteresada en el Archivo General de Notarías de la Ciudad de México no hubiera podido saber nunca del aspecto patrimonial de la vida de Serrano. Mario Velasco me permitió optimizar los recursos de la computadora y me dio valiosas orientaciones para mejorar el aspecto técnico del trabajo. Agradezco también las interesantes charlas que tuve con don Pablo Buelna, Gloria y Graciela Serrano Avilés, y su amable hospitalidad en sus hogares, en aquellas mañanas y tardes en que platicamos del tema que a todos nos interesaba.

Además, deseo agradecer la cortesía por las fotografías que ilustran el libro a don Reynaldo Jáuregui Serrano, María Eugenia Castillo Nájera, Francisco Castillo Nájera y Rubén Montero.

I

DE LA PERIFERIA AL CENTRO DEL PODER

Francisco Roque Serrano nace el 16 de agosto de 1889 en Rancho de Santa Ana, Distrito del Fuerte, Sinaloa, miembro de la familia integrada por don Rufino Serrano y doña Micaela Barbeytia Álvarez y su numerosa prole: Manuel (fallecido tempranamente), Manuel, Aurelia, Amelia, Argelia, Rufino (fallecido tempranamente), Rufino, Felipe, Micaela, Rómulo, Adela, Francisco Roque y Dolores. La dureza de la vida y la pobreza sin remedio del lugar natal llevan a don Rufino a transitar nuevos caminos. Prueba suerte en el cercano pueblo de Toro, luego en Ahome y Villa del Fuerte, para recalar finalmente en Huatabampo, cuando Francisco Roque tiene apenas cinco años. Es penoso para el patriarca cargar con tantos desde el solar nativo, y matar sus sueños de minero, ese delirio por encontrar la dorada veta o el placer en el río o en la sierra. La terca realidad se le impone y la solución en la necesidad familiar estaría en la agricultura y acaso en el comercio. La tierra prometida es el pueblo de Huatabampo, pequeño caserío de dos o tres calles, tan común y corriente como tantos otros que brotaron a la vera de las tierras de la colonización agrícola en el norte, bárbaro por su clima y por su gente. Fundado apenas en 1892, en una misión franciscana al margen de los ríos Álamos y Bachoca, resulta de la política pacificadora de los mayos rebeldes, puesta en práctica después de que arrasaran con Navojoa, la población de importancia más cercana.¹ La idea del gobierno es la de ofrecer tierras a los que quisieran cultivarlas, al lado de los que son asignadas a los indígenas, con muy buenos resultados, porque blancos y naturales aprenden en paz a construir su casa común.

Al poco de establecerse en el lugar, los Serrano Barbeytia pronto se encuentran con los Obregón Salido, agricultores precarios a la

que se parecían, entre otras cosas, por su insólito número de miembros y por su modesta condición. Las dos familias sufrirían prematuramente la orfandad paterna. Eran como muchas otras similares en las regiones norteñas, y de no haber sido por los acontecimientos revolucionarios, habrían pasado sin dejar más memoria —si acaso— que la de sus descendientes. El mayor de los Obregón Salido es Lamberto, de singular barba, que recuerda al presidente Rómulo Díaz de la Vega, y que acaba casado con Amelia Serrano, hermana de Francisco. El menor de quince es Álvaro, dicharachero, bromista, puntalero, astuto y de bravo carácter. En Huatabampo dominan las actividades agrícolas y los oficios vinculados, y un joven no tiene mucho de donde escoger si carece de tierras: los negocios abarroteros, los pequeños puestos en la administración municipal, el ejercicio del magisterio y poco más que contar. En este flaco y alejado pequeño mundo, se sufre por ganar el sustento y nadie se imagina que un día será centro imaginario del país, que varios de sus rústicos pobladores estarían en la fila de los vencedores de la Revolución y el poder de toda una nación. Quién soñaría, en el crepúsculo de la dictadura, bajo el sol a plomo sobre su cabeza, que en su nombre y de los suyos correrían ríos de tinta y también de sangre.

En Huatabampo no se oyen los crujidos del agrietado edificio porfiriano y el estruendo de sus techos desplomados. Poco o nada se sabe de lo que ocurre en San Luis Potosí, en Yucatán, en Veracruz o en la Ciudad de México. «Pueblo encanijado y gris, Huatabampo siempre cubierto de polvo»,² es un punto ignorado en los trazos de los cartógrafos. Francisco R. Serrano asiste a su única escuela primaria, un jacalón de cuartos corridos, recuerdo de mejores tiempos, de aplanados de cal en el adobe reseco y gastado. Con buen aprovechamiento, bajo la guía del mentor don Ignacio F. Castro, Panchito aprende a leer y escribir. Único hombre joven de la casa, dada la ceguera de su hermano Manuel a causa del sarampión, y del fallecimiento prematuro de los demás varones, pronto es el brazo derecho de su padre. Conoce de responsabilidades desde temprana edad, porque no tardará en ser el único proveedor de la familia. ¿Sería ésta la clave de su maduración precoz? Claro que sí. ¿Cuándo empezaría a tratar a Álvaro Obregón? Es de suponerse que al llevarse nueve años, una distancia enorme cuando se es niño o joven, difícilmente pudieron ser amigos

de juegos, pero debido al noviazgo y posterior matrimonio de Lamberto Obregón y Amelia Serrano, entre las familias y sus miembros se tienden fuertes lazos de afecto y parentesco, indestructibles a pesar de las tragedias del porvenir. En aquellos años de la juventud, de romances, de bailes los viernes, de comidas los sábados, de domingos días de campo a orillas del río, los Obregón y los Serrano serían más que amigos.

El futuro promisorio de Huatabampo no lo es en la medida de los sueños de los Serrano Barbeytia. Francisco Roque, la esperanza de la familia, debe prepararse, y pronto, en una carrera que le permita ejercer un empleo y solventar los gastos domésticos. Así, al terminar la primaria en 1902 y apenas con trece años, es enviado a Villa del Fuerte a aprender un oficio, con un viejo conocido de su padre, un antiguo coronel y profesor de nombre José Rentería, que regentea una escuela local. Pancho resulta ser un muchacho listo y atento, así que se empeña en el estudio de la teneduría de libros. Entre los números y las diversiones propias de su edad y fuera del alcance paterno, Serrano pasa por esos años en compañía de quienes algún día figurarían notablemente en la política local y hasta nacional. El mismo Rentería algún día sería gobernador, Antonio A. Guerrero diputado constituyente y general obregonista, Manuel Lugo jefe de las guardias presidenciales de Calles, Fausto Topete general y gobernador de Sonora, Alfredo Delgado general y gobernador de Sinaloa, entre otros.³ Son los tiempos del impertérrito gobernador de Sinaloa, el general Francisco Cañedo, réplica local de su jefe el general Porfirio Díaz.

Al terminar los dos años de contabilidad, Pancho Serrano trabaja en Villa del Fuerte en la tienda de don Fortunato Vega, pero ya con inquietudes políticas en paralelo a los negocios. Su jefe le presta libros de los anarquistas Rhodakanaty, Kropotkine, Reclus y otros, que por entonces circulan ampliamente en ediciones baratas, así como periódicos de oposición tales como *El Hijo del Ahuizote*, *El Diario del Hogar* o *Regeneración*. Vega le contagia su fervor anticañedista y lo convierte a la causa de quienes se oponen al gobierno de Díaz. Serrano siente que el ambiente político le asfixia y lo constriñe en sus todavía vagas aspiraciones políticas, y en esta línea, uno de sus biógrafos le acredita una frase inolvidable: «reelección es sinónimo de castración». Contando apenas con quince años y atraído por un aumento de sueldo, pasa a la casa de don Cosme Almada Becerra en Na-

vojoa, donde es tenedor de libros, a la vez que lleva la contabilidad de otros negocios de la localidad. Ya para entonces es el sostén de su familia, porque las finanzas paternas van de mal en peor. Tres años después se traslada a Mocorito, para trabajar en el negocio de don Manuel J. Esquer, en el que también es tenedor de libros y apoderado, y después a Álamos, con don Lauro Quirós, cuya tienda «El Amigo de los Pobres» es mejor conocida como «El Amago de los Pobres».⁴ Estamos en 1907 y le vemos probando suerte en el periódico *Criterio Libre*, donde se encarga de una columna que ataca al régimen y revela un manejo aceptable de la pluma que mejoraría con el tiempo. Repudia la última reelección del general Cañedo, y en alguna visita a Culiacán, es reconocido por un agente del gobierno y consignado a la cárcel acusado de injurias, expediente favorito del régimen para enfriar los ánimos de los opositores. Cañedo mismo tuvo curiosidad de conocer a quien tan duro le atacaba, y al tenerlo de frente, rejas de por medio, el gobernador le pregunta la razón de su enemistad, si ningún mal le hace. Su lacónica pero elocuente respuesta, digna de la memoria, fue: «A mí nada, sino al pueblo.»⁵ El viejo Cañedo, en lugar de enojarse, celebra el valor del joven tigre y ordena que se le retiren los cargos, y se le libere de inmediato.

Pancho está poco dispuesto a seguir una carrera en el mundo de los negocios pueblerinos, pero tampoco hay mucho de dónde escoger. En 1908 acepta un nuevo empleo, ahora en la construcción del Ferrocarril Sur-Pacífico, que tiende sus vías desde Nogales hasta Guadalajara. En la estación de Quilá, ejerce como tomador de tiempo y rayador de la compañía, desde su oficina, un vagón anclado en una vía muerta. Se ignora dónde se origina la historia de que aquí Serrano se pone a prueba como actor y comediante, «payaso» dirían sus detractores. Se ha dicho que participó en alguna función teatral o de circo aquí o quizás en Navojoa, e incluso que fue parte de una compañía teatral ambulante, con el mote de «Tamborino», porque cargaba un tambor yaqui que aprendió a tocar por ahí. No hay ninguna evidencia que sostenga cualquiera de estos dichos, pero es claro que la leyenda pretende degradar su personalidad. Ciertamente o falso lo anterior, Pancho Serrano se divierte cuando puede y en algún sarao conoce a Amada Bernal López, hija de una familia tradicional de San Ignacio, con quien se casa el 11 de octubre de 1912 en dicho lugar; ése fue su único matrimonio, sin descendencia.⁶

En junio de 1909 fallece repentinamente el gobernador Cañedo, hecho que desata una inusitada crisis sucesoria. Para reemplazarlo, la oligarquía sinaloense cierra filas en torno a Diego Redo de la Vega, miembro de una de las familias más poderosas del estado, dueña de haciendas, comercios, fábricas de hilados y tejidos e ingenios. Los inconformes con el régimen imperante, entre los que se encuentra Francisco R. Serrano, ponen sus ojos en José Ferrel Félix, periodista de larga trayectoria de oposición. Animado como muchos de la esperanza nacida de la entrevista del presidente Díaz con el periodista James Creelman, Ferrel se lanza a la competencia electoral, confiado en que si «la democracia es una tarea del pueblo; la obligación del gobierno es respetarla». Miembro menor de la elite sinaloense, reúne tras su personalidad a empleados públicos, profesionistas, pequeños comerciantes y obreros. Serrano se inclina por el ferrelismo, aunque no desempeñó un papel de primera línea.⁷ A la postre, en virtud de lo que se conoce como el «gran fraude electoral», Redo se impone a su contrincante y Ferrel se apaga tan pronto como se encendió, hasta desaparecer de la escena política.

La vida en Sinaloa carece de atractivos para Pancho, por lo que regresa a Huatabampo con los suyos, lugar donde se encuentra cuando don Francisco I. Madero visita durante su gira de propaganda en el noroeste. Serrano se presenta ante él y, junto con Benjamín G. Hill, funda el club antirreeleccionista de Navojoa. Hill, sinaloense como él y establecido en Navojoa como agricultor, es el maderista más entusiasta, y al estallar la violencia revolucionaria, es aprehendido y recluido en la penitenciaría de Hermosillo, donde permanece hasta abril de 1911. De Serrano no se tienen mayores noticias de su participación en el movimiento contra Porfirio Díaz, excepto la escueta versión de Ramón Puente, en el sentido de que «fue de los primeros en levantarse en armas militando bajo las órdenes de Benjamín Hill, que había sido el alma de los partidarios de Madero en aquellas regiones».⁸ Sus amigos del lugar se dividen en sus preferencias políticas, y hay uno que se mantiene a prudente distancia de los acontecimientos, observando hacia dónde se inclina la balanza. Se trata del simpatizante del porfirista Ramón Corral y escéptico del maderismo, Álvaro Obregón Salido, recién viudo que por entonces pretende el consuelo —sin lograrlo, porque fue rechazado— en una de las hermanas de Pancho.

La revolución de Madero triunfa y Serrano encuentra en este hecho su primera oportunidad política. Por un azar de acontecimientos, el gobernador de Sonora José María Maytorena lo nombra su secretario particular, cargo que ocupa entre 1912 y 1913. Se ignora cómo Serrano logra el puesto, aunque se especula que en ello tuvo que ver Ismael Padilla, secretario de gobierno, a quien habría conocido en Culiacán durante la campaña ferrelista.⁹ Las razones de este empleo son imaginables, porque cuenta con las cualidades necesarias para desempeñarlo con éxito. Posee una clara inteligencia, capacidad de trabajo, nervios de acero, habilidad política y plática agradable, salpicada de humor y picardía. Pero su encomienda es complicada debido a las difíciles circunstancias políticas por las que atraviesa su jefe Maytorena. En aquellos meses el gobernador apenas saca la cabeza, tratando de sobrevivir frente a la hostilidad de los simpatizantes sonorenses de Carranza, como Álvaro Obregón —ahora políticamente correcto—, Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta, y otros, ya unidos en una suerte de bloque político-militar que dará mucho de qué hablar en el futuro. Aislado entre los suyos, a Maytorena no tiene otra que buscar aliados fuera de su estado, y nadie mejor que Pancho Villa, el vitriólico guerrero que comparte su antipatía hacia los socios de Carranza. En ese mundo rudo de la política, Serrano debe empeñar sus mejores esfuerzos para fungir como negociador, tarea facilitada por sus vínculos de familia con Obregón. Cuando Maytorena deja su cargo por seis meses «para curarse un mal» en la ciudad de Tucson, Serrano le acompaña en ese autoexilio causado en realidad por su negativa a repudiar el golpe de Huerta contra Madero.¹⁰ Pero Serrano ya conoce el poder y no piensa abandonarlo, así que decide regresar a México en compañía de Adolfo de la Huerta, quien ha intentado sin éxito convencer a Maytorena de tomar de nuevo las riendas de la gubernatura sonoreNSE. Paso seguido, Serrano y Francisco Manzo se dirigen a Nogales, y De la Huerta hacia Agua Prieta, para encontrarse con su amigo y correligionario Plutarco Elías Calles.¹¹

Un propósito le guía en esta decisión: ponerse a las órdenes de Álvaro Obregón, quien arrebató la plaza de Nogales al coronel federal Emilio Kosterlisky. Lo recibe cariñosamente y le nombra encargado de la recaudación de los impuestos de la aduana, la reorganización de las oficinas federales y la pagaduría de los haberes de las tropas.

Sus habilidades administrativas, con toda una experiencia ya acumulada en pequeños negocios, le serán útiles para realizar sus tareas desde ahora y hasta el fin de la lucha revolucionaria. Es bajo de estatura, delgado, de frente ancha y de ojos astutos, y no le abandona su humor campirano ni su facilidad para las frases ocurrentes y chistes oportunos. Con el grado de capitán —el que correspondía a la función realizada—, Serrano se incorpora al Estado Mayor de la Columna Expedicionaria de Sonora el 1 de marzo de 1913 y, a partir del 1 de octubre del mismo año, desempeña la misma posición en el Cuerpo de Ejército del Noroeste. Participa en las batallas del general Obregón: Cananea (26 de marzo de 1913), Santa Rosa (12 de mayo), sitio de Ortiz y Santa María (19 al 26 de junio), sitio de Guaymas (26 de junio al 13 de julio), Cruz de Piedra, La Bomba (10 de agosto a 25 de octubre), Culiacán (8 al 14 de noviembre), Isla de Piedra (5 al 10 de mayo de 1914), Orendáin (6 a 8 de julio, lo que abre la plaza de Guadalajara), Colima (19 de julio).¹² Obregón se alegra de la cercanía de su joven amigo de Huatabampo. Cuando entra a Guadalajara en compañía de los generales Manuel M. Diéguez y Benjamín Hill, Serrano marcha a su lado. En el curso de solamente año y medio pasa de teniente coronel a general de brigada, y es nombrado por Obregón su jefe de Estado Mayor, para sustituir al coronel Díaz de León.¹³ En esta posición se advierte su presencia administrativa una vez más, al estampar su firma junto a la del general Obregón en los famosos *bilimbiques* emitidos en varias de las ciudades tomadas por el Cuerpo de Ejército del Noroeste. Desaparecido el papel moneda del porfirismo, los sonorenses imprimen el suyo para realizar los pagos de haberes y suministros. Hueros de racionalidad financiera, en su sentido más estricto, dichos *bilimbiques* son aceptados por los comerciantes, so pena de ser señalados como «enemigos de la Revolución», y castigados con muerte, prisión o confiscación de sus propiedades. Quien tuvo la feliz ocurrencia, se dice, fue un estadounidense que vivía en Sonora, llamado William Weeks, quien pagaba con notas redimibles en sus propios negocios, y de aquí que de los «william-weeks» se pasara a «bilimbiques».¹⁴ Serrano es ahora el superior de oficiales de mérito, «capitanes del ensueño» lo mismo que Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, con quienes establecería una estrecha relación de compadrazgo y de negocios.¹⁵ Así, en febrero de 1918 Garza y Serrano constituyen una sociedad de nombre colectivo «para el fo-

mento de los trabajos de agricultura emprendidos en el Río Mayo, la cría de ganado en general, y toda clase de operaciones relacionadas con estos ramos». ¹⁶ No podía negar la cruz de su parroquia.

Serrano y Obregón, como siempre, se entienden a las mil maravillas, y el jefe tolera ciertos excesos de su subordinado. Frente a quejas por la afición de Pancho al alcohol, recuerda lo dicho por Lincoln en una situación semejante, que involucraba al general Grant, cuando preguntó la marca del whiskey que acostumbraba tomar, para enviar unas cajas a sus colaboradores, a ver si de esta manera podían igualar su magnífico desempeño en sus tareas. A pesar de su gusto un tanto rocambolesco por las copas, las mujeres y el dinero, Serrano jamás faltaba a sus deberes, como lo explica Djed Bórquez:

¡Qué inteligencia, qué decisión y qué manera de trabajar la de Serrano! Era un hombre que abarcaba con facilidad todos los problemas y a quien no había que explicar las cosas dos veces. Las tomaba al vuelo y era capaz de entenderlas, con un simple enunciado. Cuando se trataba de descifrar los mensajes del enemigo, Serrano lo hacía teniendo a mano cualquier indicio. Con una sola palabra que descubrieran, tenía para comprender los telegramas hechos con aquellas claves circulares que se han usado tanto en los ejércitos. ¹⁷

Más que un subordinado obediente y disciplinado, listo para recibir las órdenes superiores, posee la virtud de la iniciativa, cualidad que mucho aprecia el general Obregón:

Acompaña a Obregón en todos sus triunfos; le sirve de amigo, de consejero, de guía, de administrador. Obregón tiene una memoria prodigiosa; Serrano una inteligencia sutil. Entre ambos elaboran los planes y Serrano toma la parte más ardua en la ejecución. Es el brazo derecho, el alter ego, la luz para iluminar el sendero; en la lucha para vencer a Villa y debilitar su poder, a Serrano le toca un cincuenta por ciento. ¹⁸

Después de una impresionante serie de victorias, en agosto de 1914 el Ejército Constitucionalista está a las puertas de la Ciudad de México, acampado en Teoloyucan y en espera de sus autoridades constituidas. El Primer Jefe confirma al general Obregón la misión

conferida para pactar la rendición del ejército federal y le amplía sus facultades para asumir el control político de la capital. Obregón requiere la presencia de delegados que en nombre del ejército y la armada federales traten con él las cláusulas para la disolución de los que son todavía los cuerpos estatales del país. El licenciado Francisco Carvajal, hombre de paja del huertismo, no es invitado, así que resuelve retirarse de su puesto, dejando al frente del ejército federal al general José Refugio Velasco, secretario de Guerra, y a la cabeza de la autoridad civil del Distrito Federal a su gobernador Eduardo Iturbide. Al general Francisco R. Serrano se le encomienda la tarea de convencer y dar las garantías necesarias a ellos y a los demás delegados.¹⁹ Desde una distancia prudente, Serrano es testigo de la puesta de las firmas sobre la salpicadera de un automóvil. Sin ceremonias y con estilo reseco, empieza una nueva etapa en México, la de los revolucionarios.

Dos días después el general Obregón entra a la Ciudad de México acompañado por una división de infantería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, su artillería y un contingente de caballería, formando una impresionante columna de cerca de seis mil hombres. Junto al joven caudillo, un poco atrás, se ve la delgada figura de Serrano, que de lejos semeja a la del general Pascual Orozco. Obregón es recibido con entusiasmo fingido por una ciudad a la que nunca quiso, como lo demuestra el párrafo de esta carta que enviaría a Soto y Gama en marzo de 1915:

La prueba de la degeneración moral de esa ciudad de México se está dando en estos momentos en que se forma allí un cuerpo de hembras cursis para la defensa social, porque los hombres, engendrados bajo el imperio del pulque, nunca tendrían valor para coger una arma.²⁰

Cuatro días después hace su entrada el Primer Jefe Carranza, y a su vera, el más brillante de sus generales, así como de otros jefes revolucionarios entre los que se encuentran Jesús Carranza, Lucio Blanco, Juan C. Cabral, Francisco Coss, Jesús Agustín Castro, Eduardo Hay, entre otros. Serrano, en su calidad de jefe de Estado Mayor de Obregón, da la orden por la que se regiría el desfile a la entrada de Carranza: se coloca a la derecha del Primer Jefe a Obregón, y a la izquierda al general Pablo González, jefe del Ejército del Noreste, y luego se

colocaban los demás. Por increíble que parezca, a González le disgusta cabalgar a la siniestra y no a la diestra del señor Carranza, posición que se le niega, de aquí que opte por no participar en el desfile.²¹ Las crónicas recuerdan que más de trescientas mil personas les «aclaman» a lo largo de seis horas, de la Calzada de la Verónica al Palacio Nacional, en una marcha detenida constantemente ante la muchedumbre curiosa, deseosa de ver de cerca a los nuevos amos del país.

Obregón, el hombre práctico del norte, conoce sin embargo el valor de los símbolos, como es la tumba de Francisco I. Madero, en el Panteón Francés de la Piedad. Esta visita está plagada de ironías y frases incómodas. Obregón, a quien casi nada le faltó para ser antimaderista, llega al cementerio con Serrano, cuyos huesos algún día serían depositados cerca de ahí, después de que su jefe lo mandara asesinar. Con ese histrionismo que no le abandona ni por un momento, su figura se planta como en el centro de un escenario cuando la ópera —o la opereta— va a comenzar. Se hace un suspenso, y el acto inicia. Dejemos a Jorge Aguilar Mora que nos relate lo que sigue:

Al final, el impulsivo general tomó la palabra y supuestamente improvisó una arenga, ampulosa como las anteriores, pero fogosa y apoyada con movimientos violentos de los brazos. Fue en su desenlace que la arenga reveló las verdaderas intenciones del general. «No tienen excusa —dijo ya con un tono concluyente —los hombres que pudieron cargar un fusil y que se abstuvieron de hacerlo por temor de abandonar sus hogares». Hizo una pausa, un silencio que anunciaba la verdadera determinación de sus palabras, y continuó reforzando el tono suspendido de sus últimas palabras: «Yo abandoné a mis hijos, huérfanos...», y acompañó su confesión personal con el movimiento de su mano hacia la funda de su pistola, «... y como sé admirar el valor, cedo mi pistola a la señorita Arias (María Arias Bernal), que es la única digna de llevarla». Se volvió a su izquierda y se la entregó a una mujer menuda pero de expresión resuelta y, quizás, intransigente...²²

Y así Obregón entrega su escuadra al «más valiente» de la capital, la mujer que sería conocida como «María Pistolas», en un gesto inolvidable por su dramatismo, en una provocación tan ruda como

innecesaria, porque otros hombres y mujeres también arriesgaron sus vidas frente a la dictadura huertista. Pero falta a la verdad, aunque sea en parte, pues él tampoco cargó el fusil cuando Madero llamó a las armas, y quizá con los mismos argumentos. Lo importante, en todo caso, es el efecto de aquellas palabras dichas de esa manera, en ese momento, en ese lugar. Es una declaración de desamor de Obregón hacia los habitantes de la gran ciudad, «alimentados con pulque», como gustaba afirmar.

Una amenaza se cierne sobre la unidad de los constitucionalistas: en Chihuahua el general Francisco Villa está al punto del rompimiento con la Primera Jefatura, a causa de los golpes de los generales Benjamín Hill y Plutarco Elías Calles a su amigo y aliado, José María Maytorena. A Obregón le preocupa la situación, porque cree mejor tener al Centauro del Norte en paz, por lo que decide visitarlo para resolver las diferencias existentes. El Primer Jefe, perturbado por los riesgos que entraña este encuentro, acaba aceptando sin mucho entusiasmo los argumentos de Obregón. Por su parte, Francisco R. Serrano intenta hacerle ver lo inútil de la gestión. Le argumenta infructuosamente que va directo a la boca del lobo, y le propone que en todo caso le invite a platicar en la Ciudad de México, en la convención de revolucionarios que pronto tendría lugar:

Mira, Pancho, más vale llevarnos bien con Villa y que no nos metamos en un pleito que sólo Dios sabe cómo y cuándo saldremos. No quiero ni pensar lo que pasaría si lo regresamos al lugar de donde vino, donde robaba vacas y mataba a sus dueños.

Después de escuchar las obstinadas razones de Obregón, Serrano abandona la Casa Braniff de Paseo de la Reforma con rumbo a su domicilio. A la mañana siguiente está puntual en la Estación Colonia para tomar el tren con su jefe y con sus compañeros del Estado Mayor, los capitanes Robinson y Villagrán. Una escolta de quince soldados les acompañan, así como dos corresponsales de la prensa norteamericana a la caza de alguna noticia espectacular. Al pie del estribo del vagón se encuentran los oficiales Aarón Sáenz, Jesús M. Garza y Enrique Osornio, que despiden con grandes aspavientos y ruidosos abrazos a sus camaradas que van a jugarse el pellejo. Para matar el tedio —estarían casi tres días en movimiento— los viajeros platica-

ron, durmieron, jugaron baraja, contaron chistes todo el camino. Al general Obregón le divertía oír sus propias ocurrencias y chistes:

Una vez caminaba por la ciudad de México, y le regalé a un limosnero ciego un azteca. Al recibir el donativo, el pordiosero reconoció el oro por el ruido que hizo en su lata de sardinas vacía, y me dijo: —¡Muchas gracias, general! Yo lo observé con malicia y le pregunto: —Si no puedes ver, ¿cómo sabes que soy general? —¡Porque en estos tiempos cualquier pendejo es general!—, me contestó. De puro gusto, le di otro, y más contento se quedó todavía. Cuando me dijo gracias, y me llamó señor general de división, mejor le corrí, porque si no me iba a dejar sin dinero.

Las risotadas a su alrededor estallan de inmediato. El general Obregón es muy ocurrente, y bien ganada tiene su fama. Le gusta desafiar a su propia capacidad memorística, improvisa juegos en los que recuerda en orden directo e inverso nombres, lugares, objetos, fechas. Con este ánimo de fiesta —quizá para aplacar los nervios— el 16 de septiembre, muy de mañana, el general Obregón y sus acompañantes llegan a la ciudad de Chihuahua. Pero la estación está desierta, sin bandas de música ni comité de bienvenida. Cuando ya habían puesto los pies en el suelo, buscando un alma por algún lado, aparece sudoroso el general Rodolfo Fierro, quien lleva la disculpa de que el general Villa no podía recibirlos, pero los invitaba a presenciar el desfile de la Independencia desde los balcones del Palacio de Gobierno y hacia allá se dirigen, todavía no recuperados de tantas horas de viaje.

Poco después de las diez de la mañana empieza el desfile, en el clima tibio del desierto chihuahuense antes de los fríos del estepario otoño. Sonriente como es su costumbre cuando se encuentra ante el público, jala a cada lado suyo a Obregón y a Serrano. A la cabeza de la parada van los célebres Dorados, y por espacio de más de tres horas una poderosa fuerza de caballería, infantería y artillería, luce ante los ojos verde selvático de Obregón:

¡Mire, compañerito, éstos son los muchachos de mi compadre Tomás Urbina! Aquéllos del general Rodolfo Fierro, los otros son los de Raúl Madero. Aquel grupo que ve lo manda el más famoso artillero mexicano, el general Felipe Ángeles.

Elogiar a Ángeles en presencia de Obregón es una falta de delicadeza, por no decir una impertinencia difícil de tolerar. Pero Villa sabe lo que hace, porque también es astuto y rencoroso. Conoce de sobra los episodios en que Ángeles y Obregón chocaron como en colisión de trenes. Imagina con la rapidez de un rayo que Obregón envidia con toda su alma a un militar de verdad, graduado en los mejores colegios y con una educación más que sobresaliente. Él, en cambio, es un agricultor improvisado en las armas, devoto lector de Vargas Vila, producto circunstancial de una vorágine en la que resulta vencedor. Ya habrá tiempo de arreglar pendientes, pero por ahora reinan la risa y la sonrisa. Durante el tiempo en que las tropas desfilan frente a los invitados, Villa no tiene otro tema de conversación que la buena organización y lo bien pertrechada que está la División del Norte, advirtiendo que aquellas tropas no eran ni la mitad de su contingente. Una vez terminado el desfile, los invitados pasan al Palacio Federal a visitar los impresionantes depósitos de armas y cartuchos allí contenidos. Con la discreción del caso, Obregón le pregunta a Serrano cuál creía que era el contingente de la División del Norte que acaba de ver, y recibe como respuesta «cinco mil doscientos hombres, a lo sumo, con cuarenta y tres cañones». Mañosamente, Serrano ha contado minuciosamente tropas y artillería, y nota que desfilan con cierta lentitud, en más de una vuelta, como maniobra para impresionar a sus invitados.

Una vez concluida la parada, Obregón, Serrano, Robinson y Villagrán se reúnen a comer con los generales Raúl Madero, José Isabel Robles y otros. Mientras sacian su apetito, el general Obregón les pide su ayuda para que Villa no rompa con el Primer Jefe, hecho que se teme seriamente en esos momentos. Todos ellos, sin excepción, convienen en que Villa se dispone a dar ese paso y prometen hacer lo posible para convencerlo de los inconvenientes del distanciamiento, si bien culpan a Carranza de la situación. En la noche del mismo día tiene lugar un baile en el Teatro de los Héroes, al que asisten Obregón y los suyos a una velada en la que amanecen. Cuando apenas empezaban a descansar, Obregón ordena al mayor Julio Madero que tome el tren a Ciudad Juárez (que en ese momento salía), con instrucciones dadas al oído. Poco tiempo después, todavía con el cansancio del trajín del día anterior, se dirigen a la casa del

general Raúl Madero a desayunar. A poco de concluir la ingesta de sus alimentos, se presenta un oficial del Estado Mayor de Villa para solicitar al general Obregón que pase de inmediato a hablar con él.

Al llegar a la Quinta Luz, en cuanto ve al sonorense, Villa le reclama: «¡Los generales Hill y Calles creen que van a jugar conmigo y se equivocan! ¿Lo oye usted?... ¡Se equivocan!» El general Villa cuenta con la palabra de Obregón de que Calles y Hill no atacarían a José María Maytorena. Hecho un basilisco, Villa le muestra un telegrama de Maytorena, quien le informa de los movimientos de los amigos de Obregón para atacarlo. Villa acusa a su interlocutor de ser un traidor merecedor del fusilamiento, a menos que «cambie los actos de su conducta».²³ Y dirigiéndose a gritos a un oficial de su Estado Mayor pide que le lleven una escolta de veinte hombres para llevarlo al paredón. Luego encarga a su secretario particular Luis Aguirre Benavides el envío de un telegrama a Hill y Calles en nombre de Obregón, ordenándoles que salgan inmediatamente para Casas Grandes. Con una sangre fría que conserva a lo largo de este episodio, le hace ver que esas órdenes no serán obedecidas, porque aquellos generales tienen instrucciones de acatarlas solamente cuando le sean comunicadas por conducto del mayor Julio Madero, quien ya se encuentra con ellos. «Ya verá usted cómo de Pancho Villa nadie se burla ¿Pues qué se están creyendo? Ahora mismo los voy a quebrar... jijos...» Sonriendo contestó el general Obregón:

No sé si en verdad quiera usted fusilarme, señor general. Pero no más esto le digo: fusilándome ahora, a mí me hace usted un bien y usted se causará un mal. Porque yo ando en la Revolución dispuesto a perder la vida por ella, para que se me glorifique, mientras que usted no anda en estas luchas para perder su honra, y no dude que si me fusila, su honra se perderá.

«Mirando que con sus expresiones sólo buscaba engañarme, pues mi honra no había de sufrir por fusilar yo un hombre que me venía a traicionar hasta mi propia casa, ni a él habían de glorificarlo muriendo por traidor», Villa decide seguir adelante.²⁴ En ese momento llega el pelotón al mando del mayor Cañedo, pero antes de que el jefe de la División del Norte pudiese dar sus órdenes, inespere-

radamente se precipita en el cuarto doña Luz Corral de Villa, quien echándose a las plantas del hombre enardecido exclama: —¡Pancho, por Dios, qué vas a hacer! Por tus hijos—, y llorando copiosamente, le pedía que no fuera a fusilar al general Obregón. Al poco tiempo llegan el general Raúl Madero, José de la Luz Herrera y Roque González Garza, quienes lo rodean y casi en peso lo sacan de la habitación donde estaba el jefe del Ejército del Noroeste y los dos miembros de su Estado Mayor. El general sale «lanzando un torbellino de imprecaciones y amenazas», y los sonorenses por esta vez viven para contarlos.

Al día siguiente continúan las emociones fuertes. Obregón y sus acompañantes se presentan de nuevo en la casa del general Villa, a quien se le pasa el coraje del día anterior. Obregón le plantea la necesidad de discutir los problemas pendientes, en la asamblea de generales que se reuniría en la Ciudad de México para consolidar en definitiva el triunfo revolucionario. Tocado por las palabras de Obregón, Villa le hace una insólita propuesta: se compromete «a echar para el Suchiate» a Carranza y a Pablo González, para que Obregón se convirtiese así en presidente de la república. Pero el sonorense se niega de inmediato, con el argumento de que no cometería una traición. Sintiendo agravado por esta referencia que le acusa de desleal, saca su pistola, pero luego la vuelve a enfundar, decidiendo en cambio llamar a una escolta para fusilarlo... ¡Una escolta, una escolta!²⁵ De nuevo se presenta el mayor Cañedo, quien pone un centinela de vista al general Obregón, y a Serrano y Robinson los lleva a la habitación contigua, con otro guardia. Las habitaciones se comunican a través de una puerta que ha quedado abierta. Villa entra de pronto a la habitación de Robinson y Serrano. Al primero le estruja el hombro y le dice que si no quiere morir le diga a su jefe que saque a Hill y a Calles de Sonora. Dirigiéndose a Serrano, Villa le pregunta quién es, a lo que el interpelado responde que es necesaria una plática entre ellos «como los hombres». Le acerca una silla y le dice que contrariamente a la opinión de mucha gente, resolvieron realizar el viaje, por la seguridad que tenían de que Villa en cualquier circunstancia les iba a respetar. Preguntando el Centauro de dónde salía tal seguridad, con el mayor aplomo Serrano le contesta:

Nunca se ha registrado un solo caso en la historia del mundo en el cual un hombre valiente hasta la temeridad, como usted, haya sido

un asesino o un hombre que no haya sabido respetar la vida y la tranquilidad de los que son sus huéspedes... Yo sé muy bien que usted quisiera con el alma, con toda el alma, ver a mi general frente a sus tropas para ir a ponerse usted frente a las suyas y combatir hasta el exterminio, como dos militares, como dos grandes hombres...pero de ninguna manera faltar a las leyes del honor que hace sagrada e intocable la persona de un huésped mientras éste se encuentra en nuestra casa, bajo nuestro techo, compartiendo nuestro afecto y nuestra mesa....

Sorprendentemente, Villa resulta impactado por el saber histórico de Serrano, y con el mismo arrebato anterior, le habla con un grito: «¡Pancho Villa es hombre! ¡Pancho Villa quisiera estar en el monte con el general Obregón y allí solitos los dos, darnos muchos balazos, pero aquí... ¡en mi casa! Tiene usted mucha razón.» Ordena al mayor Cañedo retirarse del lugar, y después de él sale el mismo Villa. Obregón —que no se ha enterado del diálogo salvador— es el más sorprendido y no sabe bien a bien cómo actuar ante las nuevas circunstancias. Cuando le preguntan cómo operó el milagro, se limita a contestar que no tiene la respuesta, pero Serrano es quien la conoce. «Yo estaba ocupado pensando en la mejor manera de conseguirme un salvoconducto para el don Venustiano de los cielos...» Serrano, con su ocurrencia oportuna, ha salvado la vida de todos.²⁶

Ya de regreso a la capital, Obregón y sus acompañantes regresan a las actividades acostumbradas. Queda pendiente la delicada tarea de reconciliar a los revolucionarios, antes de que sea tarde y las consecuencias, más graves. Así viene la Convención de Aguascalientes, a la que acuden los jefes revolucionarios o sus representantes. Obregón está ahí, en todo su papel de hombre importante de la Revolución, y Serrano a su lado. Y vienen las deliberaciones y los discursos, como el del zapatista Soto y Gama:

Aquí venimos honradamente, creo que vale más la palabra de honor que la firma estampada en este estandarte, este estandarte que al final de cuentas no es más (toca la bandera nacional) que el triunfo de la reacción clerical encabezada por Iturbide (Voces: no, no). Yo, señores, jamás firmaré sobre esta bandera. Estamos haciendo una gran revolución que va expresamente contra la mentira histórica, y hay que exponer la mentira histórica, que está en esta bandera; lo que se llama

nuestra independencia, no fue la independencia del indígena; fue la independencia de la raza criolla y de los herederos de la conquista...

Nadie, desde que se tenía memoria, habló con tal atrevimiento contra la bandera de los mexicanos. El alboroto que siguió, con voces destempladas, siseos, mociones de orden y armas desenfundadas no alteró al impertérrito orador. Ya en la mirilla de las pistolas de muchos asistentes, se mantuvo erguido y cruzado de brazos, y a ellos se dirigió: «Disparen, hagan lo que quieran, no retiro mis palabras». El desplante de Soto y Gama impresiona a todos los asistentes. Para Serrano, las imprecaciones de Eulalio Gutiérrez y muchos otros contra una de las figuras del agrarismo no es suficiente, pues «el ultraje a la bandera no puede destruirse con argumentos», según palabras de Taracena.²⁷

La Convención de Aguascalientes no logra más que exacerbar los ánimos entre las diferentes fuerzas revolucionarias, y al intento siguen las hostilidades. Villa y Zapata unen sus fuerzas para destruir al Primer Jefe, y Obregón raudo reorganiza el Cuerpo de Ejército del Noroeste. En marzo de 1915, el coronel Serrano abandona la capital con sus tropas y se dirige a combatir al villismo en el Bajío, al lado del general Obregón que establece su cuartel general en la estación de Celaya, en compañía de su escolta y del general Hill, subalterno inmediato de la jefatura del ejército. En una campaña que se prolonga desde principios de abril hasta inicios de junio, Serrano está presente en las batallas de Celaya, Trinidad y León. Durante todos esos días él y los tenientes coroneles Aarón Sáenz y Jesús M. Garza acompañan a Obregón, tanto en labores de reconocimiento como de enlace entre los sectores del ejército dispersos a lo largo de un dilatado frente.²⁸

Juan de Dios Bojórquez refiere un episodio sucedido el 22 de mayo de 1915 en Trinidad:

En tal fecha Villa atacó al Ejército de Operaciones de Obregón, por todos los flancos. Fue tan tremenda la embestida, que la lucha llegó a pocos pasos del tren ocupado por el propio general Obregón. En uno de los coches se hallaban varios militares y civiles. Entre éstos estaba Adolfo de la Huerta, quien andaba en comisión del Primer Jefe. A todos preocupaba en estos instantes el desarrollo del combate. Intem-

pestivamente llegó Serrano, y viendo a sus amigos, exclamó «Canta Fitó». Ante aquella inesperada invitación De la Huerta le reconvino: Tú ni en los momentos más graves te pones serio.²⁹

Las batallas pudieron haber concluido de repente y para siempre, cuando menos para uno de ellos. En la Hacienda de Santa Ana del Conde, entre León y Silao, conferencian Obregón y Diéguez, en compañía de sus Estados Mayores, Francisco Murguía, Cesáreo Castro y Alejo C. González. En un momento dado, el general en jefe decide caminar en dirección a la trinchera, seguido por Jesús M. Garza y otros más, mientras que a cierta distancia le siguen Serrano y Sáenz. De repente, caen varias granadas y una de ellas derriba a Obregón y su más cercana compañía, en medio de una nube de polvo y el olor penetrante de pólvora y carne quemada. Se escuchan de inmediato sus gritos de dolor al observar su brazo derecho desprendido. Jesús M. Garza, medio aturdido, le arrebató la escuadra que el herido en su desesperación quiere usar para quitarse la vida pero que el seguro le impidió accionar. Obregón es cargado por sus oficiales para su atención médica, a mano de los doctores Blumm y Osornio.³⁰ Hill toma el mando de las operaciones y el día 5 de junio da la orden de pasar a la ofensiva de acuerdo con el plan trazado por Obregón, luego de una junta de jefes en la que Serrano, Sáenz y Garza lo explican a detalle. Es tal la efectividad del ataque, que ese mismo día Murguía toma León, mientras los villistas se retiran en dirección a Aguascalientes, donde son nuevamente derrotados. La División del Norte se dirige al norte para rehacerse y el Cuerpo del Ejército del Noroeste va tras ella. Todavía afectado por la terrible herida, Obregón continúa de Aguascalientes a Zacatecas, donde Pánfilo Natera defiende la plaza. De Zacatecas parte el jefe de operaciones para Torreón, manda al general Murguía a marchar sobre Durango y a Hill sobre Coahuila y Nuevo León, todavía ocupadas por Villa. En Jalisco el general Ramón Iturbe y en San Luis Potosí Gabriel Gaviria combaten a los villistas. Pero se piensa que Villa iría a Sonora a tratar de defenderse, y Obregón envía al general Manuel M. Diéguez hacia Manzanillo, en dirección a Guaymas. A Serrano se le instruye para que con algunos batallones se incorpore a las tropas del general Plutarco Elías Calles en Agua Prieta, donde se enfrentan a cuatro mil villistas. Serrano moviliza una parte de su artillería por territorio

estadounidense, desde Eagle Pass, Texas, hasta Douglas, Arizona, y del 1 al 3 de noviembre de 1915 participa en la defensa de la plaza, rechazando al enemigo, que se retira de su posición para acampar a unos cuantos kilómetros. Poco pueden hacer los soldados de Villa frente a los ocho mil soldados perfectamente equipados del enemigo. Calles ha fortificado la ciudad con trincheras en semicírculo, con rutas de abastecimiento y un sistema poderoso de iluminación de los alrededores. Gracias al moderno equipo bélico, en el que destacan las ametralladoras, los constitucionalistas derrotan a Villa y de esta manera aparece la primera y la única batalla memorable en la carrera más bien mediocre del general Calles. Ironías del destino: sus lugartenientes en esa batalla son los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano. Por su parte, Diéguez desembarca en Guaymas y se dirige a Navojoa, a apoyar al general Ángel Flores, y de aquí marchan juntos a Hermosillo a ocupar la plaza, donde coinciden con las tropas de Obregón. Una serie de maniobras se traduce en la recuperación de otras importantes plazas, como la de Nogales, y en la división del ejército de Villa, uno aislado en Sonora y otro en Chihuahua, lo lleva a su derrota segura. Con la rendición de Urbalejo en Navojoa y el internamiento de Villa a Chihuahua por «La Colorada», daba principio al regreso del Centauro del Norte a la guerrilla, como en sus viejos tiempos.³¹ Como resultado de sus actuaciones en el Bajío y Sonora, Serrano es ascendido a general brigadier con antigüedad del 9 de abril de 1915 y en diciembre de ese mismo año es promovido a general de brigada.³²

Desaparecida la amenaza del villismo, el general Serrano es nombrado comandante de las columnas del Yaqui, de enero a abril de 1916. A su mando estuvo la primera columna, a las órdenes del general Enrique C. Estrada, la segunda del general Eugenio Martínez y la tercera del general Francisco R. Manzo. Los cuarteles se ubican en Torocopobampo, Tetacombiate y La Misa, respectivamente. Dependen también de la Comandancia del Yaqui el teniente coronel Fausto Topete, el general José J. Obregón y el teniente coronel Carlos T. Robinson. La jefatura de los servicios sanitarios está bajo el mando del teniente coronel Francisco Castillo Nájera.³³ Considerándose virtualmente terminada esta enésima campaña del Yaqui, a Serrano se le impone una nueva comisión en la Ciudad de México y se pone a las órdenes de sus superiores. La campaña es feroz, al estilo

de las anteriores: se declaran fuera de la ley a todos los que van por los caminos sin los salvoconductos otorgados por sus patrones. Con once mil soldados, en marzo de ese año logran sacarlos de sus santuarios serranos, provocando la dispersión de los yaquis en todas direcciones, aunque no se logra su sometimiento. En 1917, cuando Serrano ya no está a cargo de la campaña, tropas del general Fausto Topete llevan a cabo una terrible matanza de yaquis en Vícam, y en 1919 un auténtico genocidio contra estos naturales tiene lugar, hasta detenerse gracias a la intervención del gobernador Adolfo de la Huerta, que logra pacificarlos sin derramar sangre.³⁴

Corría el año de 1916 cuando Obregón es nombrado secretario de Guerra y Marina. En la fría madrugada del 9 de marzo, aprovechando las condiciones de oscuridad de su escasa población del desierto, Francisco Villa ataca a Columbus, Nuevo México, con trescientos de sus hombres más hábiles. Matan a cuchillo a guardias y habitantes de este punto fronterizo, saquean cuanto pueden, y se retiran con la prontitud del relámpago para perderse en la enorme geografía chihuahuense. El Centauro así calma su furia contra el gobierno estadounidense, ya inclinado hacia Carranza, y a cuya conducta culpa de su derrota militar y política. La idea principal es poner en serios aprietos al Primer Jefe, incapaz en ese momento de ofrecer alguna resistencia ante cualquier medida de Estados Unidos. Y, en efecto, este país sabe reaccionar con violencia. A territorio nacional ingresa la llamada Expedición Punitiva, una columna de soldados bajo el mando de mayores, en un alarde de caballos, carros y artillería. Su comandante, el general John L. Pershing —poco después héroe de la Primera Guerra Mundial— emprende una cacería humana tan inútil como innecesaria. A Villa no le ven el polvo, ni las huellas, ni sus verdaderos propósitos. Maniobrando en un clima de rechazo a la invasión, en la que no faltan vocingleros en favor de la guerra contra Estados Unidos, Carranza llama a la calma. Pero en Parral, un grupo de ciudadanos enardecidos, con la señorita Elisa Griense a la cabeza, propina una vergonzosa derrota a los invasores. Carranza finge indignarse, pero con su astucia de zorro sabe que con el hecho la balanza se inclina a favor de México. Envía al general Obregón a Ciudad Juárez, a parlamentar con los generales Frederick Funston y Hugh L. Scott para llevar a efecto el inmediato retiro de las tropas norteamericanas. Al representante mexicano le acompaña

el general Francisco R. Serrano (nombrado oficial mayor de la Secretaría de Guerra el 26 de mayo 1916), el general Luis Gutiérrez y el licenciado Neftalí Amador, subsecretario de Relaciones Exteriores. La instrucción categórica del Primer Jefe es que el único tema a tratar es el de la retirada de las tropas norteamericanas del país. Ya para entonces Carranza da instrucciones precisas al ejército mexicano de no permitir a los invasores avanzar al sur. Mientras tanto Pershing, con el sabor amargo de los acontecimientos de Parral, se retira hacia San Antonio de los Arenales y establece su cuartel general en Namiquipa. Las pláticas entre los representantes mexicanos y estadounidenses fueron tan anodinas como inútiles, debido a que Estados Unidos considera una cuestión de honor la permanencia o la retirada de sus tropas de Chihuahua. Pero Carranza sabe que no ha perdido sus ventajas, y gira órdenes terminantes a los jefes de operaciones militares en el norte, para que si los estadounidenses introducían más columnas, fueran batidas en el acto. Poco más de un mes después, el general Félix Uresti Gómez, al precio de su propia vida, derrota a los estadounidenses en El Carrizal y captura a varios de ellos. Después del fracaso de las pláticas en Ciudad Juárez y en Atlantic City, y de la firme postura de Carranza, la columna militar de Estados Unidos volvió sobre sus pasos, perseguida ahora por el ridículo y el fracaso, ante lo cual poco pudo hacer el presidente Woodrow Wilson, que tanto desprecia a los mexicanos.³⁵

Serrano renuncia a su cargo de oficial mayor de la Secretaría de Guerra el 20 de septiembre de ese año de 1916, «por motivos del quebranto de su salud», lo que no es óbice para formar parte del consejo de guerra juzgador del general Lucio Blanco, como vocal propietario, designado «por suerte» el 22 de septiembre de 1916, junto con el también general Cipriano Jaime.³⁶ Es tiempo del ajuste de cuentas. Dando sentido al apotegma de que la Revolución devora a sus hijos, toca el turno del general Lucio Blanco, tan recordado, entre otras cosas, por el famoso reparto de la Hacienda Los Borregos en Tamaulipas. El general Obregón —siempre tan puntual para vengarse— le acusa ante consejo de guerra de usurpación de funciones y traición, cuando en noviembre de 1914, siendo general jefe del Cuartel General del Ejército del Noroeste en la Ciudad de México publica un manifiesto, nombrando autoridades del Distrito Federal y asumiendo el mando militar de la plaza. Según Obregón, en lugar de

encontrarse con él en Guadalajara se dirige a El Oro, donde se pone en contacto con Villa, regresando más tarde a la capital para ocupar el puesto de ministro de Gobernación del llamado Gobierno de la Convención. Antes de evacuar esta plaza, Blanco se apodera de la oficina impresora de billetes, hace una emisión de ellos y ordena a sus subordinados Juan Torres y Vidal Silva, que se posesionen de la Villa Guadalupe Hidalgo y detengan los trenes que transportan a las fuerzas constitucionalistas a Veracruz. Blanco en su defensa niega los cargos, señalando que el 24 de noviembre se encontraba en México como jefe de las fuerzas constitucionalistas, como subalterno inmediato del general Álvaro Obregón. Blanco reconoce evacuar la plaza, yendo luego a El Oro, donde se entrevista con una comisión encabezada por los señores Felicitos Villarreal y Ramón Puente. Ellos le entregan una carta de Villa invitándole a que se uniera a sus fuerzas, a lo que se niega, contestando que sólo obedecía al gobierno provisional; es decir, al presidente Eulalio Gutiérrez. Sostiene también que antes de abandonar la Ciudad de México manda patrullar la ciudad, recomendando al general Samuel Vázquez que disuelva los grupos formados frente al Palacio Municipal, pero sin nombrar autoridades. Dice que en El Oro recibió otra comisión, integrada por los generales Eugenio Aguirre Benavides y José Inocente Lugo a nombre del presidente convencionalista, invitándole a sumarse, solicitud que tampoco acepta, si bien se compromete a proteger la salida de Eulalio Gutiérrez de la Ciudad de México, pero no hay nada respecto de tener algún cargo en su gabinete.

No se conservan datos de la participación de Serrano en este juicio, pero no se duda de que su cercanía a Obregón influye decisivamente, y cabe preguntarse si tuvo sentimientos encontrados respecto de Blanco, su camarada de armas. De ser así, lo ignoramos. En todo caso, el general Blanco no convence al consejo de guerra, que le condena a cinco años nueve meses de prisión, por los delitos de usurpación de funciones y desobediencia, pena confirmada por el Supremo Tribunal Militar.

La pasión de Serrano por la agricultura se abre paso en la política de esos momentos. En marzo de 1917 el gobierno de Sonora lanza un extraño plan, que consiste en organizar la colonización de la zona fronteriza noroccidental. El general Serrano reúne a un grupo de 442 colonos, provistos de herramientas, víveres, herramientas

y semillas, quienes se dirigen a esta región, bajo la dirección del capitán Carlos G. Calles, llevados por la promesa de adquirir tierras fértiles en las riberas del Río Colorado.³⁷ Por otro lado, Serrano continúa su ascendente carrera militar. Del 21 de septiembre de 1916 al 1 de agosto de 1917 está a cargo de la Primera División del Noroeste. Sustituye en el puesto al general Plutarco Elías Calles. Según Aarón Sáenz, Serrano es desplazado de la Subsecretaría de Guerra a un puesto aparentemente menor, pero esta «aparente degradación no era tal, sino una maniobra fundamental de los obregonistas para guardarse las espaldas y asegurarse algunos puestos clave de los que no podrían ser removidos».³⁸ Serrano ocupa luego la jefatura de operaciones de la Tercera División del Noroeste (o jefatura de operaciones en el estado de Sinaloa) del 1 de agosto al 6 de noviembre de 1917, debido a las dificultades electorales surgidas de la victoria electoral del general Ramón F. Iturbide, y que se resolvieron con la licencia solicitada por el general Ángel Flores en ese cargo militar. Y luego recibe una licencia temporal por dos meses, y le es concedida, quedando dividida la jurisdicción militar entre los generales Juan Carrasco y Roberto Cruz.³⁹ Pide una renovación de la licencia, porque cree que sus «energías podrán ser menos ineficaces dedicadas a trabajos de colonización agrícola a que tengo el propósito de dedicarme y en el concepto de que, como lo considero, mis servicios en el Ejército no tienen ya la significación que yo deseara... permítome rogar a esa Superioridad se sirva concederme licencia ilimitada para separarme del servicio militar».⁴⁰ No le es concedida, así que se pone a las órdenes del general Plutarco Elías Calles del 6 de enero al 13 de abril de 1918, para respaldar con la presencia militar la política de apaciguamiento del gobernador Adolfo de la Huerta de la tribu yaqui.⁴¹ Solicita de nuevo dos meses de licencia con goce de haberes, «por encontrarse delicado de salud, a consecuencia de una operación quirúrgica que sufrí últimamente en Nogales, Arizona».⁴²

Ya para entonces su fama de ocurrente es nacional, por decirlo así, como lo señalara el diputado Cravioto en una sesión en la Cámara:

Con mucho ingenio en una comida entre camaradas en que los jóvenes militares se quejaban de que se fuera a acabar la revolución y de que ya no pudieran emplear sus actividades guerreras, el general Se-

rano, les respondió graciosamente: «cásense ustedes y verán cómo entonces siguen peleando.»⁴³

Una vez concluidas sus tareas militares en Sonora, y a sugerencia del general Obregón, Serrano resuelve probar suerte en la política electoral. Hasta entonces, conoce de cargos a la sombra de su jefe; ahora aprovecha su influencia personal y busca ser diputado federal por el Tercer Distrito de Sonora, correspondiente a Huatabampo, por lo que solicita licencia a la Secretaría de Guerra, «con goce de haber», para aceptar la candidatura, «en concepto de que pasadas las elecciones, caso no triunfar, estaré presto para el servicio».⁴⁴ Desde el 13 de abril hasta el 1 de septiembre de 1918 goza de licencia para realizar la campaña y resulta triunfador en las elecciones por 2 064 votos contra los 1 979 de Arturo J. Valenzuela, quien quedó como su suplente, «sin registrarse infracción ni protesta alguna».⁴⁵

Aunque no se distingue por su oratoria, ni por intervenciones memorables en la Cámara, cosecha el prestigio de su cercanía con Obregón, de su personalidad propia y de ser representante de uno de los distritos electorales más importantes del país, por ser tierra de los triunfadores de la Revolución. Desde una posición parlamentaria relativamente secundaria, va subiendo a la par del «sonorismo» como corriente política, hasta el grado de que el diputado Lorandi le llama «gran pastor de la mayoría de esta Cámara».⁴⁶ Un año después, el 29 de noviembre de 1919, resulta elegido presidente de la Mesa Directiva durante el mes de diciembre.⁴⁷ Entre sus participaciones se recuerdan su iniciativa de ley, al lado de los diputados Pesqueira y Gómez Gildardo, para que todos los artículos manufacturados en la República Mexicana sean marcados con un sello distintivo.⁴⁸ Ya como presidente de la mesa directiva, es requerido por el diputado Casas Alatríste, para que no firme el dictamen en virtud del cual la Comisión de Marina rechaza el establecimiento de una escuela náutica en Mazatlán. Por votación de la asamblea, dicho dictamen se retira, «sin perjuicio de que, cuando las condiciones del Erario lo permitan, vuelva a tomarse en consideración la iniciativa.»⁴⁹ Mientras sucede, Serrano es testigo de la consolidación del poder del presidente Carranza, pero también de su rápido desgaste. En un anticipo de la lucha nacional que viene, diputados obregonistas como Serrano y Altamirano se hacen presentes en la lucha electoral en

Guanajuato, donde el gobernador Alcocer busca por todos los medios ser sucedido por el general Federico Montes, diputado federal con licencia y acérrimo carrancista. Tanto Altamirano como Serrano son invitados el 11 de agosto de 1918 por el ingeniero Antonio Madrazo —candidato de oposición en Guanajuato— «a presenciar el cómputo de los votos que la Legislatura de aquel Estado hiciera para declarar quién había triunfado en las elecciones para gobernador.» Los visitantes se declaran sorprendidos, en la voz de Altamirano, de que «al entrar él y el general Serrano al palacio que debía ser el recinto de la ley, se encontró con una disposición arbitraria, brutal, atentatoria, que prohibía a los representantes de los partidos políticos el derecho de voz y voto», lo que fue contestado por el diputado Alfredo Rodríguez, recordando las normas del caso de la ley electoral de Guanajuato.⁵⁰

La situación política del país se complica en la medida en que se vislumbra el término legal de la presidencia de Carranza. En lo que a la postre resulta un error de fatalísimas consecuencias, el presidente falta a su palabra de respaldar a Obregón en sus aspiraciones políticas, la de ser jefe del Ejecutivo, ni más ni menos. En este tema no existen valores entendidos ni insinuaciones ambiguas, sino un compromiso expreso de Carranza hecho en Querétaro en 1917. Obregón, por su parte, sabe que su lugar indisputable es el del caudillo, con todos los fueros políticos que considera le corresponden. Una vez transcurrido el tiempo necesario para que Carranza enseñe sus cartas, el general Obregón se declara candidato a la presidencia sin consultarlo con nadie, y la ruptura es inevitable. El diputado Serrano funge como presidente del Partido Revolucionario Sonorense (PRS), el instituto que organiza las fuerzas a favor de Obregón, partiendo de su estado natal. Organiza clubes obregonistas a lo largo y ancho de la geografía sonorense, y el caudillo le solicita ratificar «su adhesión» a su candidatura presidencial cuando lanza su «Manifiesto a la Nación» desde Nogales, Sonora, el 1 de junio de 1919, ratificación que le es concedida. Siendo el partido del caudillo, su vocación debe ser nacional, como se lo señala al mismo general Obregón:

Aun cuando este partido hasta hoy sólo ha presentado características de una vida local, en realidad por el hecho de haber anunciado desde su iniciación una tendencia a ramificarse por todo el país con el

objeto de unificar en una agrupación política nacional de carácter permanente a todos los elementos genuinamente liberales y genuinamente revolucionarios, la voz del Partido Revolucionario se ha hecho oír a través de toda la República.

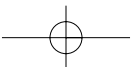
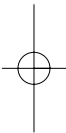
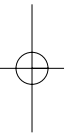
El PRS realizaría actividades de manera paralela a otro partido de alcances nacionales, el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), y acuerda la creación de una delegación en la capital de la república, llamada comité general de propaganda del Partido Revolucionario Sonorense, y se comisiona a Francisco R. Serrano, Rafael Zubarán Capmany, Jesús M. Garza, Francisco Castillo Nájera y Juan de Dios Bojórquez para su organización. Dicho comité se encargaría de organizar los trabajos de propaganda electoral por la república, así como de representar al PRS en su conjunto.⁵¹

La historia vuelve con sus ironías. Pronto el caudillo en la oposición inicia su campaña por varios puntos de la república, y aparecen indicios de que, tras la fachada de los discursos y los banquetes, se dedica a construir una alianza con líderes y jefes militares, con miras a la toma del poder por la mala, si por la buena no se puede. Con un estilo que recuerda las farsas electorales del porfiriato, el aparato de gobierno trabaja por el ingeniero Bonillas, el candidato oficial, y hostiliza a los obregonistas. Ya en octubre de 1919, dada la inquina del gobierno contra las actividades del candidato Obregón, Serrano se presenta personalmente ante Carranza para quejarse por la disolución de un club obregonista en Cholula, por la persecución del Partido Socialista de Yucatán y por el asesinato de un partidario de Obregón a manos del general Jesús Guajardo —asesino de Zapata—, a lo que el presidente responde que ignora tales situaciones y que se exigiría «una pronta y cumplida justicia».⁵² Obregón no está para esperar buenas voluntades ni la prueba de la democracia. Un buen día cae en manos del gobierno la prueba de que el candidato opositor calienta los motores para dar un golpe de Estado o provocar un levantamiento. Obregón entonces es requerido en la Ciudad de México mientras que se encuentra en Tampico, donde por cierto caen presos algunos de sus partidarios, entre los que se encuentra uno de los más entusiastas, el diputado constituyente de Tabasco Rafael Martínez de Escobar, de quien siete años después se contará la historia terrible de su final. Obregón tiene nervios de acero y no se deja im-

presionar. En lugar de cruzar la frontera y ponerse a salvo de la furia carrancista, se dirige de inmediato a la Ciudad de México, exponiendo su vida o su libertad. En abril de 1920 Obregón, Serrano y sus abogados y partidarios entran al salón de consejos de guerra de la prisión de Santiago Tlatelolco, para que el primero enfrente las acusaciones de conspiración al lado del general Roberto Cejudo, de acuerdo con una carta interceptada por el gobierno, que les involucraba en un levantamiento.⁵³ El desenlace del rompimiento de Sonora con Carranza en ese mes provoca la salida precipitada de Serrano de la capital con destino a Agua Prieta, «dada la era de persecuciones que se han desatado contra todo lo que huele a obregonismo». En El Paso, Texas, entrega una copia de un documento para su publicación en el diario *La Patria*, en el que da cuenta de la «perfidia» de Carranza contra Sonora, y de sus insanos propósitos respecto de la sucesión presidencial. Así se afirma en su parte inicial:

Don Venustiano Carranza ha creado en México una situación que por insoportable para la revolución tiene que ser insostenible para él. El capricho insensato de nombrar él mismo, como sucesor a la presidencia a un individuo desconocido y oscuro, sin tener presente que la patria ha hecho el sacrificio de diez largos años de lucha sólo para buscar un mejoramiento social y adquirir el derecho de nombrar libremente, conforme a sus leyes, sus propios gobernantes, no le ha dado otro fruto que acabar con los restos del prestigio que conquistó cuando fue Primer Jefe del Ejército constitucionalista, y convertirlos en hogueras de odio en el corazón de los mexicanos... Empezó su obra de demolición de los derechos del pueblo, corrompiendo funcionarios, militares y civiles, ya distribuyendo entre ellos los fondos de la nación, ya saciando sus inmorales manejos en los asuntos públicos, o bien, amenazándolo y hostilizándolo por todos los medios imaginables...⁵⁴

Serrano esgrime aquí la doctrina sonorenses respecto de Carranza: escogió al candidato equivocado, renunció al credo democrático, hostilizó a sus enemigos y corrompió a propios y extraños. La flaca memoria de la política se transforma en amnesia. Ése fue el jefe al que siguieron durante tantos años, y a quien juraron lealtad y fidelidad a su causa. Ahora es, como en su momento lo fueron Huerta o Villa, el enemigo a combatir.



II

UNA EXPERIENCIA DE GOBIERNO NACIONAL

Sonora es un volcán a punto de estallar y sus efectos no tardarán en hacerse sentir en el ámbito nacional. El gobernador Adolfo de la Huerta se pone en abierta rebeldía contra Carranza, después de una controversia sobre la naturaleza federal de dos ríos, el Sonora y el Horcasitas. Orientado por malos consejos y por su propia terquedad, rayana en la soberbia, el presidente Carranza no cede en su empeño de aplastar al santuario de la nueva revolución —que también lo fue de la anterior— y para ello envía al general Manuel M. Diéguez con la orden de someter a los yaquis, pero con el propósito de establecer un gobierno militar favorable al centro. Diéguez fracasa en su intento, y lo que es peor, se queda paralizado frente a los acontecimientos. Las dificultades llegan a un punto insostenible entre el presidente y el gobernador De la Huerta, y estalla una nueva rebelión desde Agua Prieta, un seco y polvoriento punto fronterizo. Como toda revolución que se respete, se requiere de un plan, que explique sus motivos, y de un líder militar, que es el general Plutarco Elías Calles, el otrora célebre comisario de esa «pequeña república». El documento se firma, entre otros, por los generales Francisco R. Serrano, Ángel Flores, Francisco R. Manzo; los coroneles Abelardo L. Rodríguez, J. M. Aguirre y Fausto Topete, y civiles como el ingeniero Luis L. León, y así da principio el movimiento nacional que derroca al presidente, abandonado de los suyos y de los que se decían sus aliados.¹ No han pasado dos meses cuando los aguaprietistas toman el control del país y de la capital, y se eligen nuevas autoridades federales. Serrano forma parte de la caravana victoriosa y reanuda sus actividades parlamentarias, antes «interrumpidas por la falta de garantías ante los ataques del gobierno», y es designado por el Congreso

para acompañar al presidente interino Adolfo de la Huerta de su domicilio —el Hotel Regis— a la Cámara de Diputados, el día de su protesta de ley, el 1 de junio de 1920.² Se le nombra de inmediato subsecretario de Guerra y Marina, puesto en el que permanecerá hasta el fin del interinato. Como ya lo ha hecho antes el general Jesús M. Garza, Serrano se integra al Partido Nacional Cooperatista (PNC), el mismo día en que el expresidente Roque González Garza es nombrado su dirigente. Cuando se forma un bloque con el Partido Laborista Mexicano (PLM) y el Partido Socialista del Sureste para oponerse al Partido Liberal Constitucionalista, Serrano forma parte de su «directorio» en compañía de los también cooperatistas Jesús M. Garza, el ingeniero Luis L. León, Jorge Prieto Laurens y Juan de Dios Bojórquez.³

La pacificación del guerrillero Francisco Villa por el presidente interino Adolfo de la Huerta tensa las relaciones al interior del grupo victorioso en la Revolución. Las tropas federales no cejan en la persecución del siempre huidizo Centauro del Norte, de regreso a sus mejores tiempos de consumado guerrillero. Pero aunque Villa tiene en jaque a las autoridades y son muchos sus aliados en diversas partes de México, ya está cansado de la jauría que le persigue sin tregua. Conocía y respetaba a Adolfo de la Huerta —empeñado desde un primer momento en la pacificación tranquila del país—, por lo que decide poner punto final a sus correrías y buscar su retiro a la vida privada. Da el primer paso al trasladarse con su ejército desde la Hacienda de Encinillas en Chihuahua, hasta Sabinas, Coahuila, punto desde donde se comunicaría con De la Huerta. Después de una cabalgata de setecientos kilómetros, a través del implacable Bolsón de Mapimí, el hombre leyenda, el guerrero feroz, se rinde ante el general Eugenio Martínez, representante del único civil de los presidentes que México conocería en esos años, el 28 de julio de 1920. A cambio de este paso, el gobierno se compromete a entregarle la Hacienda de Canutillo en Durango y conservar una escolta de cincuenta hombres, entre otras concesiones. Dos días antes, desde el cañonero *General Guerrero*, los generales Francisco R. Serrano y Benjamín Hill informan a Obregón la decisión de Villa de rendirse al general Eugenio Martínez, jefe de operaciones de Coahuila, Nuevo León y Durango. Le comunican que:

El señor presidente nos llamó para ponerse de acuerdo con nosotros en este asunto y creemos que las medidas tomadas son las más convenientes para procurar al término del problema del Norte (*sic*). Por encargo también del Sr. presidente de la Huerta le comunicamos a Ud. ya le daremos cuenta oportunamente del resultado final que lleguemos... Grales. B. Hill y F. R. Serrano.

La airada respuesta del general Obregón a Hill y a Serrano apenas guardó las formas. «Ignoro motivos haya tenido señor presidente para encargar a ustedes me comunicaran sus tratados con Villa, pues él conoce con toda precisión cuál es mi criterio con respecto a este asunto.» En bombástico tono les dice más adelante: «Quiero suplicarles decir al señor presidente que si el villismo pone en peligro la estabilidad de su gobierno, volveré a improvisarme soldado con el mismo gusto con que he servido a mi patria cuando se ha tratado de liberarla de la ignominia y marcharse al lugar que se me designe.» Con mayor atrevimiento, pone en duda a la figura presidencial: «soy de la opinión que no hay ninguna autoridad por alta que sea su investidura, que tenga el derecho de celebrar con Villa un convenio que cancele su pasado y que incapacite a los tribunales de la actualidad y del futuro para exigirle responsabilidades.»⁴ La respuesta de Serrano es enérgica y sensata:

...como estuve de acuerdo con Ud. en el sentido de procurar cimentar un régimen gubernativo en la República a base de moralidad y respeto a los derechos humanos, estuve también de acuerdo con el Sr. presidente en que se perdone la vida a Villa, a cambio de que cesen ya tantos sacrificios inútiles, no sólo de sangre hermana, sino de intereses económicos para la nación, pues Ud. quizá más que nadie sabe que la campaña contra Villa significaba un agobiante desembolso diario para nuestro exánime erario público...

Pone de ejemplo de magnanimidad y sentido práctico de Estados Unidos, «mucho más adelantados que nuestro pobre país, pues perdonaron la vida al apache Jerónimo, cuyos crímenes fueron siempre más execrables que los de Villa». El cierre de su mensaje refrenda su buen sentido:

...con todo respeto permítaseme recordarle que es necesario tener presente que los hombres de la administración actual no somos unos parásitos del régimen que procuramos implantar en el país, sino partes integrantes de los procuradores de este orden de cosas, y anhelamos que nuestra actitud sea motivo de orgullo para nuestro partido, toda vez que hemos sabido estar a la altura de las circunstancias, demostrando altivez y energía en la guerra y magnanimidad cuando pasando por alto cuestiones secundarias puede consolidarse la paz en la República...⁵

El general Obregón se queda solo en su negativa a aceptar la rendición de Villa, y de nada le sirven sus arranques de furia. Sobre su actitud el presidente Adolfo de la Huerta impone su voluntad y logra su propósito, con el apoyo de los principales jefes sonorenses, incluyendo al general Plutarco Elías Calles, que en un principio rechaza el acuerdo, pero luego lo acepta y felicita a Villa por la determinación tomada.⁶ Pasado el tiempo, el vitriólico Obregón, ya en la presidencia, respalda a su secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta, en sus decisiones para mantener a Villa tranquilo en Canutillo, que incluían generosos subsidios.

El presidente Álvaro Obregón, que asume el poder el 1 de diciembre de 1920, mantiene a Serrano en su puesto de subsecretario de Guerra y Marina, quien por situaciones poco claras, presenta su renuncia al poco tiempo, misma que no es aceptada y permanece en el cargo desde enero de 1921 hasta febrero de 1922.⁷ El 10 de diciembre de 1921 es encargado del despacho de la Secretaría de Guerra y Marina, cubriendo la renuncia del general Enrique Estrada, quien no llega a pisar la Secretaría de Agricultura porque su nombramiento es retirado por el presidente Obregón a raíz de sus declaraciones contra la reforma agraria.⁸ Un mes antes, el 19 de noviembre, Serrano acaba de lograr el grado de general de división, «en virtud de justificar plenamente su ingreso al Ejército, sus empleos, sus hechos de armas, y en general, toda su actuación».⁹ Aquellos son días felices con vino, música y afectos a raudales, lejos de las tormentas que tanto asombrarían a México y al mundo. Dos centenares de amigos encabezados por los miembros del «Centro Recreativo Sonora-Sinaloa» le ofrecen una comida campestre en el Restaurante Xochimilco Inn. Los invitados toman asiento alrededor de mesas dispuestas como «rús-

tico cenador». En la mesa de honor se encuentran el homenajeado, el presidente de la república Álvaro Obregón, Ramón Ross (director general de la Beneficencia Pública), los generales Ángel Flores, Roberto Cruz (jefe de la guarnición de la plaza y de las operaciones militares del Valle de México), Pedro J. Almada (inspector general de policía), Aarón Sáenz (subsecretario de Relaciones Exteriores), así como Fernando Torreblanca (secretario particular del presidente), Benigno Valenzuela (director de *El Herald de México*), entre otras personalidades. Con el estilo que le caracterizaba, el caudillo toma la palabra:

Sería injusto que yo no hiciera alguna aclaración sobre el origen de esta simpática fiesta, si a Serrano se le hubiera hecho justicia desde hace mucho tiempo se le hubiera conferido el grado de general de división, pero parece un contrasentido que los jefes más queridos, los que más prestigio tienen entre el ejército, sean los últimos en recibir ascensos. Hace mucho tiempo que mi conciencia me dictaba que debía ser concedido el ascenso a Serrano, que lo había conquistado con sus empeños y su constancia, pero un temor vago de que sospechas, murmuraciones y mezquindades menguaran su prestigio, me asaltó y me abstuve de hacerlo. Su personalidad conocida ampliamente en toda la república y fuera de ella determinó en la conciencia de todos que era justo ese ascenso... consciente de la imperiosa necesidad de hacer justicia, decreté el ascenso del general Serrano, poseído de una inmensa satisfacción de haberla hecho, ante la conciencia nacional...¹⁰

Al año siguiente, el 16 de febrero de 1922, Serrano es nombrado secretario de Guerra y Marina, en medio de noticias de diversos levantamientos ocurridos en distintas partes del país, a los que él considera «de carácter exclusivamente local».¹¹ Su mano derecha sería el subsecretario de Guerra y Marina, general Roberto Cruz.¹² Tiene al general de brigada Miguel M. Acosta como oficial mayor. El brigadier Abelardo L. Rodríguez primero es mayor de Órdenes de la Plaza en la Ciudad de México, y luego jefe del Departamento del Estado Mayor. Como subjefe del mismo departamento está el coronel ingeniero F. Ramírez; el general Manuel J. Celis, es jefe del Departamento de Infantería; de Caballería el brigadier Juan C. Zertuche, y al frente de la Artillería, el general Abraham Carmona; en Aviación, Marina, Servicio Médico Militar, Justicia y Primera Reserva del

Ejército Nacional son jefes respectivos el general Gustavo Salinas, el comodoro José de la Llave, el general y doctor Enrique C. Osornio, el licenciado Roberto Olagaray y el contralmirante Hilario Rodríguez Malpica.¹³

Hay que aplicarse de inmediato a la tarea de acabar de pacificar al país. En Michoacán existe un grupo rebelde contra el gobernador Francisco J. Mújica, al que Serrano invita a deponer las armas y dialogar con el gobierno y de no hacerlo: «que se preparen a ser batidos por las tropas federales». Llama a los militares con «inquietudes políticas desbordadas» a separarse de sus puestos y a no comprometer al ejército. Con ello —afirma Serrano— se trata de evitar el mal ejemplo que dio Carranza, quien no solamente no dejaba actuar libremente a los militares que gozaban de licencia ilimitada o absoluta, sino que los llamaba a servicio, para convertirlos en elementos parte de «una maquinaria electoral». Serrano invita a los jefes militares descontentos para:

que antes de que dejen de cumplir con sus deberes, por tal o cual tendencia de carácter político o de desafecto personal, se despojen de su investidura y dejen de pertenecer a la Institución... Estamos muy lejos de ser militaristas; nos resignamos únicamente a cumplir con nuestros deberes de militares.¹⁴

Acusa a los levantados de encontrar un nuevo procedimiento para que las autoridades les amnistien cuando sufren un revés: sostienen que su actitud hostil no es contra el gobierno de la república, sino contra tal o cual gobernador, según el estado en que operen. Serrano entonces ordena que se ataque a los rebeldes, independientemente de sus motivaciones y objetivos. Los alzados michoacanos Francisco Cárdenas, José María Guízar y otros entienden el mensaje de inmediato y aprovechan la salida del general Francisco J. Mújica del gobierno del estado, para rendir sus armas sin condiciones. También es el caso de levantamientos como el de Lárraga en Tampico y el de Francisco Lara, terrateniente de San Francisco de las Peñas, Veracruz, inconforme con los procedimientos en materia agraria del gobernador Adalberto Tejeda. Para reforzar la política de la Secretaría de Guerra y Marina, el presidente Obregón instruye al procurador general de la República, Eduardo Neri, para que en todos los proce-

sos de rebelión exijan la responsabilidad civil, procurando, desde luego, el aseguramiento de los bienes que pertenezcan a los reos.¹⁵

En Puebla existe un serio conflicto entre el gobernador general José María Sánchez y la legislatura local. Los diputados opositores, que son mayoría, se instalan en San Marcos, constituyéndose en gran jurado para hacer que el gobernador encare su responsabilidad por los sucesos registrados el 14 de febrero de 1922 en la capital poblana, que cobran la vida de varias personas, a manos del inspector de policía Luis Camarillo. El gobernador arguye que dio órdenes terminantes para que se respetaran las vidas de quienes fueron posteriormente asesinados, y que incluso pidió el auxilio del jefe de operaciones militares, general Gustavo Elizondo, ya que la policía estaba de parte de Camarillo, y procediera a la aprehensión de los responsables. Los diputados, por su parte, sostienen que Camarillo dijo a voz en cuello que tenía instrucciones del mandatario poblano, «para echarse al plato a sus enemigos». Este cargo y otros formulados contra el general Sánchez dieron motivo a que la comisión instructora del gran jurado dictaminara «que ha lugar a proceder en contra del gobernador Sánchez». El general Serrano recibe órdenes del presidente de solucionar este conflicto y garantizar el orden en el estado. Primero echa mano de los instrumentos políticos: invita a los diputados de San Marcos a dialogar con él y con Sánchez en Apizaco, así como a instalarse en el edificio de la legislatura local, con todas las garantías del caso. Por su parte, el gobernador Sánchez propone que una comisión de tres diputados gobiernistas, otra igual de opositores, él mismo y el general Serrano conferencien con el presidente de la república para solucionar el conflicto. Pide que Obregón sea el árbitro y protesta que está dispuesto a obedecer el fallo arbitral, aunque en él se pida que presente su renuncia como gobernador. Ni Sánchez ni los diputados ceden en ese momento, si bien Serrano pone límites al conflicto al lograr que las partes dialoguen, y estimando que las cosas van por buen camino, regresa a la Ciudad de México.¹⁶

Una rebelión de relativa importancia estalla en Tabasco. Frontera es tomado por un grupo de rebeldes con Fernando Segovia a la cabeza, después de un tiroteo con la guarnición de la plaza. Ante la presencia de tropas federales, Segovia ordena la evacuación de Frontera, para luego refugiarse en la Finca San Pedro, propiedad de los hermanos Greene. El general Serrano sale por el Ferrocarril Mexica-

no rumbo a Veracruz, y sigue su marcha desde Puerto México hacia Tabasco en el vapor Zaragoza, al mando de dos mil quinientos hombres de infantería y caballería, siendo antecedido por las tropas del general Vicente González.¹⁷ A la postre, la Finca San Pedro es tomada sin problemas, y Serrano se dirige a Progreso y después a Villahermosa, donde constata la tranquilidad existente en la capital de Tabasco. Otras plazas de relativa importancia, como Barra de Santana, Jonuta, Monte Cristo y Tenosique, son arrebatadas a los alzados.¹⁸ Carlos Greene y otros implicados, por su parte, solicitan ser amnistiados.¹⁹

El secretario de Guerra sale de Frontera para realizar un viaje de inspección a las jefaturas de operaciones de Campeche, Yucatán y Quintana Roo, y después a Chiapas y al Istmo de Tehuantepec, en compañía del general Alejandro Mange, jefe en ambos estados.²⁰ Desde Mérida Serrano informa a Obregón que «debe darse por definitivamente resuelta la situación política del estado», instala en forma interina al general Miguel N. Piña como jefe de operaciones en la península y avala a las tropas federales como garantes de la tranquilidad de la región.²¹ A solicitud de una unión de productores de henequén, Serrano interviene para tratar de solucionar un conflicto laboral y evitar actos tales como un paro general de actividades en el sector. A iniciativa de Serrano, se lleva a cabo una junta en Palacio de Gobierno presidida por el gobernador, con asistencia de las dos partes, a fin de que en términos de cordialidad se procure solución al conflicto». ²²

Después de un periplo por la zona, Serrano regresa a la capital, y al llegar, una banda de música lanza al aire sus sones marciales, cuando el convoy del Ferrocarril Mexicano entra al andén. Aquí una muchedumbre de allegados le espera: entre otros, el general Jesús M. Garza, jefe de la guarnición de la plaza; Julio García, su jefe de Estado Mayor, Juan R. Platt, Arturo de Saracho, Santa Anna Almada, Alejo Bay y varios jefes y oficiales.²³ Así son los amigos en los buenos tiempos.

Hombre de imaginación despierta, extraordinario talento natural, de brillante y chispeante conversación, cautiva con su trato simpático a quienes le rodean. Ahora es un hombre maduro, cuyo amor por las diversiones no le mengua ni le riñe con sus más graves responsabi-

lidades. Sus calidades organizativas van al parejo de ciertas conductas «disipadas» que son muy conocidas:

Todo el dinero que caía en sus manos era para botarlo en una noche con una facilidad suprema, con un desprendimiento nunca visto... ¡Con qué expedición y brillantez despachaba una montaña de cartas, mensajes, oficios y comunicaciones, amontonados sobre su mesa ministerial después de tres o cuatro días de juerga...²⁴

El general Serrano, por otra parte, ya es conocido por su generosidad, con amigos y hasta con enemigos. Recurre a los «embutes» (vales a la Tesorería General), con objeto de complacer a los suyos y rendir a los enemigos del régimen, una de las medidas que, como afirma Ramón Puente, «le resultan más económicas al gobierno que los gastos de una campaña».²⁵

José C. Valadés nos describe el paso de Serrano por el cargo a lo largo de dos años y medio que estuvo al frente de la Secretaría de Guerra, donde es un trabajador incansable:

Las horas que pasaba en el Café Colón, rodeado de numerosos aduladores, las reponía con su actividad y su inteligencia en el despacho de Guerra. A veces se encerraba hasta doce horas consecutivas, dictando acuerdos y atendiendo al público. Muy exigente con sus colaboradores, no permitía la menor falta en la tramitación de los asuntos del Ministerio y, teniendo como tenía una gran comprensión de los problemas militares nacionales, inició una serie de leyes y reformas a los códigos en la materia, que lo convirtió en el centro atrayente del ejército.²⁶

Mientras Adolfo de la Huerta, ahora secretario de Hacienda, se encuentra en Nueva York negociando los acuerdos de la deuda mexicana con el Comité Internacional de Banqueros, dos problemas se agregan a la de por sí difícil relación entre México y Estados Unidos, muy contaminada por las presiones de las compañías petroleras. La Casa Blanca anuncia que las relaciones entre Washington y México no se verían afectadas «en ninguna forma por las tropelías de bandoleros ni por el plagio del ciudadano Mr. Bruce Bielaski», mientras éste se encontraba en una excursión campestre cerca de las grutas de

Cacahuamilpa. Por otro lado, se hace pública la captura de cuarenta estadounidenses, empleados de la Cortez Oil Company, asentada cerca de Tampico. Bielaski ha sido jefe del Servicio Secreto del Departamento de Justicia de Estados Unidos y por tanto cuenta con ciertas influencias en su gobierno. La primera historia es que se pasea en compañía de su esposa y un grupo de amigos, entre los que está un abogado apellidado Bárcena. Un grupo de siete u ocho hombres detiene el auto en que viaja y poco después se libera a la esposa, con el propósito aparente de que pueda conseguir el dinero necesario para rescatar con vida a Bielaski. Estos asuntos entrañan un serio cuestionamiento al gobierno del presidente Obregón, por su incapacidad aparente para proporcionar las garantías adecuadas a ciudadanos estadounidenses y a sus propiedades. Algunos insinúan que estos atropellos son inspirados por enemigos del gobierno, con el propósito de crear dificultades a los representantes mexicanos en las negociaciones de Nueva York. Las manifestaciones de la prensa de Estados Unidos no se hacen esperar. El *Evening World* advierte que en México «apenas existe» una línea divisoria entre los bandidos y los políticos, por lo que Washington debe tener en cuenta este hecho cuando pesen en la balanza los atropellos referidos. El *New York American* va más allá, cuando demanda el envío de una cuadrilla naval a Tampico. Frente a la situación, el general Serrano es convocado por el presidente, con quien acuerda las medidas apropiadas para el caso. Ordena al general Guadalupe Sánchez, jefe de Operaciones Militares en Veracruz, que capture al general Gorozave, supuesto plagiario de los estadounidenses en Tampico, a los correspondientes de Morelos, el general Genovevo de la O, y de Guerrero, general Rómulo Figueroa, a fin de que rescaten a Bielaski.²⁷ Un aire de misterio e incredulidad cubre este asunto desde el principio, porque la ruta de México a Cacahuamilpa es muy transitada y pacífica, y nadie ve el incidente, además uno de los supuestos plagiados, el abogado Bárcena, pronto aparece en libertad en Puente de Ixtla. Inexplicablemente, la señora Bielaski se rehúsa a aceptar los ofrecimientos de dinero de los amigos para pagar el rescate, con el argumento de que confiaba en que las autoridades mexicanas sabrían liberar a su esposo. Las cosas se complican porque surgen rumores acerca de una íntima conexión entre los acontecimientos y un pleito judicial relacionado con el hipó-

dromo en Tijuana, negocio que se venía a gestionar en la capital, porque la Suprema Corte revisaba un amparo interpuesto por esta empresa.²⁸

Poco a poco aparece la verdad de los dos casos. El general Serrano informa que, después de recibir comunicaciones del general Sánchez, se desmiente de una manera categórica que el general Gorozave haya plagiado a cuarenta estadounidenses de la Cortez, contradiciendo de esta manera al cónsul estadounidense en Tampico, responsable de los mensajes a su gobierno sobre dichas desapariciones. Por otra parte, pronto se sabe que Bielaski pasa por Cuernavaca con destino a Tetecala, en libertad y en buenas condiciones, y que sigue su viaje con destino a la metrópoli, sin saberse cómo pudo salir de su cautiverio.²⁹ En su momento, relatará una fabulosa aventura de peligros de muerte, riesgos a su integridad física, aguas peligrosas y caimanes, puntos en que pronto es rebatido por versiones de testigos, las circunstancias del caso y pruebas periciales. Así relata Bielaski su famosa «huida»:

Las sombras fueron mis mejores amigas de mi éxodo, acompañadas de mucho sueño de mis custodios y mucha fortuna de mi parte. Serpeanteando salí de la cueva en donde pretendían pasásemos la noche del martes mis plagiarios. Los guardianes que vigilaban las afueras de la gruta estaban vencidos por el sueño y mi salida no les inquietó en lo más mínimo. No puedo decir cuánto tiempo recorrí en la posición que acabo de indicarles, pero debió de ser una gran distancia, pues sentía que me faltaban las fuerzas. Tan pronto como me incorporé, pude darme cuenta de que me encontraba a una distancia muy respetable de mis enemigos que habían hecho gala de su crueldad conmigo cuando perdieron la esperanza de que el dinero pedido por ellos pudiera venir a sus manos...

Así llega Bielaski a Tetela de Ocampo, donde «el mugir de unas vacas me hizo suponer que ya estaba fuera de peligro». El único lugareño que habla inglés es un ingeniero Arce, que lleva a Bielaski ante las autoridades, y así se inicia su regreso a México. Uno de los más escépticos sobre el tema es el general Serrano, quien declara de manera terminante:

Se ha querido hacer una novela sensacional, de acontecimientos inverosímiles. ¿Cuál es la finalidad que se pretende con esto? Yo, a pesar de los esfuerzos que he hecho para desentrañar el misterio no he llegado a ninguna conclusión. ¿Cómo una dama que va en excursión a Cacahuamilpa lleva un collar de diez mil pesos? Y luego la forma fantástica en que dice el señor Bielaski que llevó a cabo su evasión. No concibo que los custodios de un prisionero, por cuya libertad se pedía una suma crecida de dinero, se hayan dormido y que fácilmente haya escapado, llegando sin dificultad al lugar donde encontró protección sin conocer aquel terreno montañoso... También se nos dijo que cuando el señor Bielaski llegó a Tetecala, ostentaba un anillo valioso y los zapatos que llevaba estaban completamente limpios.³⁰

El asunto parece de novela de detectives. El doctor José Parrés, gobernador de Morelos, señala que de acuerdo con sus investigaciones no se trata de un plagio, sino de una simulación, con el posible propósito de buscar dificultades internacionales a México. Con este informe, el general Serrano confirma su creencia de que no hay delito ni daño, sino una maquinación producto de la «imaginación fantástica» de Bielaski. Comisiona entonces al general Jesús M. Garza, jefe de la guarnición del Valle de México, para que investigue este problema, quien a su vez corrobora las irregularidades detectadas antes y detiene a dos mexicanos, por ser cómplices en el hecho, y que llevan por nombres Enrique Goldbaum Padilla y Federico Montes de Oca. El gobierno está más seguro que nunca de que Bielaski miente, por lo que se prepara una ofensiva para demostrar al Departamento de Estado que este individuo quiso engañar a todo el mundo. El estadounidense se atrevió entonces a pedir audiencia al general Obregón, «para hacer patente al señor presidente su agradecimiento por todo el interés que las autoridades tanto civiles como militares mostraron en los días en que se habló del plagio». Como era de esperarse, no fue recibido por el mandatario.³¹

Las investigaciones dan un giro más adelante, cuando se descubre que el plagio en efecto sí existió, pero no fue por individuos con bandería política, ni bandidos, sino que obedeció a fines comerciales, para obligar a otro estadounidense a transar en un asunto de carácter judicial. Una investigación realizada por el periódico *El Universal* encuentra que J. W. Coffroth, presidente del *First International Bank* de

San Diego, California, y Jerome A. Bassity, dueño de la compañía *Zaragoza Investment Co.*, habían entablado un juicio mercantil, el primero como arrendatario de un terreno de esta última compañía, cuyo contrato feneció en 1918, y el segundo como reclamante de la desocupación de dicho predio, donde se encuentra el hipódromo de Tijuana. Coffroth y otros socios suyos, entre los que destaca Carl Withington, llamado el Rey del Juego de la Baja California, tienen una entrevista con Bielaski, con quien se acuerda presionar con violencia a Bassity para que llegara a un acuerdo con Coffroth sobre el asunto del hipódromo. Bielaski invita entonces a Bassity a un viaje a las Grutas de Cacahuamilpa, ocasión en la que se le plagiaría para luego obligarlo a realizar tal acuerdo. Una banda de hampones contratada en Cuernavaca realizaría el secuestro, si bien no conoce —parece que ni en fotografía— a Bassity ni a Bielaski. Todo parecía marchar bien, pero a última hora Bassity, quizás en la sospecha de que se le tendía una trampa, no accede a dar ese paseo, pero Bielaski, su esposa, el licenciado Bárcena y otras personas deciden realizarlo de cualquier manera. Por una falla en la inteligencia entre los agentes de Bielaski en Cuernavaca y los plagiarios contratados para el caso, cerca de Cacahuamilpa se confunden y cargan por un rato a Bielaski en lo que se aclara el enredo. Para entonces, los demás pasajeros, ignorantes de la maniobra, denuncian y hacen público de inmediato el hecho, por lo que Bielaski se ve obligado a continuar la farsa, con todos los episodios que son ruidosamente ventilados en la prensa de la época. Pronto tuvo que responder ante la consignación de la Procuraduría de Justicia de Morelos a las autoridades judiciales del fuero común. En términos judiciales, la existencia del plagio constituyó un hecho real, desde el momento en que el juez que instruye la causa y ordena el encarcelamiento de los acusados Goldbaum Padilla y Montes de Oca por su participación en el secuestro.³² Respecto de Bielaski, puesto que en la legislación no existe el delito de «plagio simulado», ni castiga al «plagiario-plagiado», abandona el país después de un rápido proceso legal en el que resultó inocente.

Antes de concluir el proceso contra Bielaski, Serrano se dirige a Los Ángeles, indicándose realiza el viaje «en vista del mal estado de salud en que se encuentra su señora madre», pero también para desempeñar una «comisión delicada», porque allí se fraguó el «plagio» de Bielaski; por tanto la información que recabe echaría mayores lu-

ces en el asunto.³³ A su regreso a México, Serrano niega los rumores de entrevistas con José María Maytorena y el general Juan Barragán respecto del fin de su exilio en Estados Unidos. Acepta, sin embargo, que con carácter extraoficial recibió una comisión de excarrancistas, que le manifestó su disposición a demostrar al gobierno, «en la forma que desee», que no hacían labor sediciosa en su contra y que esperaban recibir las garantías necesarias para su regreso al país. Serrano ofreció tratar el asunto con el presidente, «siempre que logren sincerarse y ofrecerse trabajar honradamente sin que cooperen a la alteración de la paz pública».³⁴

Sin embargo, algunos carrancistas no comparten las ideas pacíficas de Juan Barragán. El general Francisco Murguía, revolucionario de larga trayectoria y uno de los artífices de las victorias obregonistas del Bajío contra Villa, ingresa a territorio nacional desde Brownsville, Texas, con su Estado Mayor y un grupo de quinientos ochenta rebeldes. Se dice que los generales Cándido Aguilar y Eduardo Hernández, y los coroneles Alberto Salinas y Antonio Romero se encuentran en dicho grupo. Ya en territorio nacional, Murguía coordinaría sus fuerzas con Carlos Greene, a quien se le calculan mil cuatrocientos elementos, y con Juan Carrasco, quien posee una fuerza de dos mil setecientos soldados en Sinaloa. Al enterarse, Serrano se limita a declarar que deseaba que tal entrada fuera un hecho, «porque es más varonil y menos despreciable que los enemigos del gobierno, como Murguía, entren a territorio nacional en abierta rebeldía, y que no estén intrigando y conspirando en Estados Unidos».³⁵ Murguía se ve limitado desde los primeros días por la actividad del general Gonzalo Escobar, quien da alcance a los rebeldes en el Jagüey del Huarache, dando al traste con el movimiento, con la captura del coronel Salinas —sobrino de don Venustiano Carranza— y un general Hernández, quien fallece más tarde víctima de las heridas que recibió. Con las fuerzas de la jefatura de operaciones de Durango tras de sí, en una noche lluviosa Murguía entra al pueblo de Tepehuanes, solicitando albergue al párraco del lugar, de apellido Cázares. Sin embargo, pronto es capturado gracias a una delación, que unos atribuyeron al mismo sacerdote y otros a la venganza de la viuda de un soldado. Según la última hipótesis, durante el tiempo en que operó en Chihuahua contra las fuerzas de Villa, Murguía tuvo una batalla en la que logró capturar a un buen número de villistas a quienes mandó fusilar

y colgar de los postes y de los árboles. Por estos actos, Murguía fue bautizado como «Pancho Reata». Uno de los hombres ahorcados deja una joven viuda, residente en este tiempo en Tepehuanes, lo reconoce y da parte al general Abraham Carmona, quien le captura. Apenas una hora después, el presidente de la república comunica a los generales Miguel B. Lavega, Abraham Carmona y Anacleto López, que habilitados como generales de división, procedan a la formación del consejo de guerra que en juicio sumarísimo debería juzgar al general rebelde. Después de siete horas se vota la pena capital contra el reo. Murguía escucha tranquilamente la sentencia y pide permiso para hacer su testamento y escribir cartas a su esposa y a su hermana. Al terminar da aviso al jefe de la escolta de que está listo para morir. En el patio principal del edificio y mientras fuma tranquilamente un puro, el divisionario es ejecutado. Al enterarse de este fusilamiento, el general Serrano declara que Murguía dio muestras en la campaña de «grande ingenio», pues dividió a los veinticinco hombres que le quedaban después de su primera derrota en Jagüey del Huarache, despistando así a sus perseguidores, y también por el hecho de haberse escondido en el curato de Tepehuanes:

El general Murguía tenía fama de «comecuras» y nadie habría de imaginarse que fuera precisamente en un curato donde se ocultara de sus perseguidores.

En esos días aciagos la suerte no está con Murguía ni por un momento. Su hermana, al enterarse de su captura, mueve todos los hilos para lograr la suspensión de su fusilamiento, acudiendo a la Suprema Corte de Justicia, que le concede un amparo para dichos efectos. Pero ya es demasiado tarde. Cuando se comunica la suspensión, Murguía ya había sido pasado por las armas.³⁶ Según una versión, el párroco de Tepehuanes pide a una persona de confianza que viaje a México a hablar con el general Serrano y otras personas, a fin de conseguir el indulto antes de su entrega a las autoridades militares. Una vez en la capital, busca por todos lados a Serrano, sin éxito, porque nadie lo había visto. La realidad era que el secretario de Guerra se encontraba en un apurado trance de amor con una artista europea del «Café Colón», de nombre Tatiana.³⁷ Imposible encontrarlo, porque se perdió durante varios días —con sus noches— con una de

sus conquistas. Al salir a la luz, Serrano se entera que Murguía ya tiene días de muerto.

Cuando el general Serrano asume la Secretaría de Guerra está en marcha el proceso de reducción de las fuerzas armadas, iniciada por el presidente interino Adolfo de la Huerta en 1920. Su tamaño y desorganización representa un problema mayúsculo no solamente para las finanzas nacionales, sino para la seguridad interna. A guisa de ejemplo, los fraudes al erario de muchos jefes militares toman la forma de suplantación de plazas, al grado de que no existe batallón o regimiento que no tenga este problema. Los controles son fácilmente salvables, como lo demuestran los casos el día de la revista, cuando para completar el número de soldados que aparecen en nómina, se echa mano de boleros, cargadores, desocupados y otros, a quienes se les pone un uniforme y se les hace desfilar frente a los inspectores. Una de las varias medidas iniciales para reorganizar el ejército consistirá en registrar la filiación de cada uno de los soldados, a través de los retratos y huellas dactilares y revisarla cada vez que sea necesario.³⁸

En 1922 se informa que, aun cuando la meta de reducir al ejército a cuarenta mil elementos no se cumplía, sí disminuye el número de corporaciones y se da de baja a quienes no comprueban su carácter militar. Se suprimen las plazas de setenta y siete generales, ciento diez jefes y 2 180 oficiales por baja; y de noventa y un generales, 744 jefes y 1 116 oficiales, que pasan a la primera reserva con medio haber. Continúan los trabajos de reorganización, hasta quedar las corporaciones siguientes: 52 batallones de infantería, 65 regimientos de caballería, uno de artillería y un regimiento-escuela de esta arma; y quedan con carácter de irregulares solamente siete pequeños cuerpos de caballería, que más tarde serían refundidos con los de línea.³⁹ Un informe señala que, gracias a las reformas, en junio de 1920 existen cerca de dieciocho mil hombres, y para 1923 se contaban 32 generales de división, 127 generales de brigada, 348 brigadieres, 872 coroneles, 851 tenientes coroneles, 1 244 mayores, 2 123 capitanes primeros, 1 623 capitanes segundos, 2 521 tenientes 2 454 subtenientes y 50 626 individuos de tropa; es decir, una cantidad significativamente menor de elementos castrenses.⁴⁰

Una de las fuentes de la fuerza y de enriquecimiento de muchos jefes militares es su asociación con grupos locales de poder y el ma-

nejo de negocios diversos, tanto lícitos como ilícitos. Es lo más natural del mundo que los gobernadores y caciques colmen de obsequios a los jefes, lo que debilita su lealtad hacia el gobierno federal y en general daña su integridad moral, si la hay. Así, Serrano dispone que a partir del 1 de noviembre de 1922 haya cambios periódicos en las jefaturas de operaciones militares, a fin de que sus responsables no permanezcan más del tiempo prudente en el puesto. De acuerdo con esta medida, el general Jesús Ferreira, quien se encuentra al frente de la Jefatura de las Operaciones Militares de Zacatecas y Aguascalientes, va con ese carácter al Distrito Norte de la Baja California, mientras que el general Pablo Macías, el militar a sustituir, se dirige a Sinaloa. El general Juan Andreu Almazán ocupa el lugar de Ferreira.⁴¹ Pero la medida no es tan efectiva como podría suponerse, ni con Serrano ni con su sucesor el general Joaquín Amaro, quien ocuparía la cartera de Guerra y Marina entre 1925 y 1928. Así por ejemplo, Juan Andreu Almazán y Abelardo Rodríguez aprovechan sus comisiones en el interior —uno en Nuevo León, otro en el Distrito Norte de Baja California— para amasar inmensas fortunas.

El 30 de noviembre de 1922 tiene trágico final una manifestación de la Confederación Regional de Trabajadores Mexicanos (CROM) para protestar contra el ayuntamiento capitalino por la falta de agua. Cuando los manifestantes, que en su mejor momento ascienden a cinco mil, se acercan al Palacio Municipal de la Ciudad de México, se producen las primeras detonaciones por armas de fuego, aparentemente salidas del interior del edificio. La turba, usando como arietes los andamios de una labor que realizan los albañiles en la fachada, golpean las recias puertas del edificio hasta que caen. En el momento de la toma del edificio, una nueva serie de descargas hacen blanco en quienes van al frente, que se repiten cuando la muchedumbre enardecida penetra al interior. La policía se muestra impotente para controlar la situación, por lo que interviene el ejército. Se presentan entonces los generales Serrano, Jesús M. Garza, Abelardo Rodríguez, mayor de Órdenes de la plaza, entre otros jefes. En medio de gritos de «abajo el ayuntamiento, queremos agua», Serrano y Garza les dirigen algunas palabras, que resultan inaudibles. Se ordena entonces el envío de tropas del 49 batallón a bordo de tres camiones. Al llegar al Palacio Municipal se escuchan nuevas detonaciones, por lo que los soldados se tienden en línea de tiradores, desalojando así a la gente.

El general Garza es quien da las órdenes, mientras el divisionario Serrano, acompañado del jefe de su Estado Mayor, general Julio García, permanece en el lugar hasta que se restablece el orden. Cuando a Serrano se le pregunta sobre la participación del 49 batallón en los acontecimientos, declara que las tropas federales no quemaron ni un solo cartucho, sino que con su sola presencia impidieron que el escándalo continuara. Cuando el concejal Jorge Carregha le explica que lo sucedido se debía a una maniobra política, ya que están por celebrarse elecciones municipales, Serrano contesta secamente: «Yo no sé nada de eso. No me mezclo en esos asuntos. Nos hemos concretado a contener los desmanes.» Una vez que el incendio es sofocado, y que los cadáveres y heridos son levantados por la Cruz Blanca, Serrano y sus acompañantes proceden a retirarse.⁴² Carregha tiene razón: el fondo del problema son las elecciones municipales del 4 de diciembre, favorables de antemano al Partido Cooperatista, al que pertenece el presidente municipal, el doctor Manuel Alonso Romero. Emplazados por sus líderes Celestino Gasca (gobernador del Distrito Federal) y Luis N. Morones (director de los Establecimientos Fabriles Militares) los miembros del Partido Laborista —en el que se incluían desde electricistas hasta trabajadores de limpia y boleros— buscan provocar un conflicto con el tema del agua para impedir las elecciones. El presidente Obregón, limitado por el fuego cruzado de dos fuerzas aliadas de entonces, los cooperatistas y los laboristas, prefirió mantenerse al margen y no aplicar sanciones a los responsables del ataque al Palacio Municipal.

El año de 1923 no empieza bien para el general Serrano. El 11 de febrero se suicida en Monterrey uno de sus amigos fraternos, el general Jesús M. Garza, quien le acompaña en la milicia, la política y los negocios desde los tiempos de la Revolución. Formaba parte de una suerte de cofradía en la que también participan Arturo de Saracho, Juan R. Platt, Aarón Sáenz y Luis L. León. En ese momento Garza es candidato a gobernador de Nuevo León y mientras se encuentra en su habitación del Hotel Continental, sin que se sepa por qué, se dispara un balazo en el corazón. Por orden presidencial, el cadáver es embalsamado y llevado a la Ciudad de México para recibir los honores correspondientes. Una vez en la capital, se le dedican unas impresionantes ceremonias fúnebres. Se dice que después del sepelio de Amado Nervo, no se ha presenciado en México un acto

luctuoso al que concurriera tan numeroso público. Su capilla ardiente se instala en la guarnición de la plaza, luego en la Cámara de Diputados. De aquí parte hacia la Calzada de la Piedad para dirigirse al Panteón Francés, donde abundan los discursos. El general Obregón, en la alocución final, dice: «Ha desaparecido la materia, pero queda el espíritu de Jesús María Garza que habrá de iluminarnos desde el infinito». El exceso retórico es permisible dadas las circunstancias, aunque no convence a todos, porque en ese momento corren los rumores de que Garza había sido asesinado. A Obregón le acompañan sus secretarios de Estado, casi la totalidad de los miembros del Congreso de la Unión, jefes y oficiales francos de la guarnición de la plaza, miembros del ayuntamiento y muchos otros. Por encontrarse desempeñando una comisión en Mazatlán, el general Serrano no despidió a su amigo en el lugar de último reposo.⁴³

Jesús M. Garza era oriundo de General Terán, Nuevo León, y cuenta con apenas treinta y un años al momento de fallecer. Antes de cumplir dieciséis se hace contador de comercio y luego realiza estudios de agricultura en la escuela «La Playa», en Ciudad Juárez, y de allí pasa a la Escuela de Agricultura de San Jacinto, distinguiéndose por su talento y rebeldía. Es su tiempo juvenil de entusiasmo maderista. Se opone a la implantación del régimen militar en San Jacinto, lo que ocasiona su salida para ingresar ahora a la Escuela Nacional de Agricultura. Los sucesos de febrero de 1913 lo hacen abandonar una vez más los estudios y marcha a Sonora, donde se incorpora al Estado Mayor del coronel Álvaro Obregón, con el grado de subteniente. Cuando las fuerzas obregonistas toman la capital de la república a fines de 1914, es ascendido a mayor del ejército, y por enfermedad del general Francisco R. Serrano, asume la Jefatura del Estado Mayor del Cuerpo de Operaciones, a partir del 1 de enero de 1916.⁴⁴

El general Serrano se dirige a Chiapas para apaciguar un brote de rebelión ocurrido en las cercanías de Tapachula. Se reúne con descontentos de Arriaga y de esta población, quienes le ofrecen dirigirse a los grupos armados, lo que permite que pronto depongan su actitud y de esta manera se pacifica la región.⁴⁵ Al poco tiempo regresa a la Ciudad de México, para dirigirse luego a Los Ángeles, California, por motivos aparentemente de salud.⁴⁶ El general Serrano continúa su labor de la reforma del ejército. Uno de los temas importantes es

la revisión de las leyes militares, y en particular la Ordenanza General del Ejército, y para el efecto instituye una comisión de estudio. Dicho cuerpo normativo es considerado obsoleto —«es la misma que imperó en el ejército de Porfirio Díaz y de Victoriano Huerta»— y no resuelve los problemas del momento, debido a las contraposiciones de algunas de sus cláusulas a la Constitución de 1917. Por ejemplo, este ordenamiento prohíbe la existencia de comandancias militares, y de allí que desde 1917 se hayan suprimido, sustituyéndose por Jefaturas de Guarnición. Sin embargo, la Ordenanza General del Ejército de ese momento señala que deben existir comandancias militares y sujetar su funcionamiento a lo indicado por la misma ordenanza. Serrano señala que pediría facultades al Congreso, para que el ejecutivo promulgue las reformas a las ordenanzas, a la Ley Penal y a la Ley Orgánica del Ejército.⁴⁷ Opositor desde siempre del servicio militar obligatorio, Serrano señala que dicha ley no prevé su implantación, debido al problema de la falta de condiciones para hacerla una realidad, así como por la escasez de cuarteles apropiados para alojar, mantener y preparar a los conscriptos.⁴⁸

III

SERRANO CONTRA LA REBELIÓN DELAHUERTISTA

La sucesión presidencial del general Álvaro Obregón a favor del general Plutarco Elías Calles en 1923 pone el ambiente político al rojo vivo al escindir las fuerzas sonorenses, una en torno al candidato oficial y otra en apoyo a don Adolfo de la Huerta. El general Serrano no deja ninguna duda respecto de su lealtad al gobierno, por lo que secunda todas y cada una de las posturas del presidente Obregón respecto de un proceso electoral viciado a todas luces. Un incidente pone en claro la preferencia de un sector del ejército a favor de uno de los candidatos. Los diputados cooperatistas acusan al general Arnulfo R. Gómez, jefe de la guarnición de la plaza, de preparar un complot para asesinar a varios de sus líderes en el local de la Cámara de Diputados, entre ellos a Jorge Prieto Laurens. Según ellos, el plan cuenta con la participación de militares vestidos de paisanos, a la espera de la señal del capitán Francisco Vizcarra, quien ocasionaría un tumulto y dispararía sobre los cooperatistas que señalara el diputado Manlio Fabio Altamirano. El plan es denunciado al diputado Martín Luis Guzmán por el capitán Roberto Margáin, uno de los implicados. Le refiere que hacía varios días que el general Gómez había llamado a cuarenta oficiales del ejército y les dio órdenes para que se presentasen en las oficinas del Partido Laborista Mexicano. Los oficiales habrían escuchado las instrucciones dadas por Luis N. Morones, en presencia de los diputados Emilio Portes Gil, Luis L. León, Carlos Puig Casauranc y Manlio Fabio Altamirano. Avisados de lo que ocurriría, el diputado Rubén Vizcarra, presidente en funciones del Congreso, ordena que las puertas del recinto sean cerradas. En el interior, los diputados se enteran por boca del capitán Margáin y otros tres oficia-

les que se niegan a acatar las órdenes del general Gómez, quienes consiguen veinte mil pesos para salir del país, «en calidad de préstamo».¹ La denuncia correspondiente, suscrita por la mayoría cooperatista, es enviada al presidente Obregón, quien les responde que el deber propio es «consignar su acusación a las autoridades respectivas» y lamenta que «los apasionamientos políticos de los grupos en lucha» enderecen sus cargos contra el ejército nacional. La respuesta de los diputados al Ejecutivo es inmediata: la consignación de la denuncia a las autoridades muestra que «no quiere usted que se haga luz ni se sepa la verdad respecto del complot fraguado por un grupo de políticos en combinación con el general Arnulfo R. Gómez». Le exigen que se prive al general Gómez de autoridad y jurisdicción sobre los cuerpos acuartelados en la Ciudad de México, que emita una solemne declaración para garantizar la seguridad de los jefes y oficiales disidentes del plan de Gómez, así como proveer de autoridad o inmunidad necesaria a las personas encargadas de la averiguación. El presidente Obregón rechaza punto por punto las exigencias de los cooperatistas y se niega de plano a proceder contra generales, jefes y oficiales de la guarnición. Esta respuesta no satisface a los diputados, porque no encuentran «un propósito evidente por parte del Ejecutivo de intentar un esclarecimiento serio de los sucesos ocurridos en la Cámara y... la aplicación de un criterio parcial, favorable al general Arnulfo R. Gómez y desfavorable a la mayoría de la Cámara de Diputados».²

El presidente Obregón respalda al general Arnulfo R. Gómez, aunque le recuerda sus responsabilidades en que la jefatura de la guarnición de la plaza de la Ciudad de México ha incurrido, lo que confirma la veracidad de las acusaciones cooperatistas:

Mensaje (de usted) deja entrever que toda la oficialidad del Ejército es capaz de realizar funciones de infamia, ya que indica que se pedía a cada Cuerpo (de la ciudad de México) un número determinado de oficiales, sin indicar nombres ni categorías...Es ahora cuando el Ejército Federal debe conservar toda su serenidad y toda su disciplina, porque es a la Nación y a la sociedad a las que debe servir y no dejarse impresionar por las injurias que grupos de políticos le lancen, ni ejecutar actos que desdigan de su elevada misión.³

Cuando se pregunta al general Serrano sobre la protesta de los diputados cooperatistas por el complot atribuido a Gómez, se limita a responder que es «un cargo ridículo lanzado contra un alto jefe y componentes dignos del Ejército Nacional»:

Nunca, pero mucho menos ahora que se trabaja por conseguir (y se está consiguiendo felizmente) que el Ejército no se mezcla en asuntos políticos, y observe neutralidad absoluta, podrían utilizarse elementos militares para realizar actos de esa naturaleza.⁴

Serrano no se encuentra en la capital del país en los momentos de la controversia entre Obregón y los cooperatistas, porque está en Coahuila atendiendo un conflicto político. El Congreso local desahucia al gobernador Arnulfo González y nombra en su lugar al diputado federal Carlos Garza Castro, quien toma posesión del puesto el 1 de noviembre de 1923. Corren rumores de que el general González y sus seguidores planean un levantamiento armado. A pesar de que el ejecutivo federal reconoce a Garza Castro como gobernador, los gonzalistas se mantienen en su posición, atrincherados en el edificio del ayuntamiento, lo que obliga a las tropas a cargo del general Gonzalo Escobar a su desalojo. Por su parte, la legislatura local conmina a los diputados gonzalistas que planeaban instalarse el 15 de noviembre, acusados de usurpación de funciones.⁵ La presencia de Serrano en Coahuila y sus pláticas con los líderes de ambos bandos enfrían el ambiente, pero el asunto queda resuelto en definitiva en las dos semanas siguientes, debido al estallido de la rebelión delahuertista, a la lealtad de Garza Castro al gobierno de Obregón y a la renuncia de Arnulfo González a recuperar el puesto.

Al regreso de Serrano a la capital, es retomado el tema del complot contra la oposición, ahora en un intercambio de comunicaciones con el diputado cooperatista y futuro escritor Martín Luis Guzmán. Éste le envía una carta haciéndole saber que algunos oficiales del ejército se dirigieron a él, para ponerlo al tanto del fracasado complot para asesinar a los diputados. Amistosamente, le pregunta si es verdad «que alguno o algunos oficiales del Ejército pusieron en su conocimiento datos sobre el complot, y en caso afirmativo, de las razones que haya tenido esa Secretaría, de su muy digno cargo, para no dar a conocer al público esos datos o para no remitirlos desde

luego al juez especial que lleva ahora a cabo la investigación previa del asunto».⁶

Serrano le responde que en efecto recibió sendas comunicaciones de los tenientes Miguel Gallegos y Humberto V. Becerra, los dos del 44 batallón de línea. Estas comunicaciones fueron turnadas al juez militar encargado de las averiguaciones sobre el asunto, y si no se dieron a conocer es porque contienen el mismo texto de las hojas «que se hicieron firmar a los capitanes Margáin y Cruz», que son bien conocidas por el público. Serrano continúa afirmando su interés en que se eche luz sobre el asunto, pero encuentra «tan falto de seriedad» el procedimiento empleado a fin de «querer dar forma a un suceso que sólo ha sido producto de la fantasía de algunos individuos». Serrano le hace notar que esas comunicaciones están escritas en una misma clase de papel y de puño y letra de la misma persona, distinta a los presuntos firmantes, además de que las firmas se hicieron con tinta y letra distintas a las del manuscrito enviado, «detalles que son de llamar la atención, porque ninguno de los oficiales ha tenido algún secretario a su servicio. Esto me hace suponer ...que puedan ser las hojas que les fueron presentadas a los cc. capitán 2º. J. Díaz Hurtado y teniente M. Portillo Alvarado, ofreciéndoles fuertes cantidades de dinero porque las firmaran, y estos oficiales, haciendo honor a la Institución a que pertenecen, se negaron a hacerlo».⁷

Martín Luis Guzmán le refuta de inmediato: «Ni por un momento me atrevo a suponer que sea usted el autor voluntario de los datos inexactos que se contienen en su carta de ayer», en el sentido de que las cartas enviadas por los tenientes Becerra y Gallegos estuvieran escritas por letra de una misma mano y que esa letra no coincidiera con ninguna de los dos tenientes, o que las firmas estén puestas con tinta diversa de la del escrito, ni menos aún que el relato de los hechos sea el mismo de las declaraciones de los capitales Margáin y Cruz. Remata afirmando que, según sus informes, las delaciones de los tenientes Gallegos y Becerra no fueron aceptadas al juez el 29 de noviembre, a pesar de ellas le llegaron dos semanas antes. Guzmán le anuncia a Serrano la entrega a la prensa de las fotografías de las cartas autógrafas de los tenientes Becerra y Gallegos, para corroborar su dicho.⁸ Aquí terminó el intercambio de mensajes entre los dos personajes.

Los excesos de Gómez se entienden sin mucha dificultad y no tienen por qué ser reprendidos por sus superiores. El general está

encargado de mantener el orden en la capital, con un celo particular dada su cercanía con el candidato oficial, el general Plutarco Elías Calles. Su hostilidad hacia los partidarios de Adolfo de la Huerta es manifiesta y al poco tiempo su papel se hace más importante, porque la Ciudad de México estaría en el centro de los acontecimientos, ya que en ella se organizan cuerpos formales y grupos de voluntarios que se dirigen a diferentes frentes de guerra. Ellos deben ser alimentados y enviados a los lugares donde se necesitan, sin contar con que debe proteger a los poderes federales radicados en la capital.

En efecto, por esos días se prepara y estalla una nueva sublevación militar. En Veracruz las diferencias entre el general Guadalupe Sánchez —jefe de operaciones militares— y el coronel Adalberto Tejeda —gobernador del estado— llegan a un punto insostenible, y cabe la sospecha de que el primero espera su oportunidad de ajustar cuentas con el gobierno federal. El problema de los campesinos armados es uno de los temas que divide a Sánchez y a Tejeda. El secretario de Guerra conoce bien el caso, porque ha exigido al jefe de operaciones militares en Veracruz que no toque a los campesinos armados, ya que no forman parte del ejército y por tanto es un motivo que le es ajeno.⁹ Sánchez ignora la orden y contribuye con ello a enajenarse apoyos en los círculos del poder de la Ciudad de México, y en las vísperas de lo que se llamaría la rebelión delahuertista, es claro que la posición del gobernador Tejeda es más fuerte que la suya. El presidente Obregón y el secretario de Gobernación y luego candidato Plutarco Elías Calles le voltean la espalda, así que ahora Sánchez no cuenta más que con los cooperatistas y con don Adolfo de la Huerta, ahora bajo el fuego granado de los ataques oficiales. En estas circunstancias el Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina recomienda primero al divisionario Serrano una iniciativa para crear una nueva Jefatura de Operaciones Militares en la zona de la jurisdicción de Guadalupe Sánchez. Ella tendría su radio de acción en los municipios de las Huastecas veracruzana, potosina e hidalguense, así como una parte de Tamaulipas. Luego de plano se piensa en removerlo del puesto, pero ambas medidas llegan tarde. Otro de los elementos peligrosos es el general Rómulo Figueroa, jefe de las operaciones militares en Guerrero, por lo que la Secretaría de Guerra dispone que las tropas de Hidalgo se truequen por las de Guerrero, con carácter de urgente. El general Figueroa de-

be ser sustituido por el general José Gonzalo Escobar, quien está al mando de las tropas federales en La Laguna.¹⁰

La rebelión delahuertista es un movimiento militar formidable y sorpresivo. El primero en levantarse en armas es el general Rómulo Figueroa en Iguala, «contra el gobierno local, encabezado por el gobernador Neri». La iniciativa de Figueroa se da a partir de una orden de la Secretaría de Guerra, en la que se dispone su traslado a La Laguna. Así explica Figueroa sus razones al general Serrano:

Pueblos del estado, cansados sufrir vejaciones por parte Gobierno local y en vista haberse dado cuenta remoción fuerzas mi mando, que dábanle garantías, con todo y gestiones legales hechas ante la superioridad, resolvieron levantarse en armas contra Gobierno local, tratando únicamente de obtener un cambio dicho Gobierno local, favorable interés sociedad en general; ante esta actitud que conceptúo justificada y para evitar mayores perjuicios véome obligado a asumir la jefatura del movimiento, para garantizar el orden, sobre estricta base de tratar esa superioridad lo relativo a hacer cesar situación en que encuéntrase el estado, por malos manejos e ineptitud autoridades locales, pues esto es lo único que me guía a tomar resolución mencionada, sin perjuicio acatar órdenes posteriores de esa superioridad respecto mi salida, tan luego como los pueblos queden satisfechos en sus justos deseos actuales.

El general Serrano contesta este telegrama diciendo que ya se dirigía al presidente Obregón, pidiéndole instrucciones urgentes sobre el caso, cuya gravedad estaba más allá de las facultades de la Secretaría de Guerra. Obregón de inmediato se pone en contacto con Rómulo Figueroa, a quien le dice que apoyaría al gobierno de Guerrero, cuya actuación no puede estar bajo las sanciones de un jefe de operaciones del estado, por lo que le invita a deponer su actitud y consentir que las tropas de Guerrero pasen a otra entidad de la república. En su respuesta, Figueroa dice haber actuado «conforme a su deber de revolucionario, al adherirse al movimiento de diversas poblaciones de Guerrero contra el gobierno local», por lo que juzga su deber obrar contra esa administración como se obró en 1920 y le invita a que nombre un comisionado para tratar la cuestión. Obregón le responde a su vez que rechaza la tesis de que por encima del

cumplimiento de las leyes está el bien popular, y en un buen producto de su inteligencia política le dice:

Si los poderes locales de los estados pudieran ser juzgados por los jefes de operaciones, y éstos resolver por así y ante sí cuándo los gobiernos aludidos deben ser depuestos, quedarían destruidas por su base nuestras instituciones y el país quedaría bajo un régimen netamente militarista.

Obregón rechaza el paralelo de la situación de la entidad federativa con el movimiento de Agua Prieta, ni acepta la propuesta de nombrar un comisionado, e invita al jefe suriano a que vuelva sobre sus pasos. El presidente le pone como término el 1 de diciembre a las seis de la tarde para que acepte el error de su conducta y proteste obediencia al gobierno federal. De no hacerlo, pasado el plazo sería considerado rebelde y se procedería en consecuencia. Serrano, por su parte, habla con los generales Fortunato Maycotte y Francisco Figueroa (hermano de Rómulo) y el diputado Ezequiel Padilla en su oficina en la calle de Moneda, sin sospechar que los dos primeros forman parte de una rebelión de mayor magnitud. Ellos le comunican que están dispuestos a salir hacia Guerrero con el propósito de convencer a Rómulo Figueroa de rendir sus armas, pero su hermano hace notar que, si no se asegura en alguna forma la salida del gobernador Neri, su «esfuerzo» no tendría éxito. Serrano le manifiesta que antes de cualquier otra gestión relacionada con el cambio de poderes, es necesario que Rómulo Figueroa renuncie a su propósito. Enterado Obregón del resultado de las negociaciones en la Secretaría de Guerra, encarga a Serrano decir a los generales Maycotte y Figueroa y diputado Padilla que su tarea se concrete exclusivamente a hacer comprender al general Figueroa la magnitud de su atentado, para dar tiempo a que lo reconsidere y salve así su nombre.¹¹ Maycotte supone que Rómulo Figueroa se adelantó erróneamente en el movimiento contra el gobierno, por lo que simula estar del lado de Obregón y se apresura a intervenir, ante la posibilidad de que Figueroa sea capturado y revele los planes de los jefes sublevados en la rebelión que se llamará delahuertista.¹² El general Rómulo Figueroa persiste en su actitud, seguro como está de que un movimiento general contra el régimen estallaría de un momento a otro. Considerado ya

un rebelde, Serrano ordena al general Tomás Toscano Arenal que con sus fuerzas de Chilapa y Chilpancingo combata a los sublevados, y al general Francisco Urbalejo, nombrado para el caso jefe de las fuerzas de Puebla y la costa occidental de Guerrero tomar la plaza de Iguala.¹³ Tanto las guarniciones federales de Chilpancingo y Acapulco como las fuerzas del general Toscano se pasan al lado de Figueroa. Pero la maniobra más importante se da al otro lado de México: el general Guadalupe Sánchez se subleva el 6 de diciembre contra el gobierno, reconociendo como líder a don Adolfo de la Huerta, mientras que Jorge Prieto Laurens —líder de los cooperatistas— difunde su «manifiesto de Xilitla, capital provisional de San Luis», llamando a las armas. A fin de calmar los ánimos de la población, justamente alarmada, el general Serrano considera que la situación general del país no es grave e indica que tiene a su mando once cuerpos de tres armas, calculando que el total de hombres llegaba a veinte mil, sin incluir la adhesión de cuerpos en Veracruz que no seguirían a los sublevados. Casi simultáneamente, corre la noticia de que el general Enrique Estrada, jefe de las operaciones en el estado de Jalisco, también se levanta en armas, al igual que el gobernador de Puebla, Froylán Manjarrez, y de que el general López de Lara en Tamaulipas hace lo propio. Al ser interrogado sobre este último particular, Serrano contestó que es falso que el general Estrada se haya levantado en armas; «por el contrario, el gobierno tiene completa seguridad en la actitud leal de dicho divisionario, y en cuanto a Puebla y Tamaulipas, se expresó en igual sentido».¹⁴

José Vasconcelos relata el episodio de cuando él, como secretario de Educación, acudió al Consejo de Ministros al que es convocado, para discutir las alternativas del gobierno frente al estallido rebelde. En la antesala de la presidencia están Enrique Colunga —secretario de Gobernación—, Alberto J. Pani —secretario de Hacienda—, Amado Aguirre —secretario de Comunicaciones—. Ingenuamente, Vasconcelos adelanta su fórmula para que en «veinticuatro horas cese la revuelta»: la salida del gobierno de todos los callistas y de Calles mismo, para dejar al presidente en libertad de actuar y desarmar políticamente de este modo a los sublevados. Una vez que se inicia el consejo, Vasconcelos se extiende sobre su plan: es necesaria la renuncia de todo el gabinete, a fin de que Obregón escoja al que esté libre de sospecha de parcialidad electoral. El general Aguirre es di-

recto: la proposición es absurda, porque él es callista y también porque la permanencia o renuncia al puesto es en última instancia un asunto de lealtad hacia el presidente. Se hace un silencio sepulcral, hasta que el general Serrano interviene. Es necesario meditar la propuesta vasconcelista, y en lo que a él toca, está lista su renuncia. Obregón descarta de plano la idea, porque estima que no es posible evitar el choque con los rebeldes, y pide que se voten las facultades extraordinarias en guerra y hacienda, esto es, un amplio permiso para actuar con las manos libres para conducir la defensa del Estado. Aclara, sin embargo, que no abusaría de esas facultades, que no consumiría fusilamientos: «Ya esos tiempos han pasado». Después del voto unánime, alguien propone a Calles como jefe de las fuerzas oficiales contra la rebelión, lo que a Vasconcelos le parece incorrecto, porque sería darle todo el poder a la cabeza de un bando para reprimir al otro. Obregón no oculta su desagrado ante la moción, pero antes de que pronuncie palabra, Serrano apoya sin reservas la idea de Vasconcelos de que Calles no esté al frente de las tropas del gobierno.¹⁵ No es la primera vez que estos personajes, tan distintos, tienen una óptica coincidente. Tiempo antes, cuando la vacante de Gobernación queda vacía por la renuncia de Calles que busca la presidencia, inopinadamente Obregón nombra al licenciado Gilberto Valenzuela para sustituirlo. Vasconcelos y Serrano se oponen cuando el nombramiento ya es público, pero con la misma prontitud Obregón lo retira del cargo antes de que Valenzuela tome posesión.¹⁶ Pensaban que esa maniobra redundaría en cargos justificados de inequidad por parte del gobierno, al suponerse que el nuevo titular de la política interna apoyaría al candidato Plutarco Elías Calles.

Para emprender la defensa del gobierno se organiza el frente oriental para detener a los rebeldes del general Guadalupe Sánchez; en el frente oriental, el presidente Obregón encabeza las tropas que combatirán al general Enrique Estrada. El general Eugenio Martínez es llamado de Chihuahua para combatir en Puebla y Veracruz. En la entidad nortea Martínez tiene historia, por su actividad para lograr la rendición del general Francisco Villa, mantenerlo en paz y desde luego vigilar estrechamente sus actividades. Al momento de la rebelión delahuertista, es jefe de la guarnición en la plaza de Chihuahua. Calles, por su parte, se dirige a San Luis Potosí en la retaguardia de las operaciones, en el cobijo de los territorios de Saturnino Cedillo y los

agraristas que forman un contingente de irregulares, carentes de entrenamiento, pero numerosos y conocedores de sus terrenos. El general Serrano, por su parte, es comisionado cerca del general Eugenio Martínez, tanto para supervisar y tomar iniciativas en las operaciones, como para vigilarlo de que no fuera a defeccionar, dados ciertos antecedentes de inestabilidad y doblez. Así describe Valadés la asociación entre Serrano y Martínez en el frente oriental:

(Obregón) comisionó al general Francisco R. Serrano a fin de que llevase la iniciativa cerca de Martínez, pues si éste era hombre aleccionado en la guerra, solía entregarse fácilmente a una molicie desesperante. Serrano, en cambio, aparte de su talento, poseía cualidades agresivas, de manera que unido a Martínez, era posible una sola y eficaz dirección bélica tras de la cual, por supuesto, estaría el espíritu emprendedor y audaz de Obregón.¹⁷

El 8 de enero marca el principio del ataque a las posiciones rebeldes del Oriente, por la columna federal a las órdenes del general Eugenio Martínez, con el general Juan Andreu Almazán a la vanguardia. Los sublevados, por su parte, están bajo las órdenes de los generales Guadalupe Sánchez, Pedro González, Antonio I. Villarreal, Fortunato Maycotte y Cesáreo Castro. La Secretaría de Guerra opera ahora en un escenario bélico amplio y complicado. Serrano ordena el avance de la columna al mando del general Eugenio Martínez por las vías de los ferrocarriles Interoceánico y Mexicano, presentándose la primera victoria en Panzacola y ocupándose más tarde la ciudad de Puebla. El entusiasmo mostrado por Serrano no podía ser mayor, a juzgar por sus parabienes al general Martínez:

Me he enterado con positivo gusto de la derrota infligida a los traidores en Panzacola. Siempre es satisfactorio ver que nuestras predicciones se cumplen y usted sabe perfectamente que cuando se ha destacado una columna compuesta de elementos tan bizarros y a las órdenes de un Jefe como usted, las predicciones han sido que marcharían directamente al triunfo. Reciba usted mis sinceras felicitaciones y le ruego hacerlas extensivas a los elementos que integran la columna de su mando y muy especialmente a los que dignamente comandados por el General Roberto Cruz, integraban la vanguardia que ha castigado a los infidentes en el citado lugar de Panzacola.¹⁸

Pronto el general Martínez comunicaría la batalla en Puebla «en el que las tropas del Gobierno se cubrieron nuevamente de gloria», parafraseando lo dicho por el general Ignacio Zaragoza medio siglo antes, al derrotar a los franceses. A la vanguardia se encuentran las sin par infanterías yaquis. Se habla de que tras un reñido combate se hicieron numerosas bajas a los rebeldes, entre las que se cuentan dos mil prisioneros, y pronto el general Eugenio Martínez despacha en el Palacio de Gobierno de la Angelópolis. Poseído una vez más del regocijo de la victoria, Serrano pronuncia frases locuaces, asaz incomprensibles: «Los infidentes han tenido otra oportunidad de probar la excelencia de su estrategia que indudablemente revoluciona el arte de la guerra; en la misma forma en que sus llamados principios, que les sirven de bandera, revolucionan los más elementales conceptos del honor, del deber y de la verdad.»¹⁹

En ese momento de definiciones, el general Serrano afina sus lealtades, y sin ser entusiasta de la candidatura callista, combate con disciplina a los que están al otro lado de la trinchera. Para él, como para muchos otros, la elección es dura y dolorosa. Su amistad con Adolfo de la Huerta es firme desde los tiempos de Maytorena, y en incontables ocasiones se deja ver una camaradería propia de los buenos amigos. Un día, el presidente De la Huerta, que buscaba que los funcionarios de su gobierno tuvieran una cultura moral decorosa como la suya, le llamó la atención a Serrano con tono severo:

—Me da vergüenza ver cómo entras al Café Colón (por entonces un club al que el divisionario era asiduo).

El general Serrano contesta con una ráfaga de ingenio:

—¡Y eso que no ves cómo salgo!²⁰

Al llegar a la recién tomada ciudad de Puebla, el general Serrano conferencia con los generales Martínez, Fausto Topete y Almazán, a fin de preparar el avance sobre el puerto de Veracruz. Acuerdan iniciar en breve la actividad militar en un radio comprendido entre San Marcos y Tlacotepec, extremos de las líneas de los ferrocarriles Mexicano y Mexicano del Sur.²¹ Pronto llega la ocupación de la Estación de San Marcos, la base de operaciones se establece en el puerto de

Veracruz, guarnecido por los generales Urbalejo y José María Sánchez. El general Serrano, por su parte, continúa dirigiendo la campaña desde Puebla.²² Con la caída de Esperanza —en una batalla que señala el principio del fin de la derrota delahuertista en Veracruz— el avance sobre Orizaba, Jalapa y el puerto está garantizado. Así las cosas, Serrano está en condiciones ahora de operar entre la Ciudad de México y Celaya, punto éste último desde donde Obregón sigue dirigiendo las operaciones en el frente occidental.²³

La entrega de Serrano a la defensa del gobierno es total. Cuando se encuentra en la capital, él y sus principales colaboradores, los generales Manzo, Acosta y otros, virtualmente viven en la Secretaría de Guerra, donde se despachan los asuntos las veinticuatro horas de lunes a domingo, y donde se concentra parte del armamento y municiones necesarios para combatir la rebelión.

La batallas de Esperanza, Ocotlán y Palo Verde —éstas últimas en el frente occidental— consuman la desventura de los delahuertistas, de tal manera que para el mes de marzo de 1924 la situación aparece de la manera siguiente: la campaña en Jalisco, Michoacán y Colima está concluida, y la de Puebla y Veracruz se reduce a la persecución de grupos en desbandada y la vigilancia de las vías férreas. La campaña en la Huasteca se acerca a su término y solamente quedan en pie las de Oaxaca, Guerrero, Tabasco y la península de Yucatán. Varios miles de hombres quedan disponibles en las zonas pacificadas y son enviados al general Cruz para operar en Guerrero, y otros se concentran en la capital del país, entre ellos dos mil indios mayos —tropas frescas, sin experiencia de batalla— con destino a la campaña en Yucatán, Campeche y el territorio de Quintana Roo.²⁴ Se requiere asegurar las costas de Guerrero y Oaxaca, y en particular los puertos de Acapulco, Zihuatanejo y Puerto Ángel. No se trata solamente de consolidar el triunfo sobre Figueroa, que ha sufrido un desastre cerca de Iguala, sino de impedir la fuga de los generales Enrique Estrada y Manuel M. Diéguez. Éste propone su rendición, pero se le rechaza. Por órdenes directas de Obregón, Serrano arma un cerco envolvente en el que toman parte los generales Piña y Escobar, que se estrechará en Puerto Ángel, únicos escapes por mar de Maycotte y Manuel García Vigil.²⁵

Serrano personalmente dirige la campaña contra los rebeldes del istmo y del sureste, en compañía del general Vicente González, que

opera en Tabasco. Así, ocho mil hombres bajo su mando se embarcan en Manzanillo a bordo de los cañoneros *Progreso*, *Coahuila*, *Chiapas* y *Washington* con destino a Acapulco y Salina Cruz.²⁶ Una escuadrilla de aeroplanos y un regimiento de artillería de montaña son agregados a la columna del general Serrano, en la cubierta del vapor *México*.²⁷ Al llegar a Salina Cruz, Serrano felicita y abraza cariñosamente al general Donato Bravo Izquierdo y sobre todo al general Juan Domínguez, su compadre y protegido. A partir de la llegada del general Serrano a la base federal de Ojapa, prepara el avance sobre Puerto México y ordena al general de brigada Piña a iniciar el avance llevando la vanguardia.²⁸ Puerto México es tomado sin problemas el 20 de marzo y Serrano, al frente de una columna de diez mil hombres a bordo del cañonero *Bravo* y de otras unidades artilladas, va con destino a Tabasco, Campeche, Yucatán y el territorio de Quintana Roo. Allí es alcanzado por la brigada del general Roberto Cruz y por el general Vicente González, cuyo objetivo es la toma de la plaza de Frontera, donde se encuentran los jefes delahuertistas. El *Bravo* sale de Nueva Orleans después de repararse y en ese momento se le considera el mejor de los barcos nacionales. Los aviadores que prestaron sus servicios en la campaña de Occidente se encuentran ahora en Puerto México, a partir de donde han realizado reconocimientos juzgados de gran valor para el triunfo total de la campaña. Para apoyar el éxito de las operaciones contra Maycotte y García Vigil, Obregón ordena que se sumen a la columna del divisionario Juan Andreu Almazán, las fuerzas del general de brigada Jesús M. Aguirre, que en su totalidad están integradas por mayos.²⁹ En Puerto México, el general Serrano es llamado por el presidente Obregón para recibir instrucciones respecto de sus actividades como jefe de las tropas federales que avanzarán a Tabasco, Campeche y Yucatán.³⁰

El general Donato Bravo Izquierdo es el jefe de las 11^a y 23^a Jefaturas Unidas en el Istmo de Tehuantepec y Chiapas. Mantiene el frente de Santa Lucrecia y logra recuperar la plaza de Salina Cruz. Una vez alejado el peligro para el gobierno del Istmo, el general Bravo Izquierdo regresa a Chiapas a batir a los rebeldes, que por Tabasco se internan a dicho estado, dirigidos por Salvador Alvarado, Cándido Aguilar y Alberto Pineda, entre otros, este último posesionado de San Cristóbal, Comitán y zona limítrofe con los estados del este. El 1 de mayo Pineda es derrotado en San Cristóbal y se le persigue a lo

largo de la selva de Ocosingo.³¹ En las inmediaciones de la finca «San José de las Flores» del Valle de Cintalapa, en el estado de Chiapas, una escolta federal captura a los generales Manuel M. Diéguez, Alfredo C. García y Crisóforo N. Ocampo, así como a un grupo de jefes oficiales y tropa que asciende a cuarenta hombres. El general Bravo Izquierdo recibe a los prisioneros, a los que traslada a Tuxtla Gutiérrez, donde son alojados con todas las atenciones en la casa ocupada por la Jefatura de Operaciones Militares.

Al enterarse de la aprehensión de Diéguez y los suyos, Serrano experimenta sentimientos encontrados. Inquietos recuerdos le asaltan, de aquellos días de las batallas del Bajío y de Jalisco, que tanta nombradía dieran a sus jefes, ahora mortalmente divididos. Lo recuerda aquella mañana de 1915 desde el balcón del palacio de gobierno en Guadalajara, cuando a lado de Aguirre Berlanga y de Baca Calderón, Obregón hablaba a los tapatíos de ese «gallinero de la Revolución» que era Jalisco, en el que «detrás de cada sotana de los frailes de ustedes, hay alerta un enemigo; detrás de cada uno de sus aristócratas, hay un reaccionario; y si cada uno de ustedes se examinara verá que es reaccionario, porque consintió los atropellos y la opresión de los déspotas». Seguramente pasó por su mente cuando Diéguez, figura emblemática de la huelga de Cananea, maderista de primera hora, es nombrado jefe de operaciones del territorio de Nayarit y de Sonora y Sinaloa, con la orden de Obregón de ponerse al frente de una columna contra Villa y Maytorena. Y tiene presente los resentimientos de Obregón, ese hombre de fina memoria para la venganza, cuando el general Diéguez se opuso a su proyecto de eliminar a Villa y a Carranza en la Convención de Aguascalientes y asumir el mando de la Revolución. Diéguez sería uno de los últimos fieles del carrancismo; ahora se encuentra en las filas delahuertistas y toca a Serrano la terrible tarea de decidir —previo acuerdo con Obregón— sobre la vida o la muerte del amigo y correligionario de otros tiempos. Es claro que nadie detiene a la Revolución devorándose a sí misma, y Serrano participa en este proceso inexorable, porque no es hora de la conciencia, sino de obedecer la voluntad superior.

De acuerdo con las normas militares Serrano ordena que los prisioneros sean juzgados por un consejo sumarísimo, pero antes pide al presidente Obregón magnanimidad ante el viejo vencido, por sus méritos revolucionarios, por su familia. Pero el superior no va a tentarse el corazón para evitar un crimen. Ante la mirada que se clava

como puñal en sus palabras, Serrano le propone que se preserve su vida y se le envíe al extranjero, como a muchos otros. Empeña toda su elocuencia para mover los sentimientos presidenciales. «¿Ya acabaste, Pancho?» Ante la afirmativa del secretario de Guerra, vienen las palabras duras, las que rompen el alma: «Cuando hay rabia, hay que matar al perro. Muerto el perro se acabó la rabia. Fusilen a Diéguez.»³² Diéguez resignado en sus últimos momentos, al serle notificada la sentencia de muerte, confirmando lo que él y todos sabían de Obregón, se limita a decir: «Ya lo esperaba».³³

De nada sirven los últimos intentos de salvar su vida, ni el retraso deliberado para dar oportunidad al milagro. Un consejo de guerra sumarisimo se reúne a las once y media de la noche del 20 de abril, y apenas una hora después, falla sentenciando a los tres prisioneros a la pena capital. Sabedor de antemano que la suerte está echada desde la víspera, de que Obregón desconoce el significado de la palabra clemencia, Diéguez acompaña a los generales García y Ocampo al paredón. Enfrenta con entereza sus momentos postreros, para luego ser inhumado en una fosa del Panteón General de esa población.³⁴

En mayo huyen, caen o se rinden los jefes rebeldes en diversas partes de la república. Pero la sublevación se resiste a morir en Tabasco y Campeche, plazas fuertes del delahuertismo. Serrano se dirige entonces al puerto de Progreso, última capital de la sublevación, recién abandonado por los rebeldes en huida. Aquí pasa revista a las tropas del general Eugenio Martínez y ordena al diputado Miguel Cantón entregar el gobierno de aquella entidad a don José María Iturralde.³⁵

El gobierno estuvo en un serio peligro, porque de los cincuenta y dos mil hombres con los que contaba el ejército se rebelaron treinta mil, con la circunstancia de que este número de tropas se concentró en núcleos gruesos, aunque en un buen grado de aislamiento; y el resto leal se encontraba repartido en diversos lugares, aunque con la Ciudad de México como punto de reunión. Esto permite al gobierno la concentración necesaria para dirigirse a los dos frentes principales y a los secundarios.

Hacia fines de la rebelión delahuertista, la Secretaría de Guerra está organizada de la manera siguiente:

Secretario: general de división Francisco R. Serrano
Subsecretario: general de división Francisco R. Manzo
Oficial Mayor: general de brigada Miguel M. Acosta

Jefe del Estado Mayor del secretario: general de brigada Julio García
 Jefe del Estado Mayor del subsecretario: coronel Francisco Bórquez
 Departamento de Estado Mayor: general de brigada Agustín Maciel
 Departamento de Infantería: general de brigada Manuel J. Celis
 Departamento de Caballería: general de brigada Eduardo C. García
 Departamento de Artillería: general brigadier Abraham Carmona
 Departamento de Cuenta y Administración: general Santiago Cervantes
 Departamento de la 1ª Reserva: general brigadier Rafael A. Colorado
 Departamento de Justicia, Archivo y Biblioteca: general Roberto Olagaray
 Departamento del Servicio Sanitario: general brigadier Gustavo A. Salinas
 Departamento del Colegio Militar: general brigadier Miguel A. Peralta
 Departamento de Marina: comodoro Carlos M. Varela

La división militar del país abarca treinta y seis Jefaturas de Operaciones; el Departamento de Marina controla los barcos de guerra, la Escuela Naval, el Arsenal Nacional y dos Comandancias de Marina, una en el Golfo y otra en el Pacífico. En cuanto a las Jefaturas de Operaciones, constan las siguientes:

- 1ª Valle de México, general de división Arnulfo R. Gómez, México, D. F.
- 2ª Distrito Norte, B. C., general de división Abelardo Rodríguez, Mexicali, B. C.
- 3ª Distrito Sur, B. C.
- 4ª Sonora, general brigadier Rodrigo L. Talamantes, Hermosillo, Son.
- 5ª Chihuahua, general de brigada J. Gonzalo Escobar, Chihuahua, Chih.
- 6ª Coahuila, general brigadier Evaristo Pérez, Saltillo, Coah.
- 7ª Nuevo León, general de brigada Juan Espinoza y C. Monterrey, N. L.
- 8ª Sector Norte de Tamps., general de brigada José Hurtado, N. Laredo, Tamps.
- 9ª Tamaulipas, general de brigada Pablo Macías, Tampico, Tamps.

- 10^a Veracruz, Ver.
- 11^a Istmo, general brigadier Juan Domínguez, S. Jerónimo, Oax.
- 12^a Tabasco, general de brigada Vicente González
- 13^a Campeche, general de división Pafnuncio Martínez
- 14^a Yucatán
- 15^a Quintana Roo
- 16^a Sinaloa, general de división Jesús M. Ferreira, Mazatlán, Sin.
- 17^a Nayarit, general de división Anatolio B. Ortega, Tepic, Nay.
- 18^a Jalisco, general de brigada Lázaro Cárdenas, Guadalajara, Jal.
- 19^a Colima, general brigadier Teodoro Escalona, Colima, Col.
- 20^a Michoacán, general de brigada Andrés Figueroa, Morelia, Mich.
- 21^a Guerrero, general brigadier Adrián Castrejón, Iguala, Gro.
- 22^a Oaxaca
- 23^a Chiapas, general brigadier Donato Bravo Izquierdo
- 24^a Durango, general de brigada Marcelo Caraveo, Durango, Dgo.
- 25^a Región Lagunera, general brigadier Alejandro Mange, Torreón, Coah.
- 26^a Zacatecas, general de brigada Matías Ramos, Zacatecas, Zac.
- 27^a Aguascalientes, general de brigada Claudio Fox, Aguascalientes, Ags.
- 28^a San Luis Potosí, general de brigada Saturnino Cedillo, San Luis Potosí, S. L. P.
- 29^a Guanajuato, general de brigada Rodolfo L. Gallego, Irapuato, Gto.
- 30^a Querétaro, Qro.
- 31^a Hidalgo, general de brigada Pedro Gabay, Pachuca, Hgo.
- 32^a Estado de México, general de brigada Jesús J. Madrigal, Toluca, Mex.
- 33^a Morelos, general de división Genovevo de la O, Cuernavaca, Mor.
- 34^a Puebla, general de división Juan Andreu Almazán
- 35^a Tlaxcala, jefe int. coronel Nicolás Díaz Velarde, Tlaxcala, Tlax.
- 36^a Las Huastecas, general de división Luis Gutiérrez, Cerro Azul, Ver.

Durante el movimiento, tomaron parte en la rebelión los jefes de operaciones siguientes:

General de división Guadalupe Sánchez, jefe de la 10^a
 General de división Enrique Estrada, jefe de la 18^a
 General brigadier Isaías Castro, jefe de la 19^a
 General de brigada Rómulo Figueroa, jefe de la 21^a
 General de división Fortunato Maycotte, jefe de la 22^a
 General brigadier Alfredo C. García, jefe de la 26^a
 General brigadier Marcial Cavazos, jefe de la 31^a

Se dan las siguientes promociones: el coronel de caballería Daniel L. Peralta es ascendido a general de brigada; el coronel de caballería Luis P. Vidal, a general brigadier; el coronel de infantería Héctor I. Almada, jefe del Estado Mayor del general de división Eugenio Martínez, a general brigadier; el coronel de infantería Agustín Olachea, jefe del 5 batallón, a general brigadier.³⁶

Ya con la victoria asegurada sobre los rebeldes y virtualmente con el camino allanado al triunfo electoral, los callistas celebran con mucha anticipación los tiempos por venir. Un joven estudiante de leyes, Alfonso Romandía Ferreira, toma la palabra en un banquete ofrecido por el doctor José Manuel Puig Casauranc, presidente del Centro Director de la Campaña Pro-Calles. Habla de la construcción de la patria y también del relato de los reyes magos, que siguiendo una estrella van en busca del México recién nacido, «y así nosotros vamos en busca de la Patria; la estrella que nos guía es el Gran Reformador, el General Calles». El orador apunta a las personalidades en que el general Calles debe apoyarse. Uno de ellos, el doctor Puig Casauranc; «quitándole ciertas asperezas», el licenciado Gilberto Valenzuela y el líder Luis Morones, pero:

¿se complementaría con estos tres buenos representantes un buen gobierno? (Y se contesta) ¡No! Se necesita que colabore también el representante de la única institución organizada, el Ejército, que lo es el General Francisco R. Serrano.³⁷

A este juvenil arrebató sigue una salva de aplausos. ¿Cómo no iba a ser así? Serrano es sin lugar a dudas el tercer hombre de México, y parece de sabios alabar por anticipado a quien podía ser un presidente en el futuro. El rompimiento del llamado triángulo sonoreño Obregón-Calles-De la Huerta, con la salida de este último a raíz de los acontecimientos de 1923, abre la puerta grande a Serrano. Des-

de luego, las características de esta alianza cambian, porque Serrano pasa a ser el benjamín del grupo, y en su momento, el heredero lógico de la presidencia de la República. Por cierto, el sonorenses Romandía tiene ya en su haber, a pesar de su corta edad, el abandono a quien le llevó de la mano de Hermosillo a la Ciudad de México, don Adolfo de la Huerta. No estaba lejos el día en que igualmente le voltearía la espalda a su amigo Serrano.

La verdad es que no se necesita ser oráculo para predecir el futuro luminoso de Serrano. Quien opine lo contrario es un ignorante de la política, pues la lógica de una sucesión pactada, ahora en su favor, es una verdad tan evidente que no requiere pruebas. En septiembre de 1924, dos íntimos del general Obregón, Aarón Sáenz y Francisco Bay, hacen saber a Serrano que acaban de tener una conversación con el presidente, y al fin pitoniso mayor, «les había insinuado» que Serrano «es el hombre del porvenir».³⁸

Varios personajes en la lucha contra el delahuertismo son memorables. Por venir muy al caso en dos momentos de esta biografía, debe mencionarse al general rebelde José C. Morán, que operó en la región de las Huastecas y resolvió someterse al gobierno en unión de sus trescientos hombres. Recibe la rendición el general Manuel Arenas, quien recomienda a su superior, el general Arnulfo R. Gómez, su intervención para que sea aceptada por el presidente Obregón. Argumenta que Morán conoce muy bien la región y es peligroso que continúe aquí, pues se dedicaría a cometer asaltos en campamentos y poblaciones. Al retirarse Morán, también lo harían «cuatro o cinco cabecillas» más que le siguen, a cambio de que se le proporcione una pequeña cantidad en metálico para poder dedicarse a la vida privada. Ésta sería una manera económica de pacificar en definitiva las Huastecas. Aparentemente convencido de estas razones, Obregón acepta la rendición de Morán, por lo que se le entregan armas, caballos y demás pertrechos de guerra.³⁹ Pero poco tiempo dura su felicidad. Pronto es internado en la cárcel del Cerro de Andonegui en Tampico y luego sacado violentamente del lugar por un destacamento de tropas. El alcalde señala que ante él se presentó un oficial con cincuenta soldados, ordenándole la entrega de Morán, pero ante la negativa de obedecerle, penetraron al interior de la cárcel. Al darse cuenta de la violencia contra Morán, los demás reclusos tratan de oponerse, por lo que las tropas ocuparon la azotea, apuntando con sus rifles a los reos y llevándose al prisionero. Al ser interrogado acerca

del episodio, el general Serrano manifiesta que, a cambio de la amnistía, Morán ofreció no volver a mezclarse en asuntos políticos. A pesar de estos ofrecimientos «se comprobó» que estaba en connivencia con enemigos del gobierno para lanzarse de nuevo a la revuelta (que en su momento ya no existía), de ahí que se le aprehenda en Tampico, de donde parte a la Ciudad de México para ser juzgado.⁴⁰ Morán es procesado en Santiago Tlatelolco por un consejo ordinario de guerra, acusado del delito de rebelión, y donde el fiscal pide para él la pena de muerte. Uno de sus principales defensores es el licenciado Francisco J. Santamaría, quien en algún momento señala que «espera que el consejo no trae consigna del general Joaquín Amaro». En su defensa, el acusado señala que al ser derrotada la rebelión delahuertista, solicita y obtiene su rendición incondicional. Pone como pruebas los salvoconductos proporcionados por el general Luis Gutiérrez y su retiro a Tempoala, en San Luis Potosí, donde sin mayor explicación se le aprehende de nuevo. Sostiene que al rendirse pide al gobierno cien mil pesos para su gente; se le dice que solamente se le darían cincuenta mil, aunque acaba recibiendo veintiún mil. Los veintinueve mil restantes, afirma, se los queda el general Gutiérrez. Se hace aparecer que los labriegos que labran sus tierras son soldados listos para una rebelión y que todas las maniobras se inspiran para que no se aclare el destino de los veintinueve mil pesos, que son cobrados fraudulentamente en la Administración del Timbre de Tampico. Recuerda que en el combate de Cerro Azul, con fuerzas rebeldes a su cargo, fue muerto a tiros el doctor y coronel Manuel Izaguirre, suegro del general Amaro. Reclama que solicitó gracia al gobierno, y le fue concedida, pero luego se hace con él una excepción «por motivos que ignora, pues no comprende cómo se le juzga a él y gozan de libertad y de perdón, libres y tranquilos paseando por las calles, los generales Rómulo y Francisco Figueroa, Ramírez Garrido y cien más prominentes jefes de la revuelta». Después de un acalorado debate y horas de deliberaciones es sentenciado a diez años en prisión, con derecho a la libertad preparatoria después de cuatro.⁴¹ La orden de consignar a las autoridades al general José C. Morán llega del presidente Álvaro Obregón, lo que muestra su interés personal, con el propósito apenas disimulado de satisfacer los deseos de venganza del general Joaquín Amaro, quien tenía en muy alta estima a su suegro.

IV SERRANO EN EUROPA

El general Serrano se despide de la Secretaría de Guerra el 21 de septiembre de 1924 y aparece por última vez con este carácter en un festival para celebrar el centenario del Colegio Militar, al lado del presidente Obregón y del general Eugenio Martínez. Se encarga del despacho el general Agustín Maciel, como oficial mayor que sustituyó al general Miguel M. Acosta. Maciel se desempeñaba como jefe del Departamento de Estado Mayor y es autor de un proyecto de Ley Orgánica del Ejército Nacional, presentado a la Cámara de Diputados en septiembre de 1924, aunque puesto en espera de su discusión.¹ El divisionario Francisco R. Manzo, subsecretario de Guerra y Marina, por su parte, pide un permiso para separarse del servicio, «por motivos de salud», para dirigirse luego a su hacienda La Misa, en Sonora.

El general Serrano no es incorporado al nuevo equipo del presidente de la república, Plutarco Elías Calles, como algunos pensaron, sino enviado a Europa, donde tendría la «misión de conocer la organización de los ejércitos europeos, sobre todo el alemán», si bien al parecer llevaba otros encargos no especificados de orden político y diplomático. En la nueva administración el general Joaquín Amaro es designado subsecretario de Guerra y Marina —encargado del despacho— mientras que el oficial mayor es el general Miguel Piña y el jefe del Estado Mayor Presidencial el general José Álvarez.²

El responsable del viaje del general Serrano a Europa es el general Obregón, quien piensa que su amigo debe conocer mundo, ilustrarse más, a fin de estar en capacidad de adquirir la experiencia necesaria para asumir la presidencia y la jefatura del grupo sonoreense

después de 1928. Espera que Serrano, en contacto con el adelanto y la civilización del viejo continente, modifique algunas de sus disipadas costumbres. El general Obregón le pone dos condiciones: que no resida en París y que le acompañe su esposa Amada Bernal. Estas recomendaciones reflejan los prejuicios del general respecto de la Ciudad Luz, que no es más que la aprensión provinciana hacia las grandes ciudades, un sentimiento ya mostrado por el caudillo hacia la Ciudad de México. París se le figura la urbe del pecado y la corrupción, así que Berlín es un mejor punto de residencia, ciudad en que Amadita fue instalada. Con la mayor candidez, Obregón piensa que su esposa puede contener las tendencias siempre irrefrenables de Serrano hacia las damas hermosas, sin exceptuar a las europeas. Quizás ignora que Serrano ya tenía planes secretos con la bella Gloria Avilés, una mocoritense radicada en Guadalajara y la que sería madre de dos hijas suyas. Gloria tiene en su haber ser la «Embajadora de la Simpatía» por el estado de Jalisco, gracias en parte a influencias súbitas que la pusieron por encima de sus competidoras:

La entrada de la señorita Gloria Avilés como candidato a Embajadora de la Simpatía por el Estado de Jalisco causó de pronto sorpresa enorme en Guadalajara donde se había venido luchando por un grupo de damitas aristócratas, extremadamente populares en los altos círculos sociales de la Perla de Occidente. La presentación de la señorita Avilés con cinco mil votos, para aumentar rápidamente a la cifra enorme que ahora tiene, produjo, de pronto temor, pero pronto vino una reacción y el pánico se convirtió en deseo de luchar hasta vencer...³

Esa influencia súbita fue la del general Francisco R. Serrano, secretario de Guerra, con cinco mil votos comprados por el entonces jefe de operaciones militares en Jalisco —¿el general Lázaro Cárdenas? Serrano cuenta con una larga carrera en materia de amoríos. Ya casado, mientras su esposa se encuentra en Quilá, mantiene relaciones con una joven tapatía residente en Hermosillo. Simula ser soltero como también finge un acto de ceremonia civil y con ella engendra tres hijos. Mientras es subsecretario de Guerra, mantiene amores con Adelita Abasolo, alguna vez reina del carnaval de Mazatlán, y luego con una dama de apellido Robert, con quien tiene un hijo. Con Ana Luisa Méndez también tiene descendencia. En su momento toma su

turno una jovencita sinaloense de diecisiete años, que responde al nombre de Consuelo Mejía. Con ella tiene un niño, y a la muerte de Serrano enloquece de dolor y fallece en Los Ángeles sin haber recuperado la razón.⁴ Serrano reconoce legalmente a sus vástagos, lo que revela su índole paternal y responsable en estos difíciles menesteres.

El general Serrano zarpa rumbo a Europa desde el puerto de Veracruz, en compañía de su esposa, del doctor Francisco Castillo Nájera, ex ministro de México en China, y Luis G. Higgins, en calidad de secretario particular del divisionario, «en el primer barco que zarpa después del 20 de octubre de 1924».⁵ En una primera instancia el general Serrano se dirige a Alemania «en comisión diplomática y de estudios de los ejércitos de este y otros países del continente». Se dice que va a ser operado en Berlín y que al recuperarse se dirigirá a España, donde trataría con su gobierno las reclamaciones de sus nacionales en México respecto de sus intereses agrarios, si bien no existen evidencias de este encargo.⁶

La estancia y los viajes por Europa de Serrano son difíciles de reconstruir debido a las pocos datos que existen al respecto. *El Archivo de Serrano*, publicado en entregas por *La Prensa* de San Antonio, Texas, bajo el cuidado del periodista e historiador José C. Valadés, proporciona alguna información útil, mientras otras fuentes dan algunas notas. De su correspondencia se dejan ver aspectos personales y políticos del viajero que son de interés. Mantiene una preocupación constante por la suerte de sus sobrinos, hijos de Micaela Serrano viuda de Jáuregui, para quienes funge como padre. Se menciona a Antonio («Tonchi»), quien correría la misma suerte del general en el ocaso de su vida. Intenta inculcarle disciplina, pero doña Micaela vela primero por su bienestar. No le parece bien que haya revertido su traslado como empleado consular de San Diego a Salt Lake City, obtenido gracias a las gestiones de su mamá con el secretario de Relaciones Aarón Sáenz, y se le ubica en cambio en San Francisco. *Tonchi* vive con otro hermano menor, Reynaldo, sin cuya ayuda y apoyo este trabajo mejor no se habría podido escribir. Por cierto, *Rey* es enviado a San Francisco como castigo por faltar varios meses a clases, lo que motiva la ira del tío. Otro sobrino, Lauro Jáuregui, inquieta a Serrano porque se ve involucrado accidentalmente en un hecho de sangre, al quitarle la vida a un militar en condiciones no aclaradas. Y Roberto

Jáuregui también preocupa porque pierde su empleo, aunque se sostiene que es debido a una enfermedad que le postró e impidió trabajar.⁷

En París sufre un robo considerable —aunque no especificado— de varios miles de dólares en cheques de American Express. La prensa nacional calla el incidente y de momento se desconocen los detalles del suceso. Corre el rumor de que ocurrió mientras se divertía con sus amigos en un cabaret parisino, el Moulin Rouge o el Crazy Horse, por unos artistas ataviados como apaches que aprovechan la ocasión que les depara el estado estílico en que se encuentran los mexicanos, para robar su dinero y armas. Nada de lo anterior puede comprobarse, pero la especie llega al conocimiento del general Obregón, a quien no debió gustarle nada. Por el momento sin recursos, el general Serrano se ve en problemas y se dirige a políticos y generales en México para que le ayuden con mil dólares cada uno en lo que se le devuelve el dinero. El doctor y general Francisco Castillo Nájera le auxilia en esta tarea. Juan Platt responde enviándole dos mil dólares, el general Jesús M. Ferreira otros mil, Carlos Riva Palacio, quinientos; el general Vicente González responde diciendo que ordenó la transmisión de mil desde Nueva Orleans. Abelardo L. Rodríguez promete mil dólares, mientras que el general Gonzalo Escobar se disculpa «por encontrarse bruja».⁸ Castillo Nájera, que sería muchos años después embajador en Estados Unidos y secretario de Relaciones Exteriores, es su compañero de viaje con el apoyo del ayuntamiento de la Ciudad de México, presidido entonces por otro de los íntimos de Serrano, Arturo de Saracho. Recibe una modesta comisión con escasos emolumentos, en calidad del representante del municipio de la capital del país al llamado Congreso de Ciudades, aunque no le son suficientes por lo que le solicita gastos de representación, «pues en inscripciones para viajes y banquetes llevo gastados cerca de mil francos y la cosa seguirá. No me ha contestado. Háblale escrito sobre el particular pidiéndole buen embute, con tal pretexto».⁹ Manuel F. Otálora, director de la Lotería Nacional, por su parte le advierte estar enterado de que en la Secretaría de Guerra se estaba formando un expediente de irregularidades cometidas durante su administración, «y el prestigio de usted en las altas esferas de nuestro gobierno ha menguado mucho».¹⁰

Como se decía antes, se tiene un registro escaso y disperso de las actividades oficiales de Serrano en Europa. Notas de periódico y alguna entrevista también dan algunos indicios para conocer esta etapa de la vida del general Serrano y de sus intereses de carácter político y militar desde Europa. En España visita academias, cuarteles, campos de concentración, aeródromos, y otras instalaciones militares, y recaba información verbal y escrita sobre la organización de su ejército. Con el ministro de la guerra de España y con altos jefes trata lo relativo al intercambio militar entre los dos países, «idea que se recibió con beneplácito y se llevará a la práctica». Madrid ofrece dar las facilidades necesarias para que cadetes mexicanos realicen estudios en las academias militares españolas.¹¹ Una vez de regreso a Berlín, lo entrevista el reportero Carlos Serrano, quien tiene una fuerte impresión de la personalidad del general, «ministro plenipotenciario»:

Lo interrogo en forma variada y con gran atención recojo todas y cada una de las palabras que debo retener en la memoria. Habla con ese desparpajo peculiar en él. En sus palabras hay vivacidad y ardor, en los gestos ninguna petulancia, ni la más ligera sombra de énfasis.

El general Serrano, en esa época de paz armada, considera a Alemania como el país mejor organizado, debido «a que ha tenido por mucho tiempo una escuela de disciplina y de educación muy adaptada al carácter de su pueblo y éste, a la vez, ha sido muy asimilable a todo lo que significa organización militar». Aludiendo al ejemplo de Estados Unidos, «que no tenían una preparación militar», explica una vez más su rechazo al servicio militar obligatorio, porque no es posible «de la noche a la mañana, sin una previa y debida preparación, hacer entrar dentro del militarismo sancionado por la ley, a un pueblo que no está preparado para ello». Abundando en lo anterior, en respuesta a la pregunta si los mexicanos estarían listos en términos material, moral y educacional para implantar el servicio militar obligatorio, responde:

En ninguno de los tres sentido estamos preparados. En la parte educativa y moral no hay suficiente conciencia de lo que esto pudiera significar y, en la parte material, porque no contamos con un solo establecimiento acondicionado para alojar, siquiera con mediana como-

didad, a los ciudadanos a quienes correspondería pasar el servicio... Por desgracia todos los cuarteles de la República se encuentran en lamentables condiciones y en esto también se contraría la idea del Gobierno actual de dedicar sumas del Erario que pudieran gastarse en otras obras más útiles y provechosas.

Serrano considera que en Dinamarca es «donde existe el más moderno y más adecuado material militar que responde a las necesidades del soldado». Le hace ver al reportero, con un dejo de sarcasmo, que en este país, donde se acaba de suprimir el ejército, es donde existe el mejor material y la preparación más adecuada. España es otro de los países con elevada organización militar, donde la aviación pudiera tener la primacía, lo que es correcto, puesto que «serán las máquinas voladoras las que decidan el triunfo en futuros conflictos guerreros». Por otro lado, sostiene haber estudiado con cuidado la clase de barcos que pueden ser indispensables como guardacostas para la vigilancia de los litorales mexicanos. En su tarea encomendada de conocer los ejércitos europeos, dice haber visitado fábricas de cañones, ametralladoras, fusiles, y los centros militares de Francia, Alemania, Bélgica, Suecia, España, Noruega y Dinamarca. Afirma haberse dado cuenta de la forma en que se mejora la repoblación de la raza caballar en cada país, pues estos métodos podrían ser aplicables a México. Asiste a maniobras de guerra de la división belga de tanques de asalto en Gante y estudia francés con asiduidad, al grado que «ya no necesito que me traduzcan la prensa, ni hago papel de mudo cuando estoy entre gentes que no hablan el español». ¹² Se entera de que el general Obregón tenía sembradas mil hectáreas de arroz, quinientas treinta de maíz, cuatrocientas de alfalfa, ciento treinta de chícharos, y tiene tierra para dos mil quinientas de trigo a más del garbanzo en Sinaloa y otras siembras de menor importancia de chile, melón y otras. ¹³

El general Serrano sintetiza así su trabajo de meses en Europa:

Todo lo he estudiado desde el punto de vista científico y práctico, deduciendo aquello que puede ser asimilable en nuestro medio, tomando en consideración las condiciones sociales, físicas y biológicas de México, descartando todo cuanto se ha querido trasplantar allá, por el hecho de que en los países viejos y civilizados esto ha sido fácil de

practicar y no viendo al fondo moral y material de nuestro medio. Se cree y aún se sigue creyendo que todo lo bueno que existe en estos países es fácil de establecer en México... Esto es un gran error.

Serrano alude a una exposición internacional en Sevilla en 1927 y da cuenta de la aportación de México en lugares de este tipo: petates, sombreros de palma, tequila, charolas, cuando en su opinión deben presentarse muestras de henequén, petróleo y sus derivados, algodón, aceites vegetales, maderas, garbanzo, tabaco, azúcar, fibras, vainilla, café, minerales, jabón, cemento, es decir, productos industriales:

Aquellos objetos que figuran constantemente en exhibiciones no despiertan ningún interés en los países europeos, al contrario; las gentes ríen y ratifican el concepto que acerca de nosotros tienen, pues solamente ven «peladitos» vestidos con calzón, luciendo amplio sombrero de palma y, en fin, el México indígena y exótico es lo que se hace conocer en Europa.¹⁴

Miguel Alessio Robles nos da un relato idealizado sobre la llegada de Serrano al sur de España. Es difícil pensar que las cosas hayan ocurrido tal como las relata, pero al menos es sugerente el cuadro que presenta, donde danzan los colores.

En la primavera de 1926 llegó a Sevilla. En la Venta Eritaña realizó una juerga famosa. Mandó llamar a los bailarines más hábiles, a los músicos más inteligentes, a los guitarristas más notables, a los «cantaores» más estupendos y a las mujeres más hermosas. Después de las «cañas» pasaron a los «chatos», de los «chatos» a las copas de cognac, de las copas de cognac al dorado champán. Después de haber bebido los vinos más exquisitos aquellos golfos y chulapones que rodeaban a Serrano, saborearon las aceitunas más regias, los embutidos más deliciosos, los jamones más soberbios, los fiambres más finos, los pavos más ricos. Esa juerga hizo época en Sevilla. Al rasguear de la guitarra y al puntear de la vihuela se cantaron las coplas más famosas de los poetas sevillanos.... Cuando las gitanas de ojazos verdes, profundos y soñadores cantaron llenas de donaire y gracia:

*Venta Eritaña,
Sol de España
Eres la fuente de mi perdición.*

Serrano las interrumpió en un arranque de entusiasmo, agregando:

*Manantial de inspiración
para alcanzar la gloria.*

entonces enronquecieron todas las cuerdas de las gargantas y de las guitarras y de las vihuelas de tanto cantar:

*Serrano, Serrano,
Tu gloria es la de ser mexicano,
Como la gloria de nosotros que seas andaluz
Eso es vida, lo demás es limosna de la vida.¹⁵*

En asuntos más serios, de interés particular es la atención a la distancia que Serrano pone a los temas del ejército. En México se anuncia el principio de las juntas para la discusión del tema de la reorganización del cuerpo castrense, tanto para «implantar todas las reformas y adelantos para el mejor funcionamiento de esa institución, así como para que las leyes militares queden en consonancia con nuestra Carta Magna».¹⁶ La primera junta es presidida por los generales Joaquín Amaro, Miguel N. Piña y José Álvarez y Álvarez.

La conferencia inaugural está a cargo del general Álvarez, quien se presenta como una suerte de vocero de Calles y Amaro. La primera parte se dedica a hacer un diagnóstico del extinto ejército federal, «tratando de estudiar(lo), como lo hacen los médicos, sobre el cadáver, los males que pueden aún ser curados en los seres vivientes». En su opinión, el ejército federal fue un «abigarrado conjunto de jefes... pulidamente educados en el espíritu de férrea disciplina y con el técnico saber en el arte y en la ciencia de la guerra», que tuvieron que poner en práctica sus conocimientos «en una masa de presidiarios o de doloridas víctimas del rigor dictatorial como soldados», a quienes «tuvieron que manejar como domadores de fieras y con el temor y con desconfianza, a golpes y a insultos». Y no podía ser de

otro modo, puesto que los soldados federales en su totalidad eran individuos forzados «a sufrir la más infamante de las penas», que era el servicio militar, y además:

Los jefes, oficiales y soldados dentro de este régimen de adulación servil al dictador, de odio a sus subalternos y de profundo desconocimiento y desprecio al pueblo de su patria, no podía formar otra cosa que esa especie de comparsa de opereta, que sólo sirvió para distraer a nuestros burgueses en las pintorescas y relumbrantes paradas de los días de desfile...

Álvarez y Álvarez insiste en el punto: el meollo del fracaso del ejército federal porfiriano estuvo en el reclutamiento forzado de elementos indeseables y en su dirección por oficiales que entendían que su trabajo era obligar a golpes al soldado, de enviarlo a tirar balas al enemigo que se les señalara. Hace constar que muchos elementos se incorporaron al movimiento «sin la idea absoluta de cooperar a la salvación de México, sino con el premeditado objeto de hacerse a todo trance de los bienes ajenos sin más programa que su propio beneficio y sin escrúpulo alguno». Muchos bandoleros estuvieron presentes y no hay prueba más conocida que la famosa banda del automóvil gris, integrada por militares. Luego lanza una temeraria invectiva, porque más de uno de los presentes se siente aludido: «Muchos vinieron también de una manera socarrona e hipócrita, fingiéndose revolucionarios, solamente impulsados por el deseo de no perder en la contienda sus propios intereses, aun cuando jamás pudiera caber en sus cerebros una idea revolucionaria». Con rigor del forense, Álvarez y Álvarez apunta su bisturí hacia otra clase de oportunistas en el ejército, los vencidos que se incorporaron a los vencedores, y con fe darwinista, menciona que las masas populares en rebelión fueron controladas «por los cerebros fuertes, por los más audaces o por los simplemente favorecidos de la casualidad». Menciona que la geografía mexicana hizo su parte en el escenario nada edificante de la Revolución, cuando cabecillas de todo tipo y condición moral armaron sus propios ejércitos, hasta que fueron absorbidos por el Ejército del Noroeste, cuerpo «eminente militar y con muy completa organización». Álvarez lanza su propuesta de ley orgánica del ejército, en la que se refiere tanto a la organización moral como

a la material de la institución, aunque sobre el aspecto de los recursos no dice una palabra. Entra a continuación al controvertido asunto del servicio militar obligatorio. Para él, existe la necesidad de instituirlo, siguiendo los ejemplos de varios países europeos, donde la población joven es instruida para las necesidades de las defensas de sus países. Propone una labor de preparación en las escuelas, donde se explicaría a los estudiantes los propósitos del ejército. Los jóvenes serían entrenados en gimnasia hasta hacerles aprender las diversas rutinas militares. Con estos principios, se tendría un contingente para realizar maniobras militares durante ocho o diez días al año, y seguir de esta manera hasta el establecimiento de un año de servicio obligatorio. «Se dedicarían tres meses a la escuela del soldado sin armas, tres a la del soldado armado, tres a los ejercicios de unidades constituidas y los tres últimos a las grandes maniobras generales».¹⁷

La conferencia de Álvarez y Álvarez es publicada íntegramente por los diarios de mayor circulación nacional, y recibe reacciones encontradas.¹⁸ La respuesta más importante es la del general Francisco R. Serrano, a través de una carta enviada desde Berlín a su «distinguido compañero y fino amigo», y dada a conocer por *El Universal*. En ella ironiza sobre los jefes y oficiales «cultísimos», favoritos del régimen, que salían al extranjero a estudiar (en francés) las campañas napoleónicas, técnicas navales británicas o tácticas prusianas, para regresar a México a tratar de aplicar teorías en un lugar que desconocían y despreciaban. Recuerda cuando Orozco derrotó e hirió al general Aureliano Blanquet en Rellano, quien al dar parte a su jefe el general González Salas, le informa: «señor, atacamos a la prusiana y nos pegaron... a la mexicana». Entonces, si el ejército federal no pudo matar a los enemigos de su amo, fue una demostración de ineptitud, pues no había tal educación entre sus miembros. Refiriéndose ahora a la tropa de las más bajas capas sociales a las que alude Álvarez y Álvarez, «voy a permitirme explicarle este enredo»: la masa anónima, los hombres a ambos lados de la trinchera eran tan mexicanos unos como los otros. La diferencia es que los federales «estaban congestionados de teorías inadaptables a nuestro medio... de fatuidad y holgazanería... lo que los apartaban de las clases humildes». Los jefes revolucionarios, en cambio, procuraban la elevación moral e intelectual de «estos infelices, de esta materia prima», y pronto se elevaron hasta constituir un verdadero ejército, «que ha

logrado cristalizar en plenas garantías para el país y sus instituciones». Insiste en el verdadero origen del fracaso del ejército federal:

Sobró pues, a los antiguos jefes, inflación de tecnicismos, porque aprendieron el arte de la guerra sobre necesidades de otras naciones y olvidándose de las nuestras propias, y porque sus conocimientos se basaban en aparatos y tablas infinitesimales que después no volvieron a ver en el país que pagaba los gastos de sus estudios, y les faltó contacto siquiera con sus subalternos, ya que no podían ni querían tenerlo con las demás clases desheredadas.

Serrano pone en alerta a los reformadores del ejército sobre los peligros de copiar servilmente los procedimientos de otros países, «de más edad y cultura que la nuestra», que son contrarios a nuestro temperamento. Más bien conviene aplicar fórmulas que tomen en cuenta la variedad de condiciones propias de nuestro país y de nuestro pueblo.

En la parte medular de su carta a Álvarez y Álvarez, Serrano confiesa haber «experimentado una dolorosa sorpresa» al enterarse de sus conceptos vertidos en su conferencia, los relativos a la teoría sobre instrucción militar en las escuelas, para que esta instrucción sea el camino previo a la implantación del servicio militar obligatorio:

Mi sorpresa es justificada, pues no esperaba de usted la tendencia de establecer un sistema tan inútil como molesto para los habitantes todos del país.

Serrano justifica tal inutilidad sobre la base de que el futuro de México «no está marcado en planos militaristas», y más bien hay que desterrar la «fatídica idea» de llegar a ser una potencia militar, «al menos mientras no dejemos de ser una potencia en analfabetismo y miseria estomacal». Las potencias militares —afirma— tienen satisfechas sus necesidades, y a pesar de ello, su militarismo gravita pesadamente sobre sus habitantes. En contraste con Alemania, Francia o Bélgica, pone a Estados Unidos, que sin preparación bélica inclinó la balanza en la Primera Guerra Mundial. Este país había distraído «poco o nada» de su vitalidad para establecer servicios militares obligatorios y sus energías se dedicaron a desarrollar la economía,

«en hacer de cada habitante un ciudadano, amén de contar con una tonelada de avena y otra de jamón, a la retaguardia de cada uno de esos ciudadano-soldados». Serrano se pronuncia por dedicar los esfuerzos para hacer ciudadanos a los habitantes del país: «lo demás vendrá después, o no vendrá, que sería lo preferible».

El término materia prima (humana) vuelve a aparecer en su argumentación para oponerse al servicio militar obligatorio: «a base del reclutamiento voluntario esa materia resulta más susceptible de selección y de mejoramiento». De tener éxito, «podrán los cuarteles llegar a convertirse en uno de los múltiples recursos de que el gobierno debe echar mano para la transformación que anhelamos», y lanza la estocada final a Álvarez y Álvarez:

¿Se imagina usted lo que constaría al país en dinero y en actividades perdidas llegar a constituirnos en materia militar? Me dirá usted que esto no es lo que se pretende y que no ambicionamos competir en armamentos con aquellos países que ensanchan día a día su poderío militar; pero entonces me relevará de probarle que debe desecharse el servicio obligatorio por inútil. Y respecto a que es molesto para los habitantes, pregúntelo usted a España, a Italia, a Francia, a nuestros mismos compatriotas *que hayan leído ese amago* (cursiva nuestra).¹⁹

Serrano muestra en el tema y las circunstancias en México un amplio conocimiento, porque es debidamente informado por varios de sus amigos. Uno de ellos es Enrique Monteverde, concejal del ayuntamiento de la capital de la república. Originario de Sonora, personaje un tanto extravagante, es conocido como «El Ciego», y sería uno de los masacrados del 3 de octubre de 1927. Otro de ellos es el general José Luis Amezcua, miembro de la llamada comisión permanente que estudia la reorganización del ejército, instancia dirigida por el general Amado Aguirre. La comisión permanente se vincula a la denominada gran comisión presidida por el general Amaro y de la que forman parte todos los jefes de los diversos departamentos de la Secretaría de Guerra.²⁰

Amezcua habla con Serrano de asuntos políticos. Casi para terminar el año de 1925, le platica de su entrevista con el general Amaro, quien dijo:

que Ud. es magnífico amigo i (sic) que como militar él lo admira. En seguida manifestó que una persona había estado con él tratando de asuntos políticos, algo de futurismo, i que sobre el particular, él ha opinado a favor de los intereses de Ud., porque dice que todavía por algún tiempo los revolucionarios deben de controlar la cosa pública a fin de que sean debidamente protegidos los Principios implantados. Agregó que tiene conocimientos de que el General Gómez (Arnulfo) hace política presidencial, pero que él jamás comulgaría con esa candidatura, i mucho menos cuando tenemos al General Serrano, que es un elemento prestigiado i revolucionario de buena cepa.

Por otra parte, le comunica que Adalberto Gómez Jáuregui, abogado consultor de la Secretaría de Industria, le refirió de una conversación con Luis N. Morones, quien dice «que él no es tonto para lanzarse como candidato, porque cree no tener la fuerza necesaria para triunfar... de manera espontánea manifestó que el candidato más viable de los partidos revolucionarios es Ud., siempre que el Sr. General Obregón no regrese por alguna circunstancia».²¹

La lógica contundente de los argumentos de Serrano, aunada a su influencia conservada dentro del ejército, echan abajo la pretensiones de Calles y de Amaro de llevar adelante el plan del servicio militar obligatorio. En aquel momento se resuelve que el reclutamiento se haga por enganche voluntario y no de manera obligada, «porque no puede realizarse sin una preparación debida».²²

Entre las cartas curiosas a Serrano de sus amigos de México está la del general Miguel M. Acosta, que tenía fama de ser de los militares más avaros de la Revolución, quien le envía «unas panochas de dulce guisado», cuyo «flete costará una barbaridad, pero creo que te gustará en esa lejanía comer panocha con nuez».²³ Los hermanos Sojo, dueños del Centro Recreativo Sonora-Sinaloa, SCL, mejor conocido como el famoso Casino Sonora-Sinaloa (o el Son-Sin, ubicado en Reforma 5), le avisan el envío a la Legación Mexicana en Bruselas de chilitipín y unas latas de chile jalapeño. El general Fausto Topete le refiere haber platicado con Luis G. Higgins, quien le reseñó «la vida que han llevado en la vieja Europa, los paseos que se ha dado y el intrépido viaje que realizaron de Berlín a Londres en aeroplano con todas sus peripecias». Le pidió su opinión respecto de la conveniencia de aceptar la candidatura al gobierno de Sonora, así como lo hizo el

general Francisco R. Manzo para el mismo puesto, y a ambos les responde que si creían tener asegurado un completo éxito, sin grandes sacrificios económicos y muy especialmente morales, debían aceptar sin titubeos.²⁴ A Europa llegan también adhesiones «futuristas» a Serrano. El ingeniero José Laguardia le comunica su resolución de trabajar para formar un partido para apoyar su candidatura a la presidencia de la República.²⁵ La respuesta de Serrano es terminante:

Respecto a su indicación de que pudieran emprenderse trabajos relacionados con la próxima sucesión presidencial, debo manifestarle, como lo he dicho con toda claridad a multitud de amigos que en igual sentido se han dirigido a mí, que considero extemporáneo cualquier trabajo que este respecto se emprenda, sino también antipatriótico, porque juzgo muy inconveniente que se proceda a agitar la República en una campaña en la que tan dados somos a allegar pasiones y sembrar odios y rencores.²⁶

El coronel y diputado Carlos T. Robinson, buen amigo de Serrano, le hace ver que no podía sustraerse «a un llamado de la voluntad popular y debes aceptar desde luego que estás abocado a desempeñar un papel prominentísimo en la próxima campaña presidencial». No puede desdeñarse el hecho, dice Robinson, de que «la campaña presidencial es ya un hecho irrefutable; no es que nosotros queramos apresurarnos a una lucha política con fines futuristas». Pone como prueba el proyecto de reforma al artículo 83 constitucional presentado por José María Sánchez a la Cámara de Diputados y otros semejante por el senador Francisco Labastida Izquierdo al Senado.²⁷ El diputado Julián Villaseñor Mejía le escribe diciéndole que son «muchos amigos que trabajamos porque tú seas el sucesor del general Calles en la presidencia de la República y procuramos que tu popularidad crezca». Se lamenta de que «tú retardes tu regreso a México, para que con tu presencia, anonadaras a ciertos personajes que se creen competidores tuyos sin contar con los méritos que a ti te adornan, tales como el señor Luis N. Morones y el general Arnulfo R. Gómez». Éste habría contado que cambió impresiones con él sobre política futura y que Serrano sería su jefe de propaganda, «si se decide a aceptar su candidatura que muchos militares le ofrecen». A juzgar por esta misiva, Gómez ya está en plena campaña para

atraerse partidarios, «pues se ha convertido en una panacea para todos los Ministerios que de diversa manera han sufrido menoscabo en su personalidad militar». Le refiere que sus detractores aseguran que lleva una vida disipada en Europa y que no deja de beber. Villaseñor le dice que ha «librado verdaderas campañas» para que «en el caso de que no llegue a aprobarse la reforma al artículo 83 constitucional tú seas el sucesor de Calles». En un desplante de servilismo, afirma que ha dicho a todos que Serrano se sentiría «más satisfecho viendo en el Poder nuevamente al íntegro C. Gral. D. Álvaro Obregón, que si tú fueras el que sucedieras a Calles, tanta es tu sinceridad y lealtad».²⁸ El general Juan Domínguez, ahora jefe de operaciones militares en Morelos, no falta en la lista de sus simpatizantes por la presidencia, según dice después de un «muy querido y fino amigo»:

Muchos son los deseos que tengo de verte por acá y confío que cuando esto suceda, tengas en este pueblo, que pretende escalar la difícil pendiente del encumbramiento para llegar a ocupar un puesto preferente en el concierto de todas las naciones civilizadas, la oportunidad de mostrar tu clara inteligencia al igual que tu grande patriotismo, llevando el timón de esta Barca (*sic*) para nosotros tan querida —que ya empieza a marchar hacia el progreso—, hasta el éxito final donde sea tomada en consideración y respetada.²⁹

Los intercambios epistolares dan oportunidad a la ocurrencia de bromas obscenas, como cuando relata al licenciado Alberto Salmón sus impresiones al llegar a Bélgica, después de visitar Berlín, Budapest, Viena y Roma:

Como acabo de llegar a este país, hasta ahora no podría decir más que hay muchos belgas y muchas belgas. ¡Un belguerio de todos los demonios! Si algo se te ofrece ya sabes que puedes ordenar con toda confianza.³⁰

Y ya en Bruselas, desde donde le envía una postal que dice:

Mereces que se te hiciera lo que hace el famoso Manierte-Pis (en realidad Maniquí-Pis, niño que orina en una fuente), venerada estatua frente a una de las principales calles de esta ciudad, por haber dejado tanto tiempo de escribirme.³¹

La sucesión presidencial del general Plutarco Elías Calles todavía parece que tendrá lugar en forma pacífica y ordenada. El «árbol de la Revolución» es podado después del fracaso de la rebelión delahuerista, y con ello recortada —si así se puede decir— la clase política. A pesar de los avances administrativos en diferentes campos bajo la dirección de Calles, poco o nada avanzan las instituciones propias de la democracia representativa. Así, la política se concentra en torno a las dos figuras del momento, el caudillo y el presidente en funciones, y está pendiente de seguir el camino que ellos le marcan.

La lógica más elemental en 1926 apunta hacia un militar como el sucesor del presidente Calles. El ejército es el grupo político dominante y no existe nadie fuera de su círculo capaz de aspirar a la silla grande. El caudillo —con todo su poder— parece retirado de la mayor ambición de su vida, por lo que el sucesor de Calles debe ser algún elemento de clara notoriedad, con ascendiente político, con un número significativo de generales con mando de tropas y, de manera muy importante, contar con la bendición del general Obregón para ser su heredero y albacea político. La preocupación del presidente y de Obregón sobre el siguiente mandatario surge desde el principio de la administración callista. Al parecer, es el segundo quien dispone que el turno corresponde al general Francisco R. Serrano, quien además de su lealtad probada, cuenta con simpatías, habilidad política y fuerza en el ejército.³²

Días antes de la iniciativa reeleccionista de Francisco Labastida Izquierdo y José María Sánchez, ya en los medios se discute airadamente el tema del regreso del general Obregón a la presidencia. De algún medio de prensa surge una ruidosa polémica acerca de si la Constitución permitía o no la reelección presidencial. La discusión entre estudiosos del derecho tiene un interés particular, al ser conducida por una doble vía, la jurídica y la gramatical. Para el licenciado Manuel Calero no es necesario reformar la Constitución política del país para elegir nuevamente a los que hayan sido presidentes de la república, porque a la letra, no lo prohíbe. O en palabras más directas, que Obregón puede ser electo presidente de nuevo, puesto que la prohibición que el artículo 82 contiene, se refiere sólo al presidente que esté en el poder, y no al que fue y ya no es. O, si se quiere todavía, dicha limitación sería apropiada para un presidente en funciones, y no para un expresidente, que no es más ni menos

ciudadano que cualquier otro. Así resume Calero el asunto: «La prohibición consignada se refiere a la reelección, y no hay reelección sino cuando un presidente en tanto en el poder es nuevamente electo». Para darse baños de pureza, Calero indica que para él, un miembro de importante familia porfiriana, el asunto tiene un interés «meramente teórico». Apuntando al centro, el licenciado Rafael Martínez Carrillo le contesta que si el general Obregón no viviera, el asunto sí sería teórico, pero viviendo él, tal asunto es más que personal. Recuerda que el artículo 82 se escribe de esta manera: «El presidente entrará a ejercer su cargo el primero de diciembre, durará en él cuatro años y nunca podrá ser reelecto». Martínez Carrillo sustituye los términos presidente por ciudadano, puesto que el cargo lo ejerce una persona elegida para este fin, «como se hace en álgebra», de tal manera que el artículo diría: «El ciudadano que haya sido electo presidente entrará a ejercer su cargo el primero de diciembre, durará en él cuatro años y nunca podrá ser reelecto». Consecuentemente viene la pregunta: ¿quién no puede ser reelecto, el presidente o el ciudadano que fue electo? La respuesta es obvia: el ciudadano electo no podrá ser reelecto, y tanto más se entiende así, cuando que es al ciudadano y no al presidente a quien se elige o se reelige. También llama la atención acerca del adverbio de tiempo nunca, significante de «en ningún tiempo, ninguna vez». De tal suerte que, según el idioma, el artículo prohíbe que el ciudadano que ha sido una vez electo presidente y ha desempeñado el cargo, pueda en ningún tiempo, volver a ser electo.

Alejandro Quijano, por su parte, recuerda los orígenes históricos del principio:

Resultado de una revolución que tomó como enseña, precisamente, la «no-reelección» y la cual, tras el paréntesis del gobierno de Huerta, continuó bajo la dirección de Carranza, el Constituyente de Querétaro ardía en fervores antirreeleccionistas, que cristalizaron en el artículo a que se alude. La mente del Congreso pues, y creo que no habrá un sólo constituyente que diga lo contrario, fue prohibir, condenar la reelección, es decir, el hecho de que un individuo que ejerza o hubiera ejercido la presidencia, pueda volver a ella; y por más aclarar y acen-
tuar tal espíritu de absoluta no reelección, se agregó el adverbio «nunca», como paladión indestructible en contra de las pretensiones de cualquiera reelección, en cualquier tiempo...³³

Las palabras de Calero hicieron la voz de las brujas de Macbeth, que Obregón oyó claramente en Cajeme: «Tú serás rey, tú serás rey». Poseído de la idea de regresar a la silla presidencial, mueve sus hilos para disfrazar de legalidad un acto que en rigor no lo es. Como se ha apuntado antes, el senador Labastida Izquierdo pide una reforma al artículo 83 constitucional para permitir la reelección presidencial, muy similar a la presentada por el diputado y general Sánchez en la Cámara de Diputados, con una dedicatoria expresa al general Álvaro Obregón. El presidente Calles, cuando conoce las iniciativas de Labastida Izquierdo y de Sánchez de 1925, señala que «como buen revolucionario, no soy partidario de la reelección presidencial que algunos diputados y senadores han propuesto a las cámaras».³⁴ Éste es el texto íntegro de la parte resolutive del Proyecto de Reformas al artículo 83 constitucional:

El presidente de la República entrará a ejercer su encargo el día primero de diciembre, durará en él cuatro años y nunca podrá ser reelecto para el período inmediato. Ningún ciudadano podrá desempeñar más de dos veces el cargo de Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. El presidente que sustituyere al Presidente Constitucional en caso de absoluta falta de éste, no podrá ser electo presidente para el periodo inmediato.

Debido a la polémica causada por el tema, el Senado resolvió rechazar la propuesta de Labastida por veintiséis votos contra nueve, y una suerte similar ocurrió a la del diputado Sánchez.³⁵

Álvaro Obregón mantiene el silencio durante todo este episodio y por varios meses más. Pero el 1 de marzo de 1926 hace declaraciones que un buen entendedor estimaría como precursoras de su regreso al término de la administración callista. Menciona a los «reaccionarios carrancistas» como los opositores a su eventual candidatura, y deja entrever sus inclinaciones al señalar que si el Partido Conservador lo seguía atacando, se vería obligado a abandonar su bucólico retiro y regresaría a la política.³⁶ A bordo del tren que le conduce de Guadalajara a la Ciudad de México el 31 de marzo de 1926, emite una declaración en la que señala, entre otras cosas, que «legalmente no existe ningún escollo para que yo vuelva a figurar como candidato a la presidencia de la República, por más que se empeñe

en querer demostrar lo contrario un grupo de políticos que desde la caída del gobierno del señor Carranza, con raras excepciones, quedaron colocados en una situación muy falsa». Pero al darse cuenta de que su reelección no caminaría de esta manera, y de que el efecto de las iniciativas a la postre sería inconveniente, opta por *autoincapacitarse* para ocupar de nuevo la silla presidencial. Anuncia el envío a la Cámara de Diputados de un proyecto de reformas que precise «con claridad máxima los capítulos de nuestra ley fundamental por lo que se refiere a las elecciones federales», en el sentido de que para ser presidente se requiere no haber desempeñado antes por elección popular el cargo de presidente, y que la duración sería de cuatro años, «y no podrá volver a ocupar el mismo puesto». Remata su declaración amenazando con que si existía una «causa decisiva que pudiera determinar mi retorno a la vida pública», lo haría, apelando al «derecho de defensa que me vería obligado a ejercitar, si el *partido conservador* sigue considerándome por conducto de sus políticos asalariados como su principal objetivo de ataque». Como los acontecimientos futuros lo demostrarían, esta propuesta de Obregón tiene por único objeto dar la impresión de que no suscribía un proyecto que había carecido de viabilidad desde un principio, y que ahora ya está enterado.³⁷

Los mejor informados entienden correctamente la declaración de Obregón: no deben existir muchas dudas respecto de sus intenciones de suceder al general Calles a pesar de las manifestaciones en contrario, por lo que fue tomada prácticamente como el anuncio de lo que más adelante vendría. Obregón aceptaría la candidatura si juzga que su deber se lo ordena. El primero en criticarlo fue el general Arnulfo R. Gómez, quien declara que Obregón violaría la Constitución si aceptase su postulación presidencial. Declaraciones posteriores y una manifestación en su favor en la capital dan a pensar que el retiro de la política del Caudillo estaba más distante que nunca. El gobernador de Tabasco Tomás Garrido Canabal da el primer paso en camino hacia la reelección de Obregón, al renunciar al puesto en los siguientes términos:

Siendo necesario el que de una vez por todas se delinea el campo de la lucha en la sucesión presidencial, creo conveniente el que los revolucionarios que estamos por la candidatura del señor general don

Álvaro Obregón, ocupemos nuestro lugar lanzando el guante a la reacción, despojándonos para ello de las aparentes trabas legales, y así ponernos en contacto directo con el proletariado... no debemos esperar a que la reacción se reorganice y venga a atacarnos, sino que oportunamente debemos prepararnos para formar un frente único y entrar al combate.³⁸

Mientras Garrido Canabal se pronuncia y prepara la campaña, en la terraza superior del Alcázar de Chapultepec, es decir, en la residencia presidencial, Obregón recibe a sus amigos y simpatizantes, en un interminable besamanos. El 18 de abril de 1926 se lanza la candidatura oficial del general Obregón en Villahermosa, en una manifestación en la que concurren estibadores, campesinos y pescadores de la región. La declaratoria la hace el Partido Socialista Radical Tabasqueño, y a él se suma el Partido Agrarista de Campeche.³⁹

V DE VUELTA A LA POLÍTICA Y LOS NEGOCIOS

El general Francisco R. Serrano, por su parte, da por terminada su estancia en Europa, para luego embarcarse el 12 de mayo de 1926 del puerto de El Havre, con destino a Nueva York, y seguir con destino a la metrópoli por la vía de Nuevo Laredo. A bordo del vapor *París* de la Compañía Trasatlántica Francesa llegaría el 19 a la Urbe de Hierro. Una de las cosas dichas sobre su regreso a México es en el sentido de que contendría por una senaduría de Sinaloa.¹ Al poco de pisar suelo nacional, en Nuevo Laredo, el general Juan Andreu Almazán le recibe en la estación y le prepara un banquete con sus muchos amigos. Más al sur, en Rincón, Guanajuato, sube al tren el general Gustavo Padrés, en representación del Ayuntamiento de México; en Querétaro le saludan los diputados Villaseñor Mejía, Eugenio Mier y Terán y Silviano Sotelo, así como Felipe Islas, director de la penitenciaría del Distrito Federal, y aquí le es entregado un saludo de bienvenida del general Enrique Osornio, jefe del Departamento Sanitario de la Secretaría de Guerra. Ya más cerca de la capital, en Tacuba, pasa entre unos arcos triunfales, levantados por los miembros de la redacción de la *Revista Teotli*, de la Fuerza Aérea Mexicana. En este lugar sube al tren la esposa del general, doña Amada Bernal. El 27 de mayo Serrano es recibido por una manifestación de simpatía que llenó completamente la estación de Colonia, «al grado de que no se podía dar un paso en los vastísimos andenes». Así lo platica un reportero testigo de la llegada del ferrocarril que venía desde Nuevo Laredo:

Vimos allí al señor general Miguel Piña, subsecretario de Guerra y Marina; al señor general Abundio Gómez, Oficial Mayor de la propia

Secretaría; señor don Ramón Ross, Gobernador del Distrito Federal; general Roberto Cruz, Inspector General de Policía; general Eugenio Martínez, jefe de la guarnición de la Plaza y de las Operaciones en el Valle de México; general Héctor I. Almada, Jefe del Estado Mayor de la misma Jefatura de Operaciones; señor don Arturo de Saracho, Presidente Municipal de la Ciudad de México; Comodoro Varela, del Departamento de Marina; todos los jefes de Departamento de la Secretaría de Guerra; más de cien jefes militares, y numerosísimos civiles, que cultivan amistad con el general Serrano, dominando entre ellos los miembros de las colonias de Sonora y Sinaloa.

Y así describe los instantes de la llegada del general:

A la hora en que el tren entró en agujas, se escuchó en la estación un aplauso general. Aquel mar humano se movía en dirección al andén principal, que también estaba lleno de gente. Desde la parte posterior de su carro especial, en que hizo el viaje desde Nuevo Laredo, el señor general Serrano saludó a la multitud. En el mismo carro, y durante cerca de una hora, estuvo saludando a sus amigos y subordinados, así como a las personalidades que acudieron a la estación, y no fue sino pasado este lapso de tiempo cuando pudo retirarse a su domicilio...

De inmediato, Serrano se dirige a la Secretaría de Guerra, para entrevistarse con el general Joaquín Amaro, quien le recibe con la cortesía del caso. De aquí al Palacio Nacional, en compañía del general Juan Andreu Almazán, para presentar sus respetos al presidente Calles.² El más sorprendido de lo que ocurría debió haber sido el mismo Serrano: saluciones de bienvenida a raudales, igual que los discursos, comilonas a granel, estaciones hirviendo de gente, políticos de diverso tamaño peleando la mano de Serrano, pendientes de su sonrisa amistosa. ¿Es ésa la manera de recibir a un ausente de tanto tiempo, que fue enviado a desempeñar una comisión en el extranjero? Abrumado por tamaña amabilidad, tantos amigos viejos y nuevos, se ve precisado a responder a una pregunta con otra pregunta: «¿Cómo quieren ustedes que les diga si seré candidato a la presidencia de la República, cuando como militar en servicio activo estoy imposibilitado para toda cuestión política? ¿Qué sé yo de senadurías u otros puestos cuando no tengo de ellos la menor noticia y vengo a recibir órdenes?». ³

Todo parece indicar que las fintas del mismo Obregón, de Garrido Canabal, no tienen el efecto deseado, y la candidatura del primero en ese momento parece estancada. En Europa Serrano sabe cómo se encuentra la situación política y los posibles planes de Obregón para el futuro. Los cultivadores profesionales del más lucrativo de los oficios entendían que, como se viera, Serrano podría ser el candidato ante la eventual retirada de las pretensiones obregonistas, que con tanta dificultad y tropiezo se acaban de expresar. Pero nada es seguro. Es ley suprema de la política mantener prendidas dos velas o más, una para cada santo, una para cada posible padrino.

A fin de posicionar a Serrano con miras al futuro era necesario foguearlo en las tareas políticas del momento, por lo que el presidente Calles le tiene preparada una cartera en su gabinete. El secretario particular del presidente, Fernando Torreblanca, anuncia que el Ejecutivo dispone que el general Serrano tome el cargo de secretario de Gobernación, y el coronel Adalberto Tejeda, su titular, el de secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. Dicha resolución, sostiene Torreblanca, se basa en que «desde hace veinte días o un mes que el señor presidente llamó al general Serrano para que regresara a México. Está dispuesto que vaya a ocupar la Secretaría de Gobernación, pues con tal objeto se le ordenó regresar al país». Para sorpresa general, la respuesta inmediata de Serrano es que no tiene conocimiento previo del destino que se le fijaba, y que lo único cierto es que saldría con destino a Sonora con el objeto de saludar a su madre en Huatabampo, arreglar algunos asuntos de carácter particular, y visitar al general Álvaro Obregón en Cajeme.⁴ Mayor sorpresa todavía resultó del hecho de que Serrano declina el nombramiento, decisión que comunica personalmente al presidente de la república, y tampoco acepta su postulación como senador propietario por Sinaloa. Aceptar el cargo en las circunstancias en que se encontraba el país —en plena «persecución religiosa»— le significa la amenaza de verse comprometido en tareas de represión que sublevaba sus convicciones personales. La excusa que aduce para no aceptar el cargo de jefe del gabinete es por encontrarse «desconectado del actual ambiente político». Tal negativa debió decepcionar a Calles, necesitado como estaba de acumular fuerzas. Sin embargo, el Gobierno del Distrito Federal está disponible; es un puesto que entraña menos riesgos y le pone en contacto con las fuerzas políticas concentradas en

la capital del país. Desde esta posición, Serrano estaría en condiciones de empezar sus actividades con miras a la presidencia, y buena parte de la clase gobernante cerraba filas en torno a su persona.

Serrano está listo para asumir el cargo de gobernador del Distrito Federal en lugar del profesor Ramón Ross, quien se movería hacia la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.⁵ Tal y como lo prometió, se dirige de inmediato a Huatabampo, acompañado de su secretario particular Luis G. Higgins y el capitán primero Jesús Obregón, a fin de estar en condiciones de volver a la Ciudad de México en ese 15 de junio.⁶ Toma posesión del puesto de gobernador del Distrito Federal el 21 de junio de 1926, de manos del titular anterior, el señor Ramón Ross. Designa oficial mayor al licenciado Alberto Salmón, y secretario particular al señor Luis G. Higgins. Ese mismo día Serrano hace declaraciones respecto de los lineamientos generales de su administración:

Mis deseos son en síntesis mejorar todos aquellos servicios públicos que están bajo la dependencia del Gobierno del Distrito. Procuraré una simplificación absoluta de los trámites dilatados y la eliminación de los inútiles. No era raro que hasta ahora hubiera multitud de asuntos que tardaban en tramitación en el gobierno dos largos años. Y esto no es justo, máxime cuando se trata de aquellas oficinas a las que va el público a enterar contribuciones o multas que constituyen la fuente de ingresos del Gobierno del Distrito, y a los cuales se ha venido oponiendo, como todos saben, multitud de dificultades...⁷

El nuevo gobernador se aboca de inmediato a la atención de los asuntos administrativos. Frente al tema de la designación de representante del gobierno local en la Junta de Conciliación y Arbitraje, define a la persona que ocuparía el puesto a uno «que avenga los intereses en discordia, más bien que un árbitro». Con ello, Serrano se declara a favor de la conciliación en los asuntos laborales. La divisa del gobernador sería conciliación antes que arbitraje; arbitraje, a falta de conciliación, como lo señalaría puntualmente un editorial de *El Universal*.⁸ No pasaron muchos días antes de que la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) enviara un velado mensaje de advertencia al nuevo gobernador. Alfredo Pérez Medina, secretario general de la Federación de Sindicatos del Distrito Federal, declara

que su organización tomó nota de las «innumerables dificultades» que la junta tenía como institución, para hacer que sus laudos sean acatados en términos de su propio reglamento. Pérez Medina manifiesta su oposición a todo acto de la junta que retarde «el arreglo o resolución de los conflictos» entre el capital y el trabajo, y llama a la resolución rápida, «casi en forma perentoria», de los problemas entre trabajadores y patrones, evitando «los juicios largos» e inciertos. Dice que su sindicato sostiene «en forma enérgica» al reglamento de la junta, «con toda la autonomía que este tribunal obrero necesita para hacer verdadera justicia». De no respetarse la normatividad, el movimiento obrero del Distrito Federal retiraría todos los asuntos de la junta y se atendería, para el arreglo de los problemas con el capital, «a las fuerzas que se derivan de la cohesión de los sindicatos representados en la federación, de la solidaridad que surge de la igualdad de intereses de los mismos sindicatos y de la conciencia de clase». En la parte final de su perorata, el líder lanza la amenaza: «esperamos que los mencionados vicios se corrijan a tiempo para no vernos más tarde envueltos en problemas que desde ahora se pueden evitar». Esta federación, una de las organizaciones sindicales más poderosas del país, propone entonces a Serrano que, en su calidad de autoridad sobre su representante en la junta, siga la línea trazada por ella o se atenga a las consecuencias. No es ésta una buena manera de empezar una responsabilidad administrativa. Serrano se apresura a responder, en el sentido de que sostendría «con todas sus fuerzas y en forma enérgica», el reglamento de la Junta Central de Conciliación y Arbitraje vigente, en los términos planteados por la federación. Concluye diciendo que su gobierno lamenta la falta de denuncia de algún hecho concreto de los que motivan la protesta de la federación de sindicatos.⁹ Un día después Serrano reafirma su cercanía con el presidente Calles al acompañarlo, enfundado en su traje de general de división, en la inauguración del nuevo Colegio Militar.¹⁰

En materia estrictamente administrativa, Serrano ofrece poner en orden los asuntos de la oficina de rezagos, dentro de la Tesorería General. Acuerda que todos los adeudos posteriores a cinco años, con excepción de los comprendidos en los preceptos aplicables del Código Civil del Distrito Federal, se declaren prescritos. Esta medida golpea las finanzas del gobierno, pues de pronto le quita el sobrecobro del treinta por ciento sobre las contribuciones atrasadas de

seis a diez años, en el pasado una jugosa fuente de ingresos para el encargado de la oficina, pues su remuneración dependía del tanto por ciento que cobraba.¹¹ Las habilidades políticas de Serrano están ahora dedicadas a solucionar los problemas cotidianos de una ciudad que rebasa el millón de habitantes, un tamaño ya considerable para la época. La metrópoli es un país en sí mismo, donde se concentra el poder político de toda una nación, donde las fuerzas más importantes tienen su sede y donde se arman alianzas, solucionan diferencias y dirimen conflictos. Es la plaza fuerte del movimiento obrero dirigido por Luis N. Morones y con su agresivo brazo político, el Partido Laborista Mexicano. Dados a demostraciones más y menos violentas —estuvieron tras el incendio del ayuntamiento— los laboristas no desaprovechan oportunidad para marcar los límites dentro de los que deben moverse las autoridades locales. Una organización dominada por ellos, la Alianza de Camioneros y el Centro Social de Choferes — la Federación de Transportes— tiene un peso significativo en el llamado movimiento obrero de la época. Inconformes con las disposiciones de tránsito que obliga a sus miembros a circular sus vehículos en filas por las vías más concurridas de la ciudad, y de respetar los límites de velocidad, sin más se lanzan a la calle a protestar. El general Gustavo Salinas, jefe del Departamento de Tráfico, es enérgico en el cumplimiento de las disposiciones y frente a las conductas rebeldes, manda aplicar tantas infracciones como sean necesarias. Al resultar inútiles los esfuerzos de los líderes de convencer al general Salinas un cambio de actitud, ellos se pronuncian por estallar una huelga. Pero antes se dirigen al gobernador Serrano, quien después de escucharlos, ofrece intervenir con el general Salinas para que «las dificultades existentes se resolvieran en una forma que armonizara los intereses de choferes y camioneros con los del público». En respuesta, los líderes de los trabajadores del volante ofrecen que la Federación de Sindicatos pida al público denunciar los atropellos y faltas de respeto cometidos por los conductores, «para que fueran castigados por las mismas agrupaciones obreras». Además, se realizaría una campaña entre los choferes para que se acaten las disposiciones tendientes a garantizar la seguridad de los peatones, «siendo castigados enérgicamente, a petición de la Federación de Transportes, los conductores de vehículos que las violaran». Como parte del paquete de demandas, los dirigentes piden el

retiro de la gendarmería en los asuntos de tráfico, acudiendo al argumento de que puesto que si en Europa la policía tiene funciones de agentes de tráfico es porque está preparada para ellas, y no es el caso de los policías mexicanos, así que su intervención se traduce en arbitrariedades. Seguramente más preocupado por la eventualidad de una huelga, que conmovido por los argumentos humanitarios de los sindicalistas, el político Serrano conviene en recomendar medidas que impidan la comisión de abusos que se alegan.¹² La historia que siguió se desconoce. Es difícil suponer que los choferes cambiaran tanto su actitud como prometían, pero por lo pronto la huelga se conjura.

Por estas fechas tuvo lugar un acontecimiento poco visto en México, al menos desde hacía muchos años. Encontrándose de paseo y arreglando asuntos particulares en el país, un descendiente de Hernán Cortés, el príncipe Valerio Pignatelli de Cerchiara, se bate a duelo con el conocido banquero Eduardo N. Meade. El encuentro tiene lugar en el jardín de una casa particular, siendo testigos los aristócratas nativos Rafael Fernández del Castillo e Ignacio Amor, de parte del príncipe, y Javier Algara y el profesor Ángel Escudero por su contrincante. A veinte pasos de distancia, apuntando sus pistolas de duelo, los caballeros disparan a las voces de «fuego, uno dos tres». Aunque los dos tienen tan mala puntería que no se atinan, o acaso fingen tenerla y nadie sale herido, el asunto trasciende al público.¹³ En el momento resulta difícil entender que Pignatelli, residente en Palermo, no se libra de ser dueño de un espíritu mafioso propio de la sociedad siciliana del sur de Italia. Sigue la bizarra doctrina que admite que para ciertas ofensas personales no es de caballeros buscar el auxilio de la justicia legal, sino de plano acribillarse a distancia, pistola a pistola. Esta patricia costumbre no oculta sus vulgares orígenes, pues la canalla siciliana decidía resolver sus querellas por vía expedita y a veces trágicamente definitiva. La nobleza revestía sus justas de vida o muerte con rituales estilizados seguramente para evitar comparaciones con las reyertas en las que corría sangre plebeya.¹⁴

El general Serrano, en su carácter de gobernador del Distrito Federal, se pronuncia sobre el tema, expresándose con sorna y aceptando la imposibilidad de castigar a los actores principales del insólito acontecimiento:

Yo tuve conocimiento del duelo concertado entre los señores Pignatelli y Meade, con anticipación al día en que se llevó a cabo, pero creí que el primero de dichos señores, en su calidad de extranjero, además de conocer las leyes del país en que reside, sería respetuoso de las mismas, y con tal motivo no dicté ninguna disposición para evitar el lance. Por la prensa he sabido que el encuentro se llevó a cabo, violándose las leyes y ahora he buscado un punto legal en qué fundarme para proceder contra los señores Pignatelli y Meade, y no he encontrado una ley que castigue el ridículo.¹⁵

Furioso al enterarse de la respuesta de Serrano y sin haber aprendido ninguna lección acerca de lo desatinado de su conducta, Pignatelli envía una carta abierta a *El Universal* para señalar, en primer término, que desea observar que no existe país civilizado del mundo donde no se castigue el duelo, aunque no precisa si en alguna parte del orbe culto existen leyes que hagan punible el ridículo. Igualmente —agrega— no cree que en ninguna parte no existan arreglos personales llevados a cabo más o menos veladamente. Pignatelli no incluye a México entre los países civilizados del mundo, porque aquí no existen, en efecto, leyes que castiguen el duelo, y por lo tanto, no cree faltar a sus deberes. Luego la emprende contra Serrano, «cuyo pasado es cuanto más igual al mío», porque si sobre las sanciones de la ley intenta aplicar la suya propia «tachando de ridículo un hecho que con toda evidencia desconoce, y que tal vez juzga ridículo porque ninguno de los contendientes resultó muerto o gravemente herido». Pignatelli manifiesta luego que estaba presto a satisfacer las condiciones «que parecen al señor general Serrano indispensables para cualquier duelo», por excesivas que fueran, y a demostrarle que no bastaba «una alta investidura política para ofender gratuitamente a una persona que como ciudadano y como militar está obligado y dispuesto a defender su propio decoro».¹⁶ Las palabras del príncipe Valerio Pignatelli de Cerchiara tienen el efecto contrario al que se proponía, al refrendar el sello de una ridiculez ganada a pulso. Al ser interrogado por la prensa si aceptaba el reto, el general Serrano se limita a sonreír y le invita a juzgar los hechos por sí mismos. Mejor aconsejado Pignatelli esta vez ya no insiste y el asunto queda por la paz.

Una parte fundamental de la biografía de Serrano es su situación patrimonial, porque nos aporta un cuadro más completo de su multifacética personalidad y de los usos de la elite revolucionaria sonorense. Antes de pedir la licencia que le conduce a la Cámara de Diputados, Serrano organiza con el general Jesús M. Garza una sociedad de nombre colectivo llamado «Serrano y Garza, Agricultores y Ganaderos, y se dedicará al fomento de los trabajos de agricultura que tenemos emprendidos en el Río Mayo, a la cría de ganado en general y a toda clase de operaciones relacionadas con estos ramos».¹⁷ Por otra parte, los dos socios realizan negocios con Aarón Sáenz, ya que los tres cultivaban y vendían maíz y trigo en el norte de Sinaloa, «bajo la sombra del general Obregón».¹⁸

El triunfo de la rebelión de Agua Prieta y el encumbramiento definitivo del grupo sonorense abre a los triunfadores la posibilidad de hacer mejores negocios. Serrano es parte de la sociedad denominada «Club Recreativo, SCL», cuyo propósito es la operación de un centro de reunión o casino, en el que los socios puedan reunirse y participar en todos los juegos permitidos por la ley o por concesiones especiales.¹⁹ En línea similar, en septiembre de 1920, Jesús Arreola, Felizardo Verdugo, Charles P. Mandaville y Francisco R. Serrano forman en Tijuana una compañía dedicada a la explotación de hoteles, teatros, clubes deportivos, exposiciones de productos manufacturados, agrícolas y ganaderos, así como juegos de azar, llamada Exposición Internacional de Productos, S.A. Su capital social es de cien mil pesos teniendo como socio mayoritario a Mandeville (con cincuenta y siete mil doscientos pesos) y a Serrano (con veintiocho mil quinientos).²⁰ Éste mantiene vínculos amistosos o de negocios con el dueño del Casino Alhambra de Tijuana, una persona de nombre Hipólito Pole, a quien ayuda ante un intento de clausura del gobernador Lugo y del pago de una cuota fija de veinte mil pesos mensuales. A la postre, dicho casino sucumbe ante la competencia de otros casinos y tuvo que cerrar.²¹

Serrano y varios de sus amigos más cercanos emprenden otro tipo de negocios, como el de la sociedad mercantil en colectivo denominada J. J. Valadés y Cía., en la que participan Juan J. Valadés, Francisco Castillo Nájera, Aarón Sáenz y Jesús M. Garza con objeto de construir y reparar locomotoras y carros de ferrocarril.²² Más curiosa aún es la «asociación momentánea con duración de un año» con

los generales Plutarco Elías Calles, Manuel Peláez, Jesús M. Garza, Francisco y Guillermo Castillo Nájera y Francisco Inguanzo. Se trata de una sociedad «para la búsqueda de un tesoro en los cerros de La Malinche o en algún otro punto de un terreno conocido con el nombre de «Tepexihuat», distrito de Santa Inés Zacatenco, Tlaxcala. Antonio García es el dueño de este último terreno y Serrano es el apoderado de tal «asociación momentánea». Los frutos se repartirían en partes iguales, «deduciéndose un 5 % que se cede desde hoy al General Fortunato Maycotte».²³ Se ignora si estos revolucionarios encontraron el tesoro de la Malinche, pero no hay evidencias en este sentido. En el mes de mayo, los generales Francisco R. Serrano y Jesús M. Garza adquieren de manos del *Banque Française du Mexique, S.A.* «pleno dominio y posesión de la maquinaria, útiles de imprenta y muebles... así como el nombre o la cabeza del periódico *El Heraldo de México*, garantizando propiedad literaria...», por el precio de ciento cincuenta y cinco mil pesos oro nacional, a un enganche y nueve mensualidades.²⁴ Este negocio nunca es conocido como propiedad de Serrano y Garza, adquirida por lo demás por una cantidad muy elevada, pero hay razones para suponer que aquí actúan a nombre del gobierno federal, por encargo del secretario de Hacienda Adolfo de la Huerta, ya que éste último tiene un especial interés en que existan medios de prensa bajo el control gubernamental.

La expansión urbana de la Ciudad de México, con el fraccionamiento de terrenos por los cuatro costados, con la construcción de calles y avenidas, instalación de alumbrado público e infraestructura subterránea para fines de desagüe y alimentación de agua y la desecación de canales y lagunas, representa uno de los negocios más pingües cuando llega la paz. Serrano y varios de sus amigos, como Ramón P. de Negri, Jesús M. Garza, Juan Platt, Francisco V. Bay, Carlos Almada, Fausto Topete, Jesús M. Aguirre, Arturo de Saracho, entre otros, forman una sociedad anónima con el nombre de «Compañía Constructora de San Rafael, Sociedad Anónima, cuyo objetivo será la compraventa de materiales de construcción, la construcción de casas económicas, la compra de bienes muebles e inmuebles para el sostenimiento y desarrollo de la compañía, la celebración de contratos de arrendamientos, opción e hipoteca, el establecimiento de una agencia de comisiones para toda clase de actos mercantiles tanto en el país como en el extranjero, la compra y venta de productos agríco-

las, y en general de todos los actos mercantiles que especifica el artículo 75 del Código de Comercio». Su capital real es de quinientos mil oro nacional, dividido en cincuenta mil acciones de diez pesos cada una. Después de Astolfo R. Cárdenas, quien posee treinta y ocho mil acciones, siguen Francisco R. Serrano, Jesús M. Garza, Ramón P. De Negri y José Bastar Córdova.²⁵ No se sabe cuál fue el destino final de dicha constructora ni cuáles fueron sus trabajos, ni las utilidades obtenidas.

Serrano está presente en algunos negocios de la industria petrolera, como puede verse en la adquisición de derechos en varios pozos de hidrocarburos. En julio de 1923 el general Serrano recibe de José Ma. Porchini el uno por ciento de la producción de los pozos de Salvasuchi, municipio de Pánuco, cantón de Ozuluama, Veracruz, pertenecientes a la Compañía Mexicano-Holandesa La Corona, S.A., a cambio de un pago simbólico de mil pesos oro.²⁶ Al mes siguiente adquiere, en virtud de una cesión, el uno por ciento de la producción total del pozo petrolero «Solís Número Siete», perforado en el lote cuatro del terreno llamado «Paciencia y Aguacate», ubicado cerca de la concesión anterior.²⁷ En noviembre de 1923 Alberto F. Leshner, a nombre de la sociedad «Leshner y Martínez», hace una «donación pura, perpetua e irrevocable a favor de los señores generales Francisco R. Serrano y Manuel Mendoza, de la cantidad de 25 centavos de derechos primitivos» de la petrolera hacienda de Juan Felipe, cerca de la actual Poza Rica, Ver. A cambio de esta curiosa donación a favor de Serrano y Mendoza, que significa la posesión de treinta y seis hectáreas y fracción, ellos pagan la cantidad de diez mil pesos oro.²⁸

Las relaciones de negocios más importantes que tiene Francisco R. Serrano, sin embargo, son las que establece con el general Juan Andreu Almazán. Ellos se conocen cuando el segundo se une al general Obregón en 1920, después de haber transitado por diferentes grupos, desde el maderista hasta el felixista, pasando por el huertismo y el zapatismo. Almazán tenía un apetito incontrolable por los buenos negocios, y puede considerarse uno de los *revolucionarios empresarios* de mayor éxito. Entre las empresas que le unieron a Serrano está el de la producción y exportación de roatán (tipo de plátano) de las fincas «El Cantón», «Las Carolinas» y «Santa Rosa», en la jurisdicción de Tuxtepec y entre los ríos Papaloapan y de Valle Nacional,

Oaxaca. La épica de sus negocios bananeros, en la que se incluye una lucha feroz con la *United Fruit Company*, es relatada dramáticamente por Almazán mismo en sus *Memorias*. Funda la Compañía Platanera Mexicana, S.A., en la que participan, además del general Serrano, los ingenieros Manuel L. Stampa y Edgar L. Smoot, Miguel Chapa, Manuel Castellón, Rodolfo Torreblanca, Emilio Flores y Agustín González, con Emilo Baldizán como gerente.²⁹ No se conoce más de este vínculo, excepto que Serrano habría realizado algunas labores de gestión en su favor tanto en México como en el extranjero, y no se registra constancia de cuándo se retira de la compañía, si es que lo hizo.

Conocemos mejor el negocio de la Laguna de Santiaguillo, Durango. El 28 de octubre de 1923 los generales Almazán y Serrano, en unión de Manuel Castellón, constituyen una sociedad en nombre colectivo denominada «Castellón y Compañía, Colonizadora de Santiaguillo», con un capital social de setenta y cinco mil pesos oro nacional, aportado por partes iguales por los tres socios. Su objeto es adquirir algunos terrenos vecinos de la Laguna de Santiaguillo, municipalidad de Canatlán, y convertirlos en terrenos de riego, haciendo uso para este efecto de una concesión de aguas otorgada por el estado de Durango, y por medio de la construcción de presas y obras de irrigación, para después fraccionar, vender o colonizar dichos terrenos. La duración de la sociedad sería de veinte años.³⁰

Ausente Serrano del país, es Almazán quien se encarga de este negocio que va a enfrentar dificultades insuperables desde un principio. Con miras a atraerse la simpatía del presidente Calles para lo que el tiempo encogiera, le invita a visitar Santiaguillo de paso hacia Santa Lucía, donde el gobierno va a establecer una escuela de agricultura. Almazán escribe a Serrano donde le refiere aspectos de tan distinguida visita: «A pesar de que con motivo de que apenas empezaba a llover, el vaso de la presa tenía muy poca agua, al grado de que ésta no se distinguía desde la caseta de la primera compuerta donde estuvimos el señor presidente y yo, por lo que vio de las obras y por los planos que le mostramos... le gustó el negocio y me expresó que en su concepto era bueno». Más adelante Almazán comenta «que no quiere pedirle nada de ayuda porque lo juzgué inoportuno, dado que estaba él preocupado por el establecimiento del Banco de México y por la inauguración de los trabajos de carreteras,

y ya él me había manifestado que hasta el día primero del año próximo empezarían los trabajos de diez grandes obras de irrigación en diferentes estados de la República que tenían proyectadas». Esta información es crítica para el futuro de la compañía, porque Almazán está seguro de que de algún modo se beneficiará de los planes del presidente Calles en la zona, por lo que resuelve la suspensión de las obras durante la temporada de lluvias, atendiendo solamente a su conservación para observar la cantidad de agua capaz de ser captada en un año, y la producción de las siembras de experimentación. Si al final los resultados eran satisfactorios, se conseguiría todo el dinero necesario para terminar y en caso contrario se iba a procurar «una tabla de salvación, no para ganar dinero, sino para sacar siquiera buena parte de lo que hemos invertido». Almazán refiere que platicó con el presidente acerca del programa de trabajos que el gobierno ha resuelto llevar a cabo, y a fin de ir preparando el terreno, le indica que ya que las obras de Santa Lucía eran contiguas a las de *Castillón y Compañía*, «le convendría tal vez al gobierno tomar nuestro negocio como una de las diez obras que tenía proyectadas y que al efecto le suplicaba ordenara se hiciera un estudio de él para a que a fin de año habláramos sobre el particular, a ver si llegábamos a algún arreglo, habiendo tenido él la bondad de aceptar mi insinuación». Almazán se entera de que un agente del gobierno, de apellido Covarrubias, ha quedado muy satisfecho «de todo, especialmente de la calidad de las tierras, y por convenirme, quiero presumir que este ingeniero haya sido enviado como consecuencia de la solicitud informal que hice al señor presidente». Pero Castillón parece ser un administrador abusivo, atento a sacar dinero a la menor oportunidad, y Almazán se queja de que le pide diversas cantidades, y «a pesar del horroroso miedo que le tengo al negocio actualmente, temo que me ablande con sus razones y me saque alguna suma». Almazán se ve atrapado por Castillón, a quien debe reconocerle adeudos por sueldos y otros, además de algunos beneficios adicionales.³¹ Posteriormente, Almazán relata que «tuve la suerte de animar al señor presidente para que fuera nuevamente a visitar la Presa de Santiaguillo y de recorrer toda la extensión deseada». Con mucho agrado, advierte que Calles se da cuenta de que «nuestro negocio forma parte, sin solución de continuidad, de la región donde el Gobierno va a emprender grandes obras de irrigación, quedando encantado de ello, ya que podrá

regar y fraccionar sobre cincuenta mil hectáreas de tierras». El proyecto tiene, sin embargo, sus detractores. El ingeniero Pastor Rouaix considera que no es de irrigación, «sino de evaporación», puesto que teniendo una extensión de siete a ocho mil hectáreas se evaporaría toda el agua en los meses de la seca. Castellón alega que si la presa no captó más líquido fue porque aunque las aguas fueron bien espaciadas, lográndose buenas cosechas, a pesar de que la lluvia no fue abundante. Almazán convence a Serrano de que ninguno de los dos puede atender el negocio personalmente y no debe confiarse en la administración de Castellón, de aquí que debe procurarse «salir de él cuanto antes»:

Por la misma razón de no tener persona apta y al mismo tiempo de confianza, que se encargue de nuestros asuntos en Santiaguillo, creo que no nos conviene quedarnos con parte de las tierras irrigadas como única ganancia, sino mejor sacar lo más posible de utilidad en dinero efectivo y en tal virtud, me permití ofrecer al Sr. presidente el traspaso de nuestros derechos, primero verbalmente, y luego a petición de él, por escrito...³²

Almazán, en efecto, ofrece en venta al presidente Calles alrededor de quince mil hectáreas, las que se regarán por gravedad sobre diez mil y elevando el agua de uno a tres metros las cinco mil restantes. Se ofrecen también dos mil hectáreas, que se riegan elevando el agua de tres a cinco metros de altura, y «más de veinte mil hectáreas de buenas tierras, cantidad que no podemos precisar, porque aún no se terminan los estudios de los ingenieros».³³

Almazán tiene éxito en sus gestiones con el presidente, y no solamente recupera las inversiones de los socios, sino logra pingües, desmesuradas utilidades. El 20 de enero de 1927 el general Almazán celebra un contrato con el ingeniero Francisco A. Salido —tío del caudillo— en representación de la Comisión Nacional de Irrigación, en virtud del cual compra a la sociedad Castellón y Cía. todas sus propiedades y derechos, obras de almacenamiento de aguas constituidas por ella en la Laguna de Santiaguillo, casas de compuertas, obras de desviación del río Guatimapí, concesión de aguas otorgada por el estado de Durango y todas las tierras propiedad de la compañía que habrían de irrigarse con las aguas y obras anterior-

mente descritas. La sociedad queda liquidada y la venta de las propiedades de la negociación produce una utilidad líquida, única obtenida en el transcurso de la vida de la sociedad, de \$253 590.98, distribuida entre los socios, quedando solamente un pequeño pasivo.³⁴ Así se arreglan las cosas por esa época, gracias a las bondades del estado patrimonialista, del que los revolucionarios triunfantes saben sacar provecho.

El 13 de mayo de 1927, Serrano aparece como socio fundador de la famosa Compañía Constructora Anáhuac, S.A. con el general Almazán y otros. Esta sociedad tiene los propósitos siguientes:

- I. La construcción del camino de Nuevo Laredo a Ciudad Victoria y puntos intermedios, en los términos del contrato que celebre con la Comisión Nacional de Caminos.
- II. La construcción de carreteras, presas, canales, puentes, obras de irrigación, obras en los puertos, fraccionamiento de terrenos, y en general la ejecución de toda clase de obras de ingeniería.
- III. Celebrar con el Gobierno Federal, los de los Estados, los Municipios y los particulares, los contratos relativos a la ejecución y las obras a que se refiere el inciso anterior.
- IV. La ejecución de los actos y contratos que con los anteriores fines se relacione o que le sean conexos.

El capital de la sociedad es de cincuenta mil pesos en quinientas acciones, con valor nominal de cien pesos cada una. Al general Almazán corresponden doscientas ochenta y cinco y al general Serrano doscientas, quedando el resto dividido entre los otros dos socios fundadores.³⁵ En el origen de esta constructora, una de las contratistas más importantes del gobierno y que fue el principio de la considerable fortuna de Almazán, se encuentra el presidente Calles, según él mismo lo relata:

...Contra toda mi voluntad, los ingenieros nombrados (Salvador Toscano y Porfirio Treviño Arreola), sugirieron al general Calles que me animara a organizar una compañía constructora con elementos nacionales y lo hice con mucho miedo de fracasar. Así nació, en 1927, la Compañía Constructora Anáhuac...³⁶

La relación entre Almazán y Serrano trasciende la esfera mercantil, porque son amigos entrañables. Al regreso de Serrano de Europa a México, Almazán le ofrece un banquete en Nuevo Laredo. Relata haber puesto una copa de cognac frente a cada plato antes de que se sentaran, y «al hacerlo, vi con mucho gusto que Serrano la hizo un lado». A ojos vistas, a Almazán le llama mucho la atención que su amigo hubiera regresado a México ya sin el gusto desmedido por el alcohol, que le refrenda la fama pública. Aborda el tren con él y le acompaña hasta el fin de su jornada en la capital de la república.³⁷ En 1927, mientras se encuentra en una platea del Teatro Independencia de Monterrey, asistiendo con su Estado Mayor a la toma de posesión de Aarón Sáenz como gobernador de Nuevo León, es informado por Amaro de la muerte de Serrano, y de inmediato se retira de dicha ceremonia y de las demás fiestas del caso. Acusado por Juan de Dios Bojórquez de haber tenido una conducta impropia frente a la decisión gubernamental de eliminar a Serrano, en su momento dice a Calles: «Ahora que se ofrece, quiero que sepa usted por mi boca, que tal chisme era la pura verdad, pues no se trataba de que hubiera muerto un perro, sino el mejor de sus amigos», a lo que su interlocutor le contesta: «Bien hecho...No crea, también tiene uno que morderse un... para dar ciertas órdenes».³⁸

La parte más importante del patrimonio del general Francisco R. Serrano es una propiedad bautizada como él mismo como «Rancho La Chicharra», ubicado en las cercanías de Cuernavaca, por los rumbos de Temixco. El 18 de marzo de 1927 la Caja de Préstamos para las Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, S.A., presidida por el ingeniero Francisco A. Salido, Joaquín López Negrete y el ingeniero Manuel Urquidi (en su carácter de liquidadores), vende al general Serrano la Hacienda de San Vicente y sus anexas, San Gaspar, Chiconcuac y Dolores, ubicadas en el Distrito de Cuernavaca. Esta propiedad perteneció a la testamentaria de Delfín Sánchez y posteriormente de su esposa Felicitas Juárez de Sánchez (hija de don Benito Juárez), y fue adquirida por la Caja de Préstamos de la Dirección General de Rentas de Cuernavaca, en el remate efectuado para saldar un adeudo de contribuciones de estas propiedades. Este predio tiene una superficie de 984 hectáreas, 20 áreas y 75 áreas de terreno irriable; 283 hectáreas, 75 áreas, 90 centiáreas de terreno de

temporal, así como 2 369 hectáreas, 54 áreas y 58 centiáreas de terreno de cerril. El precio de venta se establece en 102 722.29 pesos oro nacional, 10 272.22 pesos al momento de la firma de la escritura, y 92 450.17 en un plazo de diez años contados desde la fecha de la escritura.³⁹ Esta propiedad rural es una de las más importantes del estado de Morelos en las vísperas del Porfiriato. En su centro se encuentra el ingenio de San Vicente —arruinado por la Revolución— y no incluye la Hacienda de Atlacomulco que fue parte de la dicha testamentaria Sánchez-Juárez. Dicho ingenio, según datos de 1902/1903, produjo 2 980 toneladas de azúcar, es decir, se puso por encima de los demás en el estado de Morelos.⁴⁰ En su mejor momento se le atribuyó una extensión de 8 312 hectáreas, y la disminución se debe a la ausencia de esta última hacienda, así como de las adjudicaciones a ejidos y restituciones a pueblos vecinos.⁴¹ El fundador del ingenio fue Pío Bermejillo, quien incorporó equipo moderno, «que tenía un valor superior al manifestado para toda la hacienda», según un funcionario de impuestos en 1874.⁴² Con la adquisición de esta propiedad, a la que acompaña el prestigio de haber sido uno de los más importantes ingenios morelenses, Serrano corona sus pretensiones de dominio rural, algo inimaginado en sus épocas juveniles en las que soñaba solamente con ser un buen agricultor en Huatabampo.

El inventario correspondiente a los bienes de Serrano, al morir intestado, nos completa su cuadro patrimonial:

- I. Depósito en cuenta corriente en el Banco de México, S.A., oro nacional, \$71.73 y plata \$7 713.
- II. 25 acciones de la Compañía Hulera «El Popo», S.A. con valor de doce mil quinientos pesos. (Adeudo con garantía de acciones con el Banco de México por 5 150 pesos).
- III. 15 acciones de la Compañía Petrolera «El Centenario». S.A., su valor doce mil quinientos pesos, con valor de 750 pesos. Una participación de un 2 % sobre la producción total del petróleo del subsuelo de los terrenos denominados «La Palma» y «Columbus», pertenecientes al autor de la sucesión.
- IV. Una participación del 1 % sobre la producción de los pozos Salvasuchi, municipio de Pánuco, Cantón de Ozuluama, Veracruz.

- V. Los llenos de la Hacienda de San Vicente y anexas, por treinta y ocho mil novecientos cuarenta y cinco pesos.
- VI. Hacienda de San Vicente y anexas, con valor de 136 408.28 pesos. (Suma total del pasivo de dicha hacienda, 168 232.53 pesos).
- VII. Casa número 9 de Plaza del Ajusco, colonia Roma, con valor de treinta y cinco mil setecientos pesos.
- VIII. Casa número 8 de la Calle de Cuernavaca, Colonia Condesa, con sus excedencias, con valor de \$16 574.80. (Con un pasivo de 12 626.29 pesos).
- IX. Terreno 55 de la colonia Del Valle, con valor de diez mil pesos, con superficie de 20 521 metros cuadrados.⁴³

VI LA DISPUTA PRESIDENCIAL EN CIERNES

A mediados de 1926 la situación política parece tranquila, si bien ya se advierten señales de que la carrera presidencial está por iniciarse. Se percibe un clima de «intriga pre-electoral», propio de las épocas de sucesión. Álvaro Obregón, Joaquín Amaro, Luis N. Morones y Arnulfo R. Gómez son mencionados como candidatos presidenciales, si bien Francisco R. Serrano aparece como *presidenciable* «natural», dado el incontrovertible supuesto de que el grupo sonoreNSE se continuaría en uno de sus miembros más jóvenes y prometedores. La candidatura de Obregón no es descartable, a pesar de las prohibiciones constitucionales, y no escapa a la pública perspicacia que el Caudillo, si así lo desea, podría ejecutar maniobras que le permitan alcanzar sus objetivos, como siempre lo ha hecho. Más elementos juegan a favor de las probabilidades de Obregón. Es un hombre de negocios consumado, con grandes empresas agrícolas y comerciales, quizá desmesuradas para su capacidad administrativa, que demostró no ser uno de sus fuertes cuando se encontraba en la presidencia. Es claro por lo demás que sus caudales no se hicieron solos, ni con una lenta y sufrida acumulación de capital, sino haciendo uso generoso de los recursos públicos y de la infinidad de contactos benefactores para sus empresas. Había quien sospechaba que los negocios no andaban tan bien como podría parecer, y que el recurso del tesoro público era el único salvador a la vista. Hombre vanidoso y orgulloso en exceso de sus logros políticos y económicos, acostumbrado a ser el centro de las atenciones y afectos de muchos y odios de otros, mal le sienta el clima de Náinari, en medio de campos de labor y canales de irrigación. Es mejor el de Palacio Nacional y el del Castillo de Chapultepec. Y además, cuenta con todo para regresar, pues es el caudillo de

México, el último de los grandes. Serrano, por su parte, es visto como una continuación de su persona, y sobre cuya voluntad manda, tanto para que suceda a Calles, como para que se haga a un lado, si la ocasión lo exige. Indudablemente así lo piensa Obregón, al fin que a él le debe su carrera. En lo que al presidente Calles respecta, no se le advierte propósito alguno de reelegirse, por lo que es un elemento en el equilibrio de la balanza, y nada más.

A principios de octubre surgen rumores insistentes de que los diputados discuten con el mayor sigilo una nueva iniciativa de reforma al artículo 83 constitucional, para permitir la reelección presidencial y posibilitar así el regreso del general Obregón. La llamada Alianza de Partidos Socialistas de la República, que constituye la mayoría parlamentaria, es la responsable de la maniobra, pero se topa con la acción en contrario de la diputación de Chiapas, que además declara su apoyo al general Francisco R. Serrano como candidato para la presidencia. Al ser requeridos para explicar el rompimiento del acuerdo «tácito» de silencio, los diputados chiapanecos protestan su adhesión a la Alianza y que su postura es solamente «de carácter particular», una expresión por demás sibilina. Aprovechan la ocasión para declarar que «una gran mayoría de la Cámara es serranista», lo que precipita la decisión de los aliancistas de citar a sus miembros para ver el asunto de la reforma constitucional. Extraoficialmente se sabe que el proyecto de reformas sería en el sentido de que puede volver a la primera magistratura del país el ciudadano que ya la haya ejercido, pero a condición de que no sea en el periodo inmediato, sino cuatro años después de que haya dejado el poder, y que esta elección sería la última.¹ Con esta postura, los diputados reeleccionistas quedaban bien con Obregón sin quedar mal con Calles, porque en caso de tener éxito, se abriría también la puerta en un futuro eventual al regreso del presidente en funciones. El 18 de octubre de 1926 se presenta a la Cámara de Diputados una iniciativa de reforma del artículo 82 constitucional. Su autor es el pintoresco diputado Gonzalo N. Santos, se envía de inmediato a las comisiones de puntos constitucionales, y con dispensa de trámites, se aprueba dos días después, por ciento noventa y nueve votos.² Durante las apresuradas discusiones del Congreso, incluso entre los reeleccionistas, aparecen argumentos encontrados. Además de quienes se oponen decididamente a cualquier cambio o interpretación del texto que beneficie el

regreso de Obregón, como los diputados Eugenio Mier y Terán de Puebla y Ramón Ramos, de Bocoyna, Chihuahua, están quienes intentan aderezar la píldora con distintos sabores. Los argumentos del tipo Calero ya no se esgrimen, pero no faltan los que sostienen que no se trata de vulnerar un principio revolucionario, sino simplemente de aclarar un texto de la ley. Por su parte el diputado Lombardo Toledano, a nombre del Partido Laborista, apoya las reformas, aunque cínicamente señala que ellas van en contra del «principio revolucionario de la No Reección», lo que le valió protestas y rechiflas. Soto y Gama, con brillante retórica, señala que el pueblo «que sufre y gime» desea que vuelva a la presidencia de la República «el liberador de México, Álvaro Obregón»:

...lo que el pueblo repudia, es la noción de imposición encubierta en la reelección, pero no quiere prohibirse una nueva elección a quien ha sido benéfico para el país y para la revolución...por encima de todo dogma, en teoría pura, podría sostenerse que el pueblo tendría el derecho para elegir cuantas veces quisiera a una misma persona...³

Con este argumento, Soto y Gama descalifica, al menos para el caso particular de Obregón, el principio político más caro de la generación revolucionaria. Éstas son las razones aplicadas en la iniciativa de reformas presentada por el diputado Gonzalo N. Santos:

La reacción mexicana, como siempre lo ha hecho a través de nuestra historia, ha pretendido desorientar a la Revolución y quitarle fuerza y poderío, exagerando y tergiversando sus mismos principios... cuando se trata de establecer el alcance del principio de «no reelección», dentro de la moda política pretenden hacer creer que dicho principio debe aplicarse absoluta e incondicionalmente en una forma general, siempre que se trate de incapacitar a los grandes líderes de la Revolución Mexicana, a quienes odian profundamente...⁴

Santos entonces zahiere el principio de la no reelección como un argumento de «la reacción» en contra de los grandes líderes de la Revolución Mexicana. El 19 de noviembre por unanimidad de cuarenta votos, el Senado aprueba la reforma enviada por la Cámara de Diputados, con igual dispensa de trámites. En privado hay expresio-

nes entre cínicas y resignadas, y hasta con ingenio, como las vertidas por el senador aguascalentense Manuel Carpio: «Ya está tendido el puente desde Cajeme hasta el Palacio Nacional. Se impuso por superior a las demás la ley de la cargada».⁵ En esta ocasión el presidente Calles guarda silencio, y no como cuando habla del malogrado proyecto de reforma reeleccionista de Labastida Izquierdo y Sánchez de octubre de 1925.

Es interesante conocer la versión de Santos acerca de los antecedentes de la reforma que sí llegó a buen término:

Cuando la candidatura del general Obregón aún no se proclamaba, pero estaba sembrada en toda la República, Calles le llamó a su residencia de Chapultepec y allí le dijo que para posibilitar la vuelta de Obregón a la presidencia era necesario su traslado para entrevistarlo a Sonora y hacerle conocer su opinión de que era indispensable reformar la Constitución... A continuación le entregó un memorándum sin firma que decía más o menos: «El Molinero del Norte (Calles) saluda al Buey Limón (Obregón) y le envía sus últimas impresiones, que nuestro enviado amigo le explicará ampliamente de viva voz». Santos le entregó a Obregón el memo del Molinero del Norte, y al leerlo, respondió «Bueno, si así lo juzga conveniente el general Calles, presenta tú el proyecto de reformas, pero eso sí, que se haga constar que no se trata de reelección sino que es una nueva elección». Y le preguntó, entre otras cosas: ¿y qué dice Soto y Gama? Al responderle que estaba «enteramente con nosotros», le pidió que le entregara un memorándum con el texto siguiente: «Con nuestro amigo, el señor diputado Gonzalo N. Santos, le envío todas mis impresiones y mi deseo de que colabore usted con él». Obregón dio su anuencia para romper «el fuego con las reformas a la Constitución... acá espero pendiente los acontecimientos»...⁶

En un telegrama a Primitivo R. Valenzuela y otras personas, que hacían cargos a los líderes de la mayoría parlamentaria «que ayer rechazaron el proyecto de reformas presentado por el senador Labastida Izquierdo, y hoy se apresuran a aprobar otro, yendo más adelante en su intención, posiblemente para perpetuarse en el poder, al amparo de la robusta personalidad política del señor general Obregón», éste les responde: «Deseo informarles que yo no he sido ins-

pirador de reformas est nse discutiendo en las Cámaras Legislativas y que no tengo, por tanto, ninguna conexión con ellas».⁷

Las legislaturas de los estados se suman al Congreso federal en apoyo a las reformas constitucionales: Aguascalientes, Hidalgo, Tamaulipas, mientras que la de Chihuahua discute un poco más el asunto. Las legislaturas de Coahuila, Colima y Tabasco se adelantan al Senado en la aprobación de las reformas, sin mayor trámite. Sin embargo, la comisión permanente del Congreso local de Chiapas, se inconforma («nunca daremos voto aprobatorio a la reforma que echaría por tierra la más hermosa conquista de la Revolución»), lo que refrenda el serranismo de la clase política en el poder en el estado.⁸ En Tuxtla Gutiérrez se da un paso más adelante todavía, cuando el Partido Socialista Chiapaneco comunica al general Serrano que desde el 3 de octubre, en «magna asamblea» resuelve apoyar su candidatura y apresura los trabajos en su favor, «en vista del momento solemne de la patria en que la ambición futurista representada en las curules del Congreso del Unión, sin más miras que su interés personal, pretende cometer un atentado con la Constitución, import ndole muy poco el nuevo ensangrentamiento de la patria».⁹ Serrano rechaza de inmediato la oferta, por «considerar antipatri tico agitar al país presentándole prematuramente problemas de carácter político, máxime si se tiene al frente otra misión de cumplir. Sería inconsecuente con mi propio criterio si desatendiera las labores inherentes al cargo que desempeño, para dedicarme a actividades políticas».¹⁰ Pero otros amigos de Serrano tampoco descansan. Así, según el coronel Davis, *attaché* militar de la embajada de Estados Unidos, Félix Palavicini dijo tener una entrevista con el doctor Francisco Castillo Nájera, en el que se mencion  la fundación de un periódico favorable a la propaganda del general Serrano.¹¹

Para *El Universal* la situación es más que clara, anticipatoria de los momentos graves que se acercaban:

El antirreeleccionismo y el reeleccionismo volverán, pues, a enfrentarse, de un momento a otro...No son los ideales de los hombres de 1910 los que se trata de aquilatar con ayuda de la teoría democrática pura. Est  a discusión exclusivamente la posibilidad de que el señor General Obregón vuelva a la presidencia, y una iniciativa de reforma al precepto citado constituye, ni más ni menos, el primer acto de una campaña electoral...

No es para desconocerse la posibilidad de que Obregón, por encima de todo, logre imponer sus deseos:

...el reeleccionismo, porque lleva como bandera el prestigio del General Obregón, es una fuerza innegable dentro de la política nacional. Fuerza suficientemente poderosa para opacar la que tuvo el principio de no reelección a los ojos de los hombres de 1910 y de los constituyentes de 1917. El propio caudillo que la ha creado por su sola actuación personal, se mueve dentro de ella, que en cierto modo lo arrastra...¹²

A los cambios constitucionales se suma el anuncio de que el general Obregón se dirige a Guadalajara y luego a la Ciudad de México, donde arreglaría «asuntos particulares, relacionados con una compañía cooperativa que tiene en proyecto, para la explotación de combustibles en el estado de Sonora». Serrano alcanza a Obregón en Tepic y con un grupo de íntimos se dirigen a México, entre los que se encuentran Fernando Torreblanca, Luis Benvenuti y Juan Platt; Elías S.A. de Lima, gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola; Enrique Osornio, director de la Escuela Médico Militar y Francisco Bay, intendente de las Residencias Presidenciales.¹³ Al día siguiente Obregón es recibido en la estación de Colonia con honores propios de un presidente de la república. En los andenes se encuentran el presidente Calles, con los miembros de su Estado Mayor, el gabinete en pleno y otros muchos funcionarios y políticos de filiación obregonista. Camino hacia el Castillo de Chapultepec, va el general Obregón con el presidente Calles en automóvil, al que escoltaban todos los motociclistas del servicio de tráfico. Una vez aquí, el visitante recibe a comisiones y amigos en la terraza alta de la casa de gobierno.¹⁴

Ya reformados los artículos 82 y 83 de la Constitución, Obregón toma de vuelta el tren a Navojoa, no sin antes declarar que «la formación de la Cooperativa de Combustibles ha quedado legalmente integrada», y agrega que está firmado el contrato para que una comisión de ingenieros proceda a realizar trabajos de localización de depósitos de combustibles en Manzanillo y en la Ciudad de México. Una vez más los andenes de la estación de Colonia son insuficientes para dar cabida a la muchedumbre que le despidе. Serrano está ahí, y sube el tren para acompañar a Obregón hasta La Quemada, camino a Navojoa.¹⁵ Ni una palabra pronuncia el Caudillo sobre su re-

greso a la presidencia. No es momento propicio. A lo mejor no se lanzaría. Hay quienes así lo piensan.

Hacia febrero de 1927 circulan rumores de que la aceptación de la candidatura del general Francisco R. Serrano es inminente, y para este efecto se organiza un partido con presencia nacional. «Puesto que Álvaro Obregón se rehusaba en definitiva a aceptar su candidatura», algunos de sus partidarios se dirigen ahora al general Serrano. Ellos y el llamado Partido Nacional Revolucionario, declarado serranista desde sus inicios, se unirían en un solo grupo, mientras que la mayoría de la Cámara de Diputados, agrupada en el Bloque Revolucionario Nacionalista, se constituiría como «grupo serranista»,

que sirva de base a la de un gran Partido Político en el cual tengan cabida los antirreeleccionistas, los revolucionarios prominentes tanto civiles como militares, y aun... los diputados «suelos» y hasta los «aliancistas» tibios que sólo por disciplina de bloque votaron a favor de la reforma constitucional que abrió la puerta a la reelección presidencial.

Los trabajos se intensificarían al regreso de Serrano de Cajeme, a donde se había dirigido «a celebrar el cumpleaños del caudillo», ya con la certeza de que el expresidente no aceptaría la candidatura que los reeleccionistas le ofrecían.¹⁶ La finca está muy animada por la fiesta del onomástico de Obregón. Políticos de todo el país allí se encuentran, y al poco de llegar Serrano se entrevista con su anfitrión. Se les ve juntos recorriendo los extensos campos agrícolas del falso Cincinato.¹⁷ El hermetismo respecto del tema político más importante es total, pero en el ambiente hay señales de que el general Obregón trataría de regresar a la presidencia. Su silencio es más que elocuente, porque significa una afirmativa a sus temidas pretensiones. Al concluir su visita, Serrano se dirige a Los Ángeles y luego regresa a la Ciudad de México.

En la capital el Centro Nacional Antirreeleccionista, bajo la dirección del diputado Enrique Bordes Mangel, convoca en el Hotel Ritz a los elementos contrarios a la reelección del general Obregón.¹⁸ Entre sus acuerdos está acercarse a los antirreeleccionistas de 1910, «a fin de que acabaran la diferencias de criterio que entre ellos existían y laborar unidos». En la Cámara, mientras tanto, se constituye el llamado Bloque Obregonista, que agrupa al menos a ochenta y siete dipu-

tados de esta filiación. Obregón prepara su regreso a la capital, «con el objeto de inaugurar los trabajos de la Cooperativa de Combustibles», en compañía de varias personas que le acompañaron en Náinari con motivo de su onomástico.¹⁹

El 24 de febrero de 1927 el Caudillo realiza una de sus acostumbradas visitas a la Ciudad de México. El acontecimiento, con toda la obsequiosidad del presidente y de la clase política, con sus escenarios, personajes, vehículos, trayectos, motociclistas, es una calca del viaje inmediato anterior. Obregón afirma que su visita a la capital es para tratar asuntos personales, como la inauguración del Banco Industrial de Transportes, rama de la cooperativa de Combustibles. Buscando material para escribir su nota, un reportero le dice que los periodistas tienen mucho de frailes, razón por la que tiene el deber de «confesarlo» sobre sus pretensiones, a lo que Obregón contesta, en vena de chiste: «Ésa será la obligación de ustedes, pero la mía es no dejarme confesar». Las risotadas de los muchachos de la fuente no se hacen esperar. Niega haber aceptado la candidatura mientras se encontraba de paso en Mazatlán, y concluye: «Positivamente, lo único que se saca en claro es que los antirreeleccionistas han definido su campo, que es lo que les interesa. El mío se definirá cuando yo lo juzgue conveniente».²⁰ En una entrevista posterior amplía el tema de los antirreeleccionistas: «Estuve muy lejos de pretender condenar sus actividades como de prematuras o inadecuadas. Basta que ellas se estén desarrollando dentro de los derechos cívicos que a cada uno de sus miembros nuestras leyes les otorgan». Sostiene que prestan un servicio importante, «porque constituyendo un movimiento de oposición a mi posible candidatura a la Presidencia de la República, me ayudan muy eficazmente a conocer la opinión nacional». Les deseo lo mejor, incluso que se encaucen «como una franca corriente de opinión pública, porque ello me relevaría de la posibilidad de volver a la vida política, cuyo retorno presenta para mí muy pocos atractivos, y en cambio muchas responsabilidades y mortificaciones, además de separarme de la vida de trabajo que ha constituido para mí mi más grande ilusión».²¹

Si en una parte de la escena pública se asoman, todavía débilmente, las posturas a favor de uno u otro probable candidato, están las de quienes apuestan a que el asunto se resolverá finalmente en familia. Piensan que al final todos los grupos quedarán contentos, pues por

igual se apoyaría a Obregón o a Serrano, en caso de que cualquiera de los dos resultase el candidato y el otro accediera gustosamente a retirarse de la contienda presidencial. Ejemplo de estas personas es un grupo de políticos serranistas y una organización de nombre Juventud Universitaria, que se entrevistan con el general Obregón en el Alcázar del Castillo de Chapultepec. Una comisión del Partido Nacional Revolucionario, integrada por el ingeniero José Laguardia, el doctor Manuel A. Manzanilla, Manuel C. Gastélum, Fernando Manzanilla, Javier Erosa y David González Moreno, manifiestan al Caudillo su simpatía por la candidatura del general Serrano. Puesto que «el general Serrano poseía el prestigio de uno de los más fuertes revolucionarios, y teniendo en cuenta que el señor general Obregón reconocía y estimaba estos méritos, les era grato manifestarle su adhesión». El Caudillo agradece la cortesía de la visita, y «aunque no era político a pesar de los actuales afanes de los políticos», expresa el alto concepto que tenía del general Serrano. Antes de despedirse, les avienta un cubetazo de agua fría al comentarles que respecto de su posible candidatura, no la aceptaba todavía, lo que abría la posibilidad de que el «candidato de unidad» sería él mismo. Obregón recibe luego a «los jóvenes universitarios» encabezados por Alfonso Romandía Ferreira, que le comunica su apoyo en el caso de resultar candidato. Si otra cosa se decidía, esa juventud estudiosa se sumaría a las filas serranistas, «por ver en el actual Gobernador del Distrito, al revolucionario capaz de proseguir la obra de reconstrucción iniciada por el general Obregón y continuada por el actual presidente de la República». Pero Romandía no es sincero. No pasan ni veinticuatro horas de su pronunciamiento, cuando el mismo joven grupo se declara partidario sin reservas del general Obregón, y anuncia el próximo lanzamiento formal de su candidatura. El diputado Carlos T. Robinson, uno de los más entusiastas promotores de un bloque serranista en la Cámara de Diputados, comenta que Obregón desea conocer el sentir de la opinión pública antes de aceptar su candidatura, hace notar que él no ha dicho en forma categórica cuál es su actitud definitiva en lo que tiene que ver con la sucesión presidencial, y que en todo caso «no es un secreto para nadie que el General Serrano es el primer obregonista de la República».²² La ambigua postura del Caudillo respecto de su candidatura mueve el suelo del grupo gobernante. El general Serrano mientras tanto se encuen-

tra en Nogales, Arizona, recién llegado de Los Ángeles. Es renuente a hacer declaraciones, y a la pregunta de si figuraría como candidato a la presidencia de la República, secamente responde que no.²³ El Centro Nacional Antirreeleccionista de la Ciudad de México acusa a Serrano de tibieza, y no cede ante la intentona obregonista de allegarse la presidencia de la República. Le recuerdan al general Obregón una de sus frases célebres, «que se mutilen los hombres, pero que se salven los principios», y otra más, repetida en su campaña de 1920, de que «uno de los grandes males que ha sufrido el país desde la Independencia, es el de no poder liberarse de sus libertadores». Obregón procura el silencio, pero habla con dobles mensajes cuando la ocasión es propicia. Así, en un banquete ofrecido por el llamado Bloque Revolucionario Nacionalista de la Cámara, el Caudillo señala que «serán las dificultades que surjan en la transmisión del poder las que me obliguen a ofrecer mis elementos de acción para la defensa de las instituciones... el Partido Conservador ha establecido su cuartel general en Los Ángeles y en San Antonio, para aliarse con los elementos lastimados por la Revolución para atentar contra nuestras instituciones...».²⁴ Mientras tanto, Serrano en su viaje de regreso a México, elude toda conversación relacionada con la sucesión presidencial, manteniéndose en un silencio casi completo frente a los periodistas.²⁵ Le acompañan Carlos S. Vega, Ricardo Topete, Joaquín Urrea y Alfredo Ponce Cámara. En La Quemada y otros lugares de tránsito le esperan otras personas, entre las que se encuentran Enrique Monteverde, Luis G. Higgins, Pedro H. Gómez, Octavio Almada, Salvador Espinosa de los Monteros y Ernesto N. Méndez K. «Cacama». A su paso por Ocotlán, se entrevista con el secretario de Guerra y Marina Joaquín Amaro, y con el general Jesús M. Ferreira, jefe de las operaciones militares en Jalisco. Durante el trayecto, en varias estaciones de tránsito se hacen manifestaciones en honor del viajero. Al llegar a la estación de Colonia, los andenes rebosan de personas, entre las que se encuentran Eugenio Martínez, —jefe de las operaciones militares en el Valle de México y de la guarnición de la capital—, Héctor Ignacio Almada, José Luis Amezcua, Vicente González, Donato Bravo Izquierdo, Alfredo Rueda Quijano, Miguel Z. Martínez, Juan Platt, Francisco Bay, Alberto Salmón, Primo Villa Michel, Ramón Ross y Luis L. León, entre otros.²⁶

Los amigos comunes de Obregón y Serrano deciden hacer algo para impedir un rompimiento entre ellos, que a querer y no pondría en riesgo sus propias carreras políticas. El diputado Ricardo Topete (presidente municipal de Tacuba) y otros siete munícipes de poblaciones del Valle de México figuran como organizadores de un banquete en honor de los dos generales en el restaurante *Las Flores*, de Xochimilco. Los homenajeados son recibidos por una doble valla de «obrerros y campesinos», que los vitorean y lanzan vivas. A la hora de los postres, Alfredo Cuadra hace uso de la palabra a nombre de los ayuntamientos y dice de los invitados de honor:

...quienes como pro-hombres de la revolución estaban obligados a velar por ella formando unos unidos un valladar infranqueable, en donde vayan siempre a estrellarse las ambiciones de los políticos mercenarios y las intrigas de la reacción... debemos respetar el absoluto silencio que han venido guardando con motivo de la sucesión presidencial; pero en el corazón de todos nosotros está grabada la firme convicción de que Obregón será el primer serranista y el general Serrano el obregonista más entusiasta.

En el centro la mesa de honor se encuentran los generales Álvaro Obregón y Francisco R. Serrano; a los lados el diputado Topete, Ramón Ross, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas; Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores; Primo Villa Michel, secretario general del Gobierno del Distrito Federal; Alberto Salmón, oficial mayor de la misma dependencia, Francisco Bay, Fernando Torreblanca, secretario particular del presidente de la república, así como los siete presidentes municipales.²⁷ Los homenajeados intercambian saludos fríos aunque corteses, y sonrisas y palabras de tiempo en tiempo. Al día siguiente, Obregón hace un inquietante avance: su «principal papel es estar atento a las palpitaciones del espíritu nacional para ver si logro, despojándome de todo interés personal, oír la opinión pública para obedecer su imperativo».²⁸

Los grupos y partidos políticos atizan el conflicto. Los antirreleccionistas del diputado Bordes Mangel buscan desde un principio poner distancia de Serrano y confirman su apoyo al general Arnulfo R. Gómez, quien tenía en su haber la temprana condena a las reformas a los artículos 82 y 83 de la Constitución. La llamada Coalición

Revolucionaria de Partidos del Distrito Federal, después de discutir «las personalidades de los generales Serrano y Gómez», acuerdan sostener la candidatura del último. Al explicar sus razones, la coalición afirma que desecha la candidatura serranista por considerarlo el primer obregonista y, por ende, el primer reeleccionista. Sobre Serrano, abundan en que guardó:

un mutismo absoluto sobre el particular, y aún más, el general Serrano ha hecho trabajos reeleccionistas, como lo demuestra la recomendación que hizo a los miembros de la Diputación de Chiapas, que anticipadamente se habían declarado serranistas para que dieran su voto a favor de las reformas de los artículos 82 y 83 constitucionales...

El ingeniero Laguardia, presidente del Partido Nacional Revolucionario, manifiesta su confianza en que el general Serrano aceptaría la candidatura propuesta por dicha organización. En una entrevista el divisionario agradece los trabajos en su favor, pero señala que debido a su cargo, no está autorizado a pronunciarse sobre asuntos políticos, «pero que considera posible que el resultado de esa convención lo obligue a salir del papel de espectador en que voluntariamente se ha colocado».²⁹

Mientras tanto, Obregón navega en la ambigüedad. Seguidores suyos creen percibir señales de que a la postre se mantendría en su retiro. Es motivo de cierta tranquilidad, aunque no de certeza, que el general Serrano acompañe a Obregón en su enésimo viaje de regreso a Huatabampo. Se teje la hipótesis de que si los serranistas aprietan el paso en su labor de propaganda, es porque en dicho viaje se hablarían de cosas definitivas, que Serrano está dispuesto a aceptar su candidatura, y que su jefe lo apoyaría con todo. Un indicio más en esta dirección es que la casi segura separación del sinaloense del Gobierno del Distrito «confirmaría» la resolución del general Obregón de abstenerse de ser candidato presidencial. El general Serrano tendría que cumplir con el requisito constitucional que exige a los candidatos a la Primera Magistratura que se separen definitivamente, por lo menos con un año de anticipación, a la fecha de las elecciones. De ser así, la mayoría parlamentaria sería serranista, con la integración de tres bloques: obregonista, el «revolucionario nacionalista» y los antirreeleccionistas. Se contaría también, con toda se-

guridad, con el Partido Laborista, «entre cuyos miembros el general Serrano cuenta con grandes simpatías». El diputado Eugenio Mier y Terán muestra su sorpresa por el súbito surgimiento del serranismo entre sus colegas. No puede explicarse —dice— cómo los que ayer eran los «primeros obregonistas», pretenden hacerse aparecer como los «primeros serranistas», y lanza varias preguntas a los integrantes del Bloque Nacionalista de la Cámara, al Partido Nacional Revolucionario, y a los demás grupos afines: ¿son ustedes «serranistas» por ser obregonistas y desde el punto de vista de que el general Obregón no aceptará? ¿Son ustedes «serranistas» porque son antirreeleccionistas? ¿Son ustedes «antirreeleccionistas» porque son serranistas? Mier y Terán se queda aguardando inútilmente la respuesta a estas preguntas.³⁰

El 5 de abril de 1927 el general Serrano regresa a la Ciudad de México y reanuda el despacho de sus asuntos del Gobierno del Distrito. Su regreso levanta gran expectación, porque se esperan novedades con ansiedad, pero calla una vez más. El Congreso, fino sensor de los cambios en el mercado político de valores, calibra los hechos y se posiciona a conveniencia. Los miembros de los bloques parlamentarios, en su mayoría, ahora proclaman sin timidez su obregonismo, mientras que numerosas agrupaciones políticas —de todos tamaños— se suman a la causa de Serrano. Organizaciones variopintas como el Partido Socialista de Occidente —aglutinador de setenta ligas de resistencia de Jalisco—, el Partido Socialista de Oriente, el Electoral Independiente, la Liga de Campesinos de la Sierra Norte, ferrocarrileros, el Partido Liberal Progresista Chihuahuense, el Partido Socialista Rojo, el Partido Socialista de Nayarit, y otros tantos proclaman su serranismo. El diputado Ricardo Topete, tan cercano a Serrano toda la vida, decide acercarse más al Caudillo, y a nombre de la mayoría de diputados al Congreso, postula «enfáticamente» como candidato a Álvaro Obregón, «genuino representante de nuestra gloriosa revolución».³¹ A pesar de que ni Obregón ni Serrano han aceptado ser postulados, y la lógica del «si uno acepta el otro se retira» ya no es tan clara. Pero nadie se atreve a pensar en un enfrentamiento entre el Héroe de Celaya y su antiguo jefe de Estado Mayor.

El Partido Laborista, al contrario que el Nacional Agrarista liderado por Soto y Gama, se mantiene en silencio. Las relaciones entre Luis N. Morones, su jefe y secretario de Industria, Comercio y Tra-

bajo, y el general Álvaro Obregón no están bien, porque el líder obrero ve en la reelección del caudillo un formidable obstáculo a sus ambiciones futuras. Para colmo, Morones y Calles están en excelentes términos, y el presidente no cometerá la osadía de alentar las pretensiones de su colaborador y en cambio lo invitará a sumarse al reeleccionismo. En las filas laboristas las simpatías se encuentran fatalmente divididas, e incluso se acusa a otro líder, Samuel O. Yúdico, de realizar propaganda serranista en el puerto de Veracruz.³² Morones, «interpretando el sentir» del Comité Directivo del Partido Laborista Mexicano, hace saber que su agrupación no tiene candidato, porque primero está dedicar la energía a cooperar con el gobierno para la solución de diversos problemas internos y externos, y no consentir en fomentar la división por cuestiones políticas electorales de los revolucionarios. Señala que «en los momentos actuales es más difícil callar que hablar, y el Partido Laborista guarda silencio». Pero rompe la regla, en un discurso cargado de reservas hacia Obregón:

Reelección o no reelección no es el desiderátum del Partido Laborista; lo que importa para éste, respecto del problema en cuestión, es saber si los elementos revolucionarios todos, aun los que, habiéndose sacrificado por la causa se encuentran fuera del partido, necesitan la reelección para mantenerse unidos. Si es así, considerando la reelección como una prevaricación, los laboristas la aceptarán como tal, sin ambages; pero si el logro de esa finalidad de unión revolucionaria no requiere la reelección, el Partido Laborista irá a la lid electoral sosteniendo los principios íntegros de 1910.

Morones se pregunta a él mismo: «¿Reelección o No Reelección? Una u otra cosa —se responde—, pero vayamos todos los revolucionarios juntos». En esa misma línea, vuelve a preguntarse: «¿Seguiremos sosteniendo el lábaro que levantó el pueblo mexicano en las primeras etapas de la revolución?», y así se responde:

Si para mantener la unidad de los revolucionarios de principios se necesita esa prevaricación, vayamos a ella porque los que dicen que se trata de una interpretación del texto constitucional, los que sostienen que no fue la no reelección absoluta el espíritu de los iniciadores de la revolución y de los constituyentes, se ensañan a sí mismos cobarde-

mente. Si la unidad revolucionaria requiere esa prevaricación, abandonemos nuestro principio y tengamos el valor de reconocerlo.³³

En Chihuahua, Coahuila, Durango, Tamaulipas y Nuevo León tienen lugar reuniones y asambleas públicas de apoyo a la candidatura de Serrano, y el Partido Nacional Revolucionario da a conocer el programa de quien será su abanderado, en el que destacan las garantías a la libertad de conciencia «dentro del respeto que merecen las leyes del país», la implantación del servicio civil de carrera, la reforma universitaria para hacer más práctica la enseñanza, el impulso a la «cultura militar», entre otros.³⁴ El 27 de abril el Partido Nacional Revolucionario inicia en el Teatro Abreu su convención para designar candidato, presidida por el ingeniero Laguardia y el señor Erosa. La Unión Revolucionaria pro-Serrano manifiesta contar ya con 11 786 ciudadanos simpatizantes de la candidatura de su jefe. Nuevos temas del programa político se agregan durante el acto: redacción de una ley de responsabilidades para los funcionarios municipales; la defensa del sufragio efectivo y la no reelección, el respeto a la libertad de prensa, el cumplimiento de las promesas agrarias y obreras. El proyecto es entregado a una comisión encargada de su dictamen, presidida por el licenciado Germán Herrera, y quien la lee es el estudiante Luciano Kubli.³⁵ Serrano resulta electo candidato a la presidencia, pero no asiste a la protesta porque todavía es gobernador del Distrito Federal, pero da señales discretas de que lanzaría su candidatura a la presidencia y acopia respaldos para llevarla adelante.³⁶ William Green, gerente de la *Huasteca Petroleum Company*, hizo del conocimiento del embajador de Estados Unidos que Serrano se ofrecía a interponer su influencia a fin de que se atendieran sus trámites en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, y que un amigo del general le había «insinuado» que debía apoyar su próxima campaña.³⁷

El general chiapaneco Hipólito Rébora relata que a principios de mayo de 1927, él y veinticinco paisanos notables más, se presentaron en casa de Serrano a ofrecerle la candidatura presidencial, mostrándose muy complacido de que «Chiapas era como su propia tierra, Sinaloa», por haber sido el primer estado que lo postuló y no aceptar la reforma constitucional que permitía la reelección. Más en privado, platica a algunos que Obregón le dijo que «de ninguna manera»

aceptaría volver a figurar como candidato, y que, en cambio, «le iba a ayudar con toda su fuerza». Ya con este dato, se inician los trabajos electorales en Chiapas, donde se encuentran el general Juan José Méndez como comandante militar del estado, y un general González como jefe de la guarnición, serranista cercano al general Carlos A. Vidal. Pero la aceptación del Caudillo de la candidatura presidencial cae como bomba, «dejando a Serrano en el peor de los ridículos y completamente acomplejado, ya que conocía la fuerza que tenía Obregón en el país y en el gobierno». Vidal, por su parte, pide una licencia en Chiapas, ocupando el gobierno interino su hermano Luis. Al llegar a México, Vidal ve a Serrano «muy decaído, al grado de que iba a renunciar a su candidatura». Pero ya con el apoyo de Vidal y de sus amigos que se solidarizan con él, Serrano pasa a la ofensiva y decide irse adelante sabiendo los riesgos que corría su vida en estas circunstancias. Vidal organiza los partidos serranistas de toda la república y los reúne en el Teatro Arbeu, donde brilló la oratoria de los estudiantes José Muñoz Cota y Luciano Kubli, así como el del diputado local Alfonso Paniagua. De aquí salió una comisión que comunicaría el acuerdo de sus partidarios de ofrecerle formalmente la candidatura a la presidencia.³⁸ Pronto los chiapanecos serían uno de los núcleos impulsores de la candidatura, en una organización llamada Comité Pro-Serrano, que trabajaría al lado del Partido Nacional Revolucionario.

En una fecha indeterminada entre mayo y junio de 1927 el gobernador Serrano se apersona ante el presidente Calles para comunicarle su deseo de renunciar al Gobierno del Distrito Federal a fin de dar inicio a sus actividades en pos de la silla presidencial. Es conminado por su interlocutor a recabar antes el parecer del Caudillo, por lo que Serrano se dirige a Náinari, a conversar con el jefe Obregón y definir de una vez por todas el futuro respecto de su candidatura presidencial. Frente a los rumores de que Serrano va preparado a ofrecer su renuncia a la candidatura presidencial en caso de que él decidiera aceptarla, el coronel Carlos T. Robinson opina lo contrario y agrega que:

ese viaje obedece sólo a asuntos exclusivamente personales del mismo general, y que siendo la política obregonista que se intenta desarrollar en el país, opuesta al programa político aceptado ya por el señor Ge-

neral Serrano, en manera alguna debe admitirse la posibilidad de un entendimiento entre los Generales Serrano y Obregón, cuyo fin tuviera el resultado de refundir sus elementos políticos en uno solo y menos aún a base de la renuncia de la candidatura del primeramente nombrado.³⁹

Sobre este encuentro (o desencuentro), que puede ser el último, hay varias testimonios. Esta diversidad puede obedecer a que no existe manera de precisar las fechas de todas las entrevistas entre Serrano y Obregón en el último año, por ser, en última instancia, un asunto de carácter privado. Conviene conocerlas de cualquier modo. Una es que sí tiene lugar, y en ella Obregón se encuentra frío y distante al principio, hosco y agresivo al final, a lo largo de tres días. No llegan a algún acuerdo. Obregón intentaría llegar de nuevo a la presidencia, a pesar de sus antiguas promesas, y Serrano sería su contrincante. Miguel Alessio Robles relata que al despedirse de Obregón, le dijo su rival en ciernes: —¡Bueno, general, ya sabe usted que vamos a una lucha de caballeros! —Yo te creía inteligente, Serrano; si en México no hay luchas de caballeros: en ella, uno se va la presidencia y el otro al paredón...—. ⁴⁰ Rébora también sostiene que sí existe tal encuentro, en el que Serrano reclama al Caudillo que el grupo obregonista trabaja a favor de éste, «y cada día aumentaba la propaganda y según se sabía era autorizada por él». Obregón habría respondido que él no autorizaba esa propaganda y la estaba dejando para ver los límites de su servilismo. «Satisfecho de sus conversaciones con Obregón», Serrano declara que Obregón le manifestó que no sería candidato a la presidencia, que no claudicaría a sus ideales revolucionarios, y que la campaña que se estaba llevando a favor de su candidatura no contaba con su autorización.⁴¹ En Culiacán, ya de regreso a la Ciudad de México, Serrano hace saber que habló con el Caudillo «algo de política, especialmente de la forma altamente democrática en que desea el general Obregón que se desarrolle la campaña electoral para fundar una escuela sanamente democrática». Señala también que explicó al expresidente cuál será «el sistema caballeresco que desea implantar a su llegada a la Ciudad de México, relacionado con la campaña política».⁴² A su paso por Culiacán, Mazatlán, El Rosario y Escuinapa, es aclamado por sus paisanos en los andenes de las estaciones. En Guadalajara declara que le hizo saber

a su antiguo jefe que en la república no existe sentimiento antiobregonista, pero sí una marcada tendencia antirreeleccionista, «pues hasta los elementos que son reconocidamente obregonistas luchan consigo mismos (*sic*) para coordinar sus simpatías personales con sus principios». Serrano incluso habla de que ese sentimiento se encuentra en el mismo Obregón, en el que «probablemente se opera el mismo fenómeno de lucha interna, porque a pesar de todo lo que se diga en contrario, no tiene tomada determinación en ningún sentido».⁴³ A la Perla Tapatía van a recibir al exsecretario de Guerra comisiones enviadas por distintas agrupaciones que lo postulan para presidente y en Querétaro se incorpora una delegación del Partido Nacional Revolucionario. Serrano llega a la estación Colonia acompañado de su madre doña Micaela B. viuda de Serrano, su hermana Micaela Serrano viuda de Jáuregui, el capitán Ernesto Méndez, y cuatro miembros más de su familia, y varios de sus partidarios.⁴⁴ Ya en la capital, Serrano comenta que el Caudillo refrenda el apoyo a su candidatura.

Otras versiones señalan que tal encuentro no tuvo lugar, debido a la negativa de Obregón de recibir a Serrano. Relata don Reynaldo Jáuregui, su sobrino y muy cercano a él, que vio a Serrano regresar a la casa de su madre en Huatabampo y avisarle que el Caudillo no le abrió las puertas de su casa, mortificación por medio de doña María Tapia, a cuya súplica en contrario no atendió su esposo.⁴⁵ El general Ríos Zertuche, allegado a Obregón, sostiene que debido al estado étlico con el que Serrano llegó a Cajeme era imposible hablar con él, por lo que Obregón se negó a recibirlo.⁴⁶

A mediados de junio, un grupo de diputados va a Náinari a ofrecerle su candidatura al general Obregón; Soto y Gama, a nombre del PNA, hace lo propio el 23 del mismo mes. Tres días después la acepta, en una «resolución (que) destruye una de las más grandes ilusiones de mi vida». Puesto que «los intereses de la patria y los intereses colectivos (que) son los mismos» peligran, ahí está su experiencia de soldado y funcionario «transitorio». Declara su profesión de honradez, porque «todos saben también que mi administración se caracterizó por la sinceridad de propósitos y de honestidad con que fueron manejados los fondos públicos». En sus palabras, a él correspondió «iniciar y plantear el programa de la Revolución», destinado a tener una larga vida. El eje conductor de su declaración —difícil-

mente un manifiesto o programa político como se quiso aparecer— es la sempiterna dialéctica entre «revolución» y «reacción», en la que el Caudillo tiene la responsabilidad histórica de hacer prevalecer la primera sobre la segunda. Los «reaccionarios», sus enemigos, se agrupan en un fantasmagórico Partido Conservador, todo él perversidad, que «siempre se disfraza para entrar en las luchas cívicas, tratando de presentarse como defensor de idealidades que ni practica ni conoce». Obregón se compromete a «no andar cuchicheando» con los militares «para arrancarles un compromiso previo a la elección, para llevarme al poder». Declara que es conocido que desde hace varios meses brigadas de agentes de propaganda al servicio de los «apóstoles del antirreeleccionismo» entrevistan a jefes militares «para catalogarnos o no en favor de sus candidatos». En atención a un desencanto general a causa de las tragedias sin fin derivadas de las sucesiones presidenciales, afirma que el país «no debe abrigar ningún temor por el resultado de la próxima campaña electoral, aunque se repita muchas veces que va a degenerar en tragedia». Las profecías pesimistas, en último análisis, no son más que «una de tantas maniobras de la reacción». Por falta de tiempo o por desidia premeditada, se excusa de hablar de un programa de gobierno que pudiera comprometerlo: «cuando se ha desempeñado el cargo de presidente de la república durante un periodo completo de cuatro años, en el cual periodo (*sic*) quedó francamente definida mi concepción política y social, que nunca traté de negar y a honor tuve servirla con toda sinceridad». En una de las partes en las que más falta a la verdad, Obregón señala que «tenía la impresión» de que su candidatura fue «de generación absolutamente espontánea». Llama la atención cuando afirma que «la implantación del programa revolucionario en beneficio del proletariado» no podía realizarse en cuatro años de gobierno, y a él solamente le correspondió iniciarlo. Y su «única preocupación consistió en buscar a su hombre para que, por el sufragio o la violencia, llegara a substituirme, impidiendo que el depósito sagrado que la Nación le había conferido fuera entregado a manos que pudieran seguirlo conduciendo por los mismos o parecidos derroteros».⁴⁷ Hasta aquí llegó el «manifiesto» que, como puede advertirse, posee una redacción descuidada y perezosa, preñada de lugares comunes y de expresiones inexactas. Ningún documento para la historia.

Frente a esta situación, algunos le aconsejan a Serrano que, para evitar caer en un pozo siguiera al lado de Obregón; otros lo alientan a defender el principio político de «Sufragio Efectivo. No Reelección». Según Héctor Olea, así es como Serrano acepta la candidatura presidencial, ante un grupo de seguidores:

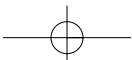
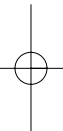
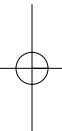
Miren ustedes —habló Serrano—, no es que yo tenga ambiciones presidenciales. Lo que sucede es que me parece indigno dejar abandonados a mis partidarios, quienes tendrán derecho en decirme traidor y otras lindezas, por dejarlos y sumarme a las huestes del hombre fuerte, cuando han depositado su confianza en mí. Yo sé que no ganaré nunca; pero debo en todo caso conservar mi posición... Yo sé que me van a matar, a mí y a muchos de los míos; al señor general Arnulfo R. Gómez, mi amigo, también le pasará lo mismo. Pero queremos dar —Gómez y yo— un precedente, en la historia política de México, no tolerando, bajo ningún concepto, la reelección de Álvaro Obregón».⁴⁸

Serrano piensa que el país entero es antirreeleccionista, y cree contar con buena parte de la opinión pública que es adversa a Obregón y Calles, a consecuencia del conflicto religioso y a la crisis económica que se vive en esos momentos. La mejor prueba de lo anterior es la candidatura del general Arnulfo R. Gómez, quien acepta serlo casi al mismo tiempo que él. Más allá de las convicciones reales o fingidas de todos los contendientes, no existe más prueba que si acaso la circunstancial de que Serrano y Gómez actúan movidos por dinero o poder, que ambos tenían de sobra. En todo caso, la no reelección es su bandera. Nativo de Navojoa, Sonora, Gómez es general de división desde 1924, grado al que llega desde sus principios como soldado raso. Participa en la huelga de Cananea como un minero más, y luego se incorpora a la Revolución Maderista. Está al mando de columnas, destacando las que encabeza durante la fase constitucionalista y las guerras contra los yaquis. En las vísperas de su involucramiento en la sucesión, está al mando de la 18ª Jefatura de Operaciones Militares en Veracruz. Se gana la fama de represor a resultas de sus actividades como jefe de operaciones militares de la Ciudad de México en 1923, cuando se le acusa de dirigir un plan para hostilizar y asesinar políticos de filiación delahuertista.⁴⁹ Por otra parte, y como jefe de operaciones en Veracruz, actúa con mano

dura en contra de agrupaciones obreras y campesinas, y de tejer una red de lealtades con el propósito más que aparente de hacerse de una base política capaz de sostenerle en sus planes para el futuro.

¿Qué condujo a Obregón a volver a la presidencia? ¿Un afán desmedido de poder? ¿La convicción de que con Serrano o Gómez «La Revolución» estaba en peligro? ¿Una cesión de su postura ante los llamados de su grupo más íntimo, deseoso de prolongar su albergue en el presupuesto? ¿El temor de que Calles, aliado con Morones, desplazara al obregonismo? No existe una respuesta para tales preguntas, más bien diferentes versiones. Ante estas oscuras circunstancias, el análisis de la temeraria decisión de Obregón de regresar al poder deberá atender un espectro de posibilidades que incluyen, a más de los aspectos subjetivos, otros aspectos de orden más objetivo, tales como el cansancio social de una larga guerra civil, la dinámica propia del caudillismo y el adelgazamiento de la clase política y militar revolucionaria.

El general Ríos Zertuche, uno de los obregonistas más connotados, sostenía que fueron varias las causas que estuvieron tras la decisión del general Obregón de «admitir» que fuera lanzada su postulación presidencial. Estuvo desde luego su convencimiento de que el general Francisco R. Serrano, a la postre, no era el indicado para suceder al general Calles. Es más, en privado, a Obregón se le escuchó decir que envió a Serrano a Europa a quitarse sus vicios, pero lejos de esto, regresó con otros nuevos, y que en estas condiciones es inapropiado para recibir un cargo de tanta responsabilidad. La idea de desplazarlo acaba dominando las obsesiones del Caudillo. Sin embargo —continúa Ríos Zertuche— la razón decisiva es su «descubrimiento» de un presunto pacto secreto firmado entre el general Calles y el líder Luis N. Morones el 29 de noviembre de 1924, es decir, en vísperas del ascenso del primero. El punto más serio fue el de la «disolución gradual» del ejército al año siguiente, siendo reemplazado por batallones de los sindicatos de la CROM. Por su parte, Calles nombraría secretario de Industria, Comercio y Trabajo a Luis N. Morones, a fin de que pudiera organizar a todos los trabajadores bajo la bandera de la CROM.⁵⁰



VII

EMPIEZA LA RUDA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

El 15 de junio Francisco Serrano renuncia a su cargo como gobernador del Distrito Federal y es sustituido por el secretario de Gobierno Primo Villa Michel. El 21 solicita una licencia para separarse por tiempo indefinido del servicio en el Ejército Nacional, solicitud que es aprobada de inmediato por el general Miguel N. Piña, subsecretario de Guerra, encargado del despacho.¹ El general Arnulfo R. Gómez, por su parte, es postulado como candidato presidencial el 24 de junio de 1927 por el Partido Nacional Antirreeleccionista, en el que se encuentran viejos revolucionarios seguidores de Madero, sin vínculos con las masas o con el ejército, aunque muy dispuestos a repudiar el regreso del Caudillo. Una suma de pequeños partidos también lo respaldan, como el Partido Antirreeleccionista de la Clase Media, el Centro Obrero Antirreeleccionista, la Coalición de Partidos Revolucionarios del Distrito Federal, el Partido Liberal Tamaulipeco, entre otros.² A favor de Gómez, debe decirse que a pesar de sus notorias limitaciones políticas, en cuyo fondo se encuentran la arrogancia e ingenuidad, habla con agallas contra la reelección y no se detiene para señalar los abusos del Caudillo.

Por su parte, Serrano inicia entonces sus actividades como candidato a la presidencia de la república. Reacciona enérgicamente ante el pseudomanifiesto de Obregón del 26 de junio, lo que le conduce al rompimiento de sus relaciones con él, que cubrían lo político, lo familiar y personal:

Es muy fácil adjudicar el título de «reaccionario» y reservarse el de único poseedor de la verdad y del espíritu revolucionario, cuando quienes califican son la ofuscación y el atronamiento de un interesado

en la lucha que se inicia; pero, cuando la República sea la calificadora, se verá que, aviesamente, se ha pretendido cambiar los terrenos. Hay tanta inconsistencia, tanto desaliño en el manifiesto del general Obregón: se exhibe en él tanto desequilibrio mental que cuesta trabajo convencerse de que se trata del mismo hombre de 1920. ¿Por qué engloba al actual Ejército con la corrompida Institución que llevó ese nombre en la época de Victoriano Huerta? ¿Por qué se prejuzga a los componentes del actual Ejército que ha conquistado legítimos laureles a fuerza de sacrificios y dedicación y al que debe todas sus glorias pasadas que tanto pregunta, cuando lo juzga capaz de claudicar en un cuchicheo? El general Obregón, menos que nadie, tiene derecho a considerar susceptibles de corrupción a aquellos que en muchas campañas le probaron que tienen bien puesta su conciencia de hombres rectos y honrados.

Aquí están los verdaderos *reaccionarios*, en opinión de Serrano:

Lo de que no se trata de una reelección o que las reformas de los artículos 82 y 83 constitucionales eran innecesarias, ya puede discutirlo con sus ardorosos partidarios (esos sí verdaderos reaccionarios), que llevaron a cabo tales reformas, que nosotros los revolucionarios de verdad, buen cuidado tuvimos de no mancharnos de esa ignominia.

Y desde luego, la responsabilidad de los cambios constitucionales para posibilitar el regreso al poder de Obregón, está en el Congreso:

El general Obregón hubiera deseado que diésemos la espalda al señor presidente Calles, cuando el grupo que se hace llamar Congreso, para satisfacer apremios estomacales mutiló la constitución. Esta idea es tan peregrina y absurda que no vale la pena de tomarla en serio; acusa una profunda ignorancia de los deberes militares ante el Primer Magistrado de la Nación y un concepto muy equivocado de los valores morales con que cuenta el autor del manifiesto. Pero, hay otras muchas cosas tan absurdas y peregrinas como ésta; tantas que ya digo: en todo el documento no aparece por ninguna parte, el antiguo general Obregón.³

Años después, Vasconcelos la emprendería contra Serrano y Gómez, con términos más que duros, improprios y malas razones:

En un principio había manifestado Obregón que no intentaría violar la Constitución presentándose candidato. Para tomarle la palabra, Calles mismo incitó a su compinche el general Arnulfo Gómez para que se hiciese candidato con la bandera de la no-reelección... Por otro lado, cierto grupo obregonista postuló candidato presidencial a Francisco Serrano....un tipo de degenerado vicioso hasta la morbilidad, inteligente cuando se hallaba en su juicio, con ingenio de payaso, pues había sido comparsa de circo; en estado de ebriedad, en cambio, resultaba peligrosísimo, por gusto mataba choferes, mujeres públicas, amigos y enemigos...Y ambas candidaturas sirvieron para evitar que surgiese la de algún hombre honorable. Pues convenía desconcepcionar la oposición encarnándola en verdugos de segunda, cuyas ambiciones el mismo gobierno alentaba y como ambos candidatos tenían fuerte arraigo entre sus congéneres numerosos del ejército, pronto se empezó a hablar de sublevaciones. ¡Esto era lo que quería Obregón!⁴

En Nogales, el 1 de julio de 1927, fecha en que inicia su campaña política, Obregón embiste contra los candidatos opositores Serrano y Gómez, cuya unión «resulta un hibridismo de menos significación que cualquiera de los dos aisladamente». Acusa a Gómez de atraerse a los desafectos a la administración pública y a los delahueristas, «previendo una posible lucha conmigo, es decir, francamente en un campo opuesto al campo en que yo pudiera actuar». Respecto del «serranismo», señala que nació sin vida propia y por mucho tiempo se le tuvo que dar vida artificial, «amparado en el poco o mucho prestigio que yo pudiera tener». Señala que sus propagandistas decían que su candidatura era por iniciativa de él y con todo su apoyo, por lo que algunos «adeptos de buena fe iban cayendo en las redes del «serranismo»». Se mofó de la carencia de vicios de Gómez —no fumaba, ni bebía, ni visitaba los antros— porque no contaba al menos con «la presencia de alguna virtud». A Serrano le reconoció su inteligencia y su bondad, «pero en cuanto a la estructura física... es un asunto que al país no le interesa».⁵ Más adelante, cuando los ánimos están más caldeados, Obregón le llama degenerado y amoral, pero no atina a explicar cómo, siendo así, le había confiado puestos

tan importantes en el gobierno. El «torneo de ideas» al que alguna vez el sonorenses llama a la contienda política, degenera por su propia decisión en un intercambio de insultos como pocas veces se habían visto en la política mexicana, entre personas que apenas ayer estaban del mismo lado.

Ese mismo día, mientras Obregón habla se reúnen Serrano y Gómez en el Restaurante Chapultepec, con el propósito de sostener los principios de la no reelección y la cooperación mutua. Durante la comida a la que asisten con una buena cantidad de partidarios, los dos candidatos se reúnen en privado en uno de los reservados. Al terminar, los dos se dieron un fuerte abrazo y apretón de manos, con un gesto de satisfacción en sus rostros. Acuerdan, entre otras cosas, nombrar a tres comisionados de cada parte para preparar una candidatura única de oposición, capaz de enfrentar a Obregón en los comicios presidenciales. Entre los asistentes se advierten partidarios y simpatizantes de la oposición, algunos de ellos de nombres bien conocidos: generales Cándido Aguilar, Adolfo Azueta, Carlos Ariza, Alfredo Breceda, Marciano González, Norberto Olvera, Ramón Iturbe, diputado Humberto Barros, Juan Barragán, Cesáreo Castro, Federico Montes; tenientes coroneles Francisco Gómez Vizcarra y Carlos T. Robinson, coronel Benito Ramírez, Alfredo Rodríguez, y los civiles Diego Arenas Guzmán, José A. Albarrán, Enrique Bordes Mangel, Pedro H. Gómez, Otilio González, Rafael Martínez de Escobar, Víctor Manzanilla, Celso Ruiz, Antonio y Alfonso Manero, Enrique Monteverde y Gerzayn Ugarte, entre otros.⁶

La visita de Serrano a las oficinas del Partido Nacional Revolucionario, sita en el Paseo de la Reforma número 46 —en un inmueble propiedad del general Abelardo L. Rodríguez—, es significativa porque esta agrupación política es la primera en proponerlo como sucesor del presidente Calles. Para recibirlo toma la palabra el estudiante Kubli, y sigue la respuesta de Serrano, quien dice acudir «con un deber de gratitud» a inaugurar sus trabajos electorales en las oficinas del Partido Nacional Revolucionario. Al referirse al general Obregón, afirma «que nadie intenta manchar sus pasadas páginas de gloria, pero los revolucionarios sinceros tienen la obligación de luchar porque las páginas en blanco se escriban con honor y patriotismo sin permitir que se violen los postulados revolucionarios». Critica la «aplanadora electoral, por el inmoral apoyo de varios gobernadores

están prestando a la candidatura del general Obregón». Para él, sin embargo, la verdadera «aplanadora» es la «gran masa del pueblo, que está con el antirreeleccionismo». Enfatizando cada una de sus palabras, manifiesta estar dispuesto a cumplir con el deber impuesto, «aunque para ello sea necesario cualquier sacrificio». Los presentes aplauden rabiosamente, entre ellos sus dirigentes el ingeniero Laguardia, el doctor Manuel Manzanilla y el señor Ríos Soto, éste último en representación de las organizaciones estudiantiles serranistas. Mientras ocurría, el general Arnulfo R. Gómez, postulado por el Partido Nacional Antirreeleccionista, inicia su gira en el Ferrocarril Mexicano, en Veracruz.⁷

Desde un principio, las acusaciones y adjetivos de Obregón contra Serrano y Gómez son de una agresividad y bajeza inusual. En Culiacán el Caudillo llama a los «partidarios nones de los políticos fracasados» a hablar de los méritos para defender la personalidad de esa «yunta de candidatos que han formado Gómez y Serrano... que antes de llegar al puesto están exhibiendo sus ambiciones y están exhibiendo lo torcido de sus conciencias».⁸ En su batería de discursos Obregón proyecta una vez más una ideología que va más allá del pragmatismo y la parquedad conceptual que le distingue. Hace de la Revolución un mito renovable día con día. Construye un cuerpo de doctrina en el que la legitimidad de los vencedores se da en última instancia en realizar tareas inacabadas e inacabables, como la búsqueda de justicia en la Tierra. El populismo florece en sus llamados a la reivindicación del proletariado, la armonía social, la comunión con las «clases populares», la justicia a la «causa de los humildes», la lucha contra una evanescente «reacción», la defensa de la patria contra imperialismos y sus aliados nativos.

El 17 de julio en Guadalajara, Obregón sostiene que sin el apoyo de la *odiosa reacción*, Gómez y Serrano no son más que «dos hombres que inflados por su propia ambición se aprestan a la lucha rodeados de todos los fracasados y el único peligro que ahora existe es el de su propio despecho: que la silueta siniestra de su impotencia intenta acometernos por la espalda».⁹ Al comentar este discurso de su antiguo jefe, Serrano va a la carga:

Desde que leí el manifiesto del general Obregón no me extraña ninguna de las incoherencias que ha externado, tanto en las poblacio-

nes donde se le ha recibido con merecida hostilidad como en lugares donde, como Guadalajara, la maquinaria oficial ha hecho alarde de su presión.... Allí los elementos oficiales, confiados en la impunidad de que gozan, «echaron la casa por la ventana» y ordenaron a sus empleados que concurrieran a la estación y les descontaron cantidades de sus sueldos para la compra de banderolas. Debe el candidato claudicante sentirse muy satisfecho, porque ya está consiguiendo su propósito de relajar la moral entre los funcionarios públicos...Me eché a buscar algunas de las muchas ideas que anunciaba para la celebración de su propuesto torneo y, francamente, no encontré nada digno de tomarse en serio, ni mucho menos que responda a las ansias de bienestar nacional que se agitan por todas partes. Vuelve el general Obregón con su ya crónico delirio de persecución y, en resumen, sólo aparece en sus palabras una rara mezcla de cinismo y de pavor.¹⁰

Por su parte, el 17 de julio Gómez sostiene en Puebla que «los políticos convenencieros tratan de lanzarnos a una nueva lucha, y si logran ver realizados sus designios, tengo preparados para ellos dos locales, uno en las Islas Marías y otro, dos metros bajo tierra, como castigo ejemplar para quienes tratan de pisotear un sagrado principio». Aquí recordó los poco honorables orígenes políticos del general Obregón: «para nadie es desconocido que ese falso Caudillo, Obregón, cuando ya la brújula revolucionaria estaba bien orientada, después de que la Revolución había triunfado, vino a incorporarse a nosotros como se colaron muchos anfibios en las aguas revolucionarias». ¹¹ El 22 de julio Gómez sostiene que Obregón desempeña «el triste papel» de Bonillas, y evidencia el apoyo oficial a su candidatura. También habla de su mala administración cuando es presidente, y de «la única obra pública que se llevó a cabo durante su Gobierno fue la del Ferrocarril del Puerto de Yávaros a Navojoa, con el fin exclusivo de facilitar la salida del garbanzo que producen los inmensos terrenos que posee el general Obregón en Sonora». ¹²

De los hechos más destacados de Serrano en su campaña está su *Manifiesto* del 24 de julio en la capital de la república. ¹³ Dicho documento explica cuáles fueron las razones que le impulsaron a buscar la presidencia de la república: «Reformada nuestra Constitución, yo no podía... continuar desempeñando el cargo que me fue conferido, ni pudo estar en mi conciencia de ciudadano y de hombre de la Re-

volución, la idea de rehuir responsabilidades, menos aquellas que los revolucionarios hemos contraído al ensangrentar el suelo Patrio y destruir sus riquezas, cuando lo exigió así la defensa de los intereses de un pueblo víctima siempre de las intemperancias de sus malos gobiernos». Más adelante, señala el mayor peligro de que los gobernantes del país se sucedan a ellos mismos: «La reelección trae aparejada como inevitable consecuencia la muerte del sufragio, porque está en la esencia del poder continuarse indefinidamente cuando no se sienten estorbos». Para quitar esta «lepra» se luchó a lo largo de quince años por el Sufragio Efectivo y No Reelección, que está presente en los documentos oficiales, «aunque en realidad la *befen* los que, escudados en sofismas de tinterillo, pretenden la reelección de un ciudadano que, en la prevaricación a que lo invitan, tiene una atenuante: no ser un tráfuga de ningún credo, porque él no secundó a Francisco I. Madero; fue la sangre y el sacrificio de otros los que conquistaron ese principio, que debe ser restituido a la Constitución como presea sagrada e intangible». Promete estudiar «hasta concluir y poner en vigor», el Código Industrial y Obrero, un estatuto donde se garantizarían los derechos y deberes de trabajadores y empresarios. Se compromete a ayudar al obrero «a mejorar su situación procurando que sean prósperas sus condiciones de vida» y que esté libre de «perniciosas influencias extranjeras esencialmente subversivas que no se compadecen con el nacionalismo fomentado por las últimas administraciones». Promete también la implantación de un seguro obrero para garantizar el bienestar del trabajador en su vejez. En materia agraria, promete un «acceso fácil a la tierra», y los latifundistas tendrían la ayuda del gobierno para llevar a cabo el fraccionamiento de sus propiedades, a la par que será consolidada la pequeña propiedad. Al «delinearse» los derechos de los nuevos y antiguos propietarios, se alejarán «las vacilaciones y desconfianzas» que se traducirán en un sensible aumento en nuestra producción agrícola». Se pronuncia contra el reparto indiscriminado, punto en el que coincide con las políticas de los presidentes sonorenses: «Cada caso de dotación o restitución ejidal será motivo de meditado estudio para satisfacer las justas exigencias de los pueblos, pero poniendo un dique a los inútiles despojos que llegan a cegar fuentes de producción ya existentes, sin sustituirlas con otras». Elogia al presidente de la república por su tarea de reconstrucción, manifestadas en la cons-

trucción de presas, carreteras y escuelas granjas. Llama a la colonización de los predios ubicados en las vertientes de los océanos, tanto por mexicanos como extranjeros, y a la producción de productos tropicales «para nivelar y superar el saldo de nuestra balanza mercantil». Invita a la inversión extranjera, «porque creer que con nuestros propios recursos mezquinos y asustadizos vamos a hacer la reconstrucción del país es candor o imbecilidad». Respecto del petróleo, reconoce que no se poseen los capitales necesarios para desarrollarlo, por lo que no se debe «rehusar el concurso de asociaciones y personas que traten de obtener una ganancia legítima». Respalda el principio de la no retroactividad de las leyes en el tema petrolero, tal como lo sostuvo la Suprema Corte de Justicia, y promete una declaración enfática y categórica que afirme la no retroactividad, para infundir confianza al capital y provocar el resurgimiento de la industria petrolera. Se pronuncia por la instrucción pública a los mexicanos, y por autorizar y subvencionar «la escuela particular, pues los reducidos medios con que cuenta el Erario no consentirían que se redujera la proporción de iletrados, sino en tiempo muy largo y con resultados siempre deficientes». Declara su apoyo a la Universidad Nacional, «dotándola de rentas propias y de estatutos de amplia autonomía». Está de acuerdo con la libertad de creencias y «la perfecta separación» entre la Iglesia y el Estado, así como con la libertad de pensar y expresarse, y da la bienvenida a «las indicaciones y la colaboración» de la prensa, «vehículo poderoso de la opinión pública». En materia de política exterior, da la prioridad a España, a los países latinoamericanos y a Estados Unidos. Refiriéndose a este último país, Serrano señala: «Si sabemos ser amigos sinceros, pero con decoro; independientes, pero sin groseras altanerías; cuidadosos de nuestros bienes, pero sin querer construir una muralla que nos encierre en nuestro suelo; cordiales sin servilismo...». En materia militar: «Para todos los humildes e ignorados soldados y generales de gloria resonante, tendré siempre el corazón y los brazos abiertos porque conozco su psicología especial...». En un apartado llamado «México para todos los mexicanos», Serrano dice que «no escuchará a intransigentes partidarios», y que las equivocaciones en política «no son crímenes que deban expiarse con la inhabilitación perpetua, la miseria, el destierro y la muerte», y dirigiéndose a los exiliados, señala que «las puertas de la patria se abrirán a todos sin humillaciones y sumisiones vergonzantes». Se

pronuncia contra «los grupos exclusivistas que destilen rencor y envidia fraticida», e invita a la concordia, «y a todos llama para que conmigo compartan la augusta tarea de construir una Patria renovada».¹⁴ El manifiesto causa la mejor impresión, porque es moderado y tolerante, escrito en un lenguaje claro, tan elocuente como su palabra viva. Serrano sabe expresarse, habilidad adquirida desde sus días de aspirante a periodista.

El 24 de julio, ante una cerrada multitud, Obregón se presenta en la Ciudad de México en el balcón del Centro Director Obregonista. En su momento, regresa con la vieja historia de las conspiraciones armadas de sus contendientes, y de apego a la legalidad: «Si el destino de México tiene escrito un nuevo sacrificio, iremos a él con la sonrisa en los labios, para presentar nuestros pechos a los proyectiles de la reacción; pero que sepa la reacción que ese nuevo sacrificio lo cobrará muy caro el pueblo mexicano, con mayores derechos y con mayores libertades».¹⁵ Ese mismo día, Gómez llega a Monterrey, donde hablan Martínez de Escobar —que ataca con fiereza a Obregón— y Francisco J. Santamaría.¹⁶ Aquí Gómez señala que «los actos de este nuevo Santa Anna son más reprobables que los de su antecesor, porque si aquél vendió parte de nuestra Patria por salvar el resto, el de hoy vende el resto por salvar la silla, de la que quiere apoderarse a toda costa». Como vislumbrando su trágico destino, agrega «si no llego a triunfar porque alguna mano criminal llegue a segar mi existencia, sabré, como aquel Caudillo máximo de la democracia (refiriéndose a Madero), caer con honra».¹⁷

El 26 de julio el Caudillo da a conocer una declaración en la que denuncia a sus adversarios de hacer descansar el éxito de su movimiento en el recurso de las armas:

Todo el país sabe que hace muchos meses andan brigadas de agentes de propaganda con sueldos oficiales, sirviendo a los candidatos que se llaman apóstoles del antireeleccionismo entrevistando jefes militares, para catalogarlos o no a favor de sus candidatos. En un término de noventa días después de empeñarse francamente la lucha, quedará eliminada toda posibilidad de un triunfo democrático por parte de nuestros adversarios y ellos quedarán colocados dentro de la disyuntiva de abandonar definitivamente su empresa o provocar un conflicto armado, con los pocos elementos militares que secundarán su aventura...¹⁸

En otra parte, ese mismo día, la Confederación de Partidos Nacionales ofrece un banquete al general Serrano, en el que toman la palabra los diputados Eugenio Mier y Terán, Manuel de la Garza, Salvador Pulido Moro, el estudiante Efraín Brito y el propio candidato. Al día siguiente, Serrano arremete de nuevo contra Obregón:

Sigo hallando las opiniones del candidato sin juicio, consecuentes con su actual estructura intelectual, atento al agotamiento mental que padece; tiene razón cuando afirma, dentro, naturalmente, del delirio de persecución que lo inquieta, con la reacción a su vista por todas partes, es decir, dentro del estrecho criterio de nuestros mangoneadores, que existen dos campos: el reaccionarista puro y el revolucionarista sano, mas es necesario que alguna alma compasiva se encargue de explicar a este pobre hombre que el manifiesto mío, por respeto a la nación, que debe leerlo y meditarlo, está escrito para los mexicanos, los mexicanos patriotas, y ni interesa al país, ni yo lo pretendo que los elementos ya maleados le den tal o cual interpretación. Y... volvemos a las andadas: mal, muy mal parado queda el sentido común cuando se alega que los buenos principios de la Revolución quedaron cristalizados en la Constitución de 1917 y luego sus defensores vienen pisoteándolos cuando quieren enlodar una de las tendencias que dieron vida al Código Supremo: aquella que establecía el Sufragio Efectivo y No Reelección.¹⁹

El 31 de julio Gómez llega a Tampico, donde es recibido por la manifestación más concurrida que se le brinda durante su campaña electoral. Recuerda lo dicho en México por «Álvaro Santa Anna», cuando afirmó «no queremos la guerra, pero si es necesario iremos a ella con la sonrisa en los labios». Y con sorna dice: «con la sonrisa en los labios como ha ido siempre, ya que en los combates se ha encontrado siempre lejos, ordenando el sacrificio de los suyos y el asesinato de sus enemigos». Y hace una tremenda acusación: «Si desgraciadamente se desatara una nueva guerra civil, señalo ante los dioses y ante el pueblo de México a Álvaro Obregón como el único responsable de ella, estando seguro de que todos ustedes, valientes tamaulipecos, sabrán encontrarse a la altura de su deber y en caso de ir a esa lucha, juntos entonaremos “Las Cuatro Milpas” —convertido en una suerte de himno antirreeleccionista— que serán nuestro futuro himno libertario».²⁰

El 9 de agosto, el general Carlos A. Vidal, presidente del Comité Pro-Serrano, hace las siguientes acusaciones:

Las fuerzas reeleccionistas están bien catalogadas porque no han tenido escrúpulo en exhibirse: Cámaras de Diputados y Senadores; doce o quince gobiernos del Estado; tres o cuatro Ministerios; el Ayuntamiento de Tacuba; la Contaduría Mayor de Hacienda, la Beneficencia Pública y alguna otra oficina del Gobierno. Con estos elementos es imposible triunfar democráticamente en una elección presidencial, porque el verdadero pueblo no forma parte de ellos; pero en cambio, es posible intentar una sangrienta burla al sufragio, como se está haciendo tratando de imponer la candidatura del general Obregón. La Cámara de Diputados, convertida en Partido político, es una amenaza a la libre y legítima expresión del sufragio; no habiendo honradez de procedimientos en el seno de la llamada Representación Nacional, el actual Poder Legislativo comenzará por imponer a todos y cada uno de los miembros de la próxima Legislatura, para que éstos a su vez declaren el resultado de las elecciones presidenciales conforme a sus particulares intereses políticos, desatendiéndose, en lo absoluto, de la voluntad popular. A esta obra de fraude y corrupción están cooperando eficazmente los gobernadores Portes Gil, Riva Palacio, Pérez Treviño, Torre Díaz, Bay, Jara, Margarito Ramírez (o sea Zuno), Tomás Garrido por conducto de Ausencio Cruz y algunos otros...²¹

El 10 de agosto Serrano se refiere a un párrafo del discurso de Obregón en Morelia, en el sentido de que «el Apóstol Madero, que ha sido el más profanado en esta lucha política por los tráfugas de la Revolución» —tráfugas en obvia referencia a los candidatos opositores—, Serrano le contesta que «si no supiéramos que es un grotesco cinismo, creeríamos que se trata de una sangrienta ironía contra el Jefe de la Revolución de 1910». Más adelante, y ya en el tema principal, Serrano llama a Obregón «Porfirio el Pequeño», que quiere marear a los trabajadores con un proyecto de Ley del Seguro Obrero que formuló en 1921 y que durante los tres años que le quedaron para actuar al frente de la presidencia, no pasó de ser un simple proyecto. Serrano agrega:

Ha tenido que sacudirle la polilla para presentarlo ahora como parte de una plataforma política que nadie conoce; pero, ¿puede abri-

garse la más ligera esperanza de que llegue a cristalizarse en documento de fuerza legal? Claro que no. Ya todos sabemos que este proyecto volverá al fondo de la gaveta, puesto que se dejó despectivamente perder la oportunidad cuando se disponía todavía de tres largos años de Gobierno para haber hecho algo a favor de los obreros, si se hubieran tenido las sanas intenciones que hoy se aparentan, pretendiendo engañar y explotar a ese noble gremio.²²

Chiapas es la entidad federativa más comprometida con el serranismo, por razones ya explicadas antes. Un senador obregonista, antiguo *mapache*, el general Tiburcio Fernández Ruiz, intenta la declaración de desaparición de los poderes de su estado, aduciendo que la ley electoral que llevó a Vidal al gobierno era anticonstitucional, y por lo tanto debían desconocerse los resultados. Fernández Ruiz no logra la remoción de momento, y el asunto se estanca en el Senado.²³ El 6 de febrero de 1920 Fernández Ruiz y Carlos A. Vidal se habían unido en el Pacto de Nadayacutí, Chiapas, para «secundar el movimiento de que iniciará en la República el C. General don Álvaro Obregón, contra el Gobierno tiránico de don Venustiano Carranza».²⁴ Ahora están en bandos opuestos e irreconciliables.

El 14 de agosto en Torreón, Gómez afirma categóricamente: «Todos los hombres que se ven apoyados por la imposición, como el general Obregón, que cuenta con la Cámara de Diputados como la de Senadores, pregonan que no quieren la guerra, sino que desean la paz; pero si el voto popular sale burlado, no nos queda más recurso que el que el mismo Obregón empleó en 1920: las armas».²⁵ El discurso del Caudillo del 17 de agosto en Río Verde, S. L. P. es uno de los más agresivos de la campaña. En alusión a Arnulfo R. Gómez, lo sentenció con un aforismo, que «la rana más aplastada es la que más recio grita». Despreciando a sus contrincantes, señala que Gómez no es un problema, mientras que de Serrano «ni valdría la pena de hablar, porque él ha preferido hacer el Tancredo en la capital de la República... produciendo periódicamente explosiones de odio que denuncian el estado lastimoso de su espíritu, está ya considerado como un pobre parásito del gomismo...».²⁶

Para la oposición, el juego que se inicia descansa en la neutralidad del presidente de la república, a fin de garantizar las condiciones de equidad y elecciones libres. Se advierte la confianza de Serrano

y los suyos en que el Ejecutivo no intervendría, a pesar de señales en contrario que la malicia puede advertir, y que por encima de la alianza política y personal con Obregón, sabría cumplir con su deber. Así lo manifiesta el general Carlos A. Vidal, quien hace votos porque «el señor presidente Calles, con la energía que le es característica, imponga su sabia y saludable política de neutralidad, a todos aquellos elementos de su Gobierno que lo están traicionando, dedicándose a la campaña reeleccionista». Valiéndose de párrafos de viejas cartas de Calles a De la Huerta, Carrillo Puerto o Zubarán, Vidal saca conclusiones tales como que «en su fuero interno abomina de la imposición reeleccionista», o que «el señor presidente Calles sabe que es una burla al pueblo y a la Revolución violar los postulados de Sufragio Efectivo y No Reelección». El serranista pide a Calles que no se limite a hacer «frecuentes llamamientos a los poderes locales para que respeten su tendencia de neutralidad», y concluye:

Por eso es que deseo fervientemente que la política de neutralidad absoluta del señor presidente Calles, se observe positivamente por todos los miembros del actual Gobierno, particularmente por las Cámaras y los Gobernadores que están cometiendo verdaderos excesos, para que no llegue el caso de temer actitudes de rebeldía de miembros del actual ejército mexicano.²⁷

La verdad es que el presidente Calles apoya con todas sus fuerzas a Obregón, y de aquí se deduce que sería imposible hacer valer el voto en el caso de que la población se inclinara por Serrano o Gómez. Pero antes del lanzamiento de la candidatura presidencial de Obregón, o mejor dicho, cuando apenas se sospecha que el exmandatario dejaría su dudoso retiro sonoreense, Calles juega a dos bandas, azuza la liza electoral, declarando a Gómez y a Serrano que cada uno era «su candidato», y dándole alguna esperanza a Luis N. Morones. La irrupción del general Obregón en la lucha política obliga al presidente a dar un golpe de timón. En adelante, está obligado por razones que solamente la política puede explicar, a llevar a cabo tareas sucias como el patrocinio apenas disimulado de la candidatura de su jefe, y otras que se mencionarán más adelante. En su fuero íntimo, Calles quizá se oponía a la reelección, pero al menos ve como benéfico para sus intereses la ampliación del periodo presidencial de cuatro a seis años.²⁸

Ríos Zertuche afirma que Obregón le comentó que el presidente desaprobaba la reforma constitucional que permitía la reelección del Ejecutivo, y que apoyaba las aspiraciones de Morones al puesto. Y habría requerido a Calles para que le aclarase si reprochaba la conducta de Morones hacia su persona o si se solidarizaba con ella. Obregón refiere que Calles aseguró que «hablaría seriamente con el líder obrero y que si continuaba en su actitud hostil le pediría su renuncia». Morones, por su parte, persiste en su actitud contra el Caudillo sin que llegase el cese del puesto que detentaba.²⁹ El dirigente laborista, en efecto, se convierte en un elemento perturbador a lo largo de la campaña presidencial, y en un dolor de cabeza para Obregón. Con la campaña presidencial afloran viejas rencillas entre el líder de la CROM y el candidato oficial, pero el presidente Calles obliga al primero a que la convención del Partido Laborista votase por él, en medio de graves protestas. En esta magna asamblea, que comenzó el 31 de agosto de 1927 en el Teatro Esperanza Iris, priva un ambiente dominado por el antiobregonismo y a favor del general Serrano. En el acto inaugural el principal orador es Lombardo Toledano, quien informa ser comisionado por el Comité Directivo General del Partido Laborista para expresar su opinión sobre el asunto. Señala que en lo que toca a la reforma del artículo 83 constitucional. «Me opuse a ella con toda fuerza, por considerar que todas las reservas morales que los constituyentes de Querétaro dejaron en la Constitución del 17, deben conservarse como oro molido». Pero en la reforma del 82 Lombardo declara que el Partido Laborista acepta todas sus consecuencias, debido a dos circunstancias: «porque la reacción levantará frente a la Revolución un candidato de prestigio, o porque se disgregará la familia revolucionaria por no surgir “un hombre núcleo”». El orador conviene en que la situación de reelección quebranta los principios del sistema democrático mexicano, y que su partido opta por «vulnerar un apotegma político para salvar la democracia industrial, pero que, si era posible conservar incólume ese apotegma, era preferible, y sobre todo conveniente».³⁰ En el estudio presentado por el Comité Político se expresa el punto de vista favorable a la reforma del 82, sobre la base que se:

...diera oportunidad a todos los hombres que han figurado como líderes o jefes de la Revolución, de participar sin limitación ni obstáculos en

la lucha política presidencial, en los dos casos únicos siguientes: en el de que la reacción desarrollara un movimiento vigoroso y organizado en la lucha electoral y fuera necesario, por lo tanto, presentarle como candidato de la Revolución a cualquiera de los elementos que han estado a la cabeza de la misma, hubiera o no ocupado la presidencia de la República...o en el caso de que la familia revolucionaria amenazara con dividirse; para este caso había que aprovechar a alguno o a algunos de los elementos de mayor prestigio para mantener la unificación...».

Finalmente, la comisión considera que «es de felicitarse al Comité Directivo General porque ha sabido impedir, hasta donde le ha sido posible, que el Partido fuera arrastrado en la carrera desenfrenada que desde hace tiempo emprendieron un buen número de los políticos profesionales...».³¹ En la asamblea matinal —única del día— que celebra el día primero el Partido Laborista se discute el dictamen de la Comisión Política, en la que la mayoría de los oradores se pronuncia en contra del reeleccionismo, al grado que la discusión se suspende a las doce horas, citando a la asamblea hasta el día siguiente.³² Esta pausa da tiempo para cambiar las posturas de muchos convencionistas a favor del dictamen. Los discursos de varios asambleístas, y la explicación detallada del asunto que hace el diputado Ricardo Treviño, dan como resultado que dicho dictamen sea aprobado, quedando ya sin trabas para discutirse. Quedan inscritos como candidatos los generales Francisco R. Serrano, Álvaro Obregón, Celestino Gasca y Luis N. Morones. En su momento, se hace ver que, conforme a la Constitución, Morones se encuentra imposibilitado para figurar como candidato presidencial por no haber abandonado la cartera de Industria con un año de anticipación, como lo señala la Constitución, y en que como el general Gasca se encuentra en idéntica situación, se retiran esas dos candidaturas. Cuando toman la palabra los simpatizantes del general Serrano, la gritería revela el sensible cambio de postura de la mayoría. Menos gritos a favor de Serrano, menos de «abajo Obregón». Al final, el Partido Laborista proclama al general Obregón como su candidato a la presidencia de la República, por unanimidad de sus mil doscientos delegados.³³ Esta actitud del Partido Laborista es vista con recelo y nadie cree en la sinceridad de su adhesión de última hora hacia el Caudillo. Pero aquí aparece un detalle extraño más. Uno de los ejes de la reunión es el dictamen elabora-

do por una comisión de tres miembros —entre los que se encuentran Morones y Lombardo Toledano— que apoya con reservas al candidato oficial, «como una medida para mantener la unificación revolucionaria, y si por alguna circunstancia esta candidatura no cumple con su principal propósito, la unidad revolucionaria, el comité nacional del Partido Laborista queda autorizado para anular el acuerdo de la convención».³⁴

La embajada norteamericana consignó los contactos reales o supuestos del general Serrano con Luis N. Morones, con miras a obtener su apoyo y el de la CROM a su candidatura. Al parecer, Morones no tiene intenciones de apoyar al general Serrano, si bien sus emisarios se acercan al general con la sugerencia de que se pondría la maquinaria de la CROM a su disposición siempre y cuando se respetara su peso político en el caso de que fuese electo. Para el embajador Dwight W. Morrow, Serrano confía a Morones sus planes de levantarse contra el gobierno, y Morones «parecería haber sido responsable de divulgar los planes de Serrano al presidente Calles, resultando en la captura y muerte de aquél».³⁵

El diputado Ricardo Topete, hoy convertido en cuerpo y alma al obregonismo, amigo del candidato de oposición apenas ayer, ve ahora con todos los defectos imaginables. Así, en respuesta a una afirmación de Serrano a Obregón, Topete sale al quite:

...natural es que acostumbrado a las «triquiñuelas» de que usaba en su actuación como funcionario público, de una interpretación torcida al espíritu del mismo, creyendo que éste pueda encerrar alguna «jerigonza» convenida, como las que él tanto usaba con sus paniaguados, cuando estuvo en puestos públicos dentro de los cuales se podían hacer negocios como el que él trata de entrever...³⁶

Serrano es ahora un mentiroso, ladrón, prevaricador y corrupto. No hacía mucho Topete le agasajaba en el banquete de Xochimilco, en espera de que el *padre* y el *hijo* se pusieran de acuerdo, y no pusieran en peligro las jugosas entradas que la política le dejaban a él y a otros muchos, *paniaguados* del régimen.

El 11 de septiembre, a bordo de diecinueve automóviles, sale el general Serrano de la Ciudad de México hacia la ciudad de Puebla, acompañado del general Carlos A. Vidal, Luis G. Higgins, Pedro H.

Gómez (tesorero del Comité Pro-Serrano), el general Humberto Barros, el coronel Carlos T. Robinson, el ingeniero José Villa Arce, el diputado Eugenio Mier y Terán, el estudiante Luciano Kubli, Alonso Capetillo, el mayor Octavio Almada, el capitán Ernesto I. Méndez («Cacama»), Salvador Espinosa de los Monteros, Antonio Jáuregui, entre otros. Así describe *El Antirreeleccionista* la recepción a Serrano en la Angelópolis:

No hay palabras para describir el aspecto que presentaba la gran avenida de la Reforma, la arteria más grande y suntuosa de la bella capital angelopolitana, por donde entró el Caudillo antirreeleccionista. Una extensión de diez grandes cuadras, que es todo el largo de la avenida, estaba verdaderamente pletórica de manifestantes que aclamaban sin cesar al candidato del pueblo. No había un solo balcón que no estuviera ocupado por señoras, señoritas y caballeros de la mejor sociedad poblana, quienes arrojaron flores, serpentinas y confeti al paso del divisionario de Sinaloa. La muchedumbre, bajo un sol luminoso y esplendente, se desbordaba por las calles adyacentes a la Reforma, puesto que esta avenida era insuficiente para contener a miles y miles de hombres que fueron a recibir al noble Caudillo....

Treinta mil almas se congregan en la Angelópolis, y en ella el expresidente convencionista Francisco Lagos Cházaro lanza cargos escandalosos contra el gobierno. Otro orador dijo que Puebla, baluarte del antirreeleccionismo desde 1917, es en 1927 baluarte del serrañismo. Visiblemente conmovido habla Serrano:

Este desbordamiento de entusiasmo no puede interpretarse de otra forma sino como un desbordamiento del ansia nacional que clama porque se respeten los principios de la Revolución y la palabra contraída con la patria. Y es que el pueblo mexicano se agita angustiosamente por saber la verdad. Necesita conocer a fondo el verdadero estado de la cosa pública. Pero esa cosa pública que es efectivamente suya, necesita, como se dice vulgarmente, ser vista con claridad. La monstruosa ambición de un individuo a quien nada importan los sacrificios y el desbordamiento de lágrimas de todo un pueblo se muestra sordo a la noble esperanza de un mejoramiento que tanto ha menester y es secundado por elementos perversos que son el fermento de nuestras luchas inte-

riores y viene este individuo de población, predicando el ahondamiento de nuestros odios, y haciendo aparte de otros daños más agitan la situación económica, política y social del país...

Serrano ahora se lanza con mayor dureza contra los miembros del Congreso, y contra el que fue su jefe y amigo:

...Más tarde la Revolución se vio en la necesidad de ampliar su programa por el mejoramiento de las clases laborantes, nervio y alma de la patria, y ya lo estamos viendo. Bastó la voracidad de unos cuantos cerdos agremiados en el Congreso de la Unión, bastó esa voracidad para echar por tierra lo que creíamos haber cimentado con mezcla de metralla y sangre y viene esa voracidad inaudita a apoyar un tráfuga de la revolución. Cuando estos cerdos, cuando apenas acababa de sembrarse la semilla del sosiego y la tranquilidad públicas vienen a remover con sus hocicos la tierra, matando la simiente; pero no hemos de permitir que así sea pisoteada la bandera de nuestros ideales. Vayamos a la lucha si es preciso, pero a una lucha por la reconstrucción de nuestra nacionalidad ajena a las divisiones entre hermanos y como consecuencia restañe las heridas del pueblo creando un gobierno sano y fuerte...

Terminado el mitin, Serrano, su comitiva y una muchedumbre que le sigue se dirigen a la calle de Santa Clara, donde se ubica la casa de la familia Serdán. Aquí descubre una placa conmemorativa, donada por la Unión Revolucionaria Pro-Serrano, para hacer un homenaje de los serranistas a los primeros caídos en la lucha contra Porfirio Díaz.³⁷

La fuerza del serranismo en Chiapas preocupa al general Obregón, y en una maniobra estratégica que le es propia, pide el retiro de las tropas federales del estado, «para eliminar sospechas de parcialidad a favor del gobierno». Serrano denuncia la solicitud como resultado del pánico, por lo que la petición debía ser interpretada al revés, «como todas las cosas que predicán los prevaricadores». Más específicamente, señala que una petición de tal naturaleza significa que se necesita todo lo contrario, porque ellos, «como decía un amigo, hablan en lenguaje de pulquería: “piden una chica para que les sirvan una grande”». Serrano manifiesta además su desagrado por el Congreso, «convertido en club político» obregonista, por haber re-

nunciado «espontáneamente a la naturaleza del cargo que por obra de magia se adjudicaron».³⁸

Éste sería el clímax de la campaña de Serrano, su única visita de propaganda y el principio de su fin. La impresionante bienvenida al candidato de oposición en una de las principales ciudades del país era para preocupar a Obregón y al presidente de la república. La camarilla en el poder está en peligro.

¿Qué tan cierto es que los generales Gómez y Serrano conspiran contra el gobierno? La documentación disponible consigna movimientos sospechosos de Gómez desde su puesto de jefe de operaciones en Veracruz, y en contraste con la relativa a Serrano sobre actividades similares, que es casi inexistente y de poco valor para la investigación. Desde principios de 1926 Gómez no oculta sus intenciones de aspirar a la presidencia; ya se advierten ciertas inquietudes acerca del rumbo que tomarían sus ambiciones, a juzgar por lo dicho por el embajador estadounidense Sheffield, en el sentido de que el general le comunicó sus intenciones de ser presidente de México «aun por la fuerza». A Sheffield le parece que Gómez intenta una conspiración con el respaldo del Departamento de Estado, «algo que no iba con las políticas del Departamento de Guerra», a cambio de que «una vez en la presidencia» (*if President*) vería por el retiro de «ciertas leyes» o la aprobación de otras de acuerdo con las instrucciones del Departamento de Estado.³⁹ Más adelante, aparecen nuevas señales de que Gómez dirige un eventual levantamiento. Dos capitanes de la Armada son detenidos después de «esperar una señal para levantarse, porque las circunstancias eran propicias para una revuelta». Ya en prisión militar, sus confesiones hacen que el presidente Calles ordene el traslado de tropas de Tehuantepec, Tampico y Guadalajara a Veracruz a relevar a las de Gómez, que a su vez serían distribuidas en diferentes jefaturas. Al enterarse de esta disposición, el afectado se dirige iracundo al Castillo de Chapultepec en busca de una explicación, misma que recibe del presidente quien le indica que era «cosa de Obregón», a lo que replica Gómez cuestionando quién era el presidente de México. Es invitado a no regresar a Veracruz y se le ofrece un puesto en el extranjero, en la embajada de México en Italia, vacante por la muerte de su titular Rafael Nieto. «Mejor Washington», habría respondido Gómez, a lo que contesta Calles que si se iba a Estados Unidos, allá conspiraría contra el gobierno.⁴⁰

Mientras el general Gómez se encuentra negociando su situación con Calles, barcos de guerra se lanzaron al mar «en busca de contrabando, a fin de neutralizar a los marinos de dudosa lealtad».⁴¹ Entre los planes de Gómez está ganarse a fuerzas interesadas en México, como los petroleros y el Departamento de Estado, así que tempranamente encarga al general Manuel Peláez que realice labores en Washington para conseguir fondos y sondear la actitud de los dueños de los petroleros respecto de su personalidad, ya en campaña por la presidencia o en la lucha armada. Gómez se enteraría de que las compañías desconfiaban de él, además de que no les agradaban sus ligas con antiguos carrancistas.⁴² A pesar de que Gómez es severamente cuestionado por el gobierno a propósito de su fidelidad, no es relevado de su puesto como jefe de operaciones en Veracruz, y aunque más callado, figura en ceremonias públicas con consideraciones propias de su rango militar.

No pasaría mucho tiempo antes que se vea una vez más en problemas, a causa de una denuncia que advertía que los gomistas se levantarían en armas. Los jefes de operaciones Lázaro Cárdenas, Amaya y Topete parten «violentamente» hacia Veracruz para estar a la expectativa de los movimientos de Gómez, mientras que a la flota del Golfo se le ordena hacerse a la mar para evitar complicaciones. Gómez, por su cuenta, se presenta de nuevo ante el presidente Calles para intentar desvanecer los cargos y acusa a los generales Topete, Amezcua y Guerrero de tenderle una trampa, para provocar un ataque sobre su jefatura de operaciones.⁴³ El gobierno hace nuevos intentos de retirarlo de su puesto militar. Hacia noviembre de 1926 el doctor O'Farrill, hermano del secretario particular de Alberto J. Pani, informa a Gómez acerca de los planes de Calles: ofrecerle la Secretaría de Guerra, «ya que el general Amaro saldría próximamente para Europa con un *team* de polo». La razón tras ello, según el médico, es que todo era un plan de Obregón para desprenderlo de la jefatura de operaciones en Veracruz, llevarlo a la secretaría sin mando de fuerzas, y bajo cualquier pretexto despedirlo y enviarlo fuera del país.⁴⁴ La avalancha gomista no deja de crecer mientras tanto. Un grupo de poblanos encabezado por el exdiputado Macip y su hermano (acérrimos enemigos del general José María Sánchez) le piden su autorización para formar clubes antirreeleccionistas en Puebla.⁴⁵ Mientras Gómez se mantenía casi silencioso, en varios es-

tados —Yucatán, Sonora, Sinaloa, Oaxaca, Distrito Federal, Chihuahua— se crean organizaciones en su favor. Pero como se decía, al tiempo que acaricia las esperanzas de ser un candidato legal a suceder a Calles, no abandona sus planes insurrectos. Hacia abril de 1927 Francisco Gómez Vizcarra, su sobrino, se presenta en San Antonio Texas, con el objeto de investigar las condiciones y actividades de los refugiados en ese lugar, sobre todo carrancistas y delahuertistas. Asimismo, se sabe que el general Arnulfo R. Gómez está en contacto con exrebeldes delahuertistas en Veracruz, a quienes les habría ofrecido armas.⁴⁶

El general Gómez, tan pronto como es elegido candidato por la III Convención del Partido Nacional Antirreeleccionista, frente a los dos «contendientes ausentes y renuentes» el general Joaquín Amaro y José Vasconcelos, de inmediato emprende sus giras proselitistas a fin de promover su imagen, atraer el voto y armar una red de alianzas con miras a un eventual levantamiento nacional. Chihuahua ocupa un lugar destacado en sus planes. Después de una gira por Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, llega a aquel lugar, donde es recibido por muchos partidarios. Antes de salir, Gómez se despide de su compadre el general Marcelo Caraveo, jefe de operaciones militares.⁴⁷ Le manifiesta que va a hablar con el presidente, y que en caso de que no pusiera remedio a lo que él llamaba la imposición, entonces se levantaría en armas, pues en Estados Unidos tiene los elementos que necesitaba para derrocarlo. Agrega que cuenta con jefes militares en todo el país, pero que se pondría de acuerdo con los serranistas en la Ciudad de México, que allí tenían una considerable fuerza. A pesar de las negativas de Caraveo a secundarlo, la presión de los candidatos de oposición no cedió. Luis L. León informa a Calles que agentes de Gómez y también de Serrano insisten a Caraveo que secunde a los opositores. El enviado de Serrano a Chihuahua habría sido el diputado Carlos T. Robinson, mientras que Carlyle, abogado del general Eugenio Martínez, por su parte, le informa que el levantamiento está convenido «para septiembre».⁴⁸

De manera más o menos discreta, uno más que el otro, Gómez y Serrano comentan con sus amigos y partidarios la necesidad de acudir a las armas en un momento dado, frente a un previsible fraude electoral. Siendo este el caso, ellos siguen el mal ejemplo del Caudillo durante la campaña de 1920. En este entonces el candidato

presidencial, Álvaro Obregón, construye a lo largo de su campaña el entramado de una amplia conspiración capaz de alcanzar sus propósitos frente a la posibilidad real de que las elecciones le sean desfavorables. Hace y consolida alianzas en forma directa o a través de su gente más cercana, y habla con jefes militares con mando de tropas. A todos sus interlocutores les hace ver que es necesario evitar una «imposición planeada» y deben estar preparados ante cualquier eventualidad.⁴⁹ De manera más discreta, mantiene tratos con los rebeldes anticarrancistas, los que reafirma la tesis de que Obregón planea su propio movimiento armado, pero que las presiones fallidas del presidente Carranza precipitan los acontecimientos y dan como resultado el Movimiento de Agua Prieta. Esta historia es conocida por el general Carlos A. Vidal, quien el 8 de febrero de 1920 se unió al general Fernández Ruiz para secundar el eventual movimiento de Obregón contra Carranza en Nandayacutí, Chiapas, meses antes de que estallara la Rebelión de Agua Prieta.⁵⁰ Y lo mismo sus acuerdos con el general Roberto C. Cejudo (que condujeron a Obregón a un tribunal), o con el general Manuel Peláez en la Huasteca veracruzana.

El tema de las conspiraciones está presente en las juntas de los delegados de los candidatos Serrano y Gómez con miras a unirse en una sola fuerza. El general Carlos A. Vidal, el diputado Carlos T. Robinson y el licenciado Federico Sodi representan a Serrano, mientras que a Gómez el licenciado Calixto Maldonado, el general Julián Malo Juvera y Vito Alessio Robles. Las juntas se efectúan en el despacho del ingeniero Félix F. Palavicini, en sus oficinas de *El Universal* sitas en la avenida Bucareli. La primera reunión, en la tercera semana de septiembre, es presidida por el ingeniero Palavicini, con voz pero sin voto. El punto más difícil es el relativo al retiro de una de las candidaturas y el apoyo a la otra, sobre la base de la fuerza política de cada una. Vito Alessio Robles sugiere como medida de esa fuerza el número de agrupaciones políticas afiliadas, su número y las giras realizadas por los candidatos. En este criterio, favorecedor de Gómez, quien tiene «menos arraigo en la opinión pública» es el general Serrano, debido a que inicia sus trabajos con posterioridad a los del general Gómez. Como respuesta a la defensa de este criterio, se cita al licenciado Sodi, que entre otras cosas sostiene que la única fuerza política de Gómez estaba entre los «pelados» y que Serrano es muy popular «entre la gente decente, que era la que valía». Puesto que no

se llega a ningún acuerdo, se cita a nueva reunión el lunes 26 de septiembre de 1927. En ella Vidal sostiene que el punto no era discutir quién tenía más fuerza política, puesto que el triunfo no lo daría el voto y sí el uso de las armas. Por lo que propone que debía eliminarse el candidato con menor fuerza militar (es decir, Gómez), y sostener al general Serrano, «que gozaba de amplias simpatías en el ejército». Según su propio dicho, Vito Alessio Robles reacciona airadamente, y sostiene que no es asunto del partido entrar en pláticas sobre movimientos militares, puesto «que nuestro partido era de acción cívica y no tenía nada que ver con asonadas y cuartelazos». Y ya que el general Vidal habla de jefes adictos a su persona —prosigue— ellos no eran de fiar, de aquí que no deben tomarse en firme ninguna de sus ofertas. De nuevo, la reunión termina en nada.⁵¹ Vito Alessio Robles señala que Serrano está convencido de que es necesario arrebatar el poder por medio de las armas, y de aquí que le da tan poca importancia a la organización de un partido y a la propaganda electoral. Sus esfuerzos se concentran en atraerse a los altos jefes militares con mando de tropas, muchos de ellos poco dispuestos a «transigir con la violación del principio máximo de las conquistas revolucionarias que ellos habían defendido con las armas en la mano».⁵²

A partir de aquí, la historia entra en un espacio nebuloso de versiones encontradas, partidarismos, persecuciones, sospechas, miedo, ignorancia. A pesar de lo anterior, el historiador tiene todavía suelo donde pisar, o al menos algunas pistas que podrán conducir a la realidad de los acontecimientos. Francisco J. Santamaría, partidario de Gómez, relata que en efecto, su jefe «mostró su juego al serrerismo», en la conspiración para una rebelión que tendría lugar en julio de 1928, una vez que hubieran transcurrido las elecciones presidenciales y que se pudiera demostrar el fraude electoral a favor de Obregón. El movimiento tendría como divisa el «sufragio efectivo y no reelección». Según Santamaría, el gomismo trabaja entre los elementos militares, mientras que Serrano lo hace con sus partidarios rumbo a un franco golpe militar, «a espaldas del gomismo, negándolo y ocultándolo al propio general Gómez». Por su parte, Vito Alessio Robles, presidente en funciones del Partido Antirreeleccionista, insiste en que Gómez y el gomismo no solamente son ajenos a la eventual asonada, sino contrarios a un movimiento armado de Serrano y los suyos.⁵³ Para el general Villarreal, sí existe una conspiración serrerista, aunque frac-

sada. Según Félix C. Palavicini, Gómez está virtualmente a la zaga de las iniciativas de los planes e iniciativas de los serranistas, y por lo tanto es ajeno al intento de «motín militar de ese día de octubre», y que sí «es cierto que abandonó la capital, pero nadie puede afirmar que su preocupación al abandonar la capital no fuera para protegerse de una agresión del gobierno del general Calles o del general Serrano en el caso de que hubiese resultado triunfante la asonada militar. El general Gómez no tenía ninguna preparación bélica...». ⁵⁴

Desde agosto corren rumores insistentes en el sentido de que Serrano se levantaría en armas hacia el día de la apertura de sesiones del Congreso, es decir, el primero de septiembre. El golpe empezaría con la aprehensión de los diputados y senadores favorables a Obregón, y luego se disolverían las Cámaras, esos «nidos del obregonismo». El rumor incluye a Calles como participante en esta maniobra, ante —se decía— su disgusto por la vuelta de Obregón al poder. Se asegura que en una fiesta en la casa del general Héctor Ignacio Almada, mayor de Órdenes de la Plaza de la Ciudad de México, a la que asisten jefes del ejército como el general Eugenio Martínez, se habló de disolver al Congreso, y éste último, en medio de la borrachera, insultó a Obregón y a Calles. El tema del «golpe» es el más platicado en los corrillos populares, en los parques, en los lavaderos. Pero lo que se dice no es tan cierto: llega el primero de septiembre y no ocurre nada. Ahora se dice que dada la presencia del cuerpo diplomático en la apertura del Congreso, se juzga un error acometer la embestida ante los ojos de los extranjeros. Pero todo es cuestión de posponer, así que el día de la victoria se ubica ahora en el quince de septiembre, pero hay otro cambio porque llegan a México los cadetes chilenos de la corbeta-escuela *General Baquedano*. Entonces se dice que el golpe tendría lugar el 10 de octubre. ⁵⁵

VIII

APREHENSIÓN DE SERRANO Y CAMINO AL SACRIFICIO

Por estas fechas Serrano se entrevista con el presidente Calles, hace insólitas confidencias y revela parte de los planes que tiene en mente. Candorosa es su solicitud al primer mandatario de disolver las Cámaras «porque se habían constituido en clubes políticos para hacer triunfar a todo trance la candidatura del general Obregón». El candidato de oposición, ni más ni menos, le pide a Calles la ejecución de un golpe contra el Congreso. Vale la pena revisar el episodio, avalado por la pluma de Miguel Alessio Robles:

El presidente de la República escuchó esta peregrina proposición lleno de asombro, pero no reveló en su recia fisonomía la contrariedad y el enojo. «Eso es muy grave, Serrano», le dijo el presidente con un tono suave y uncioso, y después de contemplarlo con cierta complacencia, y como dando a entender mañosamente que la extraña proposición no le disgustaba, añadió, desfrunciendo su ceño grave y austero: para llevar a cabo un acto de tanta trascendencia se necesita contar con el Ejército. Después dibujó el presidente una sonrisa en sus labios, y le preguntó afablemente: «¿Cuenta usted con el Ejército, Serrano? «Sí cuento con el Ejército», contestó Serrano con toda energía y firmeza, creyendo que así vencería más fácilmente al Jefe de la Nación, inclinándolo a aceptar su luminosa idea.

Serrano piensa ahora que la suerte está echada, porque el presidente venturosamente está de su lado y no resistiría la tentación de quitarse de encima, de una vez por todas, al caudillismo, esa pesada carga sobre sus espaldas:

Al presidente de la República se le iluminaron los ojos. Se quedó un rato pensativo, como si fuera a dar una contestación favorable a la rara proposición del general Serrano, y haciendo un leve gesto como si dudara de lo que acababa de oír, interrogó al presidente con más afabilidad que antes: ¿Y con qué generales cuenta usted, Serrano, para dar ese golpe a las Cámaras? Cuento con el general Eugenio Martínez y con toda la Guarnición de la Plaza. Después siguió enumerando a todos los demás generales que estaban comprometidos con él. Entretanto, el presidente de la República iba grabando en su memoria a los generales que iba mencionando Serrano, sin titubeos, creyendo que el jefe de la Nación iba a recoger su idea con beneplácito. Por lo pronto, el presidente exclamó: —Hay que pensar mucho ese asunto, antes de dar cualquier paso. La clave de todo se la dio el general Serrano al presidente de la República...¹

Y ésta es la reacción de Calles ante tan extraordinario desacato, en sus propias palabras vertidas muchos años después:

Animado por una extrema benignidad me conformé con intentar disuadir de su torpe empeño al general Serrano. Como nueva demostración de mis propósitos de salvar el decoro militar de los ahora jefes infidentes, no tomé medidas de ninguna naturaleza para restar elementos militares a los jefes que sabía estaban comprometidos desde entonces...²

Confirma el general Antonio I. Villarreal, activo serranista, que al finalizar la entrevista, Calles le dice: «Todo eso que me estás diciendo es muy grave, gravísimo...». En cuanto Serrano sale del despacho presidencial, el presidente envía un telegrama urgente a Obregón que se encuentra en Sonora y le pide que acuda a la capital de inmediato para acordar con él las medidas que debían tomarse. El Caudillo se presenta a Chapultepec tan pronto como puede, y siendo el general Martínez uno de los principales implicados, le manda llamar a su presencia y le repite, «palabra por palabra» la conferencia entre Calles y Serrano, echándole en cara su traición. Martínez habría ratificado su antirreeleccionismo, «indicándole que por la vieja amistad y subordinación que a él le ligaban, prefería abandonar su puesto y salir al extranjero». Abrumado sale de la reunión, y en adelante evita

contactos con su camarada Serrano, y no cesa de decir a sus amigos: «Pero qué barbaridad de Pancho al descubrirle a Calles lo que pensaba».³

De ser verídicos estos relatos, todo indica que Calles tiene ganada la confianza del candidato de oposición, haciéndole creer que él comulga con sus ideas antirreeleccionistas y golpistas. En esta línea ya señalada antes, tal postura sólo se explica porque cree que el presidente repudia el regreso del Caudillo, y puesto que desearía controlar su propia sucesión, se debe oponer a tales pretensiones. Pero nada de esto es cierto, porque con reparos o sin ellos, Calles mantiene su apoyo al jefe. El general Ignacio Richkarday, quien vive de cerca los acontecimientos en su calidad de secretario de Amaro, nos dice:

Cierto que su amistad con el general Obregón le obligaba hasta cierto punto a dejarse llevar por la corriente reeleccionista y aun hasta hacerse de la «vista gorda» en determinadas ocasiones, pero yo sé muy bien que en lo íntimo repudiaba el procedimiento, porque varias veces lo escuché comentarlo con mi jefe, el general Amaro, en forma que no dejaba ninguna duda... Sin embargo, su lealtad al amigo, los compromisos contraídos con los sectores políticos que se movían a su alrededor, y tantísimas otras cosas más que solamente él podía conocer y calcular en aquella situación, le obligaron a aceptar sin reparos la responsabilidad histórica que la política de la época y las ambiciones del momento arrojaron sobre sus hombros...».⁴

El general José Álvarez y Álvarez, jefe de Estado Mayor del presidente Calles, explica que después de las palabras indiscretas de Serrano vino la delación del general Eugenio Martínez, hacia los últimos días de septiembre de 1927. En circunstancias semejantes a las descritas por Villarreal, el viejo divisionario denuncia ante Calles y Obregón que Serrano y otros amigos tienen planes en firme para levantarse en armas, en un lenguaje de aparente arrepentimiento:

...señor presidente, vengo a manifestar a usted que, embaucado por mi jefe de Estado Mayor, Héctor Ignacio Almada y obligado por mi amistad con el general Francisco R. Serrano, me he comprometido en un movimiento de rebelión contra el Gobierno que usted preside. Pero en la

última junta que tuvimos, se acordó a propuesta del mismo general Serrano, que la fiesta militar que se ha organizado para el día dos del próximo octubre, se haga fuego sobre la tribuna donde van a estar usted y el general Obregón, matándolos con todas las personas que los acompañen... y la verdad esto me ha repugnado mucho y por eso vengo a entregarme a usted para que haga de mí lo que le parezca...

Continúa relatando el general Álvarez y Álvarez que el general Martínez comunicó al presidente Calles que los planes de los sublevados eran que Serrano fuera a Morelos a esperar el resultado del cuartelazo que él mismo había preparado, para cubrir las apariencias y no inhabilitarse constitucionalmente para ser presidente de la república. Que el general Carlos A. Vidal sería nombrado presidente provisional para terminar el periodo de Calles y que como en la sublevación de Gómez se haría descaradamente, quedaría inutilizado para hacerle competencia.⁵ En la Ciudad de México se celebrarían maniobras nocturnas del ejército en Balbuena, y sobre la tribuna de honor ocupada por Calles, Obregón y Amaro se dirigiría a luz de los reflectores, oportunidad que sería aprovechada para acribillarlos. Con Martínez y Almada se señalan también al general Oscar Aguilar y otros comandantes de corporaciones en el Valle de México, como el general Alfredo Rueda Quijano. Dirigiéndose al general José Álvarez, Martínez le dice: «Se admira usted de que primero haya traicionado yo al señor presidente de la República, y que luego me presente aquí para traicionar a mis compañeros. Pero así son las cosas y por ello es tan grande mi arrepentimiento». Calles guarda silencio ante tal confesión, y luego responde: «Usted, Sr. Gral. Martínez, es un anciano que ha ganado sus grados en la milicia uno por uno, combatiendo siempre al lado de la Revolución. Sus antecedentes me inspiran simpatía y no deseo perjudicarlo; me limitaré a ponerlo fuera del alcance de sus cómplices. Elija usted algún jefe militar para que lo acompañe a Nueva York, de donde saldrá rumbo a Europa con una comisión militar disfrutando su sueldo en dólares y con una dotación de cien dólares diarios para gastos de representación». El general Martínez se habría despedido de sus interlocutores, y Calles le pide toda la discreción a Álvarez: «Hay que dejar que los acontecimientos sigan su curso. Aquí nadie sabe nada, ni usted mismo, ¿comprende?»⁶ Es claro que con esta defección, cualquier plan está des-

tinado al fracaso, por el papel crucial del general Eugenio Martínez en el presunto golpe. Aunque difícilmente se podía tomar en serio una conjura que estaba en la boca de todos, a la que le faltaban los elementos de la secrecía y la sorpresa; los expertos en asonadas, Obregón y Calles, estiman que la situación corría el riesgo de empeorar si no se reaccionaba de inmediato, antes de que los conspiradores estuviesen en condiciones de presentar una acción coherente y efectiva. Y, lo más importante de todo, es que se ha presentado la dorada oportunidad de liquidar a los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez.

El 2 de octubre, mientras Serrano se dirige a «La Chicharra» a pasar su onomástico con unos amigos, Eugenio Martínez sale con destino a Europa, vía Estados Unidos.⁷ Ha salvado su vida, aunque arruinado su honor —o lo que de él quedaba— al precio de la cabeza de uno de sus mejores amigos. Para disfrazar su salida, dice que se siente muy enfermo y que iría a curarse a Europa. Según una nota de prensa, «el Señor presidente de la República, el señor Secretario de Guerra y Marina, representantes de las diversas dependencias del Ejecutivo Federal, oficiales, funcionarios y subalternos del general Eugenio Martínez dieron en éste anoche (*sic*) la despedida en la Estación de Colonia, de donde partió rumbo a la frontera norte, a bordo del tren directo de Laredo... Por lo menos unas doscientas personas estuvieron a despedirse del jefe militar...». En la realidad la «despedida» es más deslucida de lo que parece, pero es evidente que la noticia —salida de un discreto boletín de prensa de la presidencia— se redacta de tal manera que no llame demasiado la atención en el público lector. Su paso por Estados Unidos sería temporal, pues luego se embarcaría «con dirección a Europa».⁸ Para cubrir su salida, el presidente Calles instruye a la Secretaría de Guerra a «que forme una comisión que marche al Viejo Continente, a hacer un estudio de la organización de los ejércitos de aquellas Naciones», integrada por el general de división Eugenio Martínez, el general brigadier auxiliar licenciado Samuel Carlisle y el capitán segundo José Martínez Valenzuela (hijo de don Eugenio).⁹ Seguramente para controlarlo mejor, la Tesorería de la Federación envía \$18 400 al Consulado de México en París (que se encargaría de ministrar los abonos), a razón de doscientos diarios del 1 de octubre al 31 de diciembre de ese año, «para gastos de representación que se le conceden a la co-

misión que precide (*sic*), con motivo de la misión especial que se le ha conferido». ¹⁰ En realidad, el general Martínez es puesto en la Estación de Colonia en un carro de la Secretaría de Guerra, bajo la vigilancia estricta del teniente coronel Gregorio A. Velázquez, subjefe de la sección de ferrocarriles de la Secretaría de Guerra, para que el tren lleve su preciosa carga por la ruta México-Laredo, después a San Luis Missouri, Detroit, Niagara Falls, Bufalo y Nueva York, y tome luego el barco hacia el Viejo Continente. ¹¹

Vito Alessio Robles tiene una versión distinta de la participación y la salida del general Martínez, pero las evidencias disponibles no confirman la totalidad de su relato. Según él, Serrano se encuentra en Cuernavaca desde el 2 de octubre supuestamente para celebrar su onomástico que tendría lugar dos días después, pero en realidad es para permanecer en un lugar seguro mientras se desarrollan los acontecimientos de Balbuena. Serrano y sus amigos habrían adelantado el golpe fijado para el 10 de octubre debido a la salida del general Martínez, cuya presencia se considera indispensable, debido a su ascendiente sobre los jefes con mando de tropas. Para él, la salida de don Eugenio a las ocho de la noche de la estación de Colonia es sólo parte de un plan para despistar a los enemigos. Apenas pasados los límites del Distrito Federal, en Tlalnepantla, descendería del tren y se uniría a un convoy de automóviles que le llevaría a San Lázaro, poniéndose a la cabeza de las tropas congregadas para las maniobras nocturnas y marcharía luego a apoderarse de Palacio Nacional, el Castillo de Chapultepec, La Ciudadela y todos los cuarteles. En tanto se daban estos acontecimientos, Serrano estaría tranquilo en Cuernavaca, a la vista de todos, esperando los resultados, pero sin participar en tal asonada, motín o cuartelazo, como quiera llamarse. Vidal tampoco debía tomar parte, ya que él asumiría la presidencia de la República de manera provisional, con todo y gabinete, incluyendo al general Eugenio Martínez como secretario de Guerra y Marina; se disolverían las Cámaras y se convocaría a elecciones en las cuales sería candidato único el general Serrano. Pero, agrega Alessio Robles, Obregón y Calles están al tanto de todo y se adelantan a los conjurados. Cuando Martínez quiere descender de su vagón en Tlalnepantla, encuentra las puertas cerradas con llave. Las golpea furiosamente, pero los oficiales que le custodian le hacen saber que tienen órdenes de conducirlo hasta Laredo. Al no estar presente en San Lá-

zaro, como era el plan, el general Héctor I. Almada decide entonces retirarse con algunos cuerpos de la guarnición en dirección a Texcoco, al encuentro del general Alfredo Rueda Quijano, dejando atrás al resto de las corporaciones involucradas en la sublevación. Según Alessio Robles, el levantamiento hubiera terminado rápidamente y sin problemas, pero eso no convenía a los «designios diabólicos» de Obregón. Mientras esto ocurría en la Ciudad de México, Serrano esperaba confiado en Cuernavaca, aunque pronto se contraría, porque no encuentra al general Domínguez, que sale antes a Cuautla para no ver a su compadre, protector y amigo.¹² Por su parte Almada, desorientado por la situación, confundido y desalentado por las deserciones de jefes con los que cree contar, se entera en Texcoco de las ejecuciones de Serrano, Vidal y los otros. Sabe que Gómez se encuentra en Perote, protegido por las tropas del general Horacio Lucero, y a este lugar se dirige con las fuerzas que le siguen.¹³ Este relato, como tantos otros, tiene una lógica impecable, pero posee un dato fundamental que no coincide con los hechos: el teniente coronel Gregorio Velásquez en los informes que envía a sus superiores no menciona alguna inquietud particular de su custodiado, tampoco una intención de comunicarse con sus amigos, ni mucho menos golpes en las puertas del vagón especial, en Tlalnepantla o en otro lugar. Es más, ni siquiera se asomó por la ventanilla al pasar por esta población, donde supuestamente le esperaría el general Miguel Z. Martínez.¹⁴ En otras palabras, todo permite suponer que el general Eugenio Martínez, en efecto, transita en rauda huida, dejando atrás a sus amigos y enemigos.

En la versión de Richkarday la salida del general Martínez provoca gran sorpresa a los «serranogomistas». El resultado inmediato es que los jefes militares comprometidos suspenden sus planes de rebelión, porque «don Eugenio es una garantía para el movimiento; pero sin él estamos perdidos porque ni Gómez ni Serrano tienen las hechuras suficientes para hacerlo triunfar». Amaro habría consultado con los generales Obregón y Calles acerca de la conveniencia de hacer abortar la rebelión, aprehendiendo a sus principales directores, pero ellos prefirieron que el plan avanzase antes de tomar cualquier otra medida.¹⁵ No podía ser de otra manera, porque es necesario aprovechar la oportunidad que presentan estas circunstancias, de borrar de una vez y para siempre del mapa político —y del mundo de los vivos— a los candidatos de oposición.

El general Juan Barragán nos da su versión del último encuentro entre Serrano y Gómez en la Ciudad de México, en el que se menciona la conspiración del gobierno en su contra. El 30 de septiembre asisten a una junta con el general Héctor I. Almada y el autor de este relato. En ella, de manera muy enfática, Gómez señala que bajo la influencia de Obregón el gobierno decidió liquidar a los opositores en el menor tiempo posible, y que el primer paso en esta dirección fue deportar al general Eugenio Martínez a Estados Unidos. Serrano habría rehusado dar crédito a estos temores y expresa su convicción de que el gobierno no se atrevería, tan prematuramente, a tomar medidas tan drásticas. Gómez hace saber que Calles y Obregón han planeado una revuelta en cuarteles de la Ciudad de México para la noche del domingo 2 de octubre, a fin de que él y Serrano pudieran ser acusados de complicidad y ejecutados como rebeldes. En estas circunstancias, Gómez dice que es esencial tomar todas las medidas para asegurar el éxito de la revolución que estaba en su etapa inicial. Propone que al día siguiente él mismo salga a Veracruz a ponerse a la cabeza de sus tropas leales. Serrano, por su parte, debía permanecer en la Ciudad de México y con su prestigio entre las tropas aquí radicadas, tomara el control de la guarnición y esperara la llegada de su ejército proveniente de Veracruz y de otros cuarteles bajo el mando de Almada. Una vez más, Serrano persiste en creer que la gravedad y urgencia de la situación está siendo exagerada e insiste, por el contrario, en su previa intención de celebrar, con varios de sus amigos, el día de San Francisco en «La Chicharra». Gómez insiste que si Serrano hace esto sería capturado y la causa de los antirreeleccionistas sería dañada seriamente y sin remedio, y que resultaría en la captura y muerte del mismo Gómez. Serrano replica que si Gómez se sentía tan amenazado por la situación, los mismos fines podrían ser llevados a cabo si el general Eugenio Martínez desde el norte encabezara fuerzas revolucionarias, y que el cuartel en la Ciudad de México podría ser puesto al mando de Almada. En respuesta, Gómez, Almada y Barragán dicen que tal plan sería absurdo, puesto que Serrano era el único hombre de los cuatro de ellos en la conferencia que goza de suficiente prestigio y popularidad para asumir el control del cuartel federal hasta que llegaran las fuerzas de Gómez, Martínez y Almada; que éste carecía de rango e influencia suficiente

para la conclusión exitosa de esta maniobra. A pesar de sus protestas, Serrano desestima la petición de Gómez de tomar el control de la guarnición federal e implicarse en un golpe de Estado. Ante tal actitud, Gómez decide dejar la ciudad rumbo a Veracruz al día siguiente, puesto que sabe que el remedo de rebelión urdido por Obregón con el apoyo de Calles es inminente. De haberse llevado a cabo el plan de Gómez, la ciudad habría sido capturada, el Parlamento disuelto, Obregón y Calles encarcelados y cerca del ochenta por ciento de los generales alzados en apoyo al movimiento revolucionario antirreeleccionista. Por su parte, el general Barragán se apega al plan de levantamientos de Gómez y Almada, pero ya sin Serrano, y en la noche del domingo 2 de octubre (el día de las maniobras en Balbuena) se dirige a hacer su parte, que es dirigirse a Tlanepantla, ocupar la guarnición y marchar sobre la capital. Una vez ahí, sin embargo, dos oficiales intentan aprehenderlo, pero escapa por una ventana trasera y se dirige a la Ciudad de México con el propósito de asilarse en la residencia de su amigo el embajador cubano.¹⁶ La versión de Barragán, entonces, es que el levantamiento del general Héctor I. Almada, sí existió, pero sus socios eran Gómez y sus amigos, no Serrano. Pero la conducta del general Almada, en retirada hasta Texcoco, en vez de atacar a la guarnición que protege a Calles y Obregón en Chapultepec, es sencillamente inexplicable, en la óptica de una rebelión a la medida de la gigantesca tarea requerida para derrocar al gobierno. En el supuesto plausible de la versión de Barragán, Almada hubiera calculado contar con no más de mil hombres, contra algunos miles más de las corporaciones leales de la jefatura de operaciones del Valle de México, y preferido mejor irse a reunir con Gómez en Perote, como efectivamente sucede. En la víspera de su salida, Gómez se despide de Vito Alessio Robles, Santamaría y Martínez de Escobar, con estas palabras: «Esta noche salgo de aquí. Ustedes no se muevan de la capital, pero les recomiendo que en la mañana procuren exhibirse en parajes públicos, en Chapultepec o en la Avenida Madero, pero en la tarde ocúltense. No les puedo decir más». Gómez insiste en salir solo y se despide de sus correligionarios, sin decir a dónde se dirige.¹⁷ Va en dirección a Perote a encontrarse con su compadre el general Horacio Lucero, en compañía de su sobrino Francisco Gómez Vizcarra y el doctor Alfonso Jiménez O'Farril, entre otros. En Los Reyes, Estado de México, manda

mensajes a los suyos, avisando que «el movimiento debía hacerse desde luego».¹⁸

Según la información «dura» con la que dice contar el gobierno, el golpe de Estado tendría lugar durante las maniobras militares en el campo de aviación de Balbuena. La Secretaría de Guerra ha ordenado a las tropas de la guarnición de la plaza y a otras corporaciones del Valle de México que hagan suertes para demostrar los adelantos del ejército, con espectaculares vuelos y bombardeos nocturnos. El responsable sería ni más ni menos que el general Héctor I. Almada, segundo a bordo del general Eugenio Martínez en la milicia y en la conspiración, y según el gobierno, los sediciosos planean aprovechar la ocasión para aprehender al presidente Calles, a Obregón y a Amaro, y darles muerte después, para luego exhibir sus cadáveres en plaza pública. Mientras se consumaban los crímenes en Balbuena, se tomarían algunos importantes edificios de gobierno como Palacio Nacional, el Castillo de Chapultepec, la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco y el Cuartel del Primer Regimiento de Artillería. Al igual que Vito Alessio Robles, Richkarday asume que el general Eugenio Martínez se pondría al frente del levantamiento, una vez fuera del convoy en Tlalnepantla.¹⁹ Así, bien informado del eventual complot, en la mañana de ese 2 de octubre de 1927, Amaro habría preparado a sus adictos para asegurar los cuarteles de la ciudad, mientras que el coronel Hilario Marroquín Montalvo, comandante del regimiento escolta del secretario de Guerra, acuartelado en la residencia de *La Hormiga*, estaría alerta. Manda hablar al general Héctor I. Almada para que informe sobre los preparativos de las maniobras de Balbuena, pero no acude, «temeroso de ser aprehendido». Amaro recibe información en el sentido de que el Regimiento de Artillería de Tacubaya y otros más se preparan para abandonar la ciudad con rumbo desconocido. Después de la comida aparece el general Héctor I. Almada «muy nervioso», pero luego se retira.²⁰ Más tarde Amaro se dirige a la estación Colonia para despedirse del general Eugenio Martínez, quien se dice sorprendido ante la cantidad de personas que le acompañan y que nunca le volverán a ver.

Amaro y Richkarday de la estación pasan a *La Hormiga*, donde son avisados que Calles y Obregón no asistirían a las maniobras, por lo que el secretario de Guerra ordena a algunos de sus ayudantes y a su secretario particular que le acompañen a Balbuena, vestidos de

civiles, «y como hace frío llevaremos abrigos para ocultar mejor nuestras “Thompson”, haciéndonos menos notables».²¹ Ya en el aeródromo, dan comienzo las famosas maniobras tal como está planeado, y el espectáculo transcurre sin novedad, llevándose la noche un bombardeo aéreo por cinco aviones a una caseta levantada en el centro del campo, que en su momento voló en mil pedazos. «¿Ya ve, Richkarday, cómo estos pobres diablos no llegan a ninguna parte», dice Amaro, mientras que se retira con su compañero. Se dirigen a la calle de Moneda a las oficinas de la Secretaría de Guerra para informarse sobre las novedades en el país, «no encontrando nada alarmante» y luego cada uno se preparan para irse a descansar a sus domicilios. Sin embargo, Amaro ordena ahora ir a Chapultepec, «pues contra lo que suponíamos, siempre se sublevaron estos señores.... mientras nosotros estábamos detenidos en Balbuena (a la salida de las maniobras), ellos se retiraron rumbo a Texcoco seguidos de cuatro corporaciones».²² Testimonios de dos oficiales ante el presidente Calles y Obregón, de nombres capitanes Raúl de Alba y Cristóbal Guzmán Cárdenas, en el sentido de que las tropas fueron llevadas a ese poblado y no hacia sus cuarteles respectivos, originan que se tomen medidas nuevas de defensa de la capital, en la que no se advierte ninguna perturbación del orden. Lo que es más significativo, según Richkarday, es que se reciben tres importantes «partes de novedades». La primera es el sentido de que el general Arnulfo R. Gómez llega a Perote con dos regimientos rebeldes (dato falso, porque el general, aunque llega a ese lugar, lo hace con pocas personas). La segunda viene de Torreón, donde el 16 batallón se habría sublevado en la madrugada del 2 de octubre de 1927 y la tercera de Cuernavaca, donde se reporta la presencia del general Francisco R. Serrano. Esta última información hace suponer a algunos que se encuentra esperando que en Balbuena todo salga bien y que con toda tranquilidad podía dirigirse luego a la capital de la república a hacerse cargo del poder. Richkarday pone en duda los fundamentos de esta especie:

Haya sido o no ésta la intención del general Serrano y sus acompañantes, lo cierto fue que todas las apariencias lo condenaban. Y como la rebelión (nota del autor: no sabemos cuál todavía) se había iniciado bajo su nombre y el de su compañero Gómez, se ordenó que inmediatamente se le aprehendiera junto con todas las personas de su séquito.

Cuando se informó el general Obregón el paradero de sus dos contrincantes, expresó con rudeza: QUE LOS FUSILEN DONDEQUIERA QUE SE LES ENCUENTRE.²³

Genuinos o no en términos de la rebelión contra el gobierno, las maniobras de Balbuena y los movimientos de Almada hacia Texcoco y Veracruz, dan a Calles y Obregón excelentes justificaciones para desatar la cacería humana. Si Serrano y Gómez no habían dado un paso que seriamente pudiera entenderse como alzamiento, para el gobierno sí había una rebelión bajo sus nombres. Nada se parece a las tradiciones levantiscas de los años revolucionarios, pues los presuntos complotistas no tienen hombres, armas, municiones, dinero y demás recursos necesarios para ganar una guerra.

Los informes de la Embajada de Estados Unidos en México al Departamento de Estado aportan algunos datos sugerentes, útiles para la reconstrucción de los momentos previos a los brutales asesinatos de principios de octubre de 1927. Consignan que en la noche del 30 de septiembre de 1927 el gobierno ordena el arresto de los generales Serrano y Gómez, lo que no tarda en ser de su conocimiento gracias a gente de su confianza. Los dos abandonan precipitadamente la Ciudad de México el 1 de octubre por la tarde. El presidente Calles cree que una rebelión está por estallar, de aquí la remoción del general Eugenio Martínez de la jefatura de operaciones de la capital, su salida inmediata del país y el control directo de las tropas de la capital por la Secretaría de Guerra. La destitución o traslado de jefes militares sospechosos de antiobregonistas son señales de que el gobierno no permitiría que maduraran los planes para un movimiento extenso y bien organizado para derrocarlo. Con la salida de Gómez, Serrano y Martínez, y las fuerzas militares de la capital al mando del general Héctor I. Almada, prácticamente todos los líderes antirreeleccionistas hacen lo mismo, se esconden o son apresados. «Se asume que el plan original de rebelión involucra aproximadamente a cuatro mil soldados de todas las armas, dejando alrededor de dos mil considerados leales al gobierno». La ciudad se conserva en calma, ningún disturbio o alteración del orden tiene lugar, y todas las salidas de la ciudad están vigiladas por soldados del gobierno.²⁴

Como se ha dicho, Serrano se ha dirigido en su automóvil a Morelos, acompañado de un grupo de amigos y partidarios. Al día si-

guiente, el 2 de octubre todo el grupo se dirige a Cuernavaca, y en la noche juegan dominó en el Hotel Bellavista donde pernoctan Vidal y Serrano, no lejos del Hotel Moctezuma, alojamiento del resto del grupo. Terminada la velada, todos se retiran tranquilamente a dormir, y en la mañana del lunes empiezan el día sin sospechar lo que seguiría. Se sabe que Serrano ha buscado infructuosamente a su doble compadre el general Juan Domínguez, a quien espera ver desde su llegada a Cuernavaca. ¿De qué quiere hablar con Domínguez? ¿Se trata de ultimar detalles para la rebelión?, ¿o de ponerse de acuerdo para iniciar un movimiento sobre la Ciudad de México? ¿O siguiendo su antigua costumbre, saludarlo cada vez que iba a Cuernavaca? Pero desde el 30 de septiembre el general Domínguez se encuentra en Cuautla, en los festejos en honor del prócer José María Morelos. Con él estaban el 12 batallón, comandado por el coronel Manuel Fernández Escobar y el 42 batallón, con su comandante el general Oscar Aguilar, también amigo del general Serrano. En forma deliberada Domínguez retrasa su regreso a Cuernavaca, y cuando finalmente emprende la marcha, en medio de un aguacero torrencial, al pasar por la Hacienda de Cuautlixco un jinete le sale a su encuentro y le dice unas palabras en voz baja. Antes de permitirle terminar, Domínguez le responde con las palabras que menos desea escuchar: «Dígale usted a mi general que ya sabe y se lo he repetido, que yo siempre he sido leal al gobierno; que me haga el favor de irse de allí antes de que yo llegue y me vea en la dura necesidad de aprehenderlo; hágame ese favor: regrese inmediatamente y procure por todos los medios que mi compadre salga en seguida de Cuernavaca». El jinete es el español Serafín Larrea, dueño del Hotel Bellavista, y raudo emprende el regreso con las malas noticias.²⁵ Para cualquier fin, el compadre Domínguez le ha volteado la espalda, y ahora Serrano y los suyos inermes están a merced de su suerte. Aquí surgen preguntas inquietantes: si Domínguez se ha desligado de Serrano y de su rebelión, ¿por qué los serranistas y sus jefes no huyeron de inmediato, al saber que su principal apoyo se había derrumbado?; si un complot estaba en marcha, ¿no aconseja el sentido común que debían preverse salidas para el caso de que las cosas no salgan bien y se salve al menos la vida? No se tienen las respuestas a estas preguntas. El caso es que Serrano y los suyos son aprehendidos por fuerzas enviadas por el gobernador Ambrosio Puente, al mando del general

Enrique Díaz González, comandante del 57 batallón. Así relata Santamaría la aprehensión:

Al llegar la escolta al Hotel Bellavista, donde se encuentra alojado Serrano, éste se dirige a la puerta en el acto y pregunta al jefe de la escolta: ¿Por orden de quién nos vienen a aprehender? Por orden del Gobernador del Estado. ¿Pudiera usted permitirme que me presente con las personas que me acompañan, y retirarse usted con la escolta? Creo que son gentes de honor las que aquí están conmigo. Perdone usted, mi General, pero tengo orden de conducirlos personalmente. ¿Quisiera usted llevarnos a la Jefatura de la Guarnición, en vez del Palacio de Gobierno? No serán llevados al palacio de Gobierno, sino a la Jefatura de Operaciones. El General Serrano, con la misma impasibilidad con que había acudido al llamado, volvió a entrar en la estancia, y dirigiéndose a todos nosotros, dijo: «Señores, tengan la bondad de acompañarme».²⁶

Con Serrano son aprehendidos los generales Carlos A. Vidal, Miguel Ángel y Daniel Peralta, el capitán Ernesto V. Méndez K. «Cacama», Rafael Martínez de Escobar y Francisco J. Santamaría, Antonio Jáuregui Serrano, Alonso Capetillo, el ingeniero José Villa Arce, Augusto Peña y Enrique «el Ciego» Monteverde. En otro lugar son aprehendidos Octavio «el Chivo» Almada, Otilio González y el general Carlos B. Ariza. A petición de Serrano, todos salen lentamente y en fila del hotel, y es él quien primero se encamina hacia la salida, con paso firme y valiente. El jefe de la escolta es el mayor Ángel Fernández de Escobar, primo hermano de Rafael Martínez de Escobar, a quien le avisa que debía salir del Hotel Moctezuma y huir para salvar su vida, oferta que éste se niega a aceptar. Aprovechando un descuido de sus captores, Santamaría se escapa, gracias a que se mete entre la muchedumbre que presencia las detenciones.²⁷ ¿Y qué hacían Martínez de Escobar y Santamaría con Serrano si eran gomistas? Éste último afirma que «iban de paso», rumbo a Guerrero, para ponerse bajo el amparo de una partida rebelde que les protegería. Pudo haber ocurrido que tanto Martínez de Escobar como Santamaría llevaran el mensaje de la decisión de Gómez de levantarse para que estuviera atento a los acontecimientos, quizá, pero no lo sabemos. El caso es que Santamaría se esconde y sale hacia Estados Unidos, donde permanece varios años. Un grupo de estudiantes entre los que se

encontraba Hermino Ahumada —futuro yerno de José Vasconcelos—, logra no ser visto. Según Santamaría, Juan Trujillo, concuño de Martínez de Escobar, y Mariano Ortiz Lastra no son llevados al trágico destino de los otros porque «no cupieron en los vehículos del transporte».²⁸ Con Villarreal también se escapan de la trágica suerte el general Benito Ramírez, el coronel Daniel Fort, un señor Velásquez López, un militar del Estado Mayor de Obregón, el chofer que les llevaba y el mayor Urrea, ayudante de Serrano.²⁹ El caso de Fort es interesante, de convenir con lo apuntado por John F. W. Dulles. Los generales Antonio I. Villarreal y Benito Ramírez y el coronel Fort estaban en Cuernavaca, y éste último «debía desayunar con Calles en Santa Bárbara (en la mañana del 3 de octubre), y contra su consejo se había ido a Cuernavaca para unirse a Serrano en la celebración del santo del candidato». Más adelante el mismo autor sostiene que «después de que Serrano les dio a conocer la actitud que había adoptado Domínguez, Fort se ofreció a llevar a Serrano a las montañas o a la Ciudad de México, pero la oferta no fue aceptada».³⁰ Según Miguel Alessio Robles en el interior de su coche el general Antonio I. Villarreal habla con Serrano la noche anterior a las detenciones, y por boca de él se entera de que Juan Domínguez le envió un recado haciéndole ver que no contaran con él, y que lo más conveniente era que salieran lo más pronto posible de Morelos. Villarreal se despidió de Serrano y se dirige a la oficina telegráfica para enviar un mensaje a la capital. Uno de sus acompañantes le hace ver que en esos momentos tenía lugar una comunicación con Palacio Nacional, en la que se transmitían las órdenes del presidente Calles al gobernador Puente, para que tomase presos al general Serrano y a sus compañeros. Villarreal huye de inmediato del lugar, ya sin comunicar a las futuras víctimas información tan importante.³¹ El coronel Praxedis Guerrero, serranista y amigo de Villarreal, y quien supo de la conversación telegráfica entre Calles y el gobernador Puente en que se le ordenaba aprehender a Serrano, también desaparece por propio pie del teatro de los acontecimientos.³² Dulles, por el contrario, dice que antes de que Villarreal y su grupo salieran de Cuernavaca en el automóvil de Fort, paran un momento en el Hotel Moctezuma para dejar el mensaje del telegrama a sus amigos, urgiéndoles a abandonar el lugar. Santamaría, Martínez de Escobar y Miguel Ángel Peralta lo recogen, pero no se sabe más. Mientras tanto, Fort con

Villarreal y Ramírez se dirigen a la Ciudad de México, con mucha suerte porque al ser detenidos en su marcha por tropas federales en la carretera, Fort desciende de su coche para decir unas palabras al oficial responsable «respecto de la conveniencia de buscar a Serrano, que pronto llegaría en un Lincoln rojo». Las credenciales de Fort permiten el paso franco de su automóvil, aun cuando las órdenes son que ningún vehículo transitara por esa vía. Por su parte, Serrano habría salido del Hotel Bellavista para pasar la noche «escondido» en la casa de Serafin Larrea, en compañía de la mayoría de sus amigos, donde pasaron la noche «en un cuarto con ocho camas acomodadas en dos filas... durmiendo en ropa de calle». De aquí habrían sido aprehendidos y conducidos a su destino.³³

¿Quiénes son los apresados con Serrano? Conocemos datos —escasos— de la mayoría de ellos. El general Carlos A. Vidal es gobernador de Chiapas con licencia y jefe de la campaña presidencial. El capitán Méndez Noriega, «Cacama», fiel servidor de Serrano. El mayor Octavio «el Chivo» Almada, sobrino de Serrano. Augusto Peña, «Peñita», que fuera secretario particular de Rafael Lara, cuando fue contralor de la nación y exregidor del ayuntamiento. Enrique Monteverde, consejal del Ayuntamiento de la Ciudad de México, hijo de don Rafael Monteverde, director de la revista *El Maestro* y jefe de la Reguladora del Henequén. Martínez de Escobar, diputado constituyente en 1917, representando un distrito de Tabasco, alguna vez presidente del PLC, y hasta hacía poco ferviente obregonista. El ingeniero Villa Arce, contratista, que hacía gestiones para que se le diera la construcción de un nuevo edificio de la policía, si Serrano ganaba la presidencia. Antonio «Tonchi» Jáuregui Serrano, sobrino del general a quien veía como hijo, de 23 años. El general Miguel A. Peralta, director del Colegio Militar cuando Serrano era secretario de Guerra. Otilio González, amnistiado por su participación en el movimiento delahuertista, fue quien entregó en Galveston el famoso —hoy perdido o extraviado— archivo de la rebelión. Poeta respetado y orador excelente, provenía de Saltillo y era conocido como el «Lengua de Plata». Alonso Capetillo, periodista, secretario de Jorge Prieto Laurens cuando se encontraba exiliado en Estados Unidos, autor del libro *La rebelión sin cabeza*, una crítica feroz al movimiento delahuertista y a su líder nominal. Propagandista de la campaña de Serrano y director del periódico *El Antirreeleccionista*, se le llegó a tachar de

poco confiable, e incluso de ser informante de Calles. Ninguno en lo particular, con excepción de Vidal, significaban alguna fuerza política de consideración y más bien eran individuos aislados en torno a la figura de Francisco R. Serrano.

La tranquilidad de Serrano y sus amigos al ser apresados le parece muy sospechosa al general Richkarday:

Serrano y sus amigos, cuando fueron aprehendidos por la policía de Cuernavaca se encontraban departiendo tranquilamente durante aquellos que dijéranse preliminares del festejo conmemorativo de su cercano onomástico. No se les encontraron armas ni municiones que pudieran aprovecharse para un movimiento de la naturaleza del que acababa de iniciarse en México. Tampoco se les encontraron documentos comprometedores relacionados con el mismo, ni nada absolutamente que comprobara su responsabilidad. Sin embargo, se ha podido confirmar que aquella serena e inofensiva actitud era parte del plan general de actividades a desarrollar y que todos ahí reunidos sí sabían a lo que iban, puesto que conocían de sobra los proyectos rebeldes, desde el momento en que, sin discreción alguna, se habían estado elaborando casi en forma pública. Lo que pasó fue que nunca se imaginaron el fracaso de Almada en Balbuena ni la desbandada de todos los que estaban comprometidos al saber que su Caudillo máximo había renunciado a jefaturar un movimiento que tal vez le hubiera costado la vida cubriéndolo de ignominia.³⁴

Al llegar a Calles la noticia de la aprehensión de Serrano y sus compañeros, es hora de tomar una decisión respecto del siguiente paso, bajo la fuerte presión del Caudillo que ve llegado su momento de ajuste de cuentas, ahora con su otrora íntimo Francisco R. Serrano. El general Richkarday, testigo de esas horas, nos aporta un nuevo relato:

...en la recámara de la Emperatriz Carlota, convertida en improvisado Salón de Acuerdos, se deliberaba sobre la suerte de aquellos infelices a quienes la fatalidad había hecho caer prisioneros. El general Obregón llevaba la voz en medio de una solemnidad impresionante y un silencio profundo. El presidente Calles, sumido en quién sabe qué extrañas reflexiones, apenas si de vez en cuando expresaba alguna opinión, concretándose a escuchar al héroe de Celaya, en tanto que el general

Amaro, indiferente e incommovible como una estatua de ébano, seguía el curso de la conversación, pronto a cumplir las órdenes que se le dieran.

¿Para qué traerlos a México —dijo Obregón encogiéndose de hombros—, si de todos modos se ha de acabar con ellos? Es preferible ejecutarlos en el camino.

Ninguno de los allí presentes se atrevió a protestar. Todos guardaron respetuoso silencio ante la palabra autoritaria del poderoso Caudillo.

Tomada la determinación, continúa diciendo que Calles manda redactar un oficio y lo entrega al general Claudio Fox, quien espera pacientemente en la sala contigua. Así reza la terrible orden:

Castillo de Chapultepec, 3 de octubre de 1927. C. general de brigada, Claudio Fox. Presente.

Sírvase marchar inmediatamente a Cuernavaca acompañado de una escolta de 50 hombres del Primer Regimiento de Artillería, para recibir del general Enrique Díaz González, Jefe del 57º Batallón, a los rebeldes Francisco R. Serrano y personas que lo acompañan, quienes deberán ser pasados por las armas sobre el propio camino a esta Capital por el delito de rebelión contra el Gobierno Constitucional de la República; en la inteligencia de que deberá rendir el parte respectivo, tan pronto como se haya cumplido la presente orden, directamente al suscrito. Presidente de la República, P. Elías Calles.

A las 10.45 de la mañana de ese 3 de octubre, a bordo del coche particular del general Amaro, un Lincoln Azul, Fox sale camino a Churubusco, a encontrarse con el coronel Nazario Medina y cincuenta hombres más. En el mismo automóvil también van el coronel Hilario Marroquín, el teniente coronel Carlos S. Valdez, el mayor José Pacheco, el capitán Pedro Mercado y «otros más».³⁵

No existe ningún pronunciamiento de Serrano o Gómez, ni señales de alguna rebelión estallada bajo sus nombres en alguna parte de la república. Por esos días el encargado de negocios de la Embajada de Estados Unidos, Shoenfeld, comunica a sus superiores que Soledad «Cholita» González, secretaria particular de Calles, habría sabido antes del 2 de octubre que Serrano hace planes para dejar la Ciudad de México, por lo que está convencida de que es inminente una nueva rebelión. Mientras el general Serrano se dirige a Morelos el

1 de octubre, Cholita y una empleada suya se disfrazan de campesinas y se presentan ante el general Juan Domínguez, jefe de operaciones militares en el estado de Morelos, y se le hace ver que el gobierno sabe que está involucrado en un golpe militar. Schoenfeld dice que Domínguez se muestra muy sorprendido, y más cuando Cholita le demanda, en nombre del presidente de la república, que capture de inmediato a Serrano y sus acompañantes. El jefe militar responde que esto «es imposible», porque ninguno de los oficiales obedecería sus órdenes y porque sería una traición a Serrano. Cholita entonces dice a Domínguez que el gobierno sabe que la familia del general está en la Ciudad de México, y en consecuencia sería víctima de represalias en caso de una negativa de su parte. También le hace ver las ventajas que se derivarían de obedecer al presidente Calles, incluyendo una promoción, una residencia en la Ciudad de México, fondos para propósitos personales y buen crédito con el gobierno. Después de vacilar por un momento, y «poniendo en la balanza las ventajas de traicionar a su amigo contra las ventajas que obtendría con Serrano», Domínguez expresa su disposición de ordenar el arresto. Esto, sin embargo, no sería realizado por oficiales regulares, sino por oficiales auxiliares como médicos militares y otros. El *attaché* militar de la embajada de Estados Unidos, por su parte, se entera por el diputado Ricardo Topete que Domínguez recibió un pago por cincuenta mil pesos y un automóvil como su recompensa personal por sus actividades en relación con la captura de Serrano.³⁶

La parte más interesante del mensaje de Shoenfeld es, sin embargo, el memorándum de Alan F. Winslow, primer secretario de la Embajada de Estados Unidos, que relata sus observaciones sobre el general Francisco R. Serrano y sus amigos. Winslow pasa el fin de semana en Cuernavaca con su esposa y dos amigos, e intenta regresar a la Ciudad de México en la mañana del lunes 3 de octubre. A las diez se le informa de un intento de golpe de Estado que tuvo lugar en la Ciudad de México, y de las órdenes del general Juan Domínguez de que ningún vehículo salga de Cuernavaca ese día, excepto por medio de un permiso especial. Como debía estar en la capital por razones de trabajo, a las once de la mañana Winslow busca al general Domínguez para obtener un permiso para regresar a esta ciudad, pero no lo encuentra. Ante la insistencia de Winslow, el oficial a cargo accede a otorgárselo. Mientras esto ocurre, el diplomático es-

pera alrededor de quince minutos, y en este tiempo puede observar al general Serrano, junto con otros trece personas, que están sentadas en el patio de los cuarteles militares y bajo una estricta guardia militar. Se entera que ellos llegaron a Cuernavaca, provenientes de «La Chicharra» alrededor de las siete de la tarde del domingo 2 de octubre, y disfrutaban las horas siguientes caminando despreocupados por la plaza. Descansan por la noche sin novedades y a las nueve de la mañana del lunes 3 son arrestados y llevados a los cuarteles. «Mientras estaban bajo custodia en el cuartel, el candidato presidencial y sus acompañantes estaban perfectamente calmados y daban la impresión de un completo desinterés; estaban leyendo periódicos, platicando amigablemente y departiendo libremente de tiempo en tiempo con un poco de cognac». Un amigo de Winslow puede intercambiar unas palabras con Serrano, a quien le dice que todo está bien con él y los demás. «Todos ellos tenían un aire de completa confianza y hasta entretenimiento por la situación». Con el permiso en la mano ahora los norteamericanos se dirigen hacia la Ciudad de México, pero no tarda en impedirseles el paso de cualquier manera, por lo que los norteamericanos deben regresar al cuartel y realizar nuevas gestiones, y así pasan varias horas hasta que finalmente logran llegar a Tres Marías a las ocho de la noche, donde escuchan algunos tiros. Encuentran desierto este villorrio y siguen su camino. Al llegar a una curva ven una pequeña desviación que sale de la carretera principal y se incorpora más adelante, en un tramo semicircular. Ahí existe un bosque muy espeso, y es sabido que en este rincón los ladrones de caminos hacen de las suyas. Winslow ve las huellas recientes de las llantas de la caravana en el inicio de la desviación, y ninguna en la salida a la carretera, lo que permite deducir que los vehículos están todavía en el sitio. Los norteamericanos entonces siguen su marcha hasta la Ciudad de México. En su memorándum, Winslow se pregunta por qué Serrano se deja capturar tan fácilmente. La única conclusión posible es que llegó a esta ciudad con la firme creencia de que el general Domínguez, sus oficiales y soldados le eran leales y que cuando la rebelión tuviera lugar «se harían de su lado». Según él, la confianza y falta de preocupación que mostró durante su detención en los cuarteles de Domínguez parecería indicar que aún en ese momento del juego contaba con la lealtad de Domínguez. Concluye su análisis afirmando que la traición de este militar

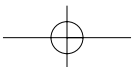
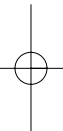
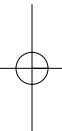
se debió a las amenazas o al cohecho de la Ciudad de México, o «como ocurre a veces en México», al mero oportunismo frente a los vientos que soplaban.³⁷

En la tarde del 5 de octubre, el curioso Winsolw regresa a la carretera a Cuernavaca, acompañado de uno de sus amigos que dos días antes le acompañaron, a la misma desviación. Observa ahora las huellas completas de los vehículos, de su entrada y su salida de ese claro del bosque; en una piedra cavernosa encuentran manchas de sangre y trozos de ropa manchada, mismos que son recogidos para analizarlos. Schoenfeld relata que el silencio del gobierno respecto de dónde y cuándo Serrano y sus compañeros fueron masacrados, está influido por el conocimiento por parte del primer secretario de la embajada respecto de lo que ocurrió en aquel día. El resultado de este silencio favoreció a una corriente de opinión en el sentido de las irregularidades flagrantes que rodearon esa ejecución, tanto en lo que se refiere a los procedimientos de la corte marcial como a los «fusilamientos».³⁸

Mientras Serrano y compañeros son detenidos en Cuernavaca, en Torreón tiene lugar un baño de sangre. Según un boletín de prensa dado a conocer en la madrugada del 3 de octubre, en Torreón el 16 batallón de Infantería pretendió sublevarse, siendo sometido por las fuerzas del general José San Martín, comandante militar del distrito. El incidente culmina al ser desarmada la tropa derrotada y pasados por las armas el teniente coronel Augusto Manzanilla, y toda la oficialidad del batallón, «por habérseles comprobado su responsabilidad en el movimiento sedicioso». Aquí no se dice, pero también el doctor Rafael Cepeda es aprehendido. Pero existen serias dudas sobre si el acontecimiento no es más que una maniobra para justificar la represión sobre Serrano y Gómez. El 16 batallón de Infantería está compuesto de no más de trescientos soldados, atacados por tropas federales de número considerablemente mayor. De acuerdo con las primeras informaciones oficiales, cuarenta personas son asesinadas y cien heridas, pero según el cónsul americano en esa población, William I. Jackson, las bajas son de mayor número, incluyendo las de cuarenta mujeres y niños. El gobierno sostiene además que la policía intentó respaldar a los supuestos rebeldes, por lo que fueron ejecutados alrededor de quince, incluyendo a su jefe Florentino García. Pero el incidente tiene algunos puntos oscuros difíciles

de explicar. Uno de ellos es que el 43 batallón de Artillería, que se supone sorprende al 16 batallón al intentar capturar el arsenal, es el primero en hacer fuego. También la declaración del general José San Martín, quien sostiene que puesto que los miembros del 16 batallón eran conocidos como simpatizantes del general Arnulfo R. Gómez, fueron enviados desde Veracruz a Torreón. El cónsul apunta que no le parece probable que el batallón 16, consistente de trescientos personas, intentara capturar el campo militar donde hay algunos miles de soldados, y de acuerdo con algunos testigos oculares, los primeros fueron atacados mientras dormían. Si los soldados del 16 batallón de infantería realmente se amotinaron o si las autoridades militares forzaron la pelea con la idea de purgar al ejército de simpatizantes de Gómez (o de Serrano, agregaríamos), es difícil de decir, pero si la revolución fue intentada, fue pobremente organizada y en lo que a Torreón se refiere, parece que fue anticipada por las autoridades militares, y cruelmente suprimida.³⁹ En una comunicación posterior, el cónsul americano sostiene ahora un punto muy interesante: «Estoy convencido de que las tropas del 16 batallón de infantería de Torreón no se rebelaron y que la lucha fue debida a un ataque preparado con anterioridad, ya sea ordenado por el gobierno o por iniciativa de las autoridades militares de Torreón. Por qué el gobierno o las autoridades militares habrían perpetrado tal atentado, es difícil de decir, pero la opinión general parece ser que fue hecho con la idea de anticiparse a cualquier movimiento revolucionario. Me doy cuenta de que esto es un cargo serio contra el gobierno de México, y que es difícil pensar que cualquier gobierno supuestamente civilizado en el mundo de hoy deliberadamente ordene la masacre de una de sus tropas, y aunque hay una posibilidad de que esté equivocado, pienso que el Departamento (de Estado) estará de acuerdo con la evidencia apuntada debajo de que hay cierta base para mi afirmación». Relata que un ciudadano estadounidense, a cargo de un panteón privado en Torreón, fue llamado por las autoridades militares para arreglar el entierro de los muertos. Informa también que ninguno de los soldados del 16 batallón de Infantería estaba completamente vestido. La mayoría de los soldados no tenía pantalones, y aunque algunos tenían puestos sus zapatos, ellos no estaban atados, y sólo uno de los soldados muertos del 16 batallón de Infantería tenía puesta su canana de cartuchos, mientras que todos los muertos del 43 batallón de

Infantería estaban completamente vestidos con zapatos, zanquilar-
gos, camisas, sombreros, pantalones y rifles. Esto indicaría, continúa
el cónsul, que las tropas del 16 batallón fueron atacadas mientras
dormían y que esto se deriva de las declaraciones de algunas de las
mujeres de los soldados que pudieron escapar. Los miembros de la tro-
pa de Torreón viven con sus familias en el campo militar, que está
rodeado por una barda de adobe. El cónsul es informado «aunque
no lo puedo verificar», que las familias de los soldados del 43 Regi-
miento de Artillería, quienes empezaron la balacera, no estaban en
el campamento esa noche. Un número de oficiales del 16 batallón de
Infantería pasaban la noche del ataque en un hotel en Torreón. Ellos
son arrestados y con otros, once en total, incluyendo el teniente co-
ronel Manzanilla, ejecutados en la mañana del 3. Aunque la comu-
nicación oficial del general José San Martín sostiene que fue hecho
después de que su conexión con la revuelta se había establecido, el
cónsul tiene la certeza que no fueron condenados por una corte
marcial. Desde que empezaron las ejecuciones el día de la supuesta
rebelión, se piensa generalmente que al menos hay doscientas per-
sonas fallecidas. El 8 de octubre, el general Alberto Salazar, un ge-
neral del ejército de Villa, es ejecutado en la prisión militar de Torreón.
«Aunque la opinión general entre los mexicanos y extranjeros en esta
ciudad ha sido que todo el asunto fue un asesinato brutal sin causa
más allá que una aprehensión nerviosa por el gobierno de que era in-
minente una revolución... investigué desde todo ángulo posible y es-
tuve convencido que en lo que a Torreón concierne ninguna revuelta
se intentó y que solamente el gobierno es responsable de los proble-
mas en la ciudad».⁴⁰ La información de los norteamericanos plantea
seriamente la posibilidad de que los acontecimientos de Torreón sean,
en efecto, fabricados por las mismas autoridades, para tener un pre-
texto para atacar a Serrano y a Gómez, acusándolos de sedición. De
hecho, ellos, las maniobras de Balbuena y la retirada de Almada ha-
cia Texcoco se esgrimirían como las causas que motivaron la «enérgi-
ca» respuesta del gobierno, según las versiones oficiales.



IX

LA HECATOMBE DE HUITZILAC

El personaje más destacado del lado de los autores materiales de la llamada matanza de Hutzilac es el general Claudio Fox, quien está al frente del grupo ejecutor. Personaje oscuro y de rudo talante, de un historial sin méritos particulares, cuenta con una dilatada carrera iniciada en la División de Occidente bajo el mando del general Manuel M. Diéguez. Con el ánimo de defenderse ante las acusaciones por el malhadado papel que le tocó jugar en los sangrientos sucesos, sostiene reiteradamente que el azar y el sentido marcial del deber fueron los responsables de su actuación. La versión tuvo variaciones según el momento y sus interlocutores. Una de ellas es que al presentarse a recibir órdenes, dado que «se había enterado de la rebelión de Serrano», y pedir permiso para regresar a Guerrero, a Fox se le informa que «va a tener el mando de una brigada de caballería que va a perseguir a los que se fueron por Texcoco o a los de Perote. La indicación me agradó. Salía a combatir». En el Castillo de Chapultepec se encuentra con el presidente Calles, acompañado de los generales Álvaro Obregón, Joaquín Amaro y Roberto Cruz, así como el doctor José Manuel Puig Casauranc, Fernando Torreblanca y Luis Montes de Oca. De hecho, Cruz ya se había negado a aceptar la comisión de recibir a los prisioneros y matarlos en el camino a México, alegando, entre otras cosas, «que tenía en sus manos los hilos de investigación respecto a otros jefes complicados» (según Fox), su larga amistad con Serrano e incluso su fraternidad masona (de acuerdo con Reynaldo Jáuregui).¹

El general Roberto Cruz relata a Juan Barragán que al mediodía del 3 de octubre, el presidente Calles le manda llamar. Le informa que Serrano y sus amigos han sido apresados en Cuernavaca y le or-

dena que se dirija a un punto entre la carretera a la Ciudad de México a fin de hacerse cargo de los prisioneros y ejecutarlos. Aterrorizado por lo que oía, sin vacilar Cruz se rehúsa a acatar la orden, argumentando que Serrano es su amigo cercano. Obregón, que está atento al diálogo, se pone furioso por este rechazo y Calles, aunque más calmado, acusa a Cruz de «insubordinación». Pero quien es requerido y se niega a ser un instrumento del proditorio crimen permanece firme y como resultado es hecho prisionero en el Castillo de Chapultepec por cerca de tres horas.² Pasado el enojo del momento, Cruz aboga por la vida del que fue su jefe y es su amigo, ante Calles, «a quien encontró preocupado y pensativo»:

Mi general, nos hemos dado cuenta de que se ha dado la orden de matar al general Francisco Serrano y a todos los acompañantes y vengo a pedirle, mi general, que revoque esa orden. El general Serrano no se ha levantado en armas ni hay nada que pueda perturbar la estabilidad del gobierno; si usted me autoriza yo salgo inmediatamente a Cuernavaca, me traigo al general Serrano y lo pongo detenido en donde usted me indique; castíguelo o destiérrelo, bajo mi más estricta responsabilidad yo lo llevo a la frontera. Hice lo posible por salvar al general Serrano porque haciéndolo salvaba a todos los demás; nada pude conseguir porque como digo, estaba de por medio la terrible influencia de Obregón.³

Ante la negativa del general Cruz, Fox recibe la orden de liquidar a Serrano y sus amigos. Para la tarea se requieren hombres duros y sin escrúpulos, porque si Serrano queda vivo, es de preverse que sus muchos amigos podrían reaccionar en su favor. Según Fox, Calles le muestra copia de un mensaje dirigido al brigadier Enrique Díaz González, comandante del 57 batallón, en el que se decía: «Sírvasse usted marchar con los prisioneros rumbo a esta capital y al encontrar en la carretera al general Claudio Fox, hágale entrega de las siguientes personas: general Francisco R. Serrano, general Carlos A. Vidal, general Miguel Peralta, licenciado Rafael Martínez de Escobar, Alfonso Capetillo, Otilio González, Antonio Jáuregui, José Villa Arce, Augusto Peña, Daniel Peralta, Ernesto Noriega Méndez, Enrique Monteverde y Carlos B. Ariza». Calles añade verbalmente que «todos los presos habían sido ya juzgados y condenados a muerte por un

consejo de guerra sumarísimo», sentencia que debía cumplirse. Fox agrega que el general Nazario Medina tenía órdenes de salir con él en compañía de cincuenta hombres a cumplir el supuesto fallo del inventado consejo. Fox sugiere al presidente que la orden le sea dada por escrito, a lo que el presidente puso de su puño y letra esta frase en el papel: «Los que integran la presente lista serán ejecutados en el camino y traídos sus cuerpos a esta capital». Luego la firma y Fox sale a cumplir la orden.⁴

En otra de sus versiones Fox comenta que por casualidad recibe las órdenes de hacerse cargo de ejecutar a los prisioneros, y que la disciplina militar le «colocó en un dilema tremendo», porque entre ellos se encontraban «varios amigos míos: Serrano, el capitán Méndez, el general Vidal y Octavio Almada». Repitiendo el episodio del encuentro con Calles, relata que una vez fuera del castillo, Fox ve que no llega aún su automóvil, y el general Amaro que le acompaña le ofrece su Lincoln azul. Al dirigirse a él, encuentra que ya está ocupado por algunos jefes y oficiales, entre los que reconoce al teniente coronel Pedro Mercado. Una vez adentro del automóvil, Amaro se le acerca y le dice en voz alta, para ser escuchada: «Estos muchachos son comisionados, porque son de absoluta confianza», a lo que Fox responde su conformidad, suponiendo que estos oficiales tienen instrucciones precisas sobre su labor a realizar. Toman rumbo a la Calzada de San Antonio Abad, donde se encuentran con catorce o quince coches de sitio, que ocupan los soldados bajo la orden del coronel Nazario Medina, acompañado por el teniente coronel Carlos S. Vidales, el mayor Pacheco y otros oficiales del primer regimiento. El coronel Hilario Marroquín se incorpora al grupo y se inicia la marcha a Cuernavaca a las doce; y a las dos y media de la tarde, delante de Huitzilac, se encuentran con la columna del general Díaz quien conduce a los prisioneros que ocupan pocos carros y la tropa marcha pie a tierra. Díaz pide la entrega de un recibo, a lo que Fox le contesta que no es necesario, porque tiene el mensaje del presidente Calles.⁵

Fox comenta en una entrevista en septiembre de 1960 que había hablado con Obregón en su casa de la avenida Jalisco antes de presentarse en el Castillo de Chapultepec a recibir las fatídicas órdenes.

Yo estaba comisionado militarmente en Oaxaca y vine por esos días a la Ciudad de México, porque tenía un amorcito por el Teatro Principal... El 3 de octubre iba a regresarme a Oaxaca, pero antes quise pasar —de purito lambiscón— a saludar al general Obregón en su casa de la avenida Jalisco. Eran como las nueve de la mañana de aquel para mí desgraciado día, cuando el Hombre Fuerte, jefe de todos nosotros, me recibió... Ya estaba casi de salida cuando me alcanzó un ayudante diciéndome: «Mi general le llama nuevamente...». Di media vuelta, entré a la sala y Obregón, de pie, tan sólo me dijo lo siguiente: «No te vayas hoy a Oaxaca; he pensado darte una comisión que ya tenía dispuesta para Roberto Cruz, pero qué bueno que hayas venido tú. Vete al hotel en donde estás y no salgas, yo mandaré por ti más tarde». Eran como las dos de la tarde cuando otro ayudante fue por mí. Y me llevaron hasta el Castillo de Chapultepec...⁶

Fox falta a la verdad respecto de su presencia en México «por mera causalidad», porque en los días previos a la matanza se encontraba ya en este lugar, llamado por Amaro con algún propósito relacionado con su tarea de verdugo. La mejor prueba es su asistencia a las maniobras de Balbuena del martes 27 de septiembre, al lado de Calles y del secretario de Guerra, como puede leerse en los periódicos del día siguiente.⁷

Por su parte, al coronel Nazario Medina —jefe del primer regimiento de artillería con acuartelamiento en Santiago Tlatelolco— en la mañana del 3 de octubre de 1927 se le ordena que prepare una escolta de cincuenta hombres y varios jefes u oficiales y se ponga a las órdenes del general Claudio Fox. Cada uno de los elementos es provisto de doscientos cartuchos, y en automóviles emprenden la marcha desde Tlatelolco hasta la calle de Allende; toman Belisario Domínguez, siguen por Brasil, pasan por el Zócalo, para continuar por Cinco de Febrero hasta la Calzada de Tlalpan, punto de unión con el general Fox y acompañantes. De aquí seguirían en dirección a Cuernavaca, donde la tropa «batiría a los rebeldes». El sargento Alfonso Covarrubias señala que la escolta es mandada por el teniente coronel Carlos S. Valdés, el capitán primero Gabriel G. Durán González, el capitán segundo Salvador Guerrero Guzmán, el teniente José Escamilla Nieves y el subteniente José Alvarado Manzano, todos bajo las órdenes inmediatas del coronel Nazario Medina. En algún

punto de la carretera a Cuernavaca, Fox, Medina y sus acompañantes se encuentran con otra caravana similar dirigida por el general Díaz, quien llegaba con los prisioneros desde la capital de Morelos. Éste desciende de su automóvil y se aparta de la carretera donde conversa unos momentos con el general Fox que se encuentra de pie. Luego el general Díaz personalmente acomoda en los nuevos coches a sus prisioneros de esta forma: un prisionero, tres soldados y un coronel o dos oficiales o jefes. El sargento Covarrubias y el cabo Ceferrino Maya García se hacen cargo del general Serrano, conduciéndole al coche designado. Según el testimonio del primero, «el general Serrano se mostró muy atento. Vestía traje color oscuro, sombrero claro y zapatos de charol. Fumaba con frecuencia y no parecía afectado. Si lo estaba, lo disimulaba con energía. Nos dio unas palmadas en la espalda cuando iba a subir al coche que le tocó. Luego nos preguntó qué grado teníamos en el ejército. Yo creo que sólo lo hacía para entablar conversación, para decir algo, para cruzar palabras con alguien. Cuando supo nuestros grados, el general Serrano sonrió con afabilidad y nos dijo: No desmayen, muchachos; así se empieza, ya llegarán». Más adelante, el sargento Covarrubias relata que cuando el general Serrano subió al camión, se le levantó el saco y se pudo observar que traía una pistola. El coronel Valdés le pide que se la entregara, a lo que Serrano obedece de mala gana y tira su carrillera al suelo.⁸

La caravana invierte su marcha, para dirigirse a la Ciudad de México. Fox encabeza la columna en su automóvil. Serrano pregunta al coronel Valdés, ya un poco nervioso, si se les llevará a México o fusilará en el camino, a lo que se le contesta: «No tenga usted cuidado, mi general: la orden es que los llevemos a México». A la caída de la noche, Fox dispone que se haga un alto y desciendan todos los ocupantes de los automóviles.⁹ Cuando Serrano tiene enfrente al verdugo mayor le pregunta: ¿Qué hace el viejo? (refiriéndose a Calles). No sé, Pancholín. ¿Qué pasa en México? Te repito que no sé, yo no soy político, Pancholín. ¿Qué van a hacer? Vamos a México. «Con esta frase quise ocultarle a Serrano lo que iba a suceder; comprendía que si les informaba de su ejecución pasarían unas horas terribles; me proponía no prolongarles su agonía», dice Fox. Interroga a los prisioneros sobre las armas que portan, a lo que los hermanos Peralta responden que llevan pistolas. Miguel, cuando se le acercó Me-

dina a desarmarlo, le dice: «Yo soy general de brigada y no permito que un inferior me desarme. A usted se la entrego. En esos momentos Peralta hizo que se le cayera un cargador, seguramente con intenciones de que lo levantara y obrara en alguna forma, pero le dije: levántelo, y así lo hizo. Esas pistolas las entregué en la noche a Calles». Al reiniciar la marcha, Martínez de Escobar pide permiso de hablarle a los soldados, pero le responde el oficial a cargo: «el único autorizado para dirigir la palabra a los soldados, soy yo. Usted es un civil. Y aquí no habla más que yo».¹⁰ Los seis principales prisioneros van en automóviles, pero todavía sobran ocho de ellos, que son colocados en un camión facilitado por el general Enrique Díaz. Al llegar a Huitzilac, Fox compra varios metros de cordón (o de alambre, dicen otros) y lo secciona en partes iguales, para luego ordenar que se aten las manos a la espalda de los prisioneros. Serrano protesta: «¿qué pasa aquí? ¡Esto es un atropello, una tremenda infamia!» Recibe como única respuesta un golpe de pistola en la cabeza, pero se resiste todavía a que se le aten las manos, como igual lo hace el licenciado Rafael Martínez de Escobar.¹¹

Entre los kilómetros 48 y 49 de la carretera a Cuernavaca, cerca de los villorrios de Tres Marías y Hutzilac, Fox ordena que se haga un alto para cumplir con su encargo, ya apurado porque la noche caía y pronto faltaría la luz natural. Los prisioneros bajan de los vehículos. Al general Fox se le aproximan el coronel Hilario Marroquín y el teniente coronel Pedro Mercado, suscitándose una discusión porque ambos buscan encargarse del general Serrano. Sintiendo su fin próximo, éste se dirige a los oficiales y a la tropa: «¿Qué van a hacer, muchachos? Van a manchar las armas del ejército. No cometan, por su honor, asesinatos». El teniente coronel Marroquín se acerca de inmediato, ordenándoles: «¡No hagan caso de súplicas! Cumplan con las órdenes que les doy o los castigaré severamente». Por su parte y en su propia versión, Fox llama a Medina y le ordena: «Cumpla con las órdenes que tiene usted. Procure que todo se haga sin exceso y dentro de la menor violencia posible. Si se me desobedece en este sentido, fusilo inmediatamente al que falte a mis instrucciones».¹² Revela que el coronel Marroquín dio las órdenes a la tropa y oficiales para que se procediera, y que los automóviles se ubicaran veinte metros más allá, para que los choferes de los vehículos —que eran civiles— no presenciaran lo que iba a ocurrir. Una vez que los pri-

sioneros quedan a orillas del camino, se les destina a cada uno de ellos un clase —cabo o sargento— y un soldado con carabinas máuser. El soldado Cisneros García relataría años después que le tocó quedarse como parte de un contingente ubicado a cierta distancia y observó que un sargento, de nombre Edmundo Espinosa, se resistía a disparar bajo la orden del coronel Marroquín. El cabo Donaciano Martínez, por su parte, recuerda que el sargento Espinosa no hizo fuego, y como de rayo tuvo encima a Marroquín quien le espetó: «¿Qué te pasó? No vaya a sucederte lo mismo». Lo más difícil fue iniciar la lluvia de balas, porque se percibía una atmósfera de desconcierto y miedo de la soldadesca, por ignorar la tarea que realizaría. El sargento Espinosa desertó al día siguiente y no se supo más de él.¹³ Viene ahora el relato del periodista tabasqueño Pepe Bulnes, quizá mitad ficción y mitad verdad —nunca se sabrá—, de cómo ocurrieron los minutos terribles siguientes. El coronel Marroquín ordena a cada uno de los soldados que tome a un reo y lo fusile, pero los soldados están petrificados, sin acatar las órdenes. El primero en obedecer es el sargento Espinosa, que mata al general Carlos V. Ariza, si bien al principio se niega a hacerlo, pero acaba disparando, puesto que Marroquín le ha puesto su escuadra en la cabeza y le amenaza de muerte si no obedece. Así fueron cayendo uno a uno. Bulnes menciona nombres de los verdugos y sus víctimas: teniente José Escamilla Nieves, capitán Salvador Guerrero Guzmán, sargento Alfonso Covarrubias Bejarano, soldado José Osorio Rodríguez. Del lado de los victimados, el periodista Alonso Capetillo suplica al capitán Santiago Domínguez que telegrafe al general Calles, «para que sepa que soy callista». El poeta saltillense Otilio González, en cambio, está sereno y espera resignado que el cabo Zeferino Mayo García lo acribille. Menciona al entonces teniente coronel Luis G. Alamillo, de la escolta de Amaro, como el asesino de Miguel Ángel Peralta, mientras que el capitán Mercado Carrillo mata a Daniel Peralta. El capitán Santiago Domínguez inmola a Rafael Martínez de Escobar. Carlos Valdéz Armenta acribilla al general Carlos A. Vidal. El coronel Marroquín, ya enloquecido por la sangre ya derramada, se acerca al coche de Serrano y le dice con parsimonia: «con su permiso, mi general, ahora le toca a usted». Impaciente porque no baja con la rapidez que desea, lo jalonea con violencia y lo abofetea, y Serrano alcanza a llamarlo cobarde. Marroquín arrebató una subametralladora Thomp-

son a uno de los suyos y a boca de jarro lo rocía de balas, de arriba abajo y de derecha a izquierda sobre el pecho. Aquí entra el capitán Ernesto Noriega Méndez K., «Cacama», que aunque atado de manos intenta defender a su jefe, para recibir luego una ráfaga de balas.¹⁴ El testimonio del sargento Covarrubias es algo distinto al anterior. Sostiene que el general Serrano pide al teniente coronel Valdés que le conduzca hacia Fox o Medina, como último favor: «Ya sé que me tienen que matar, pero deseo hacerles algunos encargos para mi familia». Este dicho no convence, porque Serrano no tenía una familia sino varias. Como Valdez le dice que no es posible hablar con ellos, Serrano pide entonces que le conduzcan con Marroquín. Este se encuentra atento a su macabra tarea, acompañado de dos oficiales del Estado Mayor de Amaro, hecho una furia con una escuadra 45 en la mano. «Vi cómo el teniente coronel Valdez, los oficiales del Estado Mayor y el teniente coronel se habían agrupado frente al general Serrano, como si lo estuvieran oyendo, y de pronto sonó una descarga de varias pistolas y ametralladoras, cayendo el general Serrano». Covarrubias sostiene que los muertos fueron acomodados uno en el asiento trasero y otro en el piso del mismo coche, acostados, no sentados.¹⁵ Cuando Fox le pregunta a Marroquín por qué había destrozado tan bárbaramente el rostro a Serrano, se limita a responder: «Como no se quería morir y estaba sufriendo mucho el pobrecito general, tuve necesidad de darle varios tiros de gracia».¹⁶

Según Fox, él y Medina recorrieron alrededor de kilómetro y medio a pie para alejarse del lugar de los catorce asesinatos, oyendo las descargas cerradas a la distancia.¹⁷ Según Medina, él va solo en el último coche de la comitiva, y no se baja, sino que desde allí contempla los movimientos de soldados y oficiales. Ahora:

pude darme perfecta cuenta de que todo el dispositivo era el de una ejecución. Hasta esos momentos jamás se me había tomado en cuenta para ninguna comisión, por el jefe supremo de aquella expedición, general Fox. Por esta razón, y por no sancionar con mi inútil presencia aquel espectáculo, y a la vista de todos los circunstantes, me alejé algunos kilómetros. Hice alto en un recodo del camino. Descendí del automóvil y esperé el regreso de la comitiva... cuando a los pocos momentos llegó un coche junto al mío descendiendo de él el general Fox, quien me dijo: «Medinita» (así me llamaba este señor) se me había pa-

sado mostrarle la orden escrita que recibí en la presidencia de la República para proceder como usted lo ha visto». Y llevándose la mano a la bolsa de su guerrera, me alargó un pliego que leí. Efectivamente, era la orden...¹⁸

Después de la ejecución principal, se escuchan tres detonaciones aisladas. Dice Fox: «Me encolerizó esto porque se faltaba a mis instrucciones. Había tenido en cuenta que con los cincuenta hombres que llevaba no se podía ejecutar simultáneamente a todos conforme a las reglas para estos casos: cinco hombres, cuando menos, por cada prisionero. Y de hacerlo aisladamente, habría resultado que la agonía de todos se habría prolongado innecesaria e inhumanamente... Al oír esos tres tiros, ordené a Medina que investigara la causa de los tiros aislados». Fox se entera que son los correspondientes a Villa Arce. Va al sitio donde están los cadáveres, y advierte que un muerto tiene un pie desnudo: «Me indigné, porque en mi concepto se cometía una grave falta. Moví al cuerpo para darme cuenta de quién era y reconocí al general Serrano. Entonces en voz alta ordené: busquen el zapato que falta y al que se le descubra, se le fusilará inmediatamente. En respuesta cayó dentro de la luz del faro el zapato que era de charol y de una sola pieza».¹⁹ La rapiña de los asesinos acentúa la indignidad de sus conductas. El interés de Marroquín y Mercado, así como de algunos oficiales de hacerse cargo de los prisioneros más prominentes, está no tanto en hacer méritos como en apoderarse de lo que llevaban encima. Los de mayor rango se van sobre anillos, fistoles, carteras y cuanto objeto pueden; siguiendo su ejemplo, los soldados se fueron sobre las prendas de vestir de los infelices.²⁰

Una vez concluida la matanza de Serrano y sus trece acompañantes, sus cadáveres son llevados a la Ciudad de México en autos, a donde llegan a la una de la mañana del día siguiente, el 4 de octubre. Víctimas y victimarios entran a la calle de Claudio Bernard hasta la Calzada de la Piedad (hoy avenida Cuauhtémoc), luego por la avenida Chapultepec, la avenida Sonora, se detienen casi a la entrada del Bosque de Chapultepec, en la Calzada de las Palmas, donde esperan alrededor de media hora. Fox sube al Alcázar de Chapultepec a rendir parte de su cobarde encomienda y se encuentra con el presidente Calles, los generales Álvaro Obregón, Joaquín

Amaro y José Álvarez y Álvarez, el doctor y general Enrique Osorio, el ingeniero Alberto J. Pani y Fernando Torreblanca y Luis Montes de Oca, entre otras personas.

Buenas noches, señor presidente. Están ya cumplidas sus órdenes. Abajo, en Las Palmas, están los cadáveres y la tropa que les sirvió de custodia, para lo que usted tenga a bien ordenar.

Calles ordena al general Osorio que se practique la necropsia de ley a los cadáveres antes de la entrega a sus deudos, y en algún momento Obregón comenta a Fox que estaba preocupado por la tardanza, pues unos alzados merodeaban por Huitzilac y temía que algún acontecimiento grave hubiera acontecido. Para calmar el inocultable nerviosismo de Fox, Calles le invita a tomar un café, y al terminarlo pide autorización para retirarse. Cuando sale, Calles le pide la orden, misma que rompe en pedacitos y arroja a una escupidera cercana, mientras decía «Esto ya no tiene ningún objeto». Fox concluye su versión diciendo que con este acto de Calles, sentía «como si me hubieran quitado un enorme peso de encima».²¹ Por su parte, Medina manifiesta que si hubiera recibido una orden escrita como la del general Fox, cumpliría sin vacilaciones, «pero con las formalidades militares debidas, para salvar mi dignidad de soldado y de hombre de honor».²² En un relato de dudosa licencia literaria, antes de que los cadáveres sean llevados al Hospital Militar, Obregón desciende al lugar donde se encuentran, y contempla a la luz de una lámpara sorda a cada uno de los muertos. «Permanece un instante frente al cuerpo ya irreconocible de Serrano. Sufre un estremecimiento. Para disimularlo, dice: A esta rebelión ya se la llevó la chingada. Da media vuelta y regresa al Castillo».²³

En una enésima entrevista, la última que concedió en su vida, Fox recuerda así los momentos del «parte de guerra» entregado en el Castillo:

Eran las once y veinte de la noche, cuando llegué con «la carga» al Castillo de Chapultepec... Inmediatamente pasé a un salón del Castillo y medio minuto después se me introdujo a otro de los salones. Estaban allí, nuevamente, tan sólo dos personas: el presidente Calles y el Gral. Obregón. El Gral. Calles permanecía recostado en un diván y ta-

pado hasta la cintura con un grueso jorongo. Su cara era enrojecida y me dio la impresión de que estaba agripado. El Gral. Obregón estaba de pie; se hallaba en mangas de camisa y uno de los tirantes del pantalón lo traía caído... Mi general Obregón, sus órdenes están cumplidas, ¿tiene usted algo más que ordenar? Vamos... vamos —respondió Obregón, y cogiendo una pelerina y llamando en voz alta a su ayudante de puerta, pidió a la vez una lámpara sorda y junto conmigo salió conmigo rumbo a la rampa. Mientras tanto, el presidente Calles, mantenía el semblante severo y veía y veía muy profundamente por todos los ámbitos. En esos instantes no pronunció palabra alguna y, sin moverse siquiera, continuó recostado sobre aquel diván y con el jorongo —pintito— hasta la cintura. Tengo la impresión de que el Gral. Calles estaba profundamente asqueado en aquellos momentos...

Según Fox, Obregón luce satisfecho, pero desea constatar con sus ojos que la tarea se cumplió sin problemas, y no se le percibía ni el más ligero asomo de pena o remordimiento:

De la puerta del Castillo por donde salimos, hasta la rampa, el Gral. Obregón no pronunció palabra. Su paso era rápido y firme; detrás de nosotros venían dos oficiales del Estado Mayor Presidencial y llegamos hasta el camino de los muertos, el cual se encontraba materialmente lleno de sangre y lodo. El general Obregón, tras de pedir la lámpara sorda, enfocó y preguntó: ¿cuántos son...? Son catorce, mi general —respondió Fox. Ah... muy bien...¿Y Pancho? ¿Dónde está Pancho que no lo veo? Acá está, mi general —respondió un soldado que estaba ya arriba del camión de los muertos. A ver... a ver; bájenlo, que quiero verlo. Y cuando se bajó el cadáver del Gral. Francisco R. Serrano y quedó tirado sobre las baldosas de la rampa del Castillo de Chapultepec, el Gral. Álvaro Obregón, exclamó irónico cual era su costumbre: ¡Qué feo te dejaron, Pancho...! E inmediatamente después, agregó: «No digas que no te doy tu “cuelga”; en unos minutos más es el día de San Francisco».²⁴

Suponiendo sin conceder que el general Serrano y sus compañeros son el centro de una trama conspiradora mientras se divertían en Cuernavaca, la verdad es que al momento de ser aprehendidos no son unos sublevados, ni cuentan con armas ni con ningún ele-

mento que les incrimine. Luego son bajados en el bosque de Tres Marías y ejecutados apresurada y cruelmente, sin formación de causa, sin procedimiento legal de ningún tipo. Al preguntarle Richkarday al coronel Hilario Marroquín por qué mató en la forma en que lo hizo, se limitó a responder: «Fox me dijo que los fusilara con todas las de la ley, pero como eso era muy tardado y se estaba haciendo noche, pensé que era mejor así para acabar más pronto y evitar que se me escaparan. Ahora vamos a ver qué dice el Jefe Amaro».²⁵ Suponiendo sin conceder, Amaro está de acuerdo con los procedimientos y los resultados obtenidos, porque ningún castigo se derivó de la actuación de Marroquín y los demás.

Una vez retirados del Castillo de Chapultepec, los vehículos con su carga se dirigieron a Paseo de la Reforma, y al llegar al Caballito dos coches con tropa se dirigieron por la calle de Rosales rumbo a su cuartel, y otro grupo sigue con los cadáveres rumbo al Hospital Militar, donde son bajados. En los mismos coches tintos de sangre, este último grupo se dirigió a Santiago Tlatelolco. Al día siguiente en el cuartel circulan prendas de los asesinados, como si fueran despojos de guerra. Pesa sobre los implicados la orden del silencio, pero lo que se ve es más que elocuente. El cabo Hilario Pérez trae un sombrero texano Siete Equis Stetson, con ligeras manchas de sangre. El sargento Jerónimo de la Cruz presume varias monedas de oro y algunos anillos. El soldado José Osorno Rodríguez trae un reloj que empeñó en cuarenta pesos, y finalmente el coronel Nazario Medina se lo queda, como infausto recuerdo.²⁶ A cada uno de los soldados le toca 1.50 pesos oro, eso es lo que vale una actuación que debe haberles dejado alguna memoria, una mella en su conciencia.

En una misiva a Vito Alessio Robles, Fox niega haber matado al general Serrano y a algunos de sus compañeros con su propia mano, y reitera que se encontraba alejado del lugar de la tragedia a no menos de un kilómetro. Insiste en «la concurrencia a los hechos» de los coroneles Nazario Medina, Crispín Marroquín y Carlos C. Valdés, «dos mayores del Estado Mayor Presidencial cuyos nombres no recuerdo y un mayor jefe de la policía judicial federal». Señala bien la responsabilidad de Nazario Medina:

...al transmitírseme por la Superioridad las órdenes respectivas, se me agregó con entera precisión que sobre las ejecuciones a que aquéllas se

referían, ya llevaba instrucciones el coronel Medina, lo que por otra parte, era lógico que así sucediera, desde el momento en que el contingente militar que intervendría era del Regimiento de que era jefe nato y ponía a sus inmediatas órdenes e iba expensando suficiente (sic) como también se me dijo, con el dinero que se requería (que se le entregó en centenarios), para el transporte de la tropa. Yo me hice cargo de ella en pleno camino, en donde no pudo haberse encontrado sino con órdenes de su jefe inmediato. Además, es infantil suponer que la Superioridad, que tenía confianza en el coronel Medina, y por eso le señalaba una fundamental participación en lo que tan intensamente le preocupaba, cual era aportar y conducir la fuerza que era el todo, mantuviese al mencionado jefe en una absoluta ignorancia de lo que iba a suceder. Que yo di todas las órdenes del caso, como lo afirma el general Medina, hasta demostrando el celo que él indica, es algo que concedo y que dentro de la manera que me fue habitual como jefe de fuerzas, no podría haber sido de otro modo, y él debe recordar que esas órdenes eran transmitidas precisamente por su conducto.²⁷

Como en una catarsis, Fox habla de su papel en la trágica experiencia en que le tocó ser el verdugo a las órdenes de Obregón, Calles y Amaro. En ocasiones externa culpa y arrepentimiento, y se presenta como víctima de las circunstancias y de las malas artes de la casualidad. Al periodista Francisco de la Vega le confía algo imposible de creer, que fue su pensamiento «rebelarse a favor de Serrano». En uno de los varios incidentes de la caravana de la muerte, se rompió el cinturón del ventilador del coche del general Joaquín Amaro en el que Fox se transportaba. Detenido el vehículo, y ante el fracaso del chofer de solucionar el problema, el «Chivo» Almada se baja del suyo y con habilidad hizo el nudo al cordón improvisado para que el abanico funcionara de nuevo. Y Fox agrega:

Yo pensé para mí: si este hombre supiera que está ayudando para que con mayor rapidez se acerque al lugar donde va a morir, posiblemente obraría de otra forma. Yo observé con cierto sentimiento las facciones juveniles de Almada, y, debo confesarlo, pasó por mi mente la idea de rebelarme y salvarles la vida tanto a él como a Serrano y demás amigos. Debo decir que yo era más amigo del «Chivo» que de Serrano o de cualquier otro de los individuos allí prisioneros.

Pero continúa diciendo que estaba rodeado de soldados, oficiales y jefes que le eran extraños, además de los miembros del Estado Mayor del presidente Calles y del secretario de Guerra, que le impedían toda libertad de movimiento. Al parecer no le duró mucho este raptó de piedad, porque «ese fugaz pensamiento provocado por el joven Almada pronto desapareció, y en cambio tomó más fuerza la idea de cumplir con mi deber y con las órdenes que había recibido del señor presidente para ejecutar a los prisioneros». Se dice presionado por la información que recibe en el sentido de que ciento cincuenta rebeldes provenientes de Texcoco se dirigían a Cuernavaca con el propósito de apoderarse de los prisioneros. Declara una vez más haberse retirado del lugar de la ejecución en compañía de Medina, y mientras éste averigua el origen de tres balazos aislados, llega un automóvil procedente de México en la que bajan tres individuos, uno de ellos mayor del ejército quien se dice ayudante del general Piña, subsecretario de Guerra, con instrucciones para seguir adelante. «Yo soy el general Fox, y sólo con una orden del señor presidente de la República lo dejaré pasar».

Entonces bajó un individuo grande, corpulento y que me tendió la mano y quiso agarrármela en falso. Yo la retiré inmediatamente y le dije con rudeza: Dé usted la mano como los hombres. Entonces él me tendió la mano y nos dimos un apretón bastante fuerte. Caray, tiene usted mucha fibra, me dijo el gigantón éste, a lo que le respondí: Es que yo también como mis frijolitos. Al ver que no podrían seguir adelante, el mayor Romero me preguntó: Oiga usted, mi general, ¿no fueron tiros los que acaban de sonar? Sabiendo a dónde él iba, desde luego le contesté con indiferencia.: No, no eran tiros. Sabe usted que como aquí los inditos son muy religiosos, están celebrando con cohetes una de las muchas fiestas religiosas que tienen. Al enterarse que no podrían continuar adelante, se regresaron hacia México.

Al cabo de cierto tiempo, dice Fox, se acerca el coronel Medina y le informa que uno de los prisioneros se salió de la luz de los faros de los automóviles que se echaron sobre el sitio en que se llevaban las ejecuciones, y en la oscuridad se había subido a un pequeño montículo. Al contar los cadáveres encontraron trece, y al darse cuenta de que uno había escapado, se lee en voz alta la lista de los

prisioneros. Al llegar al nombre de Villa Arce, sale un grito de la oscuridad: ¡Aquí estoy!, y se le contesta: pues bájese, que aquí lo necesitamos —le contestó uno de los oficiales— al presentarse el prisionero, le metió tres balazos en la cabeza. Eran exactamente las seis horas y veinte minutos de la tarde del 3 de octubre de 1927, en la víspera del onomástico del general Serrano. Mientras Marroquín rendía parte de su macabra acción al general Fox, se acerca un auto procedente de la Ciudad de México, de donde descienden, entre otros políticos y militares, Carlos Riva Palacio y el capitán Agustín Castrejón, del Estado Mayor Presidencial, enviados por el presidente Calles para confirmar el acatamiento de las órdenes.

Fox dice que «tanto para evitar un espectáculo desagradable, como para impedir que alguno de ellos se cayera en el camino, ordené que fueran sentados de dos en dos en el asiento trasero de los automóviles, llevando a un lado un soldado con el objeto de cuidarlos, y enfrente, junto al chofer, otro». Al llegar a la bifurcación de la carretera de Tlalpan para Xochimilco, algunos autos ya no tienen gasolina, y se dispone que se detengan en una tiendita para cargar combustible, que fue pagado por el mismo Fox. «No saben qué desagradable era para mí tener que detenerme, pues... cada uno de los autos que se detuvo a tomar gasolina, dejó un verdadero charco de sangre». Después sigue el final de su viaje, el informe de su misión al presidente, y mientras lo hacía, Fox alcanza a oír al coronel Marroquín que pedía al general Amaro una de las dos pistolas de los infortunados hermanos Peralta.²⁸

El general Fox conocía a todos los oficiales del grupo serranista, e incluso, de creer las afirmaciones del general Rodolfo Casillas, había tenido un roce de alguna seriedad con el general Carlos A. Vidal. Casillas relata que dos meses antes de los acontecimientos, él y Fox asistieron a una comida que los serranogomistas dieron en el Café Colón, a la que asistieron el propio general Serrano, los hermanos Peralta, el general Carlos A. Vidal entre otros. La reunión era amistosa al principio, pero en la medida en que se consumía el licor los comentarios de la campaña se hicieron inevitables. «De la frase comedida se pasó a la áspera y de allí a la soez, las amenazas y los insultos al gobierno... el general Carlos A. Vidal en forma agresiva se nos encaró poniendo de todos colores desde el presidente Calles hasta el último gendarme de su administración. Dentro de poco nos veremos las ca-

ras en el cerro y verán cómo no nos sirven ni para limpiarnos las botas —decía el general Vidal, entre burlón y serio, mirándonos con fiijeza—. Fox entonces le pidió que se serenara, puesto que no era «el momento para discutir quién es el más fuerte, ni quién vale más, ni quién tiene la razón. Estás hablando en forma inconveniente y eso te perjudica porque antes que político eres soldado y debes lealtad al Gobierno y lealtad a tus compañeros». Continúa Casillas diciendo que Vidal le respondió en un tono que no dejaba lugar a dudas: «Pero tú eres un compañero a quien yo colgaría con mucho gusto junto con todos los reeleccionistas», a lo que Fox contestó irónicamente: «Ojalá y no vaya a resultarte al revés», al tiempo que se retiraba de la ya molesta reunión. El destino jugó entonces a cambiar los papeles, y no tardaría el momento en que Vidal estaría a manos de Claudio Fox.²⁹

Los testimonios del general Claudio Fox, como los del coronel Nazario Medina, respecto a su distancia del escenario del crimen son difíciles de creer. Dada la magnitud de la tarea, crucial para el general Obregón y el presidente Calles, es de esperarse que los dos oficiales no se mantuvieran alejados del baño de sangre, sino ahí mismo, dando órdenes y participando directamente en las ejecuciones. Sin embargo, la responsabilidad mayor fue la de sus autores intelectuales: Obregón, Calles y Amaro, en una decisión que imprime su sello a la naturaleza de una época y un sistema político, el de la dictadura.

¿Por qué a Serrano y los suyos no se les instruyó un consejo de guerra con todas las de la ley para fijar sus responsabilidades y en todo caso para asignar los castigos y penas correspondientes? En esta misma línea, ¿por qué el gobierno no dio la oportunidad de que se fijaran los distintos grados de responsabilidad, si los había, de los apresados? ¿Por qué se procedió con tanta determinación para no dejar a nadie con vida, haciendo uso de saña inaudita? La única explicación radica en la premura del general Obregón para desaparecer a sus contrincantes, y cancelar cualquier posibilidad de reacción a la mera aprehensión que significara un riesgo para él y para el gobierno. Se actuó con rapidez, con mucho sentido militar, en descampado y no en una población, para evitar igualmente cualquier respuesta y conocimiento público del vesánico crimen.

El 3 de octubre por la mañana, cuando el general Serrano y los suyos ya se encontraban detenidos en Cuernavaca, Calles da a conocer a los medios una larga declaración:

...Desde que se inició la lucha política, el Gobierno de mi cargo tenía conocimiento de la labor de sedición que estaban haciendo los generales Serrano y Gómez. Tuve aviso de distintos jefes militares que habían recibido invitación de uno y otro para rebelarse contra las instituciones. Conocía a muchos de los enviados de estos señores que hacían continuos viajes por distintas partes de la República, tratando de sobornar a los jefes militares. Es por otra parte del dominio público que tanto Gómez y Serrano como sus amigos, así en las declaraciones que hacían a la prensa como en sus discursos, continuamente estaban hablando de que irían a la lucha armada...

Se refiere ahora a la «rebelión» de las corporaciones del Valle de México como la acción que desencadenó el frustrado levantamiento:

El Ejecutivo a mi cargo tenía conocimiento también de que la Jefatura de Operaciones Militares en el Valle de México y en la Jefatura de la Guarnición de la Plaza se estaba conspirando constantemente y conocía las actividades del general Héctor Ignacio Almada... A pesar de todo esto, Serrano y Gómez lograron corromper, con la cooperación del general Héctor Ignacio Almada, jefe del Estado mayor del general Eugenio Martínez, a los Jefes de cuatro corporaciones pertenecientes a esta Jefatura las que iniciaron ayer noche un movimiento de rebelión, abandonando los cuarteles y tomando el camino de Texcoco, no atreviéndose a combatir con las fuerzas leales de la Guarnición. Afortunadamente este movimiento ha fracasado, pues gran número de jefes, oficiales subalternos y tropa los han abandonado, y se están presentando en sus cuarteles, pudiendo asegurar que el grupo rebelde que constituyen, formado por las cuatro corporaciones, no pasa en estos momentos de ochocientos hombres.

Ahora viene la parte de los líderes de la «rebelión serreranogomista», que era una manera conveniente de abonar las fantasías y los planes subversivos de uno a favor del otro, y como los hechos lo demostraron, es una falsedad que se hubieran puesto de acuerdo para actuar de consuno para derrocar al gobierno:

Los generales Gómez y Serrano, con uno o dos días de anticipación, abandonaron la capital para ponerse al frente de la rebelión que

según su creencia debía estallar simultáneamente en toda la República, tomando el general Serrano rumbo al estado de Morelos y Gómez para Veracruz. En Torreón, y siguiendo las instrucciones del general Gómez en la madrugada de hoy, se amotinó el 16 batallón que inmediatamente fue atacado por las fuerzas leales de la Guarnición de aquella ciudad, y después de tres horas de combate, fue vencido, hechos prisioneros todos sus jefes y desarmada toda la tropa. A los jefes rebeldes de esta corporación los está juzgando un Consejo de Guerra.

Calles falta a la verdad, porque los dichos «jefes rebeldes» fueron sacados violentamente de sus habitaciones en Torreón y acribillados en el acto.

En el Estado de Veracruz, tengo conocimiento de que se sublevaron siguiendo instrucciones del general Gómez, dos regimientos que probablemente ya se le habrán incorporado. El Gobierno de mi cargo, ha dictado desde luego enérgicas disposiciones para batir y aniquilar a estos traidores; y puedo asegurar a la Nación, que en término muy perentorio, quedará extinguido este movimiento; que el general Serrano, con todos los que le acompañan, antes de cuarenta y ocho horas caerá en manos del Gobierno, pues ya se le persigue activamente...

El presidente da falsos testimonios una vez más, porque Serrano no fue perseguido activamente, sino que una escolta militar le aprehendió mientras se encontraba en paz a la vista de todos

...y que con el general Gómez pasará igual porque en breve tiempo caerá en poder de las tropas leales si no huye al extranjero.

Calles ahora ensalza su sabia tolerancia:

Hago saber igualmente a la Nación que el gobierno a mi cargo fue en un principio complaciente y hasta disimuló las faltas que se estaban cometiendo; una vez que estos señores no supieron o no quisieron interpretar los buenos deseos del Gobierno...

Pero pasa de súbito a su mejor estilo, el de la mano dura:

y una vez que han resuelto trastornar el orden público, atentar contra las instituciones del país y derramar sangre inocente; el gobierno, digo, en esta ocasión sabrá castigar sin distinciones y sin consideraciones de ningún género a militares y civiles responsables de este conato de rebelión...³⁰

No pasarían muchas horas antes de que se dieran a conocer novedades, las más terribles de esos días. A las dos de la mañana del 4 de octubre, el general José Álvarez y Álvarez recibe a los reporteros de la capital en su casa, donde vive con María Conesa, legendaria corista de la época y lo más cercano a una cortesana de corte «revolucionario». Sale en pijama y al poco le acompaña la señora Conesa, con vestido de dormir y cubierta con una bata. Con la mano izquierda en el talle de la artista, con la derecha alarga los boletines de prensa a los periodistas, diciéndoles como intentando un chascarrillo: «ahí tienen la lista de fusilados... tengan cuidado, porque chorrea sangre».³¹ Así reza uno de esos boletines:

El General Francisco R. Serrano, uno de los autores de la sublevación, fue capturado en el Estado de Morelos con un grupo de acompañantes por las fuerzas leales que guarnecen aquella Entidad y que son a las órdenes del General de Brigada Juan Domínguez. Se les formó un Consejo de Guerra Sumarísimo y fueron pasados por las armas. Los cadáveres se encuentran en el Hospital Militar de esta capital y corresponden a las personas siguientes: General de División Francisco R. Serrano, Generales Carlos A. Vidal, Miguel A. Peralta y Daniel Peralta, señores Lic. Rafael Martínez de Escobar, Alonso Capetillo, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Octavio Almada, José Villa Arce, Lic. Otilio González, Enrique Monteverde y el ex General Carlos Ariza.

Al ser conocida la noticia de la ejecución del general Francisco R. Serrano y sus trece compañeros, centenares de personas se reúnen a las afueras del Hospital Militar, en lo que fuera un antiguo convento de la calle de Cacahuatal. Largas filas de automóviles congestionan severamente el tránsito, y ante el temor de desórdenes, se forma un cordón de soldados con órdenes de dejar pasar solamente a allegados y a algunos periodistas. Las necropsias a los cuerpos son realizadas

por el doctor Juan Saldaña, quien trabaja sin cesar desde el momento en que llegan al nosocomio. Al concluirse la tarea, los cadáveres yacen en el anfiteatro, en diez planchas de hierro y cuatro camillas, donde se autoriza la toma de fotografías a los reporteros, cuya publicación es permitida para provocar un terror general y desalentar a los opositores al gobierno. A la entrada se encuentra el general Serrano, quien llegó con un traje gris a rayas rojas. El cadáver tiene tres balazos de entrada en el cráneo, tres en el tórax y una en el abdomen, y es el único al que no se permite la toma de imágenes.³² Una dama que acompaña al sobrino del general Pedro H. Gómez lo envuelve en el sudario, cruza sus brazos sobre el pecho y pone en ellos un crucifijo enviado por la madre del divisionario. El cadáver del general Vidal, por su lado, presenta una herida por proyectil de arma de fuego en el pómulo derecho. El capitán Noriega Méndez, dos balazos en la ceja izquierda y visible el tiro de gracia. Augusto Peña, dos balazos en el rostro. En el ojo izquierdo de Rafael Martínez de Escobar se advierte un balazo. Octavio Almada, uno en la garganta; los generales Miguel y Daniel Peralta, cada uno dos balazos en el rostro. Enrique Monteverde, José Villa Arce, con tiros de gracia. El general Carlos V. Ariza, una lesión cerca de un ojo y otra en sedal. Otilio González presenta como lesiones visibles un tiro en el corazón, otro en el lado izquierdo del rostro con incrustaciones de pólvora y otro tras la oreja izquierda. Como puede advertirse, las víctimas no fueron fusiladas, sino acribilladas como perros rabiosos, con la mayor saña concebible, para infigir sufrimiento, y para asegurarse que nadie quedara con vida. El ataúd de bronce con los restos de Serrano es llevado en hombros por varios amigos hasta la carroza que lo conduce a su casa en el número 9 de la calle Ajusco, donde lo recibe su esposa Amada Bernal, para ser instalado en su despacho como capilla ardiente. Luego se le traslada a la calle Cuernavaca 8, a la casa de la madre del general, para ser velado y llevado a su última morada, junto con los cuerpos de Antonio Jáuregui y Ernesto Noriega Méndez «Cacama». El cadáver de Alonso Capetillo es conducido a la colonia San Rafael, a la calle Díaz Covarrubias 99, el de Rafael Martínez de Escobar a la casa del 64 de la avenida Oaxaca. Los cadáveres de Otilio González y Carlos Ariza son recogidos por amigos y parientes. El cuerpo de Vidal es reclamado por su hermano y su esposa, velándosele en su casa de la calle San Antonio en la colonia Del Valle. El de

Enrique Monteverde es trasladado al número 186 de la calle Colima en la colonia Roma. Augusto Peña es llevado a su casa en la calle Isabel la Católica, y los generales Peralta en sus respectivas residencias en las calles Colima y Brasil.³³ La entrega del cadáver de Serrano a sus deudos tuvo algunas dificultades. Doña Amada Bernal solicita los cadáveres de su esposo, Jáuregui y Cacama, pero se enfrenta con la negativa del Hospital Militar a entregarlos, si no se cuenta con una orden superior. Recurre entonces a Carolina de Saracho, hermana de Antonio, quien pide a Humberto Obregón que su padre, el Caudillo, resuelva la dificultad. Al serle comunicada la petición por su hijo, Obregón exclama: ¿por qué me piden a mí muertos que yo no debo?, aunque después accede. Llama al oficial encargado de la morgue del Hospital Militar, quien le dice que es imposible satisfacer su petición, mientras el presidente Calles no lo ordene. Obregón le levanta la voz de trueno y le dice categóricamente: «¡Habla el general Obregón y le ordeno que se entreguen los cadáveres de estas personas a sus familiares!» Así fue como salieron los cuerpos hacia sus velatorios, acompañados de Carolina de Saracho, Pedro H. Gómez y otras personas.³⁴

El 4 de octubre el Caudillo da a conocer su posición frente a los acontecimientos, lo que refuerza las sospechas de que es protagonista en la decisión criminal del gobierno de eliminar a sus supuestos enemigos:

Soy el primero en lamentar los sensibles sucesos que ocurrieron, y durante toda mi campaña proclamé en todas partes que la resolución de la lucha deseábamos obtenerla en las urnas electorales y no en el terreno de la violencia... El fracaso sufrido en Torreón por los jefes del 16º Batallón, que intentaron por sorpresa atacar a las fuerzas leales, viene a demostrar que todos los elementos de que disponían estaban preparados para iniciar su movimiento anoche mismo. Por otra parte, la gran fuerza moral que da al señor presidente el hecho de haber tolerado paciente y conscientemente de parcial en la contienda. La propaganda sediciosa que tanto los llamados candidatos Serrano y Gómez como el grupo de políticos que constituían el cerebro de su propaganda hacían sin ningunas reservas entre el elemento militar, tratando de predisponerlo contra la autoridad suprema del país, es un factor decisivo que la Nación entera tomará en cuenta para respaldar la autoridad del Primer Mandatario de la República.

El 8 de octubre el general Obregón entrega a la prensa nuevas declaraciones en el tenor siguiente:

La forma en que se han venido desarrollando los trágicos sucesos de los últimos días pueden constituir una sorpresa, únicamente para todos aquellos que actuaban en el movimiento político en sus aspectos puramente exteriores, pero no para aquellos que hemos actuado intensamente en la política de nuestro país. Los elementos antagónicos a las tendencias revolucionarias que habían logrado atraerse a los generales Serrano y Gómez habían comprendido que no podrían controlar una corriente de opinión pública y desde las declaraciones que di a la prensa el 26 de julio próximo pasado hacía yo el cargo franco y categórico a nuestros adversarios de que pretendían fincar su éxito interesando a todos los militares que aceptaran apoyar su movimiento...

Los hechos, según el Caudillo, le dieron la razón:

...es decir, los militares con mando de tropas radicadas en esta capital que habían logrado hacer motivo de especulación material la bondad y la falta de carácter del entonces Gobernador del Distrito. La realidad ha venido en mi apoyo cuando a los tres meses de iniciada mi jira dieron por terminada la controversia política nuestros adversarios para lanzarse al campo de la violencia...

Obregón con humildad reconoce sus juicios equivocados:

Así como puedo vanagloriarme justamente de haber apreciado con alguna precisión los aspectos sustanciales de la controversia política, tengo que confesar que incurrí en un error al suponer que estaba conjurado el peligro de una asonada militar cuando el señor general Eugenio Martínez solicitó permiso para efectuar un viaje a Europa...porque siendo este alto jefe el principal punto de apoyo con que contara el general Serrano, para constituir un núcleo militar al derredor de su prestigio de soldado, suponía yo, basado en la lógica que rectificaba la conducta por parte del general Martínez, quien desde un principio había sido uno de los más comprometidos, los demás jefes subalternos también rectificarían la suya.

Consecuentemente, el castigo justo debía caer sobre las cabezas de los presuntos responsables:

El general Serrano pagó con su vida los errores en que le obligaron a incurrir sus falsos amigos, que plantearon el problema de la sucesión presidencial dentro de una regla de tres simple: si la bondad del general Serrano en el Gobierno del Distrito nos produce tanto, ¿cuánto nos producirá en la presidencia de la República? Si el movimiento político iniciado por los generales Serrano y Gómez hubiera logrado encontrar eco en la conciencia popular, el movimiento armado por ellos iniciado no habría tenido el aspecto de una sombra militar circuncrita a media docena de malos jefes, a quienes no secundaron ni sus propios subalternos y sí, por el contrario, muchos brotes de rebelión habrían surgido en forma espontánea entre los elementos civiles de las ciudades y de los campos.³⁵

El 11 de octubre siguiente Calles hace al periódico *The World* de Nueva York una declaración calcada de las propias de Obregón:

Para nadie era un misterio en México ni probablemente en ese país (refiriéndose a Estados Unidos), que la propaganda de apariencia electoral de Gómez y Serrano era una incitación abierta y constante a la rebeldía popular y a la defección de jefes del Ejército Nacional...

Calles revela que conocía los planes subversivos para atacar «a los poderes federales» en una sesión solemne del Congreso:

Hasta en sus menores detalles fue conocido en esta ciudad, desde la segunda decena de agosto, un plan de los ahora rebeldes e infidentes para atentar contra los Poderes Federales el primero de septiembre último, aprovechando la oportunidad de la apertura del Congreso, ceremonia en la que deberían estar, como estuvieron, reunidos los tres poderes de la Unión. Manifestaciones repetidas que en cumplimiento de su deber se hicieron oportunamente numerosos jefes del ejército, invitados a defeccionar y la información de nuestros servicios de policía, me tuvieron desde un principio en pleno conocimiento del complot...

Viene ahora la conversación de Serrano y «un permiso que le solicitó» en esa ocasión:

...y por si hubiere podido quedar duda de mi ánimo, la dispó el mismo general Serrano, quien insensatamente llegó a pedirme permitiera la destrucción del Poder Legislativo en la Sesión Previa a la reunión del Congreso. Este hecho se hizo del conocimiento público en México por confesión espontánea del acusado, en el Consejo de Guerra contra el general Rueda Quijano, Jefe de una de las corporaciones que arrastró al general Almada a la infidencia...

Aparece de nuevo la «sabia tolerancia» de Calles:

Animado por una extrema benignidad, me conformé con intentar disuadir de su torpe empeño al general Serrano. Como nueva demostración de mis propósitos de salvar el decoro militar de los ahora jefes infidentes, no tomé medidas de ninguna naturaleza para restar elementos militares a los jefes que sabía estaban comprometidos desde entonces...

Extrañamente, Calles menciona, después de los intentos frustrados, las maniobras militares del 27 de septiembre, que ya le parecieron «sospechosas»:

...y aun cuando conocía yo y toda la ciudad los planes precisos que se habían fraguado y que abortaron para intentar un golpe de mano el quince de septiembre y posteriormente el 27 del mismo mes, fecha ésta en que se efectuarían como se efectuaron sospechosas maniobras militares, al mando del ahora rebelde y desde entonces infidente Almada...

Según su versión, Almada quiso tener algunas seguridades previas a las últimas maniobras de Balbuena, y después de ellas, la emprendió en huida con varias corporaciones:

Todavía horas antes de la defección de Almada y sus elementos, este ex jefe procuró obtener, en una conferencia personal conmigo, la seguridad de que asistiría yo a las otras maniobras militares nocturnas el dos del presente mes, noche en la que, del mismo campo de maniobras militares se retiró Almada con los contingentes que pudo engañar...

Calles liga ahora los planes de Almada con los de Gómez en Veracruz y Serrano en Morelos, para demostrar el complot contra el gobierno:

prueba incontrovertible de la existencia de un plan anterior, de acción definida, fue el levantamiento simultáneo del general Gómez con dos regimientos; el abandono de la Ciudad de México desde cuarenta y ocho horas antes por Gómez, Serrano y muchos de sus partidarios; el haberse dirigido inmediatamente Almada al sitio de concentración previamente establecido que era Perote, cuando todavía el gobierno no tenía conocimiento exacto de la localización de Gómez y los repetidos intentos que en toda la República hicieron en la misma fecha agentes de Serrano y Gómez para lograr la defección de fuerzas militares...

Calles finaliza su declaración negando la existencia de una conspiración de su democrático gobierno contra los candidatos opositores. Desde luego, ni un asomo de referencia a los trágicos acontecimientos de Huitzilac:

Creo con lo anterior dejar establecida plenamente la verdad de los hechos y haber comprobado que no solamente no hubo por parte del gobierno intriga o preparación dolosa, contra nadie, sino excesiva manifestación de confianza que pudo haber puesto en grave riesgo inmediato a las Instituciones del Gobierno residentes en la Ciudad de México, riesgo que consciente y tranquilamente aceptamos, repito, movidos por nuestro deseo de justificar hasta el extremo de conducta democrática del gobierno.

¿En qué se sostienen Calles y Obregón para afirmar de manera contundente que existía una rebelión en marcha y era necesario actuar en consecuencia para abortarla desde sus principios? Según sus afirmaciones, el gobierno estaba bien enterado, por diversas fuentes, que el movimiento había sido bien preparado y que daba sus primeros pasos. Afirma el general José Álvarez y Álvarez que, en su carácter de jefe de Estado Mayor Presidencial, tuvo a sus órdenes a varios agentes confidenciales de la presidencia, que hicieron «interesantes investigaciones» acerca de quienes preparaban la rebelión. Pero también sostiene que las hizo «personalmente en varios casos; con ese

mismo carácter escuché las denuncias que numerosos jefes del ejército le hicieron (al presidente Calles), acerca de las invitaciones que recibían de los generales Serrano y Gómez, para comprometerse en un movimiento de rebelión». Álvarez y Álvarez agrega la «descarada imprudencia de los mismos complotistas», y el hecho de que la presidencia de la República conocía de supuestos intentos de golpes de mano preparados para el primero de septiembre, luego para el 27 de septiembre y después para el 2 de octubre en las maniobras de Balbuena.³⁶ Para mala ventura del historiador, no se tiene noticias de sus «informes de inteligencia», cruciales para la suerte de Serrano y sus amigos, ni en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, ni en el Archivo General de la Nación, ni en algún otro lugar. Quizá no es la intención de Álvarez y Álvarez mencionar las delaciones y especies intencionadas de quienes buscaron la satisfacción de agravios cometidos, de obtener dineros o empleos, o de falsos amigos cambiando oportunamente de bando. Un ejemplo que encaja en cualquiera de estos casos es el de un individuo de falso apelativo «San Pedro», que proporciona algunos datos que parecen coincidir con hechos posteriores, y otros que son meras suposiciones o falsedades. Así afirma en su primera carta, fechada el 21 de septiembre de 1927 y dirigida al presidente Calles:

Casualmente he descubierto y me he enterado de una basta (*sic*) conspiración militar en contra de su gobierno desarrollada por elementos serranistas principalmente. En efecto, ha llegado a esa capital el general Antonio Villarreal el cual lo tienen escondido los serranistas en una casa de la colonia San Rafael o en una de la Colonia Cuauhtémoc... Pues bien, el general Villarreal, unido al general Cesáreo Castro y otros varios están desarrollando una basta conspiración en la cual según se dice cristalizará en hechos importantes durante el mes de octubre próximo. Con todo sigilo algunos generales sobre todo retirados del servicio activo se comunican con los dos primeros y uno de los que más actividad ha desplegado conquistando a generales, coroneles y oficiales del servicio activo y con mando de tropas ha sido y es el exgeneral delahuertista Benito Ramírez G., quien a menudo hace viajes nocturnos a Pachuca, Cuernavaca, y La Chicharra, por lo que me he podido enterar parece que el plan consiste en haber conquistado los jefes de operaciones en Morelos, Pachuca, Toluca y Puebla, para que estas guar-

niciones se sublevan simultáneamente juntamente con la de esta capital, pues aseguran que hasta el gral. Eugenio Martínez está de parte de Serrano y que los apoyará en un momento dado...

San Pedro no se limita a mencionar a los principales presuntos complotistas, sino también a otros que lo son menos, pero de quienes habría que tener cuidado:

Se encuentra en México un general delahuertista llamado Díaz Hernández que le dicen el Chapopote. Este individuo es el jefe del serranismo en Tampico y La Huasteca y ya recibió dinero, armas y parque y órdenes para levantarse en las inmediaciones de Tampico. También en días pasados un individuo que es tinterillo y que se dice abogado, llamado el Lic. Pedro Navarrete que actualmente es el secretario particular del general Juan Soto Lara, jefe de las armas en Tantoyuca, Veracruz, y jefe del 10 Regimiento de Caballería, pues este individuo trajo poder amplio del general Soto Lara para tratar con el general Serrano la sublevación de Soto Lara en la Huasteca y por fin se arregló con Serrano, quien le dio dinero y le mandó ofrecer a Soto Lara el grado de General de División y el Gobierno del estado en Veracruz...

El guardián de los cielos advierte un inminente levantamiento de varios miles de soldados en diferentes puntos del país:

Se dice que el gral. Vidal se fue para Chiapas a organizarse y levantarse en armas para marchar luego sobre Tabasco y Veracruz con diez mil hombres, también se dice que en Nuevo León se están organizando otros diez mil hombres para operar en aquel Estado y en Tamaulipas, en Cuernavaca cuentan con cuatro mil hombres entre tropas y adictos, en Pachuca tienen listos tres mil hombres de tropas y otros tantos que están organizando en Tulancingo los hermanos generales Antonio y Jesús Azuara (gomistas).

Al final de esta carta ofrece «sus humildes servicios» si se le nombra agente confidencial de la presidencia de la República, «y de ese modo yo estaría en condiciones de poderle probar una vez más mi lealtad y cariño». En una segunda carta, de fecha 24 de septiembre, señala que «el movimiento revolucionario que están fraguando

los generales Gómez y Serrano estallará en esta capital y en toda la república pero otros me han asegurado que todo esto tendrá lugar la semana entrante, es decir de mañana domingo al sábado próximo, en cuya semana se desarrollarán acontecimientos sensacionales en esta capital. Entre otras cosas aseguran que habrá una matanza general de diputados, funcionarios, y de obregonistas los más connotados. Que habrá una noche trágica de San Bartolomé». ³⁷ Desconocemos lo que a San Pedro le sucedió después, si logró ingresar a la nómina oficial. Pero no es de descartarse que informaciones de este tipo hayan sido tomadas como ciertas y dignas de crédito, perturbando los ánimos de los gobernantes y llevándoles a tomar las medidas que se tomaron.

En este punto obligan varias preguntas pertinentes: ¿por qué el gobierno fue complaciente y disimuló las faltas cometidas por los presuntos conspiradores?, ¿por qué no puso algún correctivo o castigo oportuno antes de llegar a los trágicos acontecimientos de principios de octubre? ¿por qué arriesgarse a una rebelión que podría poner en serio peligro a las instituciones del Estado?, ¿por qué el presidente Calles prescindió de la legalidad desde el principio hasta el final para resolver la crisis?, ¿quién gobernaba en ese momento el país? ¿Calles u Obregón? Una respuesta común a estas preguntas es que la verdadera intención del gobierno es eliminar físicamente a los candidatos de la oposición para dejar libre el camino a la reelección del general Álvaro Obregón. Vito Alessio Robles se inclina por la misma explicación:

Y cualquiera se pregunta ¿por qué desde entonces no cumplió con su deber como Jefe del Ejecutivo (el general Calles) castigando a los militares que preparaban un levantamiento y tomando todas las medidas para evitarlo? Y nosotros contestamos: porque eso no le convenía a Obregón. Evitando el movimiento seguiría la campaña electoral con Gómez o sin Gómez y a Obregón le importaba que cayeran en la trampa que él mismo tendió, para acabar de una vez con los dos candidatos contrarios, difundiendo el terror, como lo difundió, para que nadie se atreviese a enfrentársele y quedar él como candidato único... ³⁸

El diputado y general Ricardo Topete repite en sus propias palabras la versión oficial dada a conocer por Obregón y Calles. Según él,

los informes de los agentes confidenciales de la presidencia de la República habrían bastado para justificar la aprehensión de los capturados en Cuernavaca, si bien el general Calles quiso que los «sediciosos» dieran una prueba incontrovertible de su actitud. El punto central del plan es asesinar a los generales Calles, Obregón y Amaro:

Con peligro de su vida, el señor presidente esperó a que Héctor I. Almada, con mando de fuerzas, abandonara la Ciudad de México en actitud rebelde; a que Gómez y Serrano hicieran lo mismo furtivamente; a que se produjeran conatos de sublevación militar en Torreón y Veracruz; a que el ex general Alfonso de la Huerta y otros descontentos refugiados en Estados Unidos cruzaran la frontera con fines belicosos. Prefirió correr este peligroso evento antes de pasar ante la opinión pública como responsable de parcialidad.³⁹

Fuera de los hombres del gobierno, Francisco J. Santamaría hace los señalamientos más puntuales de que Serrano encabezaba un alzamiento militar. En uno de los más famosos libros sobre el tema, *La tragedia en Cuernavaca y mi célebre escapatoria*, afirma haber estado en Cuernavaca en las horas de la aprehensión de Serrano y los suyos, por mera casualidad, pues tanto Rafael Martínez de Escobar como él se dirigían a Guerrero a protegerse con los alzados Vigueras y Bárcenas, para con ellos «organizar debidamente aquel movimiento». Dice haber escuchado en la Ciudad de México al general Miguel Ángel Peralta decir que iría a Cuernavaca, donde ya estaba el general Serrano, quien «allí esperará el resultado inmediato de lo que aquí suceda (el ataque y aprehensión de Calles, Obregón y Amaro durante las maniobras de Balbuena) que será breve, porque todo está muy bien preparado».⁴⁰ Santamaría narra los momentos previos a la aprehensión de Serrano y los suyos, de ánimos al alza de los presuntos complotistas cuando pensaban que todo marchaba bien, y de ánimos a la baja cuando cayeron en la cuenta de la traición del general Juan N. Domínguez. También relata la entrega de los infelices serranistas a las tropas en Cuernavaca, así como la salvación de su vida gracias a que huyó cobijándose entre la muchedumbre curiosa en el momento preciso.

La inhumación de los cadáveres paraliza las actividades de la ciudad, dolida por la tragedias. El silencio se impone y la palabra

prudencia adquiere nuevos significados. «Se mascaba en el ambiente el terror», diría Vito Alessio Robles. Nadie protesta. La rabia se frena por acción de la pena y el miedo. La legión de los amigos de antes, los que desfilaban para solicitar canonjías, empleos, dinero, recomendaciones, ahora está en el besamanos de los victimarios. Quienes se atreven, por la necesidad o por el afecto, a asistir a los funerales se saben vigilados por el gobierno y en riesgo de sufrir represalias. En esa tarde de octubre, de un sol intenso que no calienta, son depositados en el Panteón Francés de la piedad Francisco R. Serrano y sus compañeros. A su lado reposarán su «Tonchi» Jáuregui, inocente como el que más, y su fiel «Cacama». Vecinos para la eternidad quedan el «Chivo» Almada, el «Ciego» Monteverde (que después sería exhumado), el general Vidal, el general Ariza, los Peralta, Otilio González, Martínez de Escobar. No está lejos la tumba del general Jesús M. Garza, hermano entre amigos. Este espacio de caídos pronto se ensancha, para recibir los restos de Arnulfo R. Gómez, de Gómez Vizcarra, de Óscar Aguilar, de Rueda Quijano. Aquí los muertos hablan a través de los símbolos. Pocas veces se reunieron tantos huérfanos para decir adiós a sus padres. Para colmo, Serrano es un joven patriarca que procura el sustento de varias familias. Pronto se instalará en su tumba un mausóleo rematado con una columna rota, con su rostro en relieve, esculpido por la mano del maestro Ponzanelli. Es un recuerdo de un crimen abominable, y de una Revolución que culminó en una dictadura.

Si alguien realiza una sublevación, o algo parecido a ella, es el general Arnulfo R. Gómez. Después de los hechos que arriba se relatan, abandona la Ciudad de México acompañado de su sobrino el teniente coronel Francisco Vizcarra y el doctor y coronel Alfonso Jiménez O'Farril, con destino a Perote, a donde llega de madrugada, con un frío de todos los demonios. Allí contactan al general Horacio Lucero y se esconden de inmediato en el tapanco de una habitación que parece granero. Creen que al llegar a Perote encontrarían soldados y partidarios prontos a sumarse a su causa, pero se equivocan rotundamente. Esperan también buenas noticias de la sublevación de Almada en Balbuena y de los asesinatos del presidente Calles, de Obregón y de Amaro. Piensan que en cuanto lleguen noticias de estos acontecimientos, y ya con el triunfo asegurado, regresarían a México a asumir el poder.⁴¹ Cuando Gómez se entera de que ya está lo-

calizado por las tropas del gobierno, se descorazona y manifiesta que nada hay por hacer. El general Lucero, sin embargo, le insta a que entre en acción: «Mi general, si usted no se subleva, yo sí».⁴² Gómez reacciona entonces y se pone a la cabeza de las operaciones rebeldes, se dirige a la ranchería serrana de «El Triunfo» en donde se concentrarían los suyos, que son pocos, un doctor Nieto, el «Chato» López Portillo, Francisco Vizcarra, el doctor Jiménez O'Farril, el general Silvino García, los generales Palacios y Valerio, entre otros. Por un momento se levantan los ánimos, pero dura poco el gusto.⁴³ Las tropas del gobierno, bajo el mando del general Gonzalo Escobar, les pisan los talones. Se reciben noticias de que el general Héctor Ignacio Almada se encuentra cerca, con tres mil hombres. Y, en efecto, en «El Triunfo» no tardan en encontrarse con los generales Almada, Óscar Aguilar, Antonio Medina, el coronel Robinson, el senador Victoriano Góngora, Luis Higgins, Fernando Reyes, Castaño Flores, Paulino Fontes y otras personas. Gómez y los suyos se enteran de lo ocurrido desde la salida de Balbuena hasta el asesinato de Serrano y sus compañeros.⁴⁴

La situación de los ahora insurrectos les es completamente desfavorable: carecen de armas y alimentos, tropas organizadas, plan de ataque, unidad de mando y de todos los elementos con que se ganan las guerras. «Sálvese el que pueda» se convierte en la divisa imperativa. Frente al avance del gobierno.⁴⁵ Para colmo, Gómez se enferma severamente de una amibiasis, y con extrema debilidad trata de escapar a su suerte cruzando ríos y barrancas, huyendo de la jauría que le muerde los talones. Ayahualulco es el lugar de la derrota definitiva de la causa, la que sea. Almada, Fontes, López Portillo y otros logran salvar su vida, mientras que unos más no corren con la misma suerte. Humberto Barros y Óscar Aguilar mueren a manos de sus guías traidores; los coroneles Fernando Martínez Pulido, Castaño Flores, y los generales Adalberto Palacios, Fernando Reyes, Silvino García y Horacio Lucero caen en el paredón, como también Arnulfo R. Gómez y su sobrino el teniente coronel Gómez Vizcarra, en el cementerio de Teocelo, Coatepec.⁴⁶

A todos causa extrañeza la buena suerte de Almada, que logra sortear desde Texcoco las persecuciones del gobierno, hasta llegar sano y salvo a su exilio definitivo en Estados Unidos. El general José Domingo Ramírez Garrido Abreu menciona que mientras se encontraba desterrado en Cuba coincidió con el exgeneral Héctor Ignacio

Almada en la casa de Juan Sánchez Azcona, y en la conversación surgió el tema de un artículo publicado en *El País*, diario vespertino de capital caribeña y escrito por Aldo Baroni. Se señalaba que el general Almada simuló el movimiento que hizo después de las maniobras de Balbuena, de acuerdo con su jefe, el general Eugenio Martínez y por órdenes de Obregón y Calles para justificar la planeada ejecución del general Serrano. Sánchez Azcona le hizo ver a Almada la gravedad del cargo, a lo que respondió que haría «la debida rectificación, extrañándome que a pesar de su temperamento nervioso, no se mostrara indignado por el cargo tremendo que se le hacía». Almada nunca hizo la rectificación o aclaración prometida. Ramírez Garrido asegura haber escuchado que el general Eugenio Martínez recibió una fuerte cantidad para irse a Europa, en pago por su delación, y «nos consta a todos que el general Eugenio Martínez era el jefe del cuartelazo que se iba a dar en la capital de la República y que sin embargo salió de la metrópoli para cumplir su misión en el extranjero». A Ramírez Garrido le resulta inexplicable y extraño que el general Héctor Ignacio Almada, jefe de la sublevación de la capital, marchara en retirada en el acto hasta Texcoco, en vez de atacar la escasa guarnición que escoltaba a Calles y Obregón en Chapultepec.⁴⁷ Pero Ramírez Garrido pasa por alto la mención de un acontecimiento para el que hay varias explicaciones distintas: las maniobras militares en el aeródromo de Balbuena del martes 27 de septiembre, bajo las órdenes directas del general Héctor Ignacio Almada y con la asistencia del presidente Calles y su gabinete, los generales Joaquín Amaro, Eugenio Martínez, José Álvarez, Claudio Fox y Alfredo Rueda Quijano.⁴⁸ El hecho suscita cuestionamientos para los que no existen respuestas satisfactorias: ¿por qué no se dio el ataque a las cabezas del gobierno en ese momento, cuando las condiciones aparecían más ventajosas que las ocurridas en el mismo lugar al domingo siguiente? ¿Sería que el general Héctor I. Almada se negó por alguna razón a perpetrar en este momento los atentados? O, para desconcertarnos más todavía, ¿sería que ni en el 27 de septiembre ni en el 2 de octubre pasaría nada contra el gobierno, echando por tierra una de las principales justificaciones del gobierno para liquidar a Serrano y a Gómez? El general Héctor I. Almada se llevó a la tumba las claves que habrían explicado los acontecimientos de aquellos días, y particularmente de sus acciones que le señalan, según la óptica, como torpes, cobardes, valientes o astutas.

EPÍLOGO

EL GENERAL EUGENIO MARTÍNEZ, DE NUEVO

¿Y qué pasó con el general Eugenio Martínez? Sin novedad en su viaje, como se ha dicho. El 4 de octubre, en El Puerto, Nuevo León, envía este mensaje urgente al presidente Calles desde el carro de la Secretaría de Guerra que le conduce al extranjero:

Por periódico local Monterrey entéreme hoy en la madrugada de los actos efectuados por el general Héctor Ignacio Almada y otros jefes. Repruebo dichos actos y reitero adhesión y lealtad al Gobierno su digno cargo. Deseo colaborar con usted para restablecimiento orden país con lealtad que he acostumbrado, esperando sus superiores órdenes para inmediato regreso.

Así responde el presidente Calles:

Agradezco a usted su adhesión manifestándole que como este movimiento ha sido hecho con el nombre de usted y por los jefes más ligados a su personalidad, soy de opinión prosiga usted su viaje, toda vez que el movimiento rebelde ha sido sofocado y no considero necesarios sus servicios.¹

Indignado por la humillante respuesta del presidente, que considera injusta porque después de la traición se ha desligado de Serrano, envía un telegrama al general Joaquín Amaro:

Tengo conocimiento que movimiento rebelde indebidamente toma mi nombre según me indica el Presidente. Protesto por injustificada aseveración. Ruégole su superior conducto hacer rectificación correspondiente ante C. Presidente de la República.²

Amaro ya no le responde, porque el ofendido ya no existe como militar o político, ni como hombre. El 15 de octubre, mientras se encuentra en Nueva York antes de embarcarse a Europa, el general Martínez declara que la rebelión militar en México había sido dominada y que «le extrañaba que se hubiera usado su nombre para incluirlo entre los elementos a quienes se señala como instrumentos y autores de esta revuelta, ya que él no tomó ni la más pequeña parte en esta asonada militar».³

El 27 de diciembre de 1927 el general Martínez informa que se encuentra en Barcelona, «pronto para cumplir con la misión que se le confirió, comisión que le es prolongada hasta el 30 de junio de 1929», misma que se interrumpe debido a su expulsión del ejército. No se conoce de ningún estudio, punto de vista, memorándum o nota suelta sobre los ejércitos de Europa suscrito por el general Eugenio Martínez. El hombre salva el pellejo entregando a la muerte a sus amigos, para ser arrojado a un prolongado exilio y ser olvidado por quienes por tantos años fueron sus compañeros de lucha. Así llegaría hasta el final de su existencia el traidor que siempre fue. Sin ir tan lejos, se comprometió con Adolfo de la Huerta a pasarse del lado de su rebelión, diciéndole que no dejara avanzar al general Guadalupe Sánchez hacia la Ciudad de México, «para darle tiempo a organizarse y que él entregaría la cabeza de Obregón». Martínez entonces engañó a los delahuertistas, para ganar un tiempo precioso.⁴ A raíz del levantamiento del general Escobar en marzo de 1929, el general Calles, entonces secretario de Guerra y Marina, pregunta al presidente provisional Emilio Portes Gil si el general Martínez ha protestado su adhesión al gobierno y ofrecido sus servicios. Al no encontrarse señal alguna de su postura, el general Calles propone al presidente que procediera a girar órdenes dándolo de baja, retirándole las ministraciones de fondos y quedando sin comisión alguna. El 5 de abril, el presidente Portes Gil gira el acuerdo para que el general Martínez cause baja del ejército «por indigno de pertenecer al mismo». De

nada valen las protestas posteriores del general Eugenio Martínez y sus familiares. En adelante y hasta la fecha de su muerte, el hombre sería anónimo, viejo, enfermo y en un país lejano. El 11 de febrero de 1932, mientras el general Martínez se encuentra libando en el cabaret de mala muerte de Bilbao, el *Eden Concert*, en compañía de su sobrino Benigno Valenzuela, advierte que no lleva dinero, así que envía a su compañero de parranda a conseguir fondos. En cuanto Valenzuela regresa con metálico para pagar las copas, el general Martínez se desploma de la silla en que estaba, perdiendo el sentido. Trasladado hacia la Casa de Socorros más cercana, no alcanza a llegar con vida. Valenzuela manifiesta al Consulado General de México en ese puerto que su tío era cardíaco y «su mal se acentuaba a consecuencia del alcohol, pues parece que últimamente se había dedicado mucho a la bebida, frecuentando con asiduidad los cabarets y demás lugares de esparcimiento, de donde se le sacaba siempre en completo estado de ebriedad». El cónsul mexicano José Rubén Romero se encarga de realizar los gastos de embalsamamiento del cadáver y hace gestiones ante la *Société Generale de Banque* a fin de rescatar lo que en él está depositado, encontrándose solamente 144.75 pesetas. En la caja de seguridad «estaban 25 dólares, 8 sortijas de oro, con dos brillantes cada una; una sortija de oro con un brillante grande; reloj de oro y diamantes con cadena de oro y platino y un dije de oro; un alfiler de corbata, de oro con un brillante grande; un alfiler de corbata de oro con una perla, un cuaderno de *travellers checks* de *Canadian Express*, con 3 cheques de 50 y 3 de 100». Es decir que el general Martínez, de haber vivido poco tiempo más, hubiera muerto en la miseria. Después de hacerse las averiguaciones correspondientes y los trámites de ley, su cadáver se embarca en Bilbao en el vapor *Cristóbal Colón*, en la única compañía de Benigno Valenzuela.⁵ Su esposa, Trinidad Valenzuela de Martínez, así como un nieto insistieron con el tiempo en que se cometía una injusticia contra su pariente y solicitan su reivindicación. Finalmente la Secretaría de la Defensa Nacional le reconoce como Veterano de la Revolución y le concede la Condecoración del Mérito Revolucionario, «por haber prestado servicios activos contra el “huertismo”». ⁶ Nada más.

REPRESIÓN GENERALIZADA

Desde principios del mes de octubre son ferozmente atacadas las agrupaciones opositoras de todo el país, tanto el Partido Nacional Revolucionario y el Comité Pro-Serrano como el Partido Nacional Antirreeleccionista, bajo la acusación de ser partes de la pretendida «sublevación serranogomista». A lo largo y a lo ancho del país, no queda ni rastro de tales organizaciones. Los domicilios de Sánchez Azcona, Mallo Juvera y Calixto Maldonado son cateados y saqueados, en busca de armas y documentos inexistentes. Enrique Bordes Mangel salva milagrosamente su vida en Pachuca, mientras que el ingeniero Vito Alessio Robles, presidente en funciones del Antirreeleccionista, es aprehendido en su domicilio y llevado a la Inspección General de Policía, al igual que un licenciado de apellido Brown. El ingeniero Félix F. Palavicini y el licenciado José Elguero son puestos en la prisión de Santiago Tlatelolco y posteriormente desterrados.⁷

Ya para el 5 de octubre se sabe que, entre otros jefes y oficiales, el general Agapito Lastra, jefe del 16 regimiento de Torreón, el teniente coronel Augusto Manzanilla, el general Luis Álvarez Otaduy y resto de la oficialidad del batallón han muerto; que en Pachuca el general Arturo Lasso de la Vega es asesinado por la guarnición de este lugar; que en Zacatecas son fusilados los exgenerales Alfredo Rodríguez y Norberto Olvera.⁸ Se reporta en este mismo lugar el asesinato de los generales Pablo Olivares y Antonio Rodríguez, al igual que el general Porfirio González. En Oaxaca el general Jesús Sánchez y su ayudante Félix Machuca también son ajusticiados. Los generales Alfonso de la Huerta y Pedro Medina mueren en Ures, Sonora, a manos del gobierno, después de ser secuestrados en Arizona. El hermano de Arnulfo R. Gómez, Margarito, y el exsenador Enrique Martell corren con la misma suerte. En la Ciudad de México, el coronel Enrique Barrios González y los generales Luis M. Hermosillo y José N. Morán son acusados de rebelión, y tras un juicio sumario sentenciados a sufrir la pena capital en la prisión de Santiago Tlatelolco. El coronel Barrios González, nativo de Ciudad Guerrero, Chihuahua, es jefe de la escolta del divisionario Eugenio Martínez. Antes del pretendido intento de sublevación, se le mezcló en un incidente de cantina donde resultó muerto un agente policiaco. Es remitido a la prisión militar de Santiago Tlatelolco, donde se le somete a proceso. Se le acusa

de que, «al registrarse la sublevación del general Héctor Ignacio Almada», éste se llevó prisionero al director de la prisión, general brigadier Carlos Real, a quien le exigió la entrega del penal. Como el jefe se resistiera, el general Almada dijo que de los presos solamente le interesaban «el general José N. Morán y el coronel Barrios González, por ser dos militares de mucho empuje». El general Morán purga una sentencia de ocho años de prisión por hechos ocurridos durante la rebelión delahuertista, condena que se extinguía al momento de su deceso.⁹ El general Luis Hermosillo es miembro activo de uno de los Consejos de Guerra Permanentes de la Plaza, y acusado de «colaborar con Barrios González en su intento de sublevación». Hermosillo había salido de la capital desde el 1 de octubre, acompañado de su amigo y jefe durante muchos años, el general Jacinto B. Treviño, su hermano Francisco Treviño y los hermanos Azuara, rumbo a Teoloyucan, Estado de México, donde aquéllos tenían una propiedad rural:

...originalmente nuestro propósito era operar en el Estado de Hidalgo, donde teníamos muchos partidarios defensores del antirreeleccionismo, pero en Teoloyucan nos alcanzó la noticia de la hecatombe de Huitzilac y resolvimos abandonar aquel punto que comenzaba ya a ser agitado en nuestra contra por el cacique del lugar, un tal Felipe Gutiérrez, que era, además, el terrateniente máximo en ese rumbo; de Teoloyucan se devolvieron el General Hermosillo —a pesar de mi advertencia en contra— y mi hermano Francisco. Hermosillo fue sacrificado a bayonetazos en la Inspección de Policía de aquel régimen de asesinos...¹⁰

El más célebre caso, debido a la difusión que se hizo en la prensa, es el del general Alfredo Rueda Quijano, quien comparece ante un consejo de guerra extraordinario en la noche del 5 y la madrugada del 6 de octubre, resultando acreedor a la pena capital.¹¹ En público espectáculo, como en una romería, con la presencia de mil quinientas personas y los pregones de vendedores ambulantes, Rueda Quijano es fusilado en el segundo patio de la Escuela de Caballería. Así vio el reportero de *El Universal* la víspera de tal ajusticiamiento:

Y en tanto llegaba el sentenciado, un gentío enorme se dirigía por la calzada de San Lázaro, a la escuela de Tiro. Se confundían elementos de las clases humildes, con chiquillos, mujeres galantes, miembros de

la clase media. Las sirenas de los automóviles de alquiler y particulares alzaban su voz en el murmullo que provocaban las conversaciones. En carruajes iban varios diputados y senadores. También concurrieron elementos militares y los generales que formaron parte del Consejo de Guerra Extraordinario que presidiera el general Jesús Madrigal.

Rueda Quijano llega con paso firme y adelante de la escolta hacia el paredón. Elige el sitio final y con la vista en alto espera que los soldados del pelotón se coloquen. Un instante después de despedirse con un *good bye* de los corresponsales extranjeros Harry Nichols y Clarence Dubose, su verdugo hace ondear su espada, mientras Quijano, con su kepi puesto, permanece sereno, con las manos cruzadas en la espalda.¹²

Rueda Quijano es sentenciado y fusilado con todas las formalidades del caso, oportunidad que no se le dio a Serrano y los demás en el camino a Cuernavaca y en otras partes de la república. Se trata de limpiar los sucios procedimientos que causaron el estupor del mundo. En una lotería de la muerte, a Rueda Quijano le toca jugar el papel de víctima legal, a sabiendas de que existen muchas dudas respecto de su caso. Muy inferior a la figura de Serrano, Rueda no despierta ninguna reacción importante. La hora de la ejecución —11:21 de la mañana— se escoge para que haya un público numeroso. Un corresponsal de la prensa norteamericana comenta con sorna que la ejecución «estaba bellamente escenificada». Los reporteros extranjeros son convocados no solamente por los oficiales de la prisión, sino también por la presidencia de la República, con el objeto de que la publicidad sea amplia. Schoenfeld afirma que Calles cumplió su cometido «no solamente porque enfatizó la corrección de los procedimientos en el caso de la ejecución del general Quijano, sino particularmente para contrarrestar la impresión general prevaleciente de que tuvieron lugar irregularidades ominosas en la corte marcial y ejecución del general Serrano, una impresión que, sin duda, es justificada».¹³

El 4 de octubre, es decir, casi inmediatamente después de la liquidación de Serrano y compañía, los diputados Ricardo Topete, Alfredo Romo, Rafael E. Melgar, Eduardo Loustanau, José H. Romero, Luis G. Márquez, Constantino Molina, Desiderio Borja, Fernando Pacheco, Alberto Oviedo Mota y otros más presentan una proposi-

ción al pleno de la representación, «considerando que muchos elementos que se encuentran dentro de la Cámara de Diputados están moralmente identificados con los traidores que han efectuado una asonada en contra del Gobierno de la República, y otros se han declarado en franca rebeldía o ejecutado actos que los acusan como cómplices de ella». Su propósito es privar de su carácter de ciudadanos a las siguientes personas: José (ilegible), Enrique Bordes Mangel, Luis G. Balaunzarán, Humberto Barros, Margarito Gómez, Eugenio Mier y Terán, Carlos T. Robinson, Joaquín Vidrio, Nicolás Cano, Fernando Cuén, Francisco Garza Nieto, Ricardo Covarrubias, Elpidio Barrera, Carlos Flores Tovilla, Francisco Garza, Antonio Islas Bravo, Gilberto Isai, Ramón Ramos, Víctor Rendón, Jaime A. Solís, Antonio Trujillo Espinosa, Francisco del Valle, Ulises Vidal, Gilberto Fabila y Felizardo Villarreal.¹⁴

Por otro lado, «por acuerdo del C. Presidente Constitucional de la República», se dispone la baja del Ejército Nacional el 4 de octubre, «en virtud de haber sido pasados por las armas, en cumplimiento de la sentencia pronunciado por el Consejo de Guerra Sumario que los juzgó por el delito de rebelión, los CC. Generales de División Francisco R. Serrano, de Brigada, Carlos A. Vidal y Miguel Peralta y Brigadier Daniel L. Peralta». El movimiento administrativo se fija a partir del día anterior, «por indignos de pertenecer a la referida Institución y en vista de haber defeccionado haciendo armas en contra del Supremo Gobierno».¹⁵ Del proceso sumario o sumarísimo que culmina con la muerte de Serrano y compañía no se tiene ningún rastro, porque no existe, según se deja ver el resultado de las indagatorias sobre el caso llevados a cabo en 1936.¹⁶

La Secretaría de Guerra y Marina hizo pública la lista de los militares «acusados de haber intervenido en la rebelión de Serrano»: Generales brigadieres: Filiberto C. Villarreal, Manuel C. Espinosa, Tiburcio Rivera, Donato Segura, Héctor Ignacio Almada, Fortunato Tenorio, Antonio Medina, Óscar Aguilar, Luis González y Rafael Castillo. Generales de división: Arnulfo R. Gómez y Jacinto B. Treviño. Generales de brigada: Miguel Alemán, Humberto Barros, Horacio Lucero, Gustavo Salinas, Manuel J. Celis, Adalberto Palacios. Todos ellos son dados de baja por «indignos en vista de haberse rebelado en contra del Gobierno legítimamente constituido». Por la misma razón también son dados de baja un grupo «disperso», quizá de quienes en su

momento no se tenían noticias: Capitanes primeros Rafael M. Valencia Cajigas, Apolonio F. Cota Alcántara y Luis Manuel Trujillo Morales, capitán segundo Faustino Cevallos Pérez; teniente Margarito Flores Rosales; subtenientes Magdaleno Hernández Ramírez, Joaquín Loreda Navas y Sabás Nájera Zavala. Quedan en disponibilidad a partir del 11 de octubre los generales de brigada Vicente González, Blas Corral, Manuel Víctor Romo, José J. Obregón (por cierto, hermano del general Álvaro Obregón), Domingo Arrieta, Jesús M. Padilla, Porfirio G. González, Manuel Arenas López, Manuel Mendoza, Jesús González Lugo, Julio García, Clemente Gabay, Alfonso Rodríguez Canseco y Julián C. Medina. Generales brigadieres: Luis G. Alcalá, Adolfo Bonilla, Manuel Morelos Arellano, Juan G. Igareda Reed, Alfredo Flores Alatorre, Pedro J. Pizá Martínez, Pedro Torres Cortázar, David Johnson, Enrique Espejel Ch., Enrique R. Navarro y Carlos Rodríguez Malpica. Simultáneamente, se habla de los ascensos a divisionarios de los generales de brigada Pedro J. Almada, jefe de operaciones en el estado de Puebla, Alejandro Mange y Abundio Gómez, así como de otros altos oficiales, «para cubrir las bajas que han causado algunos jefes militares, con motivo de la sulevación del general Arnulfo R. Gómez».¹⁷

En Chiapas la campaña presidencial polariza a sus dos principales fuerzas políticas, una encabezada por el gobernador con licencia el general Carlos Vidal, y la otra por el senador y general Tiburcio Fernández Ruiz. El primero es sin duda el partidario más entusiasta del general Serrano y es el autor de la negativa de la Cámara local de aprobar las modificaciones a los artículos 82 y 83 de la Constitución. Para el segundo, el apoyo que podía brindar a Obregón le permitiría el regreso de su grupo de finqueros «revolucionarios» al poder estatal. Ante el Senado promueve sin éxito la desaparición de poderes en Chiapas, alegando defectos de procedimiento en las designaciones de Carlos —gobernador con licencia— como de su hermano Luis —gobernador interino del estado—. Desde el principio de la campaña presidencial el gobierno hostiliza a los serranistas. Contra el general Vidal aparece una acusación de «acumulación de armas» en Chiapas, cargo que es desvanecido en una entrevista entre Serrano y el presidente Calles. El general Juan José Méndez, comandante militar en Chiapas, es sustituido por el general obregonista Jaime Carrillo, quien lleva a su jefe de Estado Mayor de apellido Aguilar,

quien a su vez apoya a Ernesto Herrera, presidente del partido a favor de Obregón en Chiapas. Y a consecuencia de problemas de un envío de armamento a Chiapas por la Dirección del Departamento de Artillería de la Secretaría de Guerra, es relevado el general Vicente González, simpatizante de Serrano y conocido por derrotar a los delahuertistas en Tabasco. Según el senador y general Higinio Álvarez García, él interviene ante Obregón para que su amigo González no sea asesinado, sino «juzgado por los tribunales militares». Gracias a esa petición —dice Álvarez García— Obregón le dio su palabra de que «no matarán a Vicente».¹⁸

El 3 de octubre, día de los infaustos acontecimientos de Huitzilac, se inicia una feroz persecución contra los serranistas chiapanecos. El gobernador interino Luis Vidal y Alfonso Paniagua, presidente de la legislatura local, son asesinados en la madrugada del día siguiente. Abundan las detenciones de vidalistas y serranistas en toda la entidad. El verdugo principal es el general Manuel Álvarez, jefe de la guarnición militar en Tuxtla, y al desaparecer los poderes de la entidad, Calles le nombra encargado del gobierno. El general Álvarez:

...se dedicó a saquear la tesorería del Estado, pues en menos de 8 días se llevaron 450 mil pesos oro que había, enviándole al Gral. Jaime Carrillo, comandante militar de la zona 100 mil pesos y una medalla de oro por haber liberado a Chiapas (no sé cuál fue la liberación). Aparte de todas las multas que estuvieron imponiendo a las personas que pertenecieron al gobierno del Gral. Vidal y amigos, que eran de 5 mil pesos para arriba, según la categoría, ya que para quedar libres tenían que pagar. Aquello fue un verdadero saqueo (debe haber pasado del millón); lo mismo ocurrió en Tapachula: de la tesorería municipal se esfumaron 100 mil pesos así que no sólo saquearon, sino que todavía mataron gente inocente, como sucedió con las personas que traían presos de Tonalá (en el camino disparaban los soldados adentro de los carros asesinando a los presos).¹⁹

El jefe de las operaciones militares de Chiapas, Jaime Carrillo, asume luego el cargo de gobernador provisional, reemplazando a todos los ayuntamientos por «juntas de administración civil» nombradas directamente por él. Las tropas federales encarcelan a cientos de funcionarios locales y estatales y liquidan a vidalistas de todo el estado.

Juan Manuel Gutiérrez, presidente municipal de San Cristóbal de Las Casas, es asesinado. El vidalismo es exterminado en Chiapas. De inmediato, Fernández Ruiz y su grupo controlan el aparato político del estado.²⁰

El saldo de la represión que sigue a la muerte de Serrano es impresionante, pues se calculan en trescientos los asesinatos perpetrados en el plazo de una semana. Un verdadero golpe de Estado contra la oposición y un trauma para la sociedad mexicana, ya harta de crímenes. El gobierno intenta minimizar el hecho a través de un férreo control de la prensa, a la que no se le permite operar más allá de los límites impuestos por la censura.

EL JUICIO DEL SIGLO

Desde 1935 los hermanos del general Serrano piden el castigo a los responsables de su muerte, y reciben una respuesta favorable tanto del presidente de la república, Lázaro Cárdenas, como de la Cámara Alta. Los senadores Cándido Aguilar, Guadalupe Pineda, Javier Illescas, Alberto del Valle y J. Jesús Delgado ratifican la consignación del caso ante la Procuraduría General de la República. Se estima que el momento es de lo más propicio para el éxito de la demanda, por el debilitamiento del callismo, lo que facilitaría la acción legal en contra de los responsables del crimen múltiple.²¹ La denuncia se presenta en diciembre de 1935, pero hay una inexplicable lentitud para citar a los implicados, a pesar de un clima mediático de revelaciones que genera expectativas de justo castigo. Es hasta el 23 de marzo de 1937 cuando la Procuraduría General de la República da señales de vida y es para declararse incompetente para conocer de este proceso, por lo que turna la averiguación previa a la Procuraduría General Militar, «por ser un asunto militar».²²

La acusación señala como directores intelectuales del crimen múltiple a los generales Plutarco Elías Calles, José Álvarez y Joaquín Amaro. Como autores materiales de la matanza, a los generales Nazario Medina, Claudio Fox y Enrique Díaz; a los coroneles Hilario Marroquín, Carlos S. Valdez y Luis G. Alamillo; al teniente coronel Mercado, a varios oficiales del Estado Mayor del general Amaro y a Ambrosio Puente. El oficio de consignación señala como víctimas

a los generales Francisco R. Serrano, Carlos A. Vidal y Miguel Peralta, el general Carlos Ariza, el coronel Daniel R. Peralta; los capitanes Octavio R. Almada y Ernesto N. Méndez; los licenciados Rafael Martínez Escobar y Otilio González, y los señores Antonio L. Jáuregui, Alonso Capetillo, Enrique C. Monteverde, Augusto Peña y José Villa Arce. El general y licenciado Agustín Mercado Alarcón, procurador general de Justicia Militar, recibe la consignación y una vez enterado del expediente, lo turna al agente del Ministerio Público, general y licenciado Manuel Ruiz Sandoval, para que se encargue del asunto, recomendándole que tome el mayor empeño en su trámite y ejerza la mayor diligencia en la investigación.²³ El licenciado y general Felipe Armenta, agente del Ministerio Público adscrito al Juzgado Segundo de Instrucción Militar, es el encargado directo de las averiguaciones previas y dicta un acuerdo que dispone el envío de citatorios a varios militares implicados en el asunto.²⁴

A partir del 2 de abril de 1937, la Procuraduría General de Justicia Militar inicia las investigaciones previas en torno a los asesinatos. La consignación, suspicacias y dudas, debido a que desde el momento en que los familiares del general Serrano señalan como autor principal al entonces presidente de la república, general Plutarco Elías Calles, debía juzgarle un tribunal ordinario, no un militar. Los demandantes sustentan razones legales para hacerlo: el general Francisco R. Serrano y los militares que iban con él, así como los civiles, no tenían mando alguno de fuerzas ni estaban en servicio activo. Fueron aprehendidos por una orden emanada directamente del entonces presidente Calles, transmitida y visada por el secretario de Guerra, general Joaquín Amaro y ejecutada por el gobernador de Morelos, Ambrosio Puente, quien hizo entrega de los prisioneros al general Claudio Fox. A Serrano y los suyos se les imputó el delito de rebelión, por lo que la jurisdicción del caso correspondía al fuero federal. La personalidad de Serrano y acompañantes era la de políticos en campaña, puesto que se encontraban en gira de propaganda y no fueron aprehendidos con las armas en la mano, en acto de rebelión o en vías de realizarla. Por lo tanto, se cometió en las personas de dichos señores un homicidio de carácter político, dictado por autoridades civiles, como lo era el presidente de la república.

Las autoridades castrenses sostienen que, a pesar de lo anterior, no se eximirían de seguir conociendo el asunto «en lo que se refiere

al carácter militar que presenta el caso», y lo relacionan con probables faltas contra la Ordenanza Militar realizadas por los ejecutores. El general Claudio Fox carece de orden escrita, «que debía haber exigido para llevar a cabo la ejecución». En su momento, él declara ante el órgano judicial militar que la recibió rubricada por el propio general Calles e intentó devolvérsela en el momento de darle cuenta de que Serrano y los suyos ya habían sido ejecutados, pero él sólo le respondió: «Guárdela usted, el tiempo que quiera vivir». Falsa o cierta esta declaración, el hecho legal es que no existe tal orden escrita. En las mismas circunstancias están el general Nazario Medina y demás oficiales que llevaron a cabo la matanza. Ésta ya es claramente la primera falta contra la mencionada Ordenanza Militar.

La segunda es la forma en que fueron muertos el general Serrano y sus acompañantes. La Ordenanza establece la llamada «aplicación de la pena capital» a un rebelde, a un militar traidor o en casos de guerra por medio perfectamente claro de «pasar por las armas, por medio del fusilamiento, tras juicio sumario». En un combate, en un episodio de guerra, todo es permitido en la defensa de la vida y en el ataque, pero se «falta al honor militar cuando se emplean medios que se estiman de degradación para la personalidad militar».

En apego a la Ordenanza Militar, en el caso de Serrano y acompañantes debieron haberse formado los pelotones de ejecución integrados por soldados y «los oficiales y jefes únicamente mandar la ejecución». Pero se trataba de individuos inermes, a los que habían de ejecutar por una orden y no en la forma irregular en que se hizo, pues está demostrado por las declaraciones de testigos presenciales, fueron los coroneles Marroquín, Alamillo, Mercado, Valdés y otros oficiales quienes «personalmente dieron muerte al general Serrano y demás personas», usando para ello pistolas «Thompson», sin ningún formulismo, estando los reos atados con las manos a la espalda con los cordones comprados en una tienda de Huitzilac.²⁵

El doctor Osornio es el primer citado ante el Ministerio Público Militar, en una diligencia con una duración de dos horas y media. Declara haber realizado la autopsia para cumplir con la ley y cuando Calles le ordenó recibir a Serrano y sus amigos, y conducirlos al hospital, supuso que estaban con vida «con una borrachera tremenda» y los mandó a tal sitio, como muchas veces se hizo guardar atenciones a miembros prominentes del ejército. Al preguntar si los orifi-

cios de entrada de los proyectiles eran de fusil, respondió que eran balas calibre 45, es decir, del tipo de arma reservado a los jefes y oficiales del ejército, y no a los soldados, que cargaban máusers, armas usadas en los fusilamientos. La prensa conjetura que los soldados sólo debieron ser testigos, mientras que los jefes y oficiales se encargaron del trabajo sucio. Por otro lado, los certificados de autopsia revelan que los orificios de entrada de bala eran de un centímetro de ancho que producen la pistola calibre 45 y la subametralladora Thompson. Las autopsias denuncian la saña con la que fueron realizados los crímenes. El momento más esperado es cuando comparece Fox, quien señala a Calles como el hombre que ordenó los asesinatos, asegurando que el general Nazario Medina fue el directamente comisionado para llevar a cabo la matanza. Dice en los inicios de su declaración que siendo jefe de las operaciones militares de Guerrero, el 30 de septiembre de 1927 vino a México con el objeto de tratar algunos asuntos relacionados con el cargo, lo que de entrada es falso, porque se le vio en las maniobras de Balbuena del 27 de ese mes al lado de sus jefes. Explica que en ese tiempo «la inquietud en México por la cuestión política serrano-gomista era grandísima y se hablaba ya de levantamientos de militares descontentos». Según su dicho, el 3 de octubre de 1927 fue a la Secretaría de Guerra con el objeto de ponerse a las órdenes del general Joaquín Amaro, y no encontrándolo se trasladó al Castillo de Chapultepec, donde se presentó ante el divisionario. Afirma que a eso de las once de la mañana vio al presidente Calles, a quien le acompañaban el general Álvaro Obregón, el doctor José Manuel Puig Casauranc, Fernando Torreblanca, José Montes de Oca, secretario de Hacienda, y algunas otras personas que no recuerda. Calles le mostró la copia de un mensaje dirigido al general Enrique Díaz, a la sazón en Cuernavaca, y cuyo texto decía: «Sírvasse usted marchar con los prisioneros (Serrano y socios) rumbo a esta capital, a encontrarse en la carretera de ésta con el general Claudio Fox y hágale entrega de las siguientes personas: Francisco Serrano, general Carlos A. Vidal, general Miguel Peralta, licenciado Rafael Martínez de Escobar, Alfonso Capetillo, Otilio González, Antonio Jáuregui, Augusto Vera, Daniel L. Peralta, Ernesto Noriega Méndez, Enrique Monterde Jr. y Carlos B. Ariza.

A continuación el presidente le manifestó que «los que figuran en esa lista han sido condenados por un Consejo de Guerra Suma-

rísimo. El coronel Nazario Medina tiene instrucciones para salir a la carretera con cincuenta hombres de su corporación a fin de dar cumplimiento a esto que le estoy ordenando». En esos momentos dice Fox que el general Amaro terció en la conversación diciendo: «El coronel Nazario Medina tiene instrucciones y elementos para el pago de los automóviles que se necesiten para el traslado de la tropa, así como sobre el cumplimiento de las órdenes que le ha estado dando el señor presidente, relativas al cumplimiento de la sentencia dada por el Consejo de Guerra». Fox pidió al presidente, en tono de súplica: «Tenga la bondad, señor presidente, de escribirme aquí (en el mensaje) lo de la ejecución». Contestó Calles: «Permítame esa copia», y acto seguido, estampó en ella estas frases: «Los que integran la presente lista serán ejecutados en el camino y traídos sus cuerpos a ésta». P. E. Calles. Rúbrica.

Fox hace el relato de lo que siguió en el tenor de lo expresado por él en otras partes de este libro. Al llegar al punto del tema de la orden escrita, señala que mientras tomaba café con Calles, éste le pidió el escrito, lo tomó entre sus manos y despedazó en minúsculos papelitos, tirándolos en una escupidera, mientras decía: que ya no tenía ningún objeto, «sintiendo yo —dice Fox— como si me hubieran quitado un enorme peso de encima». Manifiesta que él no conocía a un solo hombre de la tropa, más que al entonces coronel Pedro Mercado, y que él no supo si era verdad lo del consejo de guerra sumarísimo, pues esta noticia la obtuvo de labios de Calles. Por último, Fox asienta que no se preocupó de ver quiénes venían entre los prisioneros, porque para él hubiera sido muy doloroso reconocerlos, y que está seguro de que delante de él no se cometió ningún atropello con los cadáveres.²⁶

Por su parte, el general José M. Álvarez se presenta a rendir su declaración indicando que el día de los hechos se le ordenó subir a un avión militar y hacer vuelos por toda la Ciudad de México y alrededores, lanzando propaganda a favor del gobierno del general Calles y haciendo una invitación a los militares para que fueran leales. Ya en la noche, agrega, tuvo que presentarse en el Castillo de Chapultepec a rendir un informe ante el presidente y secretario de Guerra sobre su labor, siendo entonces cuando el general Calles le entregó un boletín en propia mano diciéndole que lo entregara a la prensa, no constándole por no haberlo presenciado ni investigado si eran

hechos ciertos o no los narrados en él, ya que con su carácter de militar tenía que obedecer las órdenes del presidente.²⁷

El doctor José Manuel Puig Casauranc declara que en la fecha de los acontecimientos era secretario de Educación Pública en el gobierno del general Calles, añadiendo «que casi seguro se encontraba en las oficinas presidenciales en Chapultepec», cuando fue llamado el general Calles, «ya que su deber como secretario de Estado, era estar presente en los críticos momentos aquéllos, pero que él ni en este caso concreto, ni en ningún otro recuerda que un Jefe de Estado haya dado órdenes en voz alta en presencia del público». Poco después declara Luis Montes de Oca, gerente del Banco de México, en el sentido de que era secretario de Hacienda y Crédito Público y recuerda que se encontraba en el Castillo de Chapultepec ese día tres de octubre de 1927. Añade que al enterarse de la rebelión su obligación como secretario era estar presente al lado del general Calles, y que no asistió al momento en que, según dice Fox, le dio determinadas órdenes el entonces presidente de la república.²⁸

El coronel Hilario Marroquín Montalvo se concreta a decir que el día de los acontecimientos, cuando era jefe del 82 regimiento, lo comisionó el general Joaquín Amaro para que con elementos de dicha unidad vigilara los alrededores del Castillo de Chapultepec, y que «más tarde le ordenó que hiciera un reconocimiento por la carretera de México a Cuernavaca, facilitándose al efecto un automóvil de la Secretaría de Guerra; y que al llegar a un punto cuyo nombre no recuerda, pero que es una altura, observó que caminaba una caravana de automóviles». Siguió diciendo que momentos después vio que descendían de los autos tropas y unos civiles, por lo que «inmediatamente se regresó a dar parte al general Amaro, sin que le constara más, ya que no presencié ningún detalle relativo al asesinato». Pero Marroquín se turba cuando se le muestra una carta que obra en autos dirigida por él al teniente coronel Pedro Mercado, en la que reconoce haber estado en Huitzilac y participando en los hechos sangrientos. Tiene que reconocer que la carta es suya, a pesar de ello sigue negando que hubiera presenciado los ajusticiamientos y mucho menos tomado participación directa, pues afirma que «ni siquiera sabe manejar una Thompson».²⁹ Con un argumento similar, el coronel Valdez sostiene haber recibido instrucciones de sus superiores de quedarse en la «retaguardia extrema», acompañado de los coroneles

José Pacheco y Salvador Guerrero, mientras los prisioneros eran conducidos por tropas en las inmediaciones de Huitzilac. Sostiene ante el juzgado que por la «topografía del terreno y como caía la noche», no pudo darse cuenta de los movimientos de la tropa, y que «solamente un poco más tarde escuchó detonaciones».³⁰ En otras palabras, los implicados se defienden argumentando que no estuvieron presentes, o si fue el caso, culpan a los elementos de la tropa.

El general y licenciado J. Inocente Lugo, magistrado en aquella época del Tribunal Militar, desmiente en forma categórica que las víctimas hubieran sido juzgadas por un consejo de guerra sumarísimo, y que él hubiera intentado que firmara el acta y expediente relativos el entonces también general licenciado José María Pacheco, que fue quien hizo tal imputación al declarante.³¹ Pacheco, agente del Ministerio Público adscrito a la Procuraduría General Militar, se negó a firmar esa documentación, apócrifa a todas luces, donde se asentaba, por ejemplo, que Serrano habría confesado que hacía armas en contra del gobierno.³² Para cubrir las apariencias de legalidad, mitigar el impacto de los proditorios crímenes y dar una justificación aceptable, el general Amaro habría dispuesto la elaboración de tal expediente de «consejo de guerra sumarísimo», con falsas declaraciones de los sacrificados, supuestos pedimentos del Ministerio Público y alegatos ficticios de los defensores. Dicho expediente pronto habría quedado listo y solamente faltaba la consignación o «cabeza» de proceso firmada por el licenciado José María Pacheco.

Según la versión de Pacheco, un militar cuyo nombre no se revela en el momento se presentó en su despacho y le expuso el asunto, con la consigna del general Amaro de que se firme. Pero Pacheco se negó a hacerlo. A pesar de la insistencia del militar, el abogado permaneció firme en su postura y antes de la retirada de su interlocutor alcanzó a escucharlo: «Si no firma, quizás le cueste la vida, pues ya bien sabe usted cómo se las gasta el general Amaro». Pacheco vivió para contarlos, aunque debe esconderse por un tiempo.³³ Pero conviene referirse a la versión del 12 de octubre de 1927, supuestamente depositada ante notario público, en el que el suscrito, José María Pacheco, hace constar lo siguiente:

...en días pasados, dos o tres días después de haber sido fusilados en la Prisión de Santiago un grupo de civiles y militares, fue llamado ur-

gentemente por el señor licenciado José I. Lugo... quien le presentó para que firmara una orden de proceder a fin de que se iniciara Consejo de Guerra Sumarísimo al General Francisco R. Serrano y un grupo de civiles: que dicha orden de proceder aparecía con fecha tres del mes en curso; que como el suscrito ya tenía conocimiento por la prensa de que los referidos señores ya habían sido fusilados, le pidió una explicación al señor licenciado Lugo, quien le manifestó que se trataba únicamente de cubrir el expediente Y DEJAR A SALVO AL GOBIERNO. Ante tal manifestación, hice presente al Lic. Lugo que mi deber de funcionario me dictaba que aquel procedimiento no era legal, ni podía dejar salvo la responsabilidad del gobierno, toda vez que aun en el supuesto de que los militares responsables de la asonada estuvieran en servicio activo, el solo hecho de que estuvieran complicados civiles, hacía que la competencia fuera de las autoridades comunes de conformidad con el artículo 13 constitucional, y que por otra parte la formación del expediente constituía una falsedad.

El licenciado Lugo se habría contrariado, y le aconsejó que «yo firmara porque el momento era muy delicado y el gobierno estaba en su derecho de sostenerse con toda energía y que yo podía pasarla muy mal». Al insistir en que su conciencia le dictaba no firmar, luego se limitó a responderle: «Usted sabe lo que hace». Según la versión, al enterarse Amaro de la «indisciplina» de Pacheco, ordenó que se le fusilara de inmediato. Al conocer la noticia, Pacheco se dirigió a un licenciado Mercado (funcionario militar) para comunicarle su inquietud y mientras conversaban llamó por teléfono el general Amaro, ratificándole las órdenes de fusilamiento. El licenciado Mercado, destacando las cualidades de Pacheco como empleado de gobierno, tuvo como efecto que Amaro se serenara, pero poniendo como condición para «aplazar» las órdenes que firmara el referido documento. El digno abogado se mantuvo en su postura de no hacerlo:

...en atención a que se trataba de asentar una falsedad, ya que no se ha formado ningún Consejo de Guerra a los citados individuos, y por otra parte, mi opinión sincera como letrado es que aun en el supuesto de que en realidad de verdad se tratara de juzgarlos, solamente las autoridades comunes podían hacerlo...

Adelantándose a una posible desgracia o falsificación de su firma, Pacheco elaboró el pliego para depósito ante la fe pública, cuando era su «deseo que se conozca la verdad de lo ocurrido y, sobre todo, que conste fehacientemente que yo por ningún motivo firmaré, pues como manifesté al Lic. Lugo, estoy dispuesto a que se me destituya y hasta se me procese».³⁴

La versión de su hijo, el escritor José Emilio Pacheco en su *Crónica de Huitzilac*, difiere de las afirmaciones de su padre y de las transcripciones en la prensa de los treinta:

El 4 de octubre Calles y Amaro llaman a su presencia a este licenciado de nombre José María Pacheco, le piden firmar una orden de «consejo de guerra sumarísimo», con fecha del día anterior. Pacheco responde que él no puede prestarse a esa clase de consignas: el «consejo» es una falsedad y en modo alguno salvará al gobierno. Porque los militares ejecutados tenían licencia del servicio activo y además el hecho de que con ellos estuvieran civiles daba la competencia del caso a los tribunales comunes.

—Entonces se insubordina usted— grita Calles.

—O firma o lo fusilo inmediatamente— añade Amaro.

—Mi conciencia no me permite hacer estas cosas —responde José María Pacheco—. Si ello implica insubordinación, disponga, mi general, lo que crea conveniente.

Calles y Amaro se quedan atónitos: no saben cómo manejar el hecho de que se atreva a enfrentárseles un hombre sin ningún poder ni defensa. Increíblemente, lo dejan libre y se satisfacen con darlo de baja. Después de todo hay cosas más urgentes en el país: pronto se olvida el asunto del «consejo de guerra».³⁵

En el pliego acusatorio se señala al entonces capitán segundo, Luis J. Alamillo, de haber llevado a cabo la ejecución en masa de los prisioneros con una ametralladora. Para 1937 es teniente coronel del ejército y desempeña el cargo de *attaché* militar de la Legación Mexicana en París. Alamillo, se dice, recibió como premio de su hazaña, que Amaro lo enviara a Europa en «viaje de estudio», lo ascendiera a capitán primero, luego a mayor y antes de un mes a teniente coronel, para que pudiera desempeñar el puesto de director de la Escuela Superior de Guerra, previamente a su envío a Francia como *attaché* militar.³⁶

El teniente coronel Pedro C. Mercado, que en aquella época era capitán y tenía el puesto de ayudante del general Amaro, es señalado por Fox de haber dado muerte a uno de los Peralta, mientras que el capitán Espinosa de los Monteros le acusa de ultimador de Serrano. Como recompensa a su participación, fue premiado con el ascenso a mayor y en su momento se le envía a Francia como *attaché* militar. En su declaración ministerial dice haber solicitado el cuidado de los coches para eludir participar en la muerte de los presos, aunque sí presenció y escuchó las descargas, «lo cual fue muy duro para él, pues conocía a varios de los ejecutados». Insiste en su acusación por difamación al capitán Espinosa de los Monteros y para defenderse muestra cartas del general Fox, del coronel Hilario Marroquín y del capitán Santiago Domínguez, que señalan que no tuvo participación en las ejecuciones.³⁷

El general Nazario Medina, quien en 1927 era comandante del primer regimiento de artillería, después jefe de la guarnición de la plaza de México y del Estado Mayor del presidente Pascual Ortiz Rubio, declara que «ni directa ni indirectamente tomé participación en los acontecimientos de Huitzilac, mi general Fox tampoco presenció las ejecuciones». Criticó a Fox y a la disculpa que le ofreció, en el sentido de que «en los acontecimientos desempeñó nada más el papel de supervisor, lo que no solamente es pueril e inconsistente, sino que extremadamente acusador para él, pues ese término es sólo aplicable al orden civil y nunca en el militar».³⁸ El general Enrique Díaz González, quien en 1937 es gobernador de Baja California, se limita a señalar ante el Ministerio Público que entregó a los presos al general Fox, a la vista de una orden en la que no constaban sus nombres.³⁹

Al general de división Joaquín Amaro —depuesto dos años antes de su cargo de director de Educación Militar—, el Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional le gira un comunicado «pidiéndole fijar el día y la hora en que pudiera recibir al agente del Ministerio Público». Sería hasta el 1 de marzo de 1938 cuando el general Amaro rinde su declaración en su casa de las Lomas de Chapultepec, frente al Campo Marte, a puertas cerradas. Reconoce haber conocido el asunto,

que en forma rara, quieren ahora desvirtuar intereses cuya finalidad desconozco, haciendo aparecer que no fueron rebeldes al Gobierno los

generales Serrano y Gómez. Antes de entrar en materia y como exponente de mis ideas revolucionarias, ratifico ante la opinión pública de mi país mis convicciones de revolucionario radical y mi lealtad a las instituciones legalmente constituidas. Tomando como base ésta mi norma de conducta las declaraciones que voy a reproducir estén inspiradas en la verdad sencilla y terminantemente sin rehuir a la responsabilidad que me corresponde. Conocí todas las actividades que se desarrollaban en esta ciudad y otros lugares del país, por militares y civiles, exactamente como lo expresó en sus declaraciones el señor Presidente Calles... supe por el propio alto mandatario que había dado órdenes de que los rebeldes fueran pasados por las armas, observando las formalidades que las circunstancias permitían. Al conocer yo estas órdenes mi opinión sigue siendo que el señor Presidente de la República obró con entera justificación...

Amaro, al concluir, afirmó lo doloroso que fue para él, «como revolucionario, ver con qué maldad se ha pretendido en éste y en otros casos, empañar la figura revolucionaria de nuestro jefe el señor Obregón, en quien la Revolución tuvo su más brillante paladín y defensor en el terreno militar y social».⁴⁰

El expresidente Plutarco Elías Calles no comparece ni entrega alguna declaración ministerial por escrito. No es requerido por alguna autoridad en su residencia «de exilio» en su casa de playa en San Diego. Todavía están frescos los acontecimientos del 27, y a pesar de su fuerza política disminuida, conserva la influencia suficiente para no ser molestado.

Al final, el general Felipe Armenta Ruiz sintetizó así sus conclusiones: el general Claudio Fox obedeció las órdenes de fusilar a Serrano y sus acompañantes, pero se advirtieron delitos relacionados con la infracción de deberes militares, mas habiendo transcurrido a la fecha con exceso de término que fija la fracción 3 del artículo 190 del Código de Justicia Militar, resulta que la acción penal ha prescrito, por cuyo motivo el agente del Ministerio Público se abstiene de ejercerla.⁴¹ El general brigadier Manuel Álvarez Rábago llevó a cabo las ejecuciones de los señores generales brigadier Luis P. Vidal y diputado Ricardo Alfonso Paniagua, en obediencia a órdenes superiores, quedando el caso en el último análisis dentro de lo previsto por la fracción VIII del artículo 2º de la Ley Penal Militar. No cometieron

ningún delito de la competencia de los tribunales militares, al obedecer una orden superior los generales José Álvarez de la Cadena, Enrique Díaz González y Enrique Osornio del Río. Por las razones apuntadas en el cuerpo de este escrito (la petición a la Procuraduría de Justicia Militar) no fue posible demostrar el cuerpo de algún delito militar en contra de los generales José Inocente Lugo Gómez y Nazario Medina Domínguez, los coroneles de caballería Hilario Marroquín Montalvo; de Artillería Carlos S. Valdés Armenta y teniente coronel Pedro Mercado Carrillo, por cuya circunstancia no ejercitó acción penal en su contra. Son competentes para conocer los hechos atribuidos a los entonces ciudadanos, presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos Plutarco Elías Calles y secretario de Guerra y Marina, general de división Joaquín Amaro Domínguez, los tribunales federales.⁴²

Así se frustra el único intento realizado para castigar a los culpables intelectuales y materiales de las matanzas de 1927, gracias a chapucerías de apariencia legal. En adelante, la única condena posible sería la de la historia.

POLVOS DE AQUELLOS LODOS

La masacre de Hutzilac mueve al medio político e intelectual de dentro y fuera del país. Luis Cabrera, de quien menos podría sospecharse de parcialidad a favor del gobierno en aquellos infaustos días, se pronuncia sobre el particular, sostiene un argumento justificatorio de las trágicas decisiones que se tomaron:

Los generales Calles y Obregón conocían bien a los generales Gómez y Serrano, y aun cuando legalmente lo que se hizo fue una atrocidad, políticamente no habría habido otro remedio para evitar un segundo Agua Prieta; Obregón y Calles habían adquirido una saludable experiencia en esa materia desde 1920, la cual habían reforzado en 1923...⁴³

Muchos años después de los acontecimientos, el ingeniero Marte R. Gómez expresa los argumentos últimos que buscan justificar los crímenes de aquellos días:

Tanto el general Serrano como el general Gómez supieron que se lanzaban a una lucha que era a vida o muerte. Exponían su vida con la esperanza de cobrar la vida de sus enemigos. Si el general Obregón hubiera caído en manos de Serrano, éste hubiera fusilado a su antiguo jefe, como su antiguo jefe estuvo de acuerdo en que se fusilara a Serrano cuando éste cayó preso. No había duda ni secreto sobre el particular...⁴⁴

Entre las reacciones de los mexicanos que se encuentran en el extranjero, debe mencionarse la del licenciado Manuel Gómez Morín, quien en una carta quizá destinada a Marte Gómez le dice dolido que es atroz pensar en tanta violencia que existe en México: «Lo que ahora ha sucedido parece horroroso por el momento y por las personas; pero hace 18 años que no pasa día sin un asesinato, sin un atentado contra los hombres, contra los ideales». Y arremete contra la *pax revolucionaria*: «Esta paz, esta civilización, no son ya un reposo sino una causa de mala pasión y de amargura. Mi México, mi pobre México».⁴⁵ Para él, los asesinatos de Huitzilac confirman el entronamiento de un militarismo sangriento en el país.

Ramón Puente, exiliado en Estados Unidos por sus actividades delahuertistas, acusa a Calles de sofocar una rebeldía que él mismo provocó. «Por eso no admitimos que a Calles se le compare o se le llame como insulto un Nerón. Ni difamamos así la ya triste memoria de aquel fastuoso emperador romano, que sí cometió actos de crueldad que espeluznan, tuvo como consejero y educador a un Séneca, como amigo a un Patronio y como protegidos a un enjambre de artistas». Más bien acude a la comparación que juzga más adecuada:

...su parecido moral es más bien con Herodes Antipas, Gobernador de Galilea, aquel monstruo de lascivia y apocamiento, que por dar gusto a los romanos era capaz de las mayores vilezas, y de quien se cuenta que decretó la degollación de millares de niños para impedir que creciera el Mesías. Calles, obedeciendo órdenes de Obregón, e hizo cómplice del asesinato de muchos infelices, sin impedir que se le escapara el hombre peligroso y el que puede ser el abanderado de la cruzada que se inicia; pero medroso y blandujo como Antipas, le concedió a Obregón la sangre de Serrano, como el sátrapa de Judea le obsequió a Salomé la testa del bautista...⁴⁶

Por su parte, uno de los periodistas más capaces de su generación, Nemesio García Naranjo, diez años después de los acontecimientos de Huitzilac, hace un terrible juicio sobre los asesinatos de Obregón. Recuerda que en *Ocho mil kilómetros en campaña*, se desahizó en elogios a quienes estuvieron bajo sus órdenes en los años 1914 y 1915, sus colaboradores sin los cuales no se explican sus victorias en los campos de batalla, entre ellos el general Francisco R. Serrano, Ángel Flores, Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Fortunato Maycotte y Enrique Estrada. «Obregón decía en 1915 que eran un puñado de héroes. Hoy dice que fueron un racimo de traidores... ¿Se concibe a Napoleón Bonaparte, mandando fusilar a los Generales Masena y Augerau, después de la campaña brillantísima de Italia?..». Para García Naranjo existe un abismo entre Obregón y Díaz, los dos grandes dictadores de México: «Para que el General Porfirio Díaz pudiera parangonarse con Obregón y Calles, habría sido menester que hubiera llegado a la presidencia, después de asesinar a don Benito Juárez y a don Sebastián Lerdo de Tejada, como los cabecillas sonorenses llegaron sobre el cadáver de don Venustiano Carranza». Díaz era conciliador y no conocía de rencores del tipo de Obregón, que jamás olvidaba ni perdonaba a sus enemigos ni a sus amigos: «en el año de 1878 se pronunció en el norte de México el general don Mariano Escobedo, con el propósito de colocar de nuevo en la Presidencia al licenciado don Sebastián Lerdo de Tejada. La intentona revolucionaria fracasó completamente y el sitiador de Querétaro fue hecho prisionero. Es indudable que si el vencedor de Santa Gertrudis y San Jacinto hubiera caído en las garras de Obregón y de Calles, en unas cuantas horas habría pasado del calabozo al cementerio. Durante el régimen porfiriano, Escobedo estuvo preso por corto tiempo y luego quedó en absoluta libertad». Ni siquiera Díaz se compara en barbarie con Obregón y Calles, incluso en el episodio de los «fusilamientos en caliente» del 25 de junio de 1879, pues «hay que tener presente que ninguna de las víctimas estaba ligada con vínculos sagrados con el Dictador». Y viene la parte culminante de su artículo: «La más monstruosa de todas las ejecuciones es sin género de dudas la del General Francisco Serrano... Por eso los laureles que Obregón cosechó en el patíbulo de Serrano, superan a los laureles mismos de Caín».⁴⁷ Miguel Alessio Robles, por su cuenta, da por cierto que el episodio del «mátalos en caliente» es una conse-

cuencia de una sublevación, pero aquí siquiera se urdió la farsa de un consejo de guerra, y la sentencia final enloqueció de espanto al gobernador Luis Mier y Terán. Y hubo un juez de distrito, el licenciado Rafael de Zayas Enríquez, que se levantó en la madrugada para rescatar a varios prisioneros y salvarlos de la muerte cuando ya estaban listos para ascender al cadalso. Pero en la tragedia de Tres Marías se daba el caso de haber sido Serrano amigo de los generales Obregón y Calles. «Y en cambio, el general Díaz no conocía ni era amigo de ninguno de los que se iban a sublevar en Veracruz... el general Arnulfo R. Gómez había hecho toda su carrera militar al lado del general Calles. Siempre habían sido fraternales amigos, y lo ayudó eficazmente en la campaña presidencial de 1924. Pero nadie pudo evitar la ejecución del antiguo subordinado y amigo del presidente de la República».⁴⁸

En el caso del político cooperatista Martín Luis Guzmán, exiliado a causa de sus vínculos, un tanto contradictorios, con Adolfo de la Huerta y el movimiento delahuertista, los acontecimientos se reciben en medio de sus febriles proyectos literarios. Radicado en España, Martín Luis Guzmán se empeña en escribir una trilogía novelística sobre la Revolución Mexicana en torno a las figuras de Carranza, Obregón y Calles. En este afán se encuentra, cuando se entera en periódicos mexicanos llegados a Madrid, con los trágicos acontecimientos del 3 de octubre de 1927. En ellos ve, en todos los ángulos del cuadro, a amigos y enemigos, a culpables y a inocentes, a personas que en otros momentos de su vida conoció, en el pináculo del poder o en la desgracia, representando una tragedia de estilo shakesperiano. El efecto que le causa es de una verdadera bomba. Por su mente pasan vertiginosamente las imágenes de Obregón, de quien pasó de admirador a franco opositor; de Calles, a quien ve como una hechura del Caudillo y que por mala ventura gobierna México, y a Serrano, a quien trató desde que era la sombra del comandante de la Columna Expedicionaria de Sonora. Pero Martín no es un historiador, o no pretende serlo, sino un hombre de pasiones literarias. Tiene ante sí fragmentos de cataclismos y sus propios recuerdos, materias indispensables para la construcción de una obra entre la ficción y la realidad. El hombre emprende entonces la escritura de una novela que dé cuenta del funesto y desgraciado destino de una revolución que pasó de la ingenuidad de querer cambiar la faz de un país

entero a la cruda realidad de un militarismo salvaje y cruel. ¿Estaría movido por el resorte de la catarsis? O bien, ¿de algún inconfesado remordimiento o un mero afán de encontrarse, aunque sea en la imaginación, con su país de origen y con los vivos y los muertos? Él nunca lo dijo, pero la motivación es lo menos importante. Lo que sí es significativo es salir al paso de la historia que lleva en sus espaldas. Algún significado emocional tiene el hecho de que Martín Luis Guzmán escribiera cuatro capítulos en un solo día.

Martín Luis discurre entonces la trama no de una ficción histórica, sino de una novela de personajes y sus trayectorias con obvias coincidencias con la realidad, titulada *La sombra del caudillo*. Desfilan entonces los *dramatis personae* resultados de la fusión, por efecto de su alquimia literaria, de vidas y temperamentos. Según su plan, platicado por el mismo Martín muchos años después a Emmanuel Carballo, el Caudillo es Obregón, pero físicamente entero (la falta de un miembro haría obvia la referencia) y con una proyección de su carácter. El general Ignacio Aguirre, ministro de Guerra, es una combinación de Francisco R. Serrano y Adolfo de la Huerta, si bien pensamos que tenía más del primero que del segundo. Hilario Jiménez, ministro de Gobernación, es el general Plutarco Elías Calles, favorito del Caudillo. El general Protasio Leyva, jefe de operaciones del Valle de México y partidario de Jiménez, es el general Arnulfo R. Gómez, quien en la novela sería un leal al gobierno. Emilio Oliver Fernández es Jorge Prieto Laurens, un joven dinámico que dirigía el Partido Cooperatista, presidente municipal de la Ciudad de México, luego diputado federal, gobernador electo de San Luis Potosí, entre 1922 y 1923. Encarnación Reyes, jefe de las operaciones militares en Puebla, es el general Guadalupe Sánchez, uno de los alzados en la rebelión delahuertista. Eduardo Correa, presidente municipal de la capital, es en realidad Jorge Carregha. Jacinto López de la Garza, consejero del general Reyes y jefe de su Estado Mayor, es el general José Villanueva Garza, muy cercano al general Sánchez y alzado con él en 1923. Ricalde, líder obrero partidario de Jiménez, es una calca de Luis N. Morones. López Nieto, líder agrarista y partidario de Jiménez, es Soto y Gama. Axkaná González es un personaje sin paralelo con la realidad y «como su nombre lo indica tiene sangre de las dos razas: la indígena y la española... representa en la novela la conciencia revolucionaria». A través de él mucho quiere comunicar

Martín Luis Guzmán, Axkaná la pasará mal, porque es secuestrado y casi asesinado con un exceso de alcohol ingerido a la fuerza y, aunque sufre en varios momentos de la historia, es el único sobreviviente. El traidor de la historia es el general Elizondo, que representaría al general Juan N. Domínguez, jefe de operaciones de Morelos.

En México *La sombra del caudillo* tiene una cálida recepción entre los interesados en la política e historia del país, pero se enfrenta de inmediato con la reacción negativa del general Plutarco Elías Calles, quien se puso frenético y quiso dar la orden de que la novela no circulara. Genaro Estrada es por entonces secretario de Relaciones Exteriores y le hace ver que una medida de este tipo sería contraproducente, por ser un atentado contra las libertades constitucionales y le agregaría interés al libro, como ocurre con las obras prohibidas por la autoridad. Se decide entonces presionar a Espasa-Calpe, casa española con sucursal en México, para que en el futuro no publique más libros de Guzmán que tuvieran que ver con los acontecimientos revolucionarios. Amenazada de expulsión del país, la editorial Espasa-Calpe accede, por lo que Martín, comprometido por contrato para obras futuras con dicha editorial, se orientó a la escritura de otras obras bien conocidas, como *Mina el mozo*, *Filadelfia*, *paraíso de conspiradores* y *Piratas y corsarios*.⁴⁹ Pero ya desde entonces *La sombra del caudillo* está en el catálogo de las novelas mejor escritas en México, y su autor queda reconocido como uno de los estilistas más finos del siglo xx.

Pasados los años, con toda su vigencia en el gusto de más de una generación, *La sombra del caudillo* vuelve a ser tema de interés y polémica. Julio Bracho, actor, fundador y director del Teatro Universitario, en 1936 conoce la novela de Guzmán y le impresiona profundamente. Al entrevistarse con el autor, Bracho solicita los derechos para su filmación y los obtiene: «Me los dio de palabra. Y en un gesto de gran nobleza, me los mantuvo siempre, durante veinticinco años, a pesar de que hubo otros que se interesaron por adquirirlos». El presidente Adolfo López Mateos —vasconcelista en su juventud— ve con buenos ojos los planes de Bracho, así que le otorga todo su apoyo moral y financiero para llevarlo adelante. «Ya era tiempo de filmar esa película», es uno de sus comentarios. Bracho escribe el guión, que pronto es aprobado por la Secretaría de Gobernación, mientras el Banco Cinematográfico aporta los fondos necesarios. La

Sección de Técnicos y Manuales del Sindicato de la Producción Cinematográfica y el Sindicato de Actores se suman al entusiasmo y ofrecen colaborar, trabajando sin cobrar. A cambio, las eventuales ganancias serían para construir la clínica médica de los trabajadores del cine. La película se rueda del 4 de febrero al 18 de marzo de 1960 en los Estudios Churubusco y en locaciones del Distrito Federal, como la Cámara de Diputados, el Castillo y el Bosque de Chapultepec, y también en Toluca. En junio de 1960 la película se presenta en una premier y apenas al mes siguiente obtiene el premio a la mejor dirección en el Festival Cinematográfico Internacional de Karlovy-Vary. La película ahora debe estrenarse en la Ciudad de México, en cuatro cines: Roble, Latino, Chapultepec y Variedades. Se hace publicidad, bien aceptada por el público, y todo el mundo está a la espera. Pero en la víspera de su exhibición, la Secretaría de Gobernación la prohíbe, requisita la copia y retira los carteles publicitarios de sitios concurridos. Esta decisión causa una amplia y justificada indignación que se mantendría por un buen tiempo. El gremio cinematográfico se considera agredido y estudiantes amenazan con salir a las calles a protestar. El secretario de la Defensa, general Agustín Olachea, declara, sin más, que la película «denigra al ejército», pero se advierte la mano del presidente Gustavo Díaz Ordaz, conservador y represivo, a juzgar por comentarios privados con exactas palabras. José Alvarado contesta en la acreditada revista *Siempre!*: «No fueron los actores de Julio Bracho los que asesinaron a Serrano, fueron los militares. Son éstos los que denigraron al ejército». Nosotros diríamos: los autores del crimen fueron los miembros de un grupo, con el general Joaquín Amaro a la cabeza, actuando bajo las órdenes del presidente Plutarco Elías Calles, a su vez bajo el influjo de las pasiones vengadoras del caudillo Álvaro Obregón. Para la institución en su conjunto, la decisión le causó una desagradable sorpresa. Díaz Ordaz llamó «violentamente» a Julio Bracho para comunicarle que la película contaba con la aprobación de las autoridades, pero que necesitaba tiempo, la película se exhibiría «tarde o temprano» y le solicitó que «no agitara». La película ni tarde ni temprano se da a conocer al público en vida de Julio Bracho, a quien absurdamente se le marcó con el estigma de subversivo, con sus perniciosos efectos: «Para mí la prohibición significó un derrumbe. Un tremendo derrumbe como artista, moral primero y después también

económico. Durante mucho tiempo me bloquearon en el Banco Cinematográfico: me llevaron hasta el filo del hambre. Y además, fui seguido y vigilado por la Procuraduría». ⁵⁰ Falleció en 1978, sin ver acabado su sueño de entregar a un amplio público el fruto de sus agotadores afanes.

Así, una de las mejores cintas mexicanas, se convirtió en la película maldita de nuestro cine. No bastó el prólogo grabado de siete minutos en el que Martín Luis Guzmán explica que lo ocurrido pertenece a épocas pasadas y superadas de la historia nacional, y que la solidez de las instituciones del presente impediría que los hechos se repitieran. Se ignora dónde quedaron las copias confiscadas por el gobierno de aquel entonces, quizás en una bóveda del Banco de México, o quizá ya fueron destruidas. Hay quien presume que su duración original fue de tres horas. La copia que sirve para su exhibición en la Sala Gabriel Figueroa, muchos años después, fue una de dieciséis milímetros que la familia de Martín Luis Guzmán entregó a la Filmoteca de la UNAM. Y una de las mejores películas del cine mexicano ha sido reproducida en videocasetes «piratas» salidos de Dios sabe dónde, pero vendidas a los interesados en el barrio de Tepito de la Ciudad de México.

La trama de la novela llevada al cine, con sus actores, es más o menos así: durante los veinte, el país es gobernado por un caudillo (Miguel Ángel Ferriz). Para sucederlo, ya que la Constitución prohíbe la reelección, aparecen dos probables candidatos: el general Ignacio Aguirre (Tito Junco) y el general Hilario Jiménez (Ignacio López Tarso). Puesto que Jiménez es por quien el caudillo se inclina, Aguirre decide renunciar a la candidatura. Aguirre es mujeriego, y tiene entre sus amantes a Rosario (Bárbara Gil). El diputado Olivier, líder del bloque del Partido Radical Progresista (Carlos López Moctezuma), propone que Aguirre continúe en la lucha política para que su grupo tenga un candidato presidencial. En un teatro de revista (supuestamente el Principal), una bataclana canta una canción a Aguirre en que menciona que es el «candidato de toda la nación», haciendo el efecto de susurro de las brujas de *Macbeth*. Luego de confirmar su renuncia al caudillo, Aguirre y Jiménez se disgustan a causa de la concesión de unos negocios. En una convención del Partido Radical Progresista en Toluca, el gobernador del estado Catarino Ibáñez (José Elías Moreno) por instrucciones de Olivier nombra a Jiménez su

candidato. Sin embargo, éste cambia sin éxito tal nombramiento a favor de Aguirre, lo que desata una espectacular pelea a puñetazos y balazos entre los dos. El diputado Axkaná (Tomás Perrín), la «conciencia sabia» de Aguirre, es secuestrado, golpeado y obligado a ingerir tequila a través de un embudo. Al principio no se conoce quiénes son los autores del atentado, pero una de las pupilas (Kitty de Hoyos, la *Mora*) de la dueña del burdel que frecuenta (Prudencia Griffel) los denuncia, con nombres y apellidos. Aguirre hace hablar a uno de los plagarios y va a informarle al caudillo, con quien discute y rompe después de tantos años juntos, lo que acarrea su renuncia al Ministerio de Guerra y abiertamente acepta su candidatura a la presidencia por la oposición representada por el Partido Radical Progresista. La maquinaria del gobierno se propone desaparecer a los líderes de esta organización, y para ello trama un atentado frustrado contra Olivier y otros (lo que es una réplica del presunto atentado organizado por el general Arnulfo R. Gómez, Morones y Manlio Fabio Altamirano en la realidad). Hay balazos en la Cámara de Diputados, y uno de los pistoleros pierde la vida. El coronel Jáuregui (Antonio Aguilar) avisa al general Aguirre que se le va a aprehender, para evitar que se ponga al frente de una rebelión. El candidato de oposición se dirige entonces a Toluca, a ponerse bajo el cobijo de su amigo y partidario el general Elizondo (Víctor Manuel Mendoza). Con Aguirre se encuentran doce hombres, entre quienes se distinguen Axkaná, Olivier, el reportero Luis Aragón (Xavier Loyá, significando a Alonso Capetillo, uno de los asesinados en Huitzilac), Cahuama, fiel ayudante de Aguirre (representado por Salvador Vázquez, en alusión a «Cacama»), Remigio Tarabana (Agustín Isunza), y otros personajes que llevan por apellidos Cisneros, Rosas, Domínguez, Carrasco y Mijares. Después de departir con Aguirre y sus amigos, y prometerles toda la seguridad necesaria frente a sus perseguidores, Elizondo los aprehende y los pone a la disposición de las autoridades militares federales en Toluca. Esta traición les conduce a la carretera a México, donde son asesinados sin misericordia, bajo el mando del mayor Segura (Noé Murayama, representando al mayor Hilario Marroquín). Se ve al general P. Leyva (Manuel Arvide, Claudio Fox en la realidad), a Canuto Arenas, jefe de la escolta de Leyva, así como otros soldados, como victimarios. El primer secretario de la embajada de Estados Unidos, Mr. Winter, aparece en la parte culminante de la

historia, primero protestando porque no se le dejaba pasar, debido al bloqueo de la carretera, y luego como el salvador del único sobreviviente, Axkaná, a quien carga en su automóvil y aleja del lugar. En el episodio serranista el primer secretario estadounidense Winslow no juega el papel providencial de Mr. Winter. Aquí concluye la película, en la que destaca la imagen maltratada pero viva de Axkaná/Tomás Perrín, que tiene un notable parecido físico con Serrano y se viste de una manera muy similar.⁵¹

La persistencia de esta actitud, primero contra el libro de Martín Luis Guzmán y luego contra la película de Julio Bracho, solamente tiene una explicación, que es la de pretender borrar de la memoria uno de los hechos más vergonzosos de la historia mexicana al final de la lucha armada. *La sombra del caudillo* ha tenido el efecto duradero de mantener el interés sobre este capítulo, en un grado mayor que las obras de carácter histórico dedicadas a este tema. Por razones que van desde el temor a las represalias, escasez de fuentes de investigación confiables, la vigencia de la leyenda revolucionaria que ponía a Obregón y Calles como salvadores de México, quizá la creencia de que no había mucho más que indagar, se tradujeron en la redacción de pocos trabajos dedicados al tema biográfico de Serrano y a la tragedia de Huitzilac.

ÚLTIMAS PALABRAS

Si la campaña presidencial de 1927-28, plagada de impropiedades, acusaciones ciertas y falsas, desahogos en público, fue grotesca en muchos aspectos, lo es más cuando queda en pie un solo candidato, quien impudicamente continúa su marcha por el país, llevando sobre sí la carga de los asesinatos cometidos, resultando ganador en las elecciones de julio de 1928. La vuelta de Obregón a la presidencia representaba el fin de una lenta institucionalidad que se abría paso entre el autoritarismo y perpetuaba una costumbre de los peores tiempos del caudillaje en México, la de Santa Anna y la de Díaz. Así pasaría a la historia la campaña presidencial de aquellos años, memorable sobre todo por las tragedias que segaron las vidas de sus protagonistas, cada uno en su momento y a su manera.

En el tema de la llamada conspiración de Serrano, aparecieron cuatro enfoques del asunto que obedecen a propósitos muy concretos. Como hemos visto, el gobierno de la época mezcla verdades con falsedades, de tal manera que las primeras alimentan a las segundas y viceversa. Va a hablar de la conspiración o rebelión «serranogomista», de tal manera que las actividades subversivas de Gómez son también de Serrano, porque serían parte de un acuerdo entre los dos candidatos de oposición. Para Santamaría, Palavicini y Vito Alessio Robles, la conspiración es netamente «serranista», a la que el general Arnulfo R. Gómez es ajeno y contrario. Para el general Jacinto B. Treviño, la farsa de Balbuena y la salida de las tropas de la guarnición del Valle de México a Texcoco, es parte de una rebelión «gomista» en la que Serrano no participa. En línea semejante está la del general Juan Barragán, que habla de un acuerdo entre Gómez y Almada del que él mismo es parte, sin la participación de Serrano. Existe también la versión de que la conspiración de Serrano y Gómez nunca existió, sino que fue un montaje armado por Calles, Obregón y Eugenio Martínez, en coordinación con Héctor Ignacio Almada, para precipitar un desenlace que abortaba cualquier levantamiento eventual de los candidatos opositores, y eliminarlos por la vía rápida. No se explica cómo la fuerza pronunciada se disgregó en el camino de Texcoco y Almada en el centro de México, para reaparecer sano y salvo en Estados Unidos. En realidad, no existe una explicación satisfactoria de las actividades de Almada que fue, por cierto, el único que conocía las claves completas de los acontecimientos de aquellos días, que pudo escapar al cerco gubernamental y dirigirse a un largo exilio.

El recuerdo del general Francisco R. Serrano, asesinado con los suyos, perturbaría la tranquilidad de sus victimarios. Personas interesadas hacían valer de tiempo en tiempo que su nombre deshonoraba al ejército, y le combatieron después de muerto. Si primero se le asesinó, ahora se le condenará al olvido, el más oprobioso de los castigos. Un paréntesis desdibujado se hizo durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas, pero no se castigó a los responsables, ni siquiera al general Claudio Fox, a quien salvó la prescripción de delitos castrenses. Quizá para atenuar el impacto de la absolución de los asesinos, el 7 de noviembre de 1939 el gobierno de México, a través del general de división y secretario de la Defensa, Jesús Agus-

tín Castro, reivindicó el nombre del general Francisco R. Serrano, al reconocérsele como «Veterano de la Revolución», así como otorgársele la Condecoración del «Mérito Revolucionario», en atención a sus «relevantes méritos». Años después, bajo el gobierno de Miguel Alemán, se le hace miembro de la Legión de Honor. Al día de hoy, el general Francisco R. Serrano como Adolfo de la Huerta y Antonio Díaz Soto y Gama son figuras proscritas del Panteón Revolucionario en el que dominan otras figuras, como los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, los responsables intelectuales de la matanza de Huitzilac.

NOTAS

PREFACIO

1. González y González, Luis. *La ronda de las generaciones*. México: Secretaría de Educación Pública. 1984, p. 66.
2. Siguiendo los cálculos de Smith, pertenecería al 11.4 por ciento de la elite revolucionaria entre 1917 y 1940, y al 15.9 del nivel superior de esa elite. Smith, Peter H. *Los Laberintos del Poder: el reclutamiento de las elites políticas en México, 1900-1971*. México: El Colegio de México. 1981, p. 82.
3. *Ibid.*, p. 78.

I. DE LA PERIFERIA AL CENTRO DEL PODER

1. García Méndez, Javier Armando. *Huitzilac, versión no oficial*. Tesis profesional para obtener el título de licenciado en Periodismo y Comunicación Colectiva. Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán. UNAM. 1989, p. 20.
2. Olea, Héctor R. *La Tragedia de Huitzilac*. México: B. Costa-Amic Editor. 1971, p. 20.
3. «General de División Francisco R. Serrano», en: *Crónicas del Zuaque*, Febrero de 1998, pp. 6-7.
4. Valadés ubica el negocio de don Fortunato Vega en Choix, donde Serrano trabaja como dependiente. Valadés, José C. «El Archivo de Serrano», en: *La Prensa* (San Antonio), 14 de julio de 1935.
5. Olea, *op. cit.*, p. 32.
6. Serrano, Francisco. «Acta de Matrimonio con la señorita Amada Bernal», 11 de octubre de 1912, Archivo de la Secretaría de Defensa Nacional (ASDN), Archivo de Cancelados (AC), Serrano, Francisco, Gral. de División (FS), Exp. XI/III/1-243, f. 1829 (en adelante, este archivo será citado así: ASDN-AC-FS, con su respectivo folio).

7. Un análisis detallado de las circunstancias de la época se encuentra en Azalia López, *La política en Sinaloa a principios del siglo xx: la elección a gobernador en 1909*. Tesis para optar por el grado de Maestra en Ciencias Sociales. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. 2003.
8. Puente, Ramón. *La dictadura, la revolución y sus hombres*. Edición facsimilar del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. 1985, p. 219. Serrano habría obtenido el grado de subteniente y alcanzado el de capitán 2º, para luego retirarse a la vida privada. «Certificación de la carrera militar del general Francisco R. Serrano, por el general Álvaro Obregón», ASDN-AC-FS, f. 342.
9. Aguilar Camín, Héctor. *La revolución que vino del norte*, tomo II: Barcelona: Ediciones Océano, 1988, p. 344.
10. Puente, *op. cit.*, p. 220.
11. Guzmán Esparza, Roberto (transcripción y comentarios). *Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado*. México: Ediciones Guzmán. 1958, p. 57.
12. ASDN-AC-FS «Certificado de Servicios del C. General de División Francisco R. Serrano», f. 200. Aunque no están apuntados, puede suponerse que estuvo presente en Los Mochis, Topolobampo, El Castillo, y otras batallas célebres en las que Obregón resultó victorioso.
13. Puente, *op. cit.*, p. 220.
14. Thord-Gray, I. *Gringo rebel: México 1913-1914*. Coral Gables: University of Miami Press. 1960. pp. 111-114.
15. Los otros miembros del Estado Mayor de Obregón son: tte. crnl. Lorenzo Muñoz, capitanes primeros José María Carpio, Alberto G. Montaña, Rafael F. Villagrán, Benito Ramírez G., Adolfo Cienfuegos y Rafael Valdés; capitanes segundos Carlos Roel, José Lozano Reyes, Ezequiel Ríos y Ángel Gaxiola, y tenientes J. Trinidad Sánchez, Arturo de Saracho y Enrique Garza.
16. AGN-FS, Documento 3, Caja 1.
17. Bórquez, Djed. «Hombres de México: Francisco R. Serrano», en: *Excelsior*, 1 de julio de 1959.
18. Puente, *op. cit.*, pp. 220-221.
19. Barragán, Juan. «De las memorias de don Venustiano Carranza», en: *El Magazine para todos de El Universal*, 31 de agosto de 1930.
20. «Obregón a Soto y Gama», Tula a ciudad de México, 27 de marzo de 1915. Archivo particular de don Antonio Díaz Soto y Gama, ASG.
21. Barragán, *op. cit.*, 7 de septiembre de 1930.
22. Aguilar Mora, Jorge. *Un día en la vida del general Obregón*. México: Martín Casillas Editores, 1992, pp. 27-28.
23. Guzmán, Martín Luis. *Memorias de Pancho Villa*. México: Compañía General de Ediciones, 1965, p. 617.
24. *Ibid*, p. 618.

25. Alessio Robles, Miguel. *Obregón como Militar*. México: Cultura. 1935, pp. 133-137.
26. El relato original de este episodio se encuentra en Robinson, coronel Carlos T. (exmiembro del Estado Mayor del General Álvaro Obregón). *Hombres y cosas de la revolución*. Tijuana: Agua Caliente. Imprenta Cruz Gálvez, Hermosillo, Son. 1933, especialmente en las pp. 11-59.
27. García Méndez, *op. cit.*, p. 49.
28. Salmerón, Pedro. *Aarón Sáenz Garza: militar, diplomático, político, empresario*. México: Miguel Ángel Porrúa, librero-editor. 2001, p. 69.
29. Bojórquez, Juan de Dios. (Djed Bórquez). *Forjadores de la Revolución Mexicana*. México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INHERM), 1960, p. 114.
30. Salmerón, *op. cit.*, pp. 70-71.
31. Alessio Robles, Miguel. *Historia Política de la Revolución*. Edición facsimilar. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, pp. 198-201; Salmerón, *op. cit.*, p. 73.
32. «Hoja de Servicios de Francisco Serrano», «Extracto de los asuntos que existen en el expediente del C. General de Brigada Francisco R. Serrano», ASDN-AC-FS, fs. 18 y 915, respectivamente.
33. APEC-FT, PEC. Archivo Fideicomiso Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca, Fondo Plutarco Elías Calles. «Informe general Francisco R. Serrano», Serie 010201, Exp. 120, Leg. 1/16, Inv. 5407.
34. «Yaqui, Guerra del», *Diccionario histórico y geográfico de la revolución mexicana*, tomo VI. México: INHERM. 1992, p. 657.
35. Alessio Robles, Miguel, *op. cit.*, pp. 216-219.
36. ASDN-AP. Archivo Secretaría de la Defensa Nacional. Archivo de Pensionistas, «Lucio Blanco», XI/III/2.1154, fs. 230 y 1037 y 1038.
37. Verdugo Fimbres, María Isabel. *Frontera en el desierto: Historia de San Luis Río Colorado*. Hermosillo, INAH, Gobierno del Estado de Sonora, 1983, pp. 48 y 52.
38. «Coronel Sáenz al general Serrano», 9 de diciembre de 1916, Archivo Histórico Aarón Sáenz Garza (AHASG), iii/542, s/f, citado por Salmerón, *op. cit.*, p. 86
39. ASDN-AC-FS, 30 de octubre de 1917, fs. 01890 y 00124.
40. ASDN-AC-FS, «Solicitud de licencia ilimitada de Francisco Serrano», Huatabampo, Son., 20 de noviembre de 1917, f. 00142.
41. ASDN-AC-FS, f. 525.
42. ASDN-AC-FS, «Plutarco Elías Calles, Jefe de Operaciones Militares en Sonora, a Secretario de Guerra», 23 de marzo de 1918, f. 00166.
43. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII*. Año Legislativo I. Periodo Ordinario, 9 de abril de 1917.
44. ASDN, AC, FS, «Serrano a Secretaría de Guerra y Marina, sobre prórroga de licencia», 12 de julio de 1918, fs. 00176 y 00183.

45. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo I. Periodo Ordinario, 21 de agosto de 1918, No. Diario: 3.*
46. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo II. Periodo Ordinario, 14 de octubre de 1919, N. Diario 32. Anteriormente, Serrano se enfrenta con varias derrotas parlamentarias: el 31 de agosto en su intento de ser presidente de la Mesa Directiva para el mes de septiembre; el 1 de septiembre para ser segundo secretario de la misma; el 6 de septiembre para ser presidente de la Comisión Inspector y el 1 de octubre para ser presidente de la Mesa Directiva en el mes correspondiente.*
47. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo II. Periodo Ordinario, 29 de noviembre de 1919, No. Diario 68.*
48. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo II. Periodo Ordinario, 7 de octubre de 1919, No. Diario 26. La mencionada iniciativa es dictaminada en forma aprobatoria y sometida al pleno del pleno, que la aprueba el 6 de noviembre de 1919, No. de Diario 50.*
49. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo II. Periodo Ordinario, 30 de septiembre de 1918, No. Diario 36.*
50. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo II. Periodo Ordinario, 8 de septiembre de 1919. No. Diario 8. Véase también el diario correspondiente al 12 de septiembre.*
51. APEC-FT, FAO, «Telegrama de Álvaro Obregón al gral. Francisco R. Serrano», Nogales, Son., 1 y 3 de junio de 1919»; «Comunicación de la Directiva del PRS al general A. Obregón», Hermosillo, Son., 12 de julio de 1919, S11030300/E 28/L/ I2010, fs. 5-6.
52. González Ramírez, Manuel. *La revolución social de México*, v. III. México: Fondo de Cultura Económica. 1960, p. 586
53. Alessio Robles, Miguel. *A medio camino*. México: Stylo. 1949, p. 45.
54. Serrano, Francisco R., «La Patria», El Paso, Texas, 19 de abril de 1920, en *Campaña Política del General Obregón: cuidadosa recopilación de los documentos más salientes relacionados con la campaña política del C. Álvaro Obregón, candidato a la Presidencia de la República, formada bajo la dirección del licenciado Luis N. Ruvalcaba 1919-1920*, III. México 1923, p. 331.

II. UNA EXPERIENCIA DE GOBIERNO NACIONAL

1. Olea, Héctor R. *La tragedia de Huitzilac*. México: B. Costa-Amic Editor. 1971, pp. 68-70.
2. *Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994*. Legislatura XXVIII. Año Legislativo II. Periodo Extraordinario, No. del Diario 7, 26 de mayo de 1920.
3. Prieto Laurens, Jorge. Borrador de las *Memorias de Jorge Prieto Laurens* (mimeo), Archivo Particular de Adolfo de la Huerta, p. 1769.
4. APEC-FAO, «Radiotelegrama generales B. Hill y F. R. Serrano a gral. A. Obregón», «Respuesta telegráfica del gral. Obregón a los generales Hill y Serrano», 26 de julio de 1920, serie 11030400, inv. 2391, exps. H-17 y H-03/375, fs. 12-14.
5. APEC-FAO, «Telegrama del gral. Francisco R. Serrano a gral. Álvaro Obregón», Buque Guerrero a Colima, 26 de julio de 1920, serie 11030400, inv. 2772, exp. S-23 y S-09/756, fs. 2-10.
6. Véase más detalles en mi libro *Adolfo de la Huerta: la integridad como arma de la Revolución*, México: UAM-Iztapalapa-Siglo XXI Editores. 1998, p. 85.
7. ASDN-AC-FS, «Presidente Álvaro Obregón a Secretaría de Guerra y Marina, rechazando la renuncia del general Serrano», 24 de enero de 1921, fs. 244 y 525.
8. Ruiz, Ramón Eduardo. *México: la gran rebelión 1905/1924*. México: Ediciones Era. 1984, pp. 230-231.
9. ASDN-AC-FS, «Dictamen de la Comisión Superior en Junta General», 25 de febrero de 1922, f. 00363.
10. APEC-FT, FAO, «Ascenso del General Francisco Serrano», Material para un libro con impresos, serie 110402000, leg. 15/19, inv. 4796, exp. 2, fjs. 742-744.
11. ASDN-AC-FS, f. 525. Serrano funge como secretario de Guerra y Marina del 4 de marzo de 1922 hasta el 1 de octubre de 1924.
12. «Protestó el nuevo subsecretario de Guerra y Marina», en: *El Universal*, 1ª Sección, p. 3.
13. «La labor desarrollada por al Secretaría de Guerra en la Organización del Ejército y la Marina Nacionales», en: *El Universal*, 12 de octubre de 1923, Secc. III, pp. 6-7.
14. «Estamos muy lejos de ser militaristas», dice el gral. Serrano, «Serán oídos los rebeldes contra los gobiernos locales», en: *El Universal*, 17 de febrero de 1922. Serrano reiteró estas instrucciones al afirmar que «con debida anticipación expedí disposiciones a los jefes con mando de tropas y a los militares en servicio activo, recomendándoles que aquellos que estuvieran dispuestos a tomar parte en las elecciones, directa o indirectamente, debían solicitar licencia con la seguridad de que se les concedería, pues no estaba resuelto a tolerar que ningún componente

- del Ejército Nacional fuera instrumento para la realización de chanchullos electorales. En estos momentos no soy, no puedo ser político», «El Ejército y las Elecciones», en: *El Universal*, 19 de mayo de 1922, 2ª Sección, p. 1.
15. «Los rebeldes pagarán los gastos», en: *El Universal*, 8 de abril de 1922.
 16. «El arbitraje para resolver el conflicto en Puebla», en: *El Universal*, 23 de febrero de 1922.
 17. ASDN-A-FS, «Serrano a presidente Obregón», 31 de marzo de 1924, fs. 808 y 819.
 18. ASDN-AC-FS, «El puerto de Frontera fue tomado: va el sr. Secretario de Guerra a inspeccionar la zona», en: *El Universal*, 18 de mayo de 1922; «Serrano a Presidente Obregón», 9 de mayo de 1924; «Llegó el general Serrano a Villahermosa», en: *El Universal*, 23 de mayo de 1922, fs. 867 y 1163.
 19. «La rebelión en Tabasco dominada», *El Universal*, 26 de mayo de 1922. Todavía el 12 de diciembre de ese año no se resolvía el asunto del indulto para Carlos Greene. «Es innecesaria la ley de amnistía, dice el gral. Serrano», *El Universal*, 12 de diciembre de 1922.
 20. «El resultado de la campaña en el país», *El Universal*, 30 de mayo de 1922, 2ª Sección, p. 1.
 21. ASDN-AC-FS, «Serrano a Obregón» (Mérida a Ciudad de México), 18 de mayo de 1924, f. 814.
 22. ASDN-AC-FS, «Serrano a Obregón» (Mérida a Ciudad de México), 25 de mayo de 1924, f. 804.
 23. «El gral. F Serrano llegó anoche a la capital», en: *El Universal*, 18 de junio de 1922.
 24. Alessio Robles, Miguel. «La tragedia de Huitzilac», en: *El Universal*, 12 de abril de 1937.
 25. Puente, *op. cit.*, p. 221.
 26. Valadés, José C. «El archivo de Serrano», *La Prensa* (San Antonio), 21 de julio de 1935.
 27. «El caso del ciudadano americano A. Bielaski», en: *El Universal*, 27 de junio de 1922.
 28. «Rodeado de misterio aparece el plagio de Bielaski», en: *El Universal*, 27 de junio de 1922, 2ª sección.
 29. «Tempestad en un vaso de agua», en: *El Universal*, 29 de junio de 1922.
 30. «Libre Bielaski», *El Universal*, 30 de junio de 1922.
 31. «Bielaski se autoplagió: doctor Parrés, gobernador de Morelos», en: *El Universal*, 25 de julio de 1922.
 32. «Bielaski dice que no tiene nada que agregar a lo dicho por *El Universal*», en: *El Universal*, 1 de agosto de 1922, 2ª sección.
 33. «Bielaski irá a Cuernavaca», *El Universal*, 2 de agosto de 1922.
 34. «El general Serrano en Los Ángeles», en: *El Universal*, 23 de agosto de 1922.

35. «La rebelión del gral. Francisco Murguía», en: *El Universal*, 29 de agosto de 1922.
36. «Ejecución del general Fco. Murguía», en: *El Universal*, 2 de noviembre de 1922.
37. Cita de un artículo de un periodista de apellido Gonzaga, publicado en la revista *Impacto*, sin fecha, en García Méndez, *op. cit.*, p. 368.
38. «La labor desarrollada por la Secretaría de Guerra en la Organización del Ejército y la Marina Nacionales», en: *El Universal*, 12 de octubre de 1923, 3ª sección, pp. 6-7 (arriba citado).
39. «Informe Presidencial de Obregón, Secretaría de Guerra y Marina», en: *El Universal*, 2 de septiembre de 1922, p. 5.
40. «Cuál es el efectivo del Ejército Nacional actualmente», en: *El Universal*, 10 de octubre de 1923. Otro informe señalaba que el efectivo del ejército ascendía a 70 mil hombres, tomando en cuenta a jefes y oficiales. Estos son los datos: 38 generales de división, 127 generales de brigada; 348 generales brigadieres; 772 coroneles; 851 tenientes coroneles; 1 244 mayores; 2 123 capitanes primeros; 1623 capitanes segundos; 2 521 tenientes; 2 521 tenientes; 2 454 subtenientes. «La labor desarrollada por la Secretaría de Guerra en la Organización del Ejército y la Marina Nacionales» (arriba citado).
41. «Contra los cacicazgos militares», en: *El Universal*, 20 de octubre de 1922.
42. «Los sangrientos sucesos de ayer», en: *El Universal*, 1 de diciembre de 1922.
43. «Los funerales del general Jesús M. Garza», en: *El Universal*, 15 de febrero de 1923, 2ª sección.
44. «Trágicamente murió ayer el general don Jesús M. Garza», en: *El Universal*, 12 de febrero de 1923. Serrano forma parte del estado mayor del ejército de operaciones, del 1 de enero de 1915, al 1 de enero de 1916.
45. ASDN-AC-FS, «Serrano a presidente Obregón», (Arriaga, Chis., a Ciudad de México, 15 de abril de 1923, f. 864).
46. ASDN-AC-FS. Aunque se desconoce la enfermedad de Serrano que le conduce a los Estados Unidos, los gastos son sufragados por la Tesorería General de la Federación, por órdenes del presidente Obregón. Le son asignadas varias cantidades, que van desde los mil hasta los tres mil dólares en entregas sucesivas, según consta en los libramientos correspondientes al 21 de abril de 1923 (f. 01907); 22 de mayo de 1923 (f. 1310), 11 de junio de 1923 (f. 01313).
47. «La Constitución y la Ordenanza General del Ejército se encuentran en pugna», *El Universal*, 27 de junio de 1923.
48. «Pronto estará terminada la Ley Orgánica del Ejército», en: *El Universal*, 30 de julio de 1923.

III. SERRANO CONTRA LA REBELIÓN DELAHUERTISTA

1. *Memorias de Jorge Prieto Laurens*, op. cit., pp. 1782-1783. Martín Luis Guzmán reveló los detalles del complot en *El Demócrata* (24 de noviembre de 1923).
2. AGN-FOC. Archivo General de la Nación. Fondo Obregón Calles, «Diputados cooperatistas al presidente Alvaro Obregón», 5 de noviembre de 1923; «Telegrama de respuesta del presidente Obregón a Diputados», 7 de noviembre de 1923; «Diputados cooperatistas a presidente Alvaro Obregón», 7 de noviembre de 1923; «Telegrama de respuesta del presidente Alvaro Obregón a diputados cooperatistas», 12 de noviembre de 1923; en 101-R2-H-III; «Telegrama de diputados cooperatistas a presidente Alvaro Obregón»; «Telegrama del presidente Alvaro Obregón a diputados cooperatistas», 15 de noviembre de 1923, en 104-P-106, leg. 6; *El Demócrata* (6 de noviembre de 1923); *El Demócrata* (13 y 14 de noviembre de 1923).
3. AGN-FOC, «Telegrama del presidente Alvaro Obregón al general Arnulfo R. Gómez», 8 de noviembre de 1923, en respuesta a dos enviados por el destinatario el 6 y el 8 de noviembre de 1923, 104-P-106, leg. 6.
4. «El Gral. Serrano desmiente la noticia del complot militar», en: *El Universal*, 7 de noviembre de 1923.
5. «El Sr. Gral. Serrano fue a Piedras Negras», *El Universal*, 9 de noviembre de 1923.
6. «El Sr. Dip. D. Martín Luis Guzmán, se dirige al Sr. Gral. Serrano», en: *El Universal*, 28 de noviembre de 1923.
7. «El Sr. Gral. Serrano contesta al Sr. Dip. Martín Luis Guzmán», *El Universal*, 30 de noviembre de 1923.
8. «Las cartas de los tenientes Gallegos y Becerra al Sr. Gral. Serrano», en: *El Universal*, 1 de diciembre de 1923.
9. «Tejeda y Sánchez en pugna», *Boletín: Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, n. 10, p. 15.
10. «Habrà otra jefatura de operaciones militares», en: *El Universal*, 17 de noviembre de 1923.
11. «El general Rómulo Figueroa se levantó contra el gobierno de Guerrero», en: *El Universal*, 1 de diciembre de 1923; ASDN-AC-FS, «Serrano a Presidente Obregón», 30 de noviembre de 1923, f. 878.
12. Monroy Durán, Luis. *El Último Caudillo: apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923 en contra del gobierno constituido*. México: Editado por José S. Rodríguez. 1924, p. 241.
13. «El gral. Figueroa será batido con toda energía con fuertes contingentes militares», *El Universal*, 2 de diciembre de 1923.
14. «Rebelión en Veracruz», en: *El Universal*, 7 de diciembre de 1923.
15. Vasconcelos, José. *Obras Completas*, t. I., Colección Laurel. México: Libreros Mexicanos Unidos, 1957, pp. 1421-1423.

16. *Ibid.*, pp. 1402-1403
17. Valadés, José C. «La reconciliación», en: *Historia General de la Revolución Mexicana*, 7. México: Ediciones Garnika-SEP-Cultura. 1985, p. 264.
18. «El avance del Gral. Mtz. Sobre Puebla comenzó ayer», en: *El Universal*, 22 de diciembre de 1923.
19. «Las partes oficiales dicen que se hicieron a los rebeldes dos mil prisioneros», en: *El Universal*, 23 de diciembre de 1923.
20. Alessio Robles, *A medio camino...*, *op. cit.*, p. 79.
21. «La campaña en Puebla y Veracruz», en: *El Universal*, 8 de enero de 1924.
22. «La ocupación de la E. De San Marcos será ya definitiva», en: *El Universal*, 22 de enero de 1924.
23. «El Gral. Serrano habla de los combates en el frente oriental», en: *El Universal*, 31 de enero de 1924.
24. «Cómo se hará la campaña en las regiones de la república que aún no están pacificadas», en: *El Universal*, 6 de marzo de 1924.
25. ASDN, AC, FS, «Presidente Obregón a Serrano», Ciudad de México a Salina Cruz, 14 de marzo de 1924, f. 1066.
26. «El Sr. Presidente de la República salió a Manzanillo», en: *El Universal*, 7 de marzo de 1924.
27. «La recuperación de las poblaciones del sureste», en: *El Universal*, 13 de marzo de 1924
28. Bravo Izquierdo, Donato, gral. de división. *Un soldado del pueblo*. Puebla: Editorial Periodística e Impresora de Puebla, S.A. 1964, p. 237.
29. «Se inicia la campaña en los estados del sureste», en: *El Universal*, 24 de marzo de 1924.
30. «El gral. Serrano fue llamado por el sr. Presidente», en: *El Universal*, 3 de abril de 1924.
31. «El gral. de brigada Donato Bravo Izquierdo», en: *El Universal*, 1 de enero de 1925.
32. Méndez, *op. cit.*, p. 103 y relato en la *Revista Mujeres y Deportes*, 24-08-1935, p. 18.
33. A Diéguez se le somete a un consejo de guerra extraordinario en Tuxtla Gutiérrez, que le condena a muerte. Serrano habla con Obregón «y le recuerda los méritos de este anciano luchador social, hace hincapié de que existe ya una absoluta tranquilidad en el país y le insinúa: Diéguez ya está viejo... se le puede permitir que vaya al extranjero...» Todo sin éxito. Olea, *op. cit.*, pp. 82-83.
34. «Los cadáveres de los Grales. Diéguez, García y Ocampo en Tuxtla Gutiérrez», en: *El Universal*, 3 de mayo de 1924, 2ª sección, p. 2.
35. «Llegó a territorio yucateco el secretario de guerra», en: *El Universal*, 15 de mayo de 1924.
36. «Las actividades de la Secretaría de Guerra», en: *El Universal*, 5 de mayo de 1924.

37. «Quiénes serán los principales consejeros del gral. Calles y cuáles son los ideales de los callistas», en: *El Universal*, 17 de mayo de 1924.
38. Valadés, José C. «El archivo de Serrano», en: *La Prensa* (San Antonio), 21 de julio de 1935.
39. «El jefe rebelde Morán se rindió al gobierno», en: *El Universal*, 16 de mayo de 1924.
40. «Sobre tópicos de actualidad», en: *El Universal*, 5 de julio de 1924.
41. «Se efectuó Consejo de Guerra contra el general Morán», en: *El Universal*, 12 de julio de 1925.

IV. SERRANO EN EUROPA

1. «El Gral. Maciel quedó en la Sria. de Guerra», en: *El Universal*, 22 de septiembre de 1924; Loyo Camacho, Martha Beatriz. *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército mexicano, 1917-1931*. México: Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Fondo de Cultura Económica. 2003, p. 137.
2. «Los nombramientos hechos por el Pdte. de la República, General Calles», en: *El Universal*, 1 de diciembre de 1924.
3. «Señorita Gloria Avilés, cuya entrada al certamen de la simpatía femenina, como candidato a embajadora por el Estado de Jalisco, animó considerablemente la votación», en: *Universal*, 16 de agosto de 1924.
4. Valadés, José C. «El archivo del general Francisco Serrano», en: *La Prensa* (San Antonio), 21 de julio de 1935.
5. «Lleva una misión diplomática el sr. gral. Fco. Serrano», en: *El Universal*, 1 de octubre de 1924.
6. «El Gral. Serrano lleva una delicada misión ante el gobierno de España», en: *El Universal*, 24 de diciembre de 1924.
7. Valadés, José C. *El Archivo de Francisco Serrano*, *La Prensa* (San Antonio), 28 de julio de 1935, con cartas diversas fechadas en 1925.
8. Valadés, José C. *El Archivo de Francisco Serrano*. *La Prensa* (San Antonio), 4 de agosto de 1935, con cartas diversas fechadas en septiembre-diciembre de 1925.
9. «El dr. Castillo Nájera al gral. Francisco Serrano», de París a Berlín, 25 de septiembre de 1925, en Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano*, *La Prensa* (San Antonio), 4 de agosto de 1935.
10. «Manuel F. Otálora al general Francisco Serrano», de México a Bruselas, 13 de noviembre de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano*, *La Prensa* (San Antonio), 4 de agosto de 1935.
11. «La misión de Serrano en España», en: *El Universal*, 20 de julio de 1925.

12. «Serrano a Francisco V. Bay», 10 de noviembre de 1925, Bruselas a Ciudad de México, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 29 de septiembre de 1935.
13. «Bay a Serrano», Ciudad de México a Berlín, 11 de noviembre de 1925, Valadés, J., *El Archivo Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 29 de septiembre de 1935.
14. Serrano, Carlos, «Una charla con el general Serrano», en: *El Universal*, 10 de octubre de 1925, pp. 5 y 10.
15. Alessio Robles, *Obregón como Militar...*, *op. cit.*, pp. 168-170.
16. «Juntas para discutir la organización del ejército», en: *El Universal*, 3 de mayo de 1925.
17. «La reorganización del ejército nacional: conferencia del sr. Gral. José Álvarez en la junta militar de ayer», en: *El Universal*, 7 de mayo de 1925, p. 9.
18. Loyo Camacho, *op. cit.*, pp. 133-136.
19. Serrano, Gral. Francisco R., exsecretario de Guerra y Marina. «El Problema del Ejército: servicio obligatorio o reclutamiento voluntario», en: *El Universal*, 17 de junio de 1925, p. 3.
20. Monteverde envía a Serrano copia del siguiente documento: «Correspondencia Particular de los Ciudadanos Diputados. México. D.F. En la oficialía Mayor de la Cámara de Diputados proporcionaron el siguiente informe: El Ejecutivo Federal envió el proyecto del General Serrano a la Cámara de Diputados el 11 de septiembre de 1924 y en los primeros días de septiembre de 1925 el gral. Calles mandó pedir ese mismo proyecto, habiendo recaído el acuerdo de que se le enviara. Por lo tanto, el mencionado proyecto se encuentra actualmente en la Presidencia de la República. México, martes 23 de noviembre de 1925. Sáinz (firmado). Monteverde a Serrano, Ciudad de México a Berlín, 8 de diciembre de 1925, Valadés, José C., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 18 de agosto de 1935.
21. «Amezcu a Serrano», Ciudad de México a Berlín, 3 de diciembre de 1925, Valadés, José C., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 8 de septiembre de 1935.
22. «Ley orgánica que regirá al ejército de la nación», en: *El Universal*, 13 de julio de 1925.
23. «Miguel M. Acosta a Serrano», Ciudad de México a Berlín, 6 de marzo de 1925, Valadés, José C., *EL Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 15 de septiembre de 1935.
24. «Topete a Serrano», (Toluca a Berlín), 18 de agosto de 1925; «Serrano a Topete», (Berlín a Toluca), 25 de agosto de 1925; «Manzo a Serrano», (Hermosillo a Berlín), 21 de agosto de 1925; «Serrano a Manzo», 21 de septiembre de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 15 de septiembre de 1935.
25. «Laguardia a Serrano», (Ciudad de México a Berlín), 22 de agosto de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 13 de octubre de 1935.

26. «Serrano a Laguardia», 21 de septiembre de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 21 de septiembre de 1925.
27. «Robinson a Serrano», 27 de octubre de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 13 de octubre de 1935.
28. «Villaseñor a Serrano», Ciudad de México a Berlín, 1 de diciembre de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 29 de septiembre de 1935.
29. «Domínguez a Serrano», Cuernavaca a Bruselas, 1 de diciembre de 1925, *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 20 de octubre de 1935.
30. «Serrano a Salmón», Bruselas a Ciudad de México, s. f., Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano, La Prensa* (San Antonio), 6 de octubre de 1935.
31. AGN-FS. Archivo General de la Nación. *Archivo Francisco R. Serrano*. «Serrano a Salmón», 29 de agosto de 1925.
32. Existe un curioso documento, cuya validez es cuestionable y que refleja sin embargo el compromiso entre el Caudillo y Serrano, titulado «Acuerdo privado provisional...a reserva se (sic) ratificarse o rectificarse», firmado en Cajeme el 10 de febrero de 1926 por el General Obregón con los representantes de Luis N. Morones, que señalaba que «el General de División Álvaro Obregón se compromete solemnemente a no ser candidato para la presidencia de la República en el próximo periodo de 1928, bajo las siguientes condiciones: a) Estando legalmente capacitado para candidato en dicho periodo, pero por escrúpulo de carácter moral renuncia al derecho de ser candidato a favor del General de División Francisco R. Serrano, a quien dará todo apoyo moral y material dentro de sus posibilidades de llevarlo (sic) al triunfo definitivo, ...citado en Ponce, Armando, «El nieto del general Serrano lo rescata de la sombra a la que lo condenó la historia oficial, a 70 años de su asesinato», *Proceso*, no. 1091, 28 de septiembre de 1997, p. 64.
33. «No puede haber reelección sin reformar el artículo 83: los señores licenciados don Rafael Martínez Carrillo y don Alejandro Quijano, rebaten las afirmaciones del señor licenciado Calero», *El Universal*, 3 de octubre de 1925.
34. «El sr. presidente Calles no aprueba la reelección», *Excelsior*, 20 de octubre de 1925.
35. Citado por Alessio Robles, Vito. *El anti-reeleccionismo como afán libertario de México*. México: Editorial Porrúa, S.A. 1993, pp. 32-33; *El Universal*, 11 de octubre de 1925.
36. Loyola Díaz, Rafael. *La Crisis Obregón-Calles y el estado mexicano*. 3ª ed. México: Siglo XXI Editores. 1987, p. 21.
37. «Rompe al fin el silencio el general Obregón y hace declaraciones», *El Universal*, 1 de abril de 1926.

Comienza la campaña política para llevar a la presidencia al gral. Obregón», *El Universal*, 3 de abril de 1926. El proyecto de reformas a los artículos 82 y 83 de Obregón fue publicado íntegramente en *El Universal* el 11 de abril siguiente.

38. «No irá a los estados el general Obregón», *El Universal*, 7 de abril de 1926.
39. «Fue lanzada la candidatura del gral. Obregón», *El Universal*, 19 de abril de 1926.

V. DE VUELTA A LA POLÍTICA Y LOS NEGOCIOS

1. «Ayer embarcó en el Havre el general Serrano», *El Universal*, 13 de mayo de 1926.
2. «Llegó ayer el gral. Serrano», *El Universal*, 28 de mayo de 1926.
3. «El duchazo del gral. Serrano», *El Universal*, 28 de mayo de 1926.
4. «El gral. Francisco R. Serrano, ministro de Gobernación: oficialmente se nos comunicó ayer la noticia», *El Universal*, 29 de mayo de 1926.
5. «El gral. Serrano está dispuesto a no aceptar el cargo de secretario de gobernación», *El Universal*, 30 de mayo de 1926.
6. «Por estar desconectado con el ambiente, no aceptó la cartera de Gobernación el gral. Serrano», *El Universal*, 31 de mayo de 1926.
7. «Protestó el Gral. Serrano», *El Universal*, 22 de junio de 1926.
8. «El general Serrano y la Junta de Conciliación y Arbitraje», *El Universal*, 29 de junio de 1926.
9. «Los laudos de la Junta de Conciliación», *El Universal*, 24 de julio de 1926.
10. «Solemne inauguración del Colegio Militar», *El Universal*, 25 de julio de 1926.
11. «Irregularidades en el cobro de rezagos», *El Universal*, 8 de julio de 1926.
12. «Mediación del gral. Serrano», *El Universal*, 28 de julio de 1926.
13. «Un duelo sensacional hubo en México», *El Universal*, 1 de septiembre de 1926.
14. Al respecto, véase el folleto de Mosca, Gaetano *¿Qué es la Mafía?* México: Fondo de Cultura Económica. 2002, p. 52.
15. «El duelo Pignatelli-Meade y el Sr. Gobernador del Distrito, General Serrano», *El Universal*, 2 de septiembre de 1926.
16. «Carta del Príncipe Valerio Pignatelli a *El Universal*», *El Universal*, 3 de septiembre de 1926.
17. AGN-AFS, Documento con fecha 5 de febrero de 1918, Documento 3, Caja 1.
18. Salmerón, *op. cit.*, p. 90.
19. AGN-CM. «Proceso: Formación Sociedad entre los Sres. Francisco Mejía Mora, Eduardo F. Islas, José Rebollo, Samuel Cruces, General Francisco

- R. Serrano, Germán Islas, Leopoldo Hernández, Darío Rubio, Germán Castaneira y Urbano León denominada «Club Recreativo Sociedad Cooperativa Limitada», Notario 39 Nicolás Tortolero y Vallejo, vol. 104, 26 de junio de 1920, fjs. 154-166, no. de escritura 5702.
20. AGPJ, Archivo General del Poder Judicial, Archivo Notarías, Mexicali Escritura constitutiva de la sociedad anónima denominada Exposición Internacional de Productos, S.A., Tijuana, 23 de septiembre de 1920, Archivo de Notarías, Protocolos Tijuana, vol. 4 (1920), fojas 91-99), citado en Gómez Estrada, José Alfredo. *Gobierno y casinos: el origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez*. Instituto Mora-Universidad Autónoma de Baja California. 2002, p. 80.
 21. *Ibid.*, p. 88.
 22. AGN-CM. La compañía es integrada con fecha 16 de agosto de 1920, notario 39, vol. 106, fs. 7-10, n. 5839. Aquí participan también Juan J. Valadés, dr. Francisco Castillo Nájera, Aarón Sáenz y Jesús M. Garza. Dicha sociedad queda disuelta y sin ningún reparto de utilidades. «Proceso: Disolución de la Sociedad J. J. Valadés y Compañía». Notario 39 Nicolás Tortolero y Vallejo, vol. 194, 10 de junio de 1926, fs. 284-287, no. escritura 12610.
 23. AGN-CM. «Proceso: asociación que los Sres. Francisco R. Serrano, Plutarco Elías Calles, Manuel Peláez, Francisco Inguanzo, Jesús M. Garza, Antonio García, Francisco Castillo Nájera y Guillermo Castillo Nájera organizan para la búsqueda de un tesoro en los cerros de «La Malinche» o en alguno otro punto de un terreno conocido con el nombre de «Tepexihuat», en el Distrito de Santa Inés Azactenco, estado de Tlaxcala, Notario 57 Felipe Arellano, 6 de septiembre de 1921, vol. 71, fs. 221-224, no. escritura 5722.
 24. AGN-CM. «Proceso: compra realizada por los sres. Francisco R. Serrano y Jesús M. Garza de la imprenta, útiles y muebles y del nombre del periódico *El Heraldo de México* al Banque Francaise du Mexique, S.A.», Notario: 57 Felipe Arellano 7 de mayo de 1921, v. 60, fs. 250-252, no. escritura 5016.
 25. AGN-CM. «Proceso: Formación Sociedad entre los sres. Astolfo R. Cárdenas, José Bastor Córdova, Ramón P. de Negri, General Don Francisco R. Serrano, General Don Jesús M. Garza, Licenciado Don Ramón Cosío González, Don Joaquín Noris, Don Eduardo S. Carrillo, Don José Ma. Zevada Baldenebro, Ingeniero Don Elías Granja, Don Juan Platt, Don Francisco V. Bay, Don Carlos Almada, General Don Fausto Topete, General Don Jesús M. Aguirre, Don Arturo de Saracho, don Miguel Yépez Solórzano, Don Luis Pérez, Don José Carrera, General Alfredo Martínez y Licenciado Don Pedro González Ruvalcaba; que ha convenido en construir una sociedad anónima bajo la denominación de «Comisión Constructora de San Rafael Sociedad Anónima...» Notario 39 Nicolás Tortolero y Vallejo, 24 de septiembre de 1921, vol. 124, fs. 43-53.

26. AGN-CM. «Proceso: Cesión de José Ma. Porchini al Sr. General Francisco R. Serrano del 1 por ciento de la producción de pozos de Salvastuchi, Estado de Veracruz», Notario 21 Salvador del Valle, 20 de julio de 1923, vol. 105, fs. 111-113, no. escritura 7030.
27. AGN-CM. «Proceso: ratificación que hace el Sr. General Francisco R. Serrano sobre una cesión a su favor sobre 1 por ciento de la producción total del pozo petrolero llamado «Solís Número siete», que se está perforando en el lote número cuatro del terreno llamado «Paciencia y Aguacate», ubicado en jurisdicción de Pánuco, Cantón de Ozuluama, estado de Veracruz, dada por los Sres. Pedro H. Gómez y Urbano M. Blanchet.», Notario 39 Nicolás Tortolero y Vallejo, 15 de agosto de 1923, vol. 153, fs. 65-66.
28. AGN-CM. «Proceso: Cesión de la cantidad de 25 centavos de derechos primitivos de la Hacienda Juan Felipe que hace la Sociedad «Keshner y Martínez» a los Generales Don Francisco R. Serrano y Manuel Mendoza», Notario 39 Nicolás Tortolero y Vallejo, 20 de noviembre de 1923, vol. 158, no. escritura 9769.
29. «Memorias del general Juan Andreu Almazán», *El Universal*, 30 de enero de 1959.
30. AGN-CM. «Proceso: Ratificación de la repartición de utilidades y capital sobre la Sociedad colectiva «Castillón y Compañía», entre sus socios: Gral. Juan Andreu Almazán, los sucesores del Gral. Francisco R. Serrano y el Sr. Manuel Castillón. En el año del asesinato de Serrano, a «Castillón y compañía» se le adicionan varias cláusulas, una de ellas que incluye como objeto de la sociedad «la construcción de carreteras, edificios, puentes, canales, presas, obras en los puertos, de irrigación, fraccionamiento de terrenos, y en general la ejecución de toda clase de obras de ingeniería; contratar con el Gobierno Federal, los de los estados, con los municipios y los particulares la ejecución de tales obras...» Notario 28 José Ildefonso Bandera, 3 de septiembre de 1928, vol. 166, fjs. 116-131, no. escritura 6624. «Proceso: Reforma de cláusulas tercera y sexta de una escritura que constituyó la formación de una Sociedad llamada «Castillón y Cía.», entre los sres. gral. don Francisco R. Serrano, gral. don Juan Andreu Almazán y don Manuel Castillón», Notario 28 José Ildefonso Bandera, 22 de abril de 1927, vol. 150, fs. 275-277.
31. «Almazán a Serrano», de Veracruz a Berlín, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano*, La Prensa (San Antonio), 11 de agosto de 1935.
32. «Almazán a Serrano», de Veracruz a Berlín, 9 de diciembre de 1925, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano*, La Prensa (San Antonio), 11 de agosto de 1935.
33. «Almazán a Serrano», Monterrey a Berlín, 23 de febrero de 1926, Valadés, J., *El Archivo de Francisco Serrano*, La Prensa (San Antonio), 11 de agosto de 1935.
34. AGN-CM. «Proceso: Ratificación de la repartición de utilidades y capital sobre la Sociedad colectiva «Castillón y Compañía», entre sus socios:

- Gral. Juan Andreu Almazán, los sucesores del Gral. Francisco R. Serrano y el Sr. Manuel Castellón». Notario 28 José Ildefonso Bandera, 3 de septiembre de 1928, vol. 166, fjs. 116-131, no. escritura 6624.
35. AGN-CM. «Formación Compañía Constructora de Anáhuac, constituida por los Sres. General Francisco R. Serrano, General Juan Andreu Almazán, Luis Jesús A. Castañeda, Elías Hernández y Augusto Flores», Notario 28, Francisco Ildefonso Bandera, vol. 150, 13 de mayo de 1927, fs. 286-293, no. de escritura 6018. Con motivo de su desaparición física se liquidó su haber en esta Compañía y fue la voluntad de la albacea, ya que Serrano murió intestado, separarse de ella. Su albacea recibió 5 821.28 como utilidad por sus acciones, así como los diez mil que aportó como valor del 50 por ciento de las 200 acciones que había suscrito, en los primeros días de octubre, según recibo que por quince mil, y firmado por la sra. Amanda B. Vda. De Serrano, que le fueron enviados con carácter urgente para pago de funerales, mausoleo y otros de su esposo, quedando solamente un saldo por 821.28. Las acciones de Serrano son adquiridas por el Gral. J. Andreu Almazán. «Proceso: Ratificación de la repartición de utilidades y capital sobre la Sociedad Colectiva «Castillón y Compañía», entre sus socios: Gral. Juan Andreu Almazán, los sucesores del Gral. Francisco R. Serrano y el Sr. Manuel Castellón» (Incluye la liquidación del haber de Serrano en la Compañía Constructora Anáhuac), Notario 28, José Ildefonso Bandera, 13 de septiembre de 1928, vol. 166, fs. 116-131, no. de escritura 6624.
 36. Almazán, Juan Andreu. «En legítima defensa», en *El Universal*, 8 de enero de 1958.- La Compañía Constructora Anáhuac ocupa el lugar a la constructora norteamericana Byrne Brothers, «que al parecer... cayó en desgracia ante el jefe máximo Calles, y como por arte de magia apareció en escena Almazán, quien desplegó una desconocida habilidad como constructor». Ramírez Rancaño, Mario. «Juan Andrew Almazán, de militar a empresario», en Martínez Assad, Carlos, Pozas Horcasitas, Ricardo y Ramírez Rancaño, Mario. *Revolucionarios fueron todos*. México: SEP 80-FCE. 1982, p. 243.
 37. «Memorias de Juan Andreu Almazán», Cap. LXVIII, en: *El Universal*, 22 de agosto de 1958.
 38. «Memorias de Juan Andreu Almazán», en: *El Universal*, de 28 de agosto de 1958, p. 4.
 39. AGN-CM. «Proceso: Compra la hacienda nombrada San Vicente y sus anexas, San Gaspar, Chiconcuac y Dolores ubicadas en el Distrito de Cuernavaca en el Estado de Morelos por el Sr. General Don Francisco R. Serrano al Comité de la Caja de Préstamos para las Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, S.A., en la cantidad de \$102 722.29 centavos.» Notario 36 Antonio Rojo, 18 de marzo de 1927, vol. 36, no. escritura 3634, fjs. 214-227. Estas son las colindancias de la Hacienda de San Vicente: al oriente con terrenos de la Hacienda de Xochimancas;

al poniente con la Hacienda de Temixco; al norte con el pueblo de San Francisco de Zacualpan y Hacienda de San Gaspar; y al sur con campos de Sayala la Vega de San Valentín, pertenecientes a la Hacienda de Chinconcuac y terrenos del pueblo de Tezayuca; la Hacienda de San Gaspar linda: al norte con terrenos del pueblo de San Andrés de la Cal; al sur, con la Hacienda de San Vicente; al oriente con las Haciendas de Atlihuayán y Apanquesales; y al poniente con los pueblos de Jiutepec y Tejalpa; La Hacienda de Chinconcuac linda: al norte con las Haciendas de Dolores y San Vicente y el pueblo de Tezayuca; al oriente con la Hacienda de Xochimancas y pueblo de Tetecala; al sur con este mismo pueblo y Hacienda de Treinta Pesos; al poniente con la Hacienda del Puente y Pueblo de Xochitepec; y la Hacienda de Dolores linda: al norte con la Hacienda de San Vicente; al oriente con esta misma Hacienda y la de Chinconcuac; al sur con la Hacienda Chinconcuac, y al poniente con el pueblo de Tezayuca.

40. Pérez-Rayón Elizundia, Nora. *Entre la Tradición Señorial y la Modernidad: la familia Escandón Barrón y Escandón Arango: formación y desarrollo de la burguesía en México durante el porfirismo (1890-1910)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. 1995, p. 99. El dato se toma de Crespo, Horacio et. al. *Historia del azúcar en México*. México: Fondo de Cultura Económica. 1990, pp. 948-949.
41. Pérez Rayón, op. cit., p. 94. La autora toma el dato de Womack, John. *Zapata y la revolución mexicana*. México: Siglo XXI. 1976, pp. 385-386.
42. Pittman, Dewitt Kennieth Jr. *Hacendados, campesinos y políticos: las clases agrarias y la instalación del Estado oligárquico en México, 1869-1876*. México: Fondo de Cultura Económica. 1989, p. 91.
43. AGN-CM. «Proceso: Adjudicación de bienes del sr. gral. Francisco R. Serrano», Notario 18, Rogelio P. Pacheco, vol. 97, 4 de septiembre de 1931, fs. 44-58, no. escritura 7349.

VI. LA DISPUTA PRESIDENCIAL EN CIERNES

1. «La reforma del art. 83 se someterá a su estudio», en: *El Universal*, 19 de octubre de 1926.
2. Alessio Robles, Vito, op. cit., p. 55. Votaron en contra los señores Enrique Bordes Mangel, Eugenio Mier y Terán, José J. Araiza, Ramón Ramos, Antonio Garza Castro, Nicolás Cano y Antonio Islas Bravo.
3. «En la Cámara de Senadores, la opinión dominante es favorable a la reforma de los artículos 82 y 83», en: *El Universal*, 21 de octubre de 1926.
4. «El gral. Obregón podrá otra vez ser presidente: los artículos 82 y 83 serán reformados», en: *El Universal*, 20 de octubre de 1926.

5. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, p. 57.
6. Santos, Gonzalo N. *Memorias*. México: Grijalbo. 1984, pp. 312-315.
7. Este telegrama está fechado el 29 de octubre de 1926, y publicado en *El Universal* dos días después.
8. «Las legislaturas de Tabasco, Aguascalientes e Hidalgo aceptan la reforma; la de Chiapas, no», en: *El Universal*, 16 de octubre de 1926.
9. «Para aprobar la reforma de los arts. 82 y 83, no esperaron que lo hiciera el Senado», en: *El Universal*, 27 de octubre de 1926. La carta del Partido Socialista Chiapaneco está firmada por su presidente, Ricardo Alfonso Paniagua y su secretario del Interior, José Inés Estrada.
10. «Declaraciones del Sr. General Serrano», en: *El Universal*, 29 de octubre de 1926.
11. APEC-FT. Informes Confidenciales emitidos por 10B, Diciembre de 1926, F03/S0906/E9/I1556, fs. 3-4.
12. «La candidatura del general Obregón», en: *El Universal*, 20 de octubre de 1926, p. 3.
13. «Caravana de políticos a La Quemada», en: *El Universal*, 26 de octubre de 1926.
14. «Llegó a la capital el general Obregón», en: *El Universal*, 28 de octubre de 1926.
15. «Partió ya el gral. Obregón», en: *El Universal*, 22 de noviembre de 1926.
16. «Unificación de los partidos», en: *El Universal*, 12 de febrero de 1927.
17. «Muy animada está la Hacienda de Náinari», en: *El Universal*, 20 de febrero de 1927.
18. «Trabajos de quienes no quieren la reelección», en: *El Universal*, 21 de febrero de 1927.
19. «Se han unificado los antirreeleccionistas», en: *El Universal*, 22 de febrero de 1927.
20. «Niega haber aceptado su candidatura el gral. Obregón», en: *El Universal*, 26 de febrero de 1927.
21. «Obregón habla sobre los antirreeleccionistas», en: *El Universal*, 27 o 28 de febrero de 1927.
22. «Ha comenzado la campaña política», en: *El Universal*, 2 de marzo de 1927.
23. «El general Serrano arribó ayer a Nogales», en: *El Universal*, 4 de marzo de 1927.
24. «Respuesta a las frases del Gral. Obregón», «Esbozan los nacionalistas su postulación», en: *El Universal*, 4 de marzo de 1927.
25. «El viaje del Gral. Serrano», en: *El Universal*, 10 de marzo de 1927.
26. «Regresó ayer a México el sr. General Serrano», en: *El Universal*, 11 de marzo de 1927.
27. «Obregón, serranista; Serrano, obregonista», en: *El Universal*, 19 de marzo de 1927.

28. «Mi principal papel es estar atento a las palpitaciones del espíritu nacional», en: *El Universal*, 20 de marzo de 1927.
29. «Los políticos están ahora a la ofensiva y a la defensiva», en: *El Universal*, 24 de marzo de 1927.
30. «Serrano, visto como sol que nace», en: *El Universal*, 29 de marzo de 1927.
31. «Los nacionalistas son obregonistas», en: *El Universal*, 6 de abril de 1927.
32. «La candidatura del gral. Serrano», en: *El Universal*, 17 de abril de 1927.
33. «El Partido Laborista y la campaña presidencial», en: *El Universal*, 29 de mayo de 1927.
34. «Serrano será candidato, si es que triunfa», en: *El Universal*, 20 de abril de 1927.
35. «La convención política del Partido Nacional Revolucionario», en: *El Universal*, 28 de abril de 1927.
36. «Serrano, candidato a la presidencia», en: *El Universal*, 29 de abril de 1927.
37. APEC-FT «Informes Confidenciales emitidos por 10B, Fondo 03, serie 0906, gaveta 91, inv. 1560, exp. 13, MFN 823, l. 1, Abril de 1927.
38. Rébora, Hipólito. *Memorias de un chiapaneco (1895-1982)*. México: Katún. 1982, pp. 198, 199, 203 y 204.
39. «Actividades electorales», en: *El Universal*, 24 de mayo de 1927.
40. Alessio Robles, Miguel, «La Tragedia de Huitzilac», *op. cit.*, 13 de abril de 1937.
41. Rébora, *op. cit.*, pp. 198-199.
42. «La campaña presidencial», en: *El Universal*, 7 de junio de 1927.
43. «Declaraciones del General Francisco R. Serrano», en: *El Universal*, 10 de junio de 1927.
44. «Nada por resolver mediante un pacto», en: *El Universal*, 12 de junio de 1927.
45. México, D.F., 14 de noviembre del 2003, entrevista del autor con don Reynaldo Jáuregui Serrano.
46. Moncada, Carlos. *La Sonora Cruel y Verdadera: ¿quién ordenó matar al general Serrano?* Hermosillo: Contrapunto. 1999, pp. 63-64.
47. Quiroz Martínez, Roberto. *Álvaro Obregón: su vida y su obra*. México: s.e., s.f. 1929, 680 pp. 337-353.
48. Olea, *op. cit.*, p. 160.
49. AGN-FOC, 104-P-106, legs. 6 y 8, 1o. de noviembre de 1923.
50. Ríos Zertuche, Antonio. «La Muerte del General Obregón», en: *El Universal*, 29 de julio de 1963.

VII. EMPIEZA LA RUDA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

1. «El general Serrano se separa del Ejército», en: *El Universal*, 22 de junio de 1927.
2. Velázquez, Rosalía. «Serrano y Gómez, la oposición liquidada (1926-1927)», en: *Nuestro México*, n. 14, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 4.
3. «Cómo juzga el Gral. Serrano el manifiesto de Obregón», en: *El Universal*, 27 de junio de 1927.
4. Vasconcelos, José. *Breve historia de México*. México: Ediciones Botas. 1950, pp. 610-611.
5. «El general Obregón opina sobre la unión efectuada entre los dos candidatos. Nogales, Son., julio 2 de 1927», en Quiroz, *op. cit.*, pp. 97-100.
6. APEC-FT, FFT, serie 13010207, Inv. 590, Exp. «91»/139, f. 5.
7. «El Gral. Serrano dice que él cumplirá con su deber», en: *El Universal*, 3 de julio de 1927.
8. «Palabras que dijo el general Obregón en un mitin que se celebró en el Teatro Apolo, de la ciudad de Culiacán, Sinaloa, el día 9 de julio de 1927», en: *Discursos del General Álvaro Obregón 2*, s.f., s.e., pp. 113-115.
9. *Ibid.*, pp. 129-134.
10. Citado en *Historia gráfica de la revolución mexicana 1900-1970*. Gustavo Casasola, t. 5., México: Editorial Trillas. 1973, p. 1811.
11. «Arnulfo Gómez dijo en Puebla cosas fuertes», *Excelsior*, 18 de julio de 1927.
12. «Hace también el Gral. Gómez comentarios al discurso», en: *El Universal*, 22 de julio de 1927.
13. «Manifiesto del Sr. Gral. Francisco R. Serrano, candidato a la presidencia», en: *El Universal*, 24 de julio de 1927.
14. «Manifiesto de Francisco R. Serrano», folleto, México, D.F., 23 de julio de 1927.
15. *Discursos*, *op. cit.*, p. 140.
16. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, p. 119.
17. «El candidato, Gral. Gómez, en Monterrey», en: *El Universal*, 25 de julio de 1927.
18. Declaración de Obregón citada en «Sensacional declaración del gral. Álvarez», en: *El Universal Gráfico*, 18 de febrero de 1938.
19. Citado en *Historia gráfica de la revolución mexicana...*, *op. cit.*, p. 1811.
20. «El General Gómez en Tampico y Ciudad Victoria», en: *El Universal*, 1 de agosto de 1927.
21. Citado en *Historia gráfica de la revolución mexicana...*, *op. cit.*, p. 1812.
22. «Declaraciones del general Francisco R. Serrano», en: *El Universal*, 11 de agosto de 1927.
23. «Se busca desconocer al gobierno de Chiapas», en: *El Universal*, 13 de agosto de 1927.

24. López Gutiérrez, Gustavo. *Chiapas y sus epopeyas libertarias*, III. Tuxtla Gutiérrez, 1932, p. 327 y anexo.
25. Así, Aarón Sáenz, primer secretario del Centro Director Obregonista señaló que «los últimos discursos del candidato Gómez vienen a confirmar el concepto de que ha tomado la decisión de escoger aquel camino (el subversivo), y ha establecido un contraste con la actitud del general Obregón, que al recorrer uno por uno todos los lugares de la República viene mostrando como principal base de su programa el afianzamiento de la lucha democrática por medios pacíficos del ejercicio de los derechos cívicos...» «La campaña presidencial: el lic. Sáenz hace un cargo al Gral. Gómez», en: *El Universal*, 16 de agosto de 1922.
26. *Discursos*, op. cit., pp. 206-207.
27. «La actitud del jefe del Ejecutivo y de las Cámaras y los Gobernadores», en: *El Universal*, 25 de agosto de 1927.
28. Alessio Robles, Miguel, «La ratonera estaba bien preparada», en recorte sin nombre de la publicación ni fecha, en el ASG. El general y senador por el Estado de Colima, Higinio Álvarez, fue quien presentó ante el senado el 10 de octubre de 1927 la iniciativa de ampliación del periodo presidencial a seis años, que pasó con dispensa de trámites. El presidente no podría ser reelecto para el periodo inmediato. Cuando el general Obregón se enteró, sabiamente dijo que «para un buen presidente el periodo de cuatro años es muy corto, y para un mal presidente es un periodo muy largo». «Aprobó la Cámara de Senadores el Proyecto para la Ampliación del Periodo Presidencial», en: *El Universal*, 14 de octubre de 1927.
29. Ríos Zertuche, Antonio. «La Muerte del General Obregón», en: *El Universal*, 2ª sección, 30 de julio de 1963.
30. «La Convención Laborista discutió ayer el problema de la sucesión presidencial», en: *El Universal*, 1 de septiembre de 1927.
31. «El criterio político de los laboristas», en: *El Universal*, 1 de septiembre de 1927.
32. «Acalorada sesión en la Convención Laborista», en: *El Universal*, 2 de septiembre de 1927.
33. «El Partido Laborista designó candidato a la Presidencia al general Obregón», en: *El Universal*, 3 de septiembre de 1927.
34. El dictamen de la misma Comisión de Asuntos Políticos en la convención, en su artículo 3 decía: «La convención faculta al comité directivo general para que si desgraciadamente los elementos que luchan en el mismo campo o sostengan al mismo candidato que el Partido Laborista se apartaran de las normas aquí fijadas, vulnerando con ello los derechos del pueblo, obre de acuerdo con el criterio expuesto en las consideraciones de este dictamen aun cuando se anulen alguno o algunos de los acuerdos de esta convención, cualquiera que sea su valor o su alcance». Treviño, Ricardo. *Frente al ideal: mis memorias*. México: Ediciones de la Casa del Obrero Mundial. 1974, p. 63.

35. U.S. The National Archives (NAW), Departament of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929. «Dwight W. Morrow, embajador de los Estados Unidos en México, a secretario de Estado», November 3, 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28946.
36. «Varias aclaraciones del diputado Topete», en: *El Universal*, 10 de septiembre de 1927.
37. «Más de veinticinco mil almas recibieron al general Serrano», *No Reelección: semanario de acción popular*. Director Gerente: Alonso Capetillo, núm. 7, octubre de 1927 (no aparece el día).
38. «El retiro de las tropas de Chiapas y el Gral. Serrano», en: *El Universal*, 14 de septiembre de 1927.
39. APEC anexo, «Sheffield, James R. F03/S 0902/E24/I1465/f. 5.
40. APEC-FT, «Alexander W. Wedell, American Consul General, to the Secretary of State», F03/S092/G90/E29I1470/April 21, 1926, f.33.
41. APEC-FT «Informe de Inteligencia Militar del Leiut.Colonel Cavalry Edward Davis, Military Attaché», 23 de abril de 1926, F03/S0905/G90/E23/I1535, L1/s/f.
42. APEC-FT, «Informe confidencial de 10-B», mayo de 1927, F03/S0906/E14/I1461/G91/f. 8.
43. APEC-FT, «Informes confidenciales emitidos por 10-B», 5 de junio de 1926, F03/S096/I1550/G90/f. 23.
44. APEC-FT, «Informes confidenciales emitidos por 10-B», 18 de noviembre de 1926, F03/S0906/E8/I1555/G91/f. 29.
45. *Ibid.*, I1556, 9 de diciembre de 1926.
46. APEC-FT, «Memorandum», «Informes confidenciales emitidos por 10-B», 27 de abril de 1927 F03/S0906/G91/I1557/L1/fs. 28 y 32.
47. Caraveo, Marcelo. *Crónica de la revolución (1910-1929)*, México: Trillas. 1992, pp. 123-124.
48. Luis L. León al general Plutarco Elías Calles», Chihuahua, 25 de mayo de 1927. *Boletín del Archivo General de la Nación*. Tercera Serie: Tomo III, número 4(10), Octubre-Diciembre 1979. Tomo IV, n. 1(10), enero-marzo de 1980, p. 48.
49. Quiroz, Sonia (1984). «La Rebelión de Agua Prieta 1919-1920», en: *Nuestro México 10*, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 4.
50. «Vidal Sánchez, Carlos Augusto» en: *Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, t. II. México: INHERM. 1991, p. 209.
51. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, 133 y 193-194.
52. *Ibid.*, p. 115.
53. Santamaría, Francisco Javier. *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre*. México: Editorial Independencia. Colección de Estudios Históricos, v. 1, 1939, pp. 28-29.

54. Palavicini, Félix C. *Mi Vida Revolucionaria*. México: Ediciones Botas, 1937, p. 487. En este libro se detallan los intentos de fusión de las campañas presidenciales.
55. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, p. 139.

VIII. APREHENSIÓN DE SERRANO Y CAMINO AL SACRIFICIO

1. Alessio Robles, Miguel. «La Paloma y el Gavilán», en: *El Universal*, 19 de abril de 1937.
2. «Sensacional declaración del gral. Alvarez», en: *El Universal*, 18 de febrero de 1938, que reprodujo las palabras textuales del Presidente Calles el 11 de octubre de 1927 al Diario *The World*, de Nueva York.
3. «Sensacionales revelaciones del Gral. Villarreal sobre los asesinatos de Huitzilac», en: *La Prensa*, 10 de abril de 1937, p. 3.
4. Richkarday, Gral. Ignacio A. *60 años en la Vida de México, 1920-1940*. México: Imprenta Manuel León Sánchez. 1963, pp. 151-152.
5. «Sensacional declaración del general Álvarez», en: *El Universal Gráfico*, 18 de febrero de 1938.
6. Relato del gral. José Álvarez y Álvarez en Cuernavaca, 10 y 12 de enero de 1946, en su archivo personal, sin clasificar, AJA. Cholula, Puebla. Archivos varios. Cs. s/n.
7. «Sensacionales revelaciones del Gral. Villarreal sobre los asesinatos de Huitzilac», en: *La Prensa*, 10 de abril de 1937, p. 3.
8. Salió anoche para los E.U. y Europa el gral. Martínez», en: *El Universal*, 3 de octubre de 1927.
9. ASDN-AC-EM. «Acuerdo a la Secretaría de Guerra y Marina, el Presidente de la República Plutarco Elías Calles», 29 de septiembre de 1927, Martínez, Eugenio Gral. XI/III/222, f. 02271.
10. ASDN-AC-EM., «Orden de Pago "B" a favor del general Eugenio Martínez», 1 de octubre de 1927, Martínez, Eugenio, Gral. XI/III/222. Sin embargo, las autorizaciones de cargo para amparar los pagos hechos a Martínez en compañía se empezaron a girar en Nueva York, fs. 2272 y 2287.
11. ASDN-AC-EM «Conferencia del teniente coronel Gregorio A. Velásquez», Moctezuma, S. L. P., 3 de octubre de 1927, Martínez, Eugenio, XI/III/222, f. 1048.
12. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, pp. 150-152.
13. *Ibid.*, p. 153.
14. Richkarday, *op. cit.*, p. 182.
15. *Ibid.*, pp. 170 y 172.
16. U. S. The National Archives (NAW), Department of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929 «H. F. Arthur Shoenfeld, chargé d'Affaires a. i., a secretario de es-

- tado», Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28919.
17. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, p. 140.
 18. Santamaría, *op. cit.*, pp. 34-35.
 19. Richkarday, *op. cit.*, pp. 173-174.
 20. *Ibid.*, pp. 177-178.
 21. *Ibid.*, p. 183.
 22. *Ibid.*, p. 188.
 23. *Ibid.*, p. 196.
 24. U.S. The National Archives (NAW), Departament of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929, «H. F. Arthur Schoenfeld a secretario de Estado de los Estados Unidos», October 3, 1927, Record Group 59, Washington D. C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28817.
 25. Testimonio del teniente de caballería, Daniel Mora Arizmendi, «Francisco Serrano tuvo la culpa», en: *Mujeres y Deportes*, 31 de agosto de 1935, p. 1.
 26. Santamaría, *op. cit.*, pp. 125-126.
 27. *Ibid.*, pp. 130-131.
 28. *Ibid.*, pp. 110-111.
 29. *Ibid.*, p. 97.
 30. Dulles, John W. F. *Ayer en México*. México: Fondo de Cultura Económica. 1977, p. 320.
 31. Alessio Robles, Miguel. «Los fusilamientos del gral. Serrano y sus trece acompañantes: también el general A. Gómez pagó con la vida su oposición a que ocupara nuevamente la presidencia el Gral. Obregón», en: *Novedades*, 22 de febrero de 1942.
 32. Santamaría, *op. cit.*, p. 99.
 33. Dulles, *op. cit.*, pp. 321-323.
 34. Richkarday, *op. cit.*, pp. 203-204.
 35. *Ibid.*, ps. 208 y 210.
 36. U. S. The National Archives (NAW), Departament of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929, «H. F. Schoenfeld a secretario de Estado», 6 de octubre de 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28841.
 37. U. S. The National Archives (NAW), Departament of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929, «H. F. Arthur Schoenfeld a secretario de Estado», October 4, 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28814.
 38. U. S. The National Archives (NAW), Departament of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929, «H. F. Schoenfeld a secretario de Estado», 7 de octubre de 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28849.

39. U.S. *The National Archives (NAW), Department of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929*, «Wm. I. Jackson, consul americano en el distrito consular de Torreón», 5 de octubre de 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28823.
40. U. S. *The National Archives (NAW), Department of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929*, «Wm. I. Jackson, consul americano en el distrito consular de Torreón», 10 de octubre de 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28857.

IX. LA HECATOMBE DE HUITZILAC

1. «Entrevista (a Fox) escrita por el sr. Armando Araujo», en: *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935, p. 10.
2. U. S. *The National Archives (NAW), Department of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929*, «H. F. Arthur Shoenfeld, chargé d'Affaires a. i., a secretario de estado», Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28919.
3. Testimonio de Roberto Cruz, en Moncada, Carlos. *La Sonora Cruel y Verdadera...*, pp. 47-48.
4. «Ahora resulta que fue el gral. Calles quien ordenó matar a Serrano y socios», *Excelsior*, 13 de noviembre de 1937.
5. «Plutarco Elías Calles ordenó la "massacre" de Huitzilac, dice C. Fox», en: *La Prensa*, 11 de diciembre de 1937.
6. Entrevista de Luis G. Olloqui con Fox, transcrita por Carlos Moncada. *La Sonora cruel y Verdadera...* pp. 91-92 Moncada transcribe dicha entrevista a partir de la revista *Impacto*, núm. 1679, 5 de mayo de 1982.
7. «La hermosa función militar de ayer en Balbuena», en: *Excelsior*, 28 de septiembre de 1927.
8. «Por qué maté en Huitzilac», en: *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935, testimonio del sargento segundo de artillería Alfonso Covarrubias Bejarano.
9. Testimonio de Nazario Medina, publicado en *La Prensa* (San Antonio), 10 de noviembre de 1935.
10. «Entrevista escrita por el sr. Armando Araujo», en: *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935.
11. Testimonio del periodista Pepe Bulnes, en Serrano Illescas, Alfonso. *Un crimen que cambió el destino de México*. EDAMEX. 1974, p. 87.
12. «Entrevista escrita por el sr. Armando Araujo», en: *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935.
13. Fragmentos del texto de la carta de Fox enviada al ingeniero Vito Alessio

- Robles, 31 de agosto de 1933, en *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935, p. 11.
14. El gral. Luis Alamillo Flores sostiene que aunque originalmente fue parte del grupo que cometería los crímenes, «fue no nombrado para el desempeño de otra comisión». *Memorias del Gral. Luis Alamillo Flores: luchadores ignorados al lado de los grandes jefes de la revolución mexicana*. México: Extemporáneos. 1976, pp. 357-358 Un relato consigna los últimos segundos de Serrano: «Una hilera de tiros (provenientes del arma de Marroquín) cruzó el cuerpo del general Serrano quien, con el asombro retratado en el semblante ante aquella descarga inesperada, intempestiva, se quedó en pie unos segundos tambaleante, con el tórax materialmente cosido por la hilera de impactos, y chorreando sangre; pero como las balas no le tocaron el corazón, todavía puso mantenerse erguido cosa de 15 segundos, después cayó pesadamente. Todavía en el suelo, Marroquín lo “roció” materialmente con la ametralladora y al darse cuenta de que estaba bien muerto, le dio de patadas en la cara. El cuerpo de Serrano, examinado en el Hospital Militar, presentaba cerca de treinta balazos y tenía la cara hecha una masa sanguinolienta.» «¿Es el General José Álvarez culpable», en: *Mujeres y Deportes*, 10 de agosto de 1935, p. 14.
 15. «Por qué maté en Huitzilac», en: *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935, p. 12, testimonio del sargento segundo de artillería Alfonso Covarrubias Bejarano. Una versión que coincide en lo fundamental con el anterior es el de uno de los choferes de los vehículos que transportaron a las víctimas desde Cuernavaca, publicado en «Cómo vio un chofer la muerte del general Serrano», en: *Mujeres y Deportes*, 10 de agosto de 1935, p. 16.
 16. Richkarday, *op. cit.*, p. 219.
 17. «Ahora resulta que fue el gral. Calles quien ordenó matar a Serrano y socios», *Excélsior*, 13 de noviembre de 1937.
 18. Testimonio de Nazario Medina, publicado en *La Prensa* (San Antonio), 10 de noviembre de 1935.
 19. «Entrevista escrita por el sr. Armando Araujo», en: *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935.
 20. «¿Es el General José Álvarez culpable?» *Mujeres y Deportes*, 10 de agosto de 1935, p. 15.
 21. «Ahora resulta que fue el gral. Calles quien ordenó matar a Serrano y socios», *Excélsior*, 13 de noviembre de 1937; «Plutarco Elías Calles ordenó la “massacre” de Huitzilac, dice C. Fox», *La Prensa*, 11 de diciembre de 1937.
 22. Testimonio de Nazario Medina..., 10 de noviembre de 1935.
 23. Pacheco, José Emilio. *Crónica de Huitzilac*. Colección Cuadernos Mexicanos: SEP/Conasupo, Año II, n. 63, s. f., p. 29.
 24. Entrevista de Luis G. Olloqui a Fox, transcrita por Carlos Moncada. *La Sonora cruel y Verdadera...*pp. 95-96.

25. Richkarday, *op. cit.*, p. 290.
26. «Por qué maté en Huitzilac», en: *Mujeres y Deportes...testimonio del sargento segundo de artillería Alfonso Covarrubias Bejarano*.
27. Fragmentos del texto de la carta enviada al ingeniero Vito Alessio Robles, 31 de agosto de 1933, en *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935, pp. 10-11.
28. «El general Fox pensó por un momento en rebelarse a favor del general Serrano», por Francisco de la Vega, en *Mujeres y Deportes*, 24 de agosto de 1935, pp. 11-12.
29. «Vidal retó a Fox», en: *El Universal*, 16 de abril de 1963.
30. Citado por Richkarday, *op. cit.*, pp. 197-199.
31. «¿Es el General José Álvarez culpable?», en: *Mujeres y Deportes*, 10 de agosto de 1935, p. 16.
32. ASDN-AC-FS, «Necropsia del gral. Francisco R. Serrano y sus acompañantes», fs. 1809 y 1810.
33. «Los cadáveres también fueron entregados», en: *El Universal*, 5 de octubre de 1927.
34. Entrevista con don Reynaldo Jáuregui Serrano, 19 de noviembre del 2004.
35. Declaraciones de Calles y Obregón citadas en «Sensacional declaración del gral. Álvarez», en: *El Universal Gráfico*, 18 de febrero de 1938.
36. «Sensacional declaración del gral. Álvarez», en: *El Universal Gráfico*, 18 de febrero de 1938.
37. APEC-FT, «Carta sobre actividades subversivas de los generales Francisco R. Serrano y Anulfo R. Gómez», F13/S13010207/E»105"/246, Inv. 697, fs. 2-3.
38. Alessio Robles, Vito., *op. cit.*, p. 147.
39. «Cuáles eran los planes que iban a desarrollar los militares infidentes», *Excélsior*, 15 de octubre de 1927.
40. Santamaría, *op. cit.*, p. 44.
41. Richkarday, *op. cit.*, p. 238.
42. *Ibid.*, p. 239.
43. *Ibid.*, p. 242.
44. *Ibid.*, p. 245.
45. *Ibid.*, p. 249.
46. *Ibid.*, p. 273.
47. Santamaría, *op. cit.*, ps. 52 y 60-64.
48. «La hermosa función militar de ayer en Balbuena», en: *Excélsior*, 28 de septiembre de 1927.

EPÍLOGO

1. Richkarday, *op. cit.*, pp. 201-202.
2. ASDN-AC-EM, «Telegrama del gral. Martínez al gral. Amaro», desde algún punto en su camino a los Estados Unidos, 4 de octubre de 1927, f. 1037.
3. «Habla el gral. E. Martínez», en: *El Universal*, 16 de octubre de 1927.
4. Muñoz González, Joaquín. «Fuego y cenizas de un cardenista», pp. 65-69.
5. SRE-GE Secretaría de Relaciones Exteriores. Archivo Genaro Estrada. «Cónsul José Rubén Romero a secretario de relaciones exteriores», Consulado General de México, Barcelona, 22 de febrero de 1932, Archivo Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 6-12-26 (al cambio 6-5-12), s. n. f.
6. ASDN-AC-EM Documentos diversos, fs. 2251, 2261, 2478-2480.
7. *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*, *op. cit.*, pp. 1826-1827; Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, pp. 149-150; Palavicini, *op. cit.*, pp. 500-509.
8. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, pp. 144-145.
9. «Dos generales y un capitán ejecutados en Santiago», en: *El Universal*, 7 de octubre de 1927.
10. Treviño, Jacinto B. *Memorias: tomadas del original manuscrito del autor*. México: Orión. 1961, p. 173.
11. «Lo que dijo Rueda Quijano ante el Consejo de Guerra», en: *El Universal*, 7 de octubre de 1927.
12. «Cómo fue el fusilamiento del general de brigada Alfredo Rueda Quijano», en: *El Universal*, 7 de octubre de 1927.
13. U.S. *The National Archives (NAW), Department of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929*, «H. F. Schoenfeld a secretario de Estado», 7 de octubre de 1927, Record Group 59, Washington D.C. 1959, Microfilm, Rollo 87, 812.00/28849.
14. Alessio Robles, Vito, *op. cit.*, p. 145.
15. ASDN-AC-FS. «Bajas de varios generales del Ejército», 24 de octubre de 1927, f. 662.
16. ASDN-AC-FS. «Con fecha 20 de enero de 1936 el gral. brig. Otón León Lobato, de la Guarnición de la Ciudad de México, informa al secretario de la Defensa que no tienen antecedentes de que se hubiera iniciado proceso por el delito de rebelión en contra del gral. Serrano y compañeros.» f. 001953; El gral. brigadier Manuel R. Moncada González, director del Archivo Militar, informa que «por lo que respecta a la integración del Consejo de Guerra que se dice juzgó al mencionado Militar y sus socios, no existe ni ha existido en los archivos dependientes de esta Secretaría Expediente alguno. «Al C. General Brigadier Aux. Lic. Agente del Ministerio Público, adscrito al Juzgado 2/o. Militar», México, D. F., 9 de marzo de 1938, AC, 67 D/111/1/243, f. 1882.

17. «Generales dados de baja en el ejército», «Se han acordado algunos ascensos en el ejército», en: *El Universal*, 25 de octubre de 1927.
18. Dulles, *op. cit.*, p. 322.
19. *Ibid.*, pp. 211-213.
20. Benjamín, Thomas Louis. *El camino a Leviatán*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Dirección General de Publicaciones. 1990, pp. 241-242.
21. Méndez, G., *op. cit.*, p.295.
22. *Ibid.* Según oficio correspondiente, incluido en el apéndice de la tesis, p. 307.
23. «Justicia en el asesinato del general Serrano y compañeros», en: *La Prensa*, 2 de abril de 1937.
24. «Ahora resulta que fue el gral. Calles quien ordenó matar a Serrano y socios», en: *Excelsior*, 13 de noviembre de 1937.
25. «Los tribunales militares no harán la investigación por la muerte de Serrano», en: *Excelsior*, 4 de abril de 1937.
26. «Plutarco Elías Calles ordenó la «massacre» de Huitzilac, dice C. Fox», en: *La Prensa*, 12 de noviembre de 1937.
27. «Orden de aprehensión contra el general Fox», *Novedades*, 10 de noviembre de 1937.
28. «Nada vieron ni oyeron los señores Puig Casauranc y Montes de Oca», *La Prensa*, 18 de diciembre de 1937.
29. «El coronel Hilario Marroquín Montalvo negó los cargos que pesan sobre él, de ser quien asesinó al general F. Serrano», *La Prensa*, 19 de diciembre de 1937.
30. «El coronel Valdés, declaró lo que sabe sobre el proceso Serrano», en: *El Universal Gráfico*, 11 de diciembre de 1937.
31. «El lic. José Inocente Lugo rinde su declaración en el caso del gral. Serrano», en: *El Universal*, 26 de enero de 1938.
32. «Más revelaciones en el caso del gral. Serrano», en: *El Universal*, 6 de abril de 1937.
33. «Declaraciones del Lic. José Ma. Pacheco», en: *La Prensa*, 14 de octubre de 1937.
34. Sigue: «Firmado en la Cd. De México, a los 12 días del mes de octubre de 1927, colocándolo en un sobre cerrado que depositaré en poder del notario público Juan J. Correa Delgado». Ignoramos si en efecto el pliego fue depositado, pero se publicó como tal en el *Diario de Yucatán*, Mérida, 23 de abril de 1972.
35. Pacheco, José Emilio. *Crónica de Huitzilac*. Colección Cuadernos Mexicanos: SEP/Conasupo, Año II, n. 63, s. f. pp. 30-31.
36. «El proceso de Huitzilac, Mor.», en: *La Prensa*, 11 de abril de 1937.
37. *Excelsior*, 12 de enero de 1937, citado por G. Méndez, *op. cit.* p. 312.
38. Revista *Mujeres y Deportes*, 10-08-1935, pp. 13 y 14.
39. Méndez, G., *op. cit.*, p. 314.

40. *El Universal Gráfico*, 20-03-38, citado por G. Méndez, pp. 318-320.
41. Así reza la conclusión de la indagatoria ministerial militar: «El exgeneral Claudio Fox obedeció las órdenes de fusilar a los señores general Francisco R. Serrano y sus acompañantes asistiéndole la circunstancia en el último término a que se contrae la fracción VIII del artículo 2 de la Ley Penal Militar; pero se demostró el cuerpo de los delitos de violación; y el de infracción de los deberes militares previstos y penados por los artículos 291 y 217 de la Ley Penal Militar, en relación con los artículos 526 y 576 de la Ordenanza General del Ejército y la presunta responsabilidad criminal del mencionado exgeneral como autor de dichos delitos.
42. *Excelsior*, 8 de octubre de 1938, citado por G Méndez, *op. cit.* pp. 345-346.
43. Cabrera, Luis. *Veinte años después: el balance de la Revolución, la campaña presidencial de 1934, las dos revoluciones*. México: Ediciones Botas. 1938, pp. 135-136.
44. Carta de Marte R. Gómez, 2 de diciembre de 1955, citado por Dulles, *op. cit.*, p. 329.
45. Gómez Romero, Luis. *Manuel Gómez Morín. Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana. Colección dirigida por José Manuel Villalpando*. Barcelona: Planeta DeAgostini. 2002.
46. Puente, Ramón. «El Mentir de Calles», en: *La Opinión* (Los Ángeles), el 13 de octubre de 1927.
47. García Naranjo, Nemesio, «Los laureles de Caín», *Revista Hoy*, 8 de octubre de 1939, p. 5.
48. Alessio Robles, Miguel. «Los fusilamientos del gral. Serrano y sus trece acompañantes: también el general A. Gómez pagó con la vida su oposición a que ocupara nuevamente la presidencia el Gral. Obregon», *Novedades*, 22 de febrero de 1942.
49. Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. Lecturas Mexicanas 48, Segunda Serie. México: SEP-Ediciones del Ermitaño. 1986, pp. 87-89.
50. Entrevista de Francisco Ortiz Pinchetti a Julio Bracho, «*La Sombra del Caudillo*, la película de Huitzilac. Proscrita por los políticos, no por los militares». en: *Proceso*, 17 de octubre de 1977.
51. Esta parte de la historia con los actores de la película la elaboramos a partir de contenidos del libro *La Sombra del Caudillo: una película de Julio Bracho, basada en la novela de Martín Luis Guzmán*. México: SEESI-ME-SOGEM. 1994, pp. 8, 11-13.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS

- AADH Archivo particular de Adolfo de la Huerta
AJA Archivo general José Álvarez y Álvarez
AGN-FOC *Archivo General de la Nación. Fondo Obregón Calles*
AGN-FS *Archivo General de la Nación. Archivo Francisco R. Serrano*
AGN-CM Archivo General de Notarías de la Ciudad de México
APEC-FT Archivo Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca, Fondos Plutarco Elías Calles (PEC), Álvaro Obregón (FAO), Fernando Torreblanca (FFT)
ASDN-AC-FS Archivo de la Secretaría de Defensa Nacional, Archivo de Cancelados. Serrano, Francisco, Gral. de División, Exp. XI/III/1-243.
ASDN-AP Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional. Archivo de Pensionados
ASDN-AC-EM Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, Archivo de Cancelados. Martínez, Eugenio, Gral. de División, XI/III/222
ASG Archivo particular de don Antonio Díaz Soto y Gama.
ASRE-GE Secretaría de Relaciones Exteriores. Archivo Genaro Estrada
U. S. The National Archives (NAW), Department of State, Records of the Department of States Relating to Internal Affairs of México, 1910-1929

DOCUMENTOS OFICIALES

- Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994. Legislatura XXVIII. Año Legislativo I. Periodo Ordinario*

LIBROS

- Aguilar Camín, Héctor. *La revolución que vino del norte*, 2 tomos. Barcelona: Ediciones Océano, 1988.
- Aguilar Mora, Jorge. *Un día en la vida del general Obregón*. México: Martín Casillas Editores, 1992.
- Alamillo Flores, Luis Gral. *Memorias del Gral. Luis Alamillo Flores: luchadores ignorados al lado de los grandes jefes de la revolución mexicana*. México: Extemporáneos. 1976.
- Alessio Robles, Miguel. *A medio camino*. México: Stylo. 1949.
- . *Historia Política de la Revolución*. Edición facsimilar. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. 1985.
- . *Obregón como Militar*. México: Cultura. 1935.
- Alessio Robles, Vito. *El anti-reeleccionismo como afán libertario de México*. México: Porrúa, 1993.
- Benjamín, Thomas Louis. *El camino a Leviatán*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Dirección General de Publicaciones. 1990.
- Bojórquez, Juan de Dios (Djed Bórquez). *Forjadores de la Revolución Mexicana*. México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INHERM), 1960.
- Bravo Izquierdo, Donato, gral. de división. *Un soldado del pueblo*. Puebla: Editorial Periodística e Impresora de Puebla, 1964.
- Cabrera, Luis. *Veinte años después: el balance de la revolución, la campaña presidencial de 1934, las dos revoluciones*. México: Ediciones Botas. 1938.
- Campbell, Federico (recop.). «La sombra de Serrano», en *Proceso*, 1980.
- Campaña Política del General Obregón: cuidadosa recopilación de los documentos más salientes relacionados con la campaña política del C. Álvaro Obregón, candidato a la Presidencia de la República, formada bajo la dirección del licenciado Luis N. Ruvalcaba 1919-1920*, III. México 1923.
- Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. Lecturas Mexicanas 48, Segunda Serie. México: SEP-Ediciones del Ermitaño. 1986.
- Castro, Pedro. *Adolfo de la Huerta: la integridad como arma de la revolución*, México: UAM-Iztapalapa-Siglo XXI Editores. 1998.

- Castro, Pedro. *Soto y Gama: genio y figura*. México: Universidad Autónoma Metropolitana. 2003.
- Caraveo, Marcelo. *Crónica de la revolución (1910-1929)*. México: Trillas. 1992.
- Crespo, Horacio *et al.* *Historia del azúcar en México*. México: Fondo de Cultura Económica. 1990.
- D'Acosta, Celia. *La matanza política de Huitzilac*. México: Posada, 1976.
- Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana*, VIII tomos. México: INHERM. 1991.
- Discursos del General Álvaro Obregón 2*, s.f., s.e.
- Gómez Estrada, José Alfredo. *Gobierno y casinos: el origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez*. Instituto Mora-Universidad Autónoma de Baja California. 2002.
- Gómez Romero, Luis. Manuel Gómez Morín. *Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana. Colección dirigida por José Manuel Villalpando*. Barcelona: Planeta DeAgostini. 2002.
- González y González, Luis. *La ronda de las generaciones*. México: Secretaría de Educación Pública. 1984.
- González Ramírez, Manuel. *La revolución social de México*, v. III. México: Fondo de Cultura Económica. 1960.
- Guzmán, Martín Luis. *Memorias de Pancho Villa*. México: Compañía General de Ediciones, 1965.
- Guzmán Esparza, Roberto (transcripción y comentarios). *Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado*. México: Ediciones Guzmán. 1958.
- Historia gráfica de la revolución mexicana 1900-1970*. Gustavo Casasola, t. 5. México: Trillas, 1973,
- Jacobs, Ian. *La Revolución Mexicana en Guerrero: una revuelta de los rancheros*. México: Ediciones Era. 1990.
- López Gutiérrez, Gustavo. *Chiapas y sus epopeyas libertarias*, III. Tuxtla Gutiérrez; s. e., 1932.
- La sombra del caudillo: una película de Julio Bracho, basada en la novela de Martín Luis Guzmán*. México: SEESIME-SOGEM. 1994.
- Loyo Camacho, Martha Beatriz. *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército mexicano, 1917-1931*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, Fideicomiso Archivo Plu-

- tarco Elías Calles-Fernando Torreblanca, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Fondo de Cultura Económica. 2003.
- Loyola Díaz, Rafael. *La Crisis Obregón-Calles y el estado mexicano*. México: Siglo XXI Editores. 1987.
- Moncada, Carlos. *La Sonora Cruel y Verdadera: ¿quién ordenó matar al general Serrano?* Hermosillo: Contrapunto. 1999.
- Monroy Durán, Luis. *El Último Caudillo: apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923 en contra del gobierno constituido*. México: Editado por José S. Rodríguez. 1924.
- Mosca, Gaetano. *¿Qué es la Mafia?* México: Fondo de Cultura Económica. 2002.
- Muñoz González, Joaquín. «Fuego y cenizas de un cardenista», mimeo, s. f.
- Olea, Héctor R. *La tragedia de Huitzilac*. México: B. Costa-Amic Editor. 1971.
- Pacheco, José Emilio. *Crónica de Huitzilac*. Colección Cuadernos Mexicanos: SEP/Conasupo, Año II, n. 63.
- Palavicini, Félix C. *Mi Vida Revolucionaria*. México: Ediciones Botas, 1937.
- Pérez-Rayón Elizundia, Nora. *Entre la Tradición Señorial y la Modernidad: la familia Escandón Barrón y Escandón Arango: formación y desarrollo de la burguesía en México durante el porfirismo (1890-1910)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. 1995.
- Pittman, Dewitt Kennieth Jr. *Hacendados, campesinos y políticos: las clases agrarias y la instalación del Estado oligárquico en México, 1869-1876*. México: Fondo de Cultura Económica. 1989.
- Puente, Ramón. *La dictadura, la revolución y sus hombres*. Edición facsimilar del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. 1985.
- Quiroz Martínez, Roberto. *Álvaro Obregón: su vida y su obra*. México: s.e., s. f. 1929.
- Ramírez Rancaño, Mario. «Juan Andrew Almazán, de militar a empresario», en Martínez Assad, Carlos, Pozas Horcasitas, Ricardo y Ramírez Rancaño, Mario. *Revolucionarios fueron todos*. México: SEP 80-FCE. 1982.

- Réborá, Hipólito. *Memorias de un chiapaneco (1895-1982)*. México: Katún. 1982.
- Richkarday, Gral. Ignacio A. *60 años en la Vida de México, 1920-1940*. México: Imprenta Manuel León Sánchez. 1963.
- Robinson, Carlos T. *Hombres y cosas de la revolución*. Tijuana: Agua Caliente. Imprenta Cruz Gálvez, Hermosillo, Son. 1933.
- Ruiz, Ramón Eduardo. *México: la gran rebelión 1905/1924*. México: Ediciones Era. 1984.
- Salmerón, Pedro. *Aarón Sáenz Garza: militar, diplomático, político, empresario*. México: Miguel Ángel Porrúa, librero-editor. 2001.
- Santamaría, Francisco Javier. *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre*. México: Independencia. Colección de Estudios Históricos, v. 1, 1939.
- Santos, Gonzalo N. *Memorias*. México: Grijalbo. 1984.
- Smith, Peter H. *Los Laberintos del Poder: el reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*. México: El Colegio de México. 1981.
- Thord-Gray, I. *Gringo rebel: México 1913-1914*. Coral Gables: University of Miami Press. 1960.
- Treviño, Jacinto B. *Memorias: tomadas del original manuscrito del autor*. México: Orión. 1961.
- Treviño, Ricardo. *Frente al ideal: mis memorias*. México: Ediciones de la Casa del Obrero Mundial. 1974.
- Valadés, José C. «La reconciliación», en *Historia General de la Revolución Mexicana*, 7. México: Ediciones Garnika-SEP-Cultura. 1985.
- Vasconcelos, José. *Breve historia de México*. México: Ediciones Botas. 1950.
- Vasconcelos, José. *Obras Completas*, t. I., Colección Laurel. México: Libreros Mexicanos Unidos, 1957.
- Velázquez, Rosalía. «Serrano y Gómez, la oposición liquidada (1926-1927)», en *Nuestro México*, n. 14, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- Verdugo Fimbres, María Isabel. *Frontera en el desierto: Historia de San Luis Río Colorado*. Hermosillo: INAH, Gobierno del Estado de Sonora, 1983.
- Womack, John. *Zapata y la revolución mexicana*. México: Siglo XXI. 1976.

TESIS

García Méndez, Javier Armando. *Hutizilac, versión no oficial*. Tesis profesional para obtener el título de Licenciado en Periodismo y Comunicación Colectiva, Escuela Nacional de Estudios Profesionales ENEP-Acatlán. UNAM. 1989.

López González, Ma. del Carmen Azalia. *La política en Sinaloa a principios del siglo xx: la elección a gobernador en 1909*. Tesis para optar por el grado de Maestra en Ciencias Sociales. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. 2003. Fue publicada con el título *Rumbo a la democracia: 1909*, Culiacán, Sin., Cobaes-Facultad de Historia, 2003.

REVISTAS

«General de División Francisco R. Serrano», *Crónicas del Zuaque*, Febrero de 1998.

Nuestro México. Universidad Nacional Autónoma de México.

Revista Mujeres y Deportes, México, D. F.

Boletín del Archivo General de la Nación. Archivo General de la Nación. México, D. F.

Revista Hoy. México, D. F.

PERIÓDICOS

El Universal: el gran diario de México. México, D. F.

Excélsior, México, D. F.

La Prensa. San Antonio, Texas

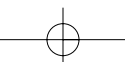
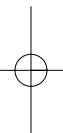
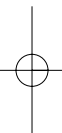
La Prensa, México, D. F.

La Opinión. Los Ángeles, California

No Reección: semanario de acción popular. México, D. F.

Novedades. México, D. F.

Proceso. México, D. F.



COLOFÓN